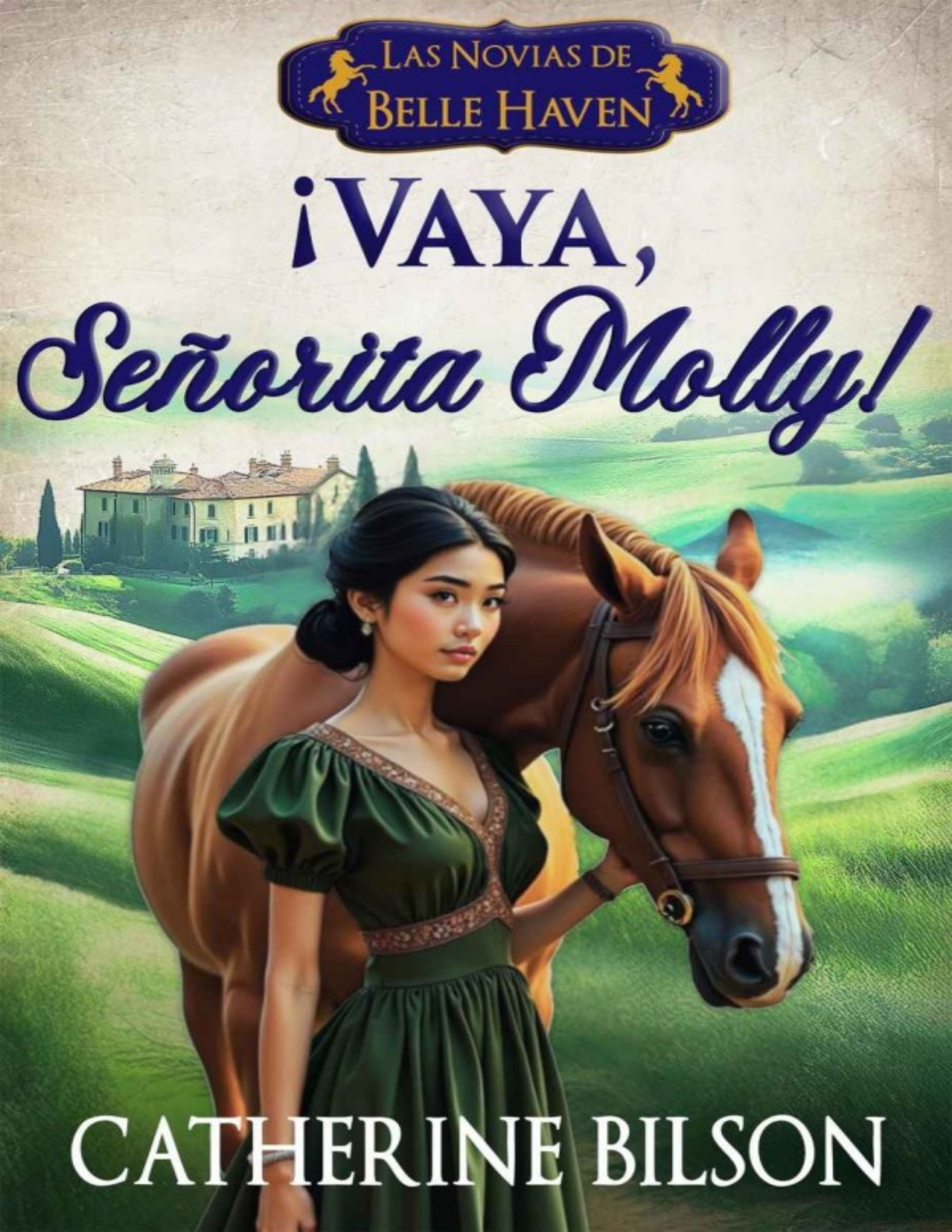
LAS NOVIAS DE BELLE HAVEN

¡VAYA, Señorita Molly!



CATHERINE BILSON

¡Vaya, Señorita Molly!

Las Novias de Belle Haven Libro 1

Catherine Bilson

Shenanigans Press

Derechos de Autor © 2025 Shenanigans Press. Todos los derechos reservados.

Este libro y todos sus contenidos están protegidos por la ley de derechos de autor. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna manera, ya sea por medios fotográficos, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves utilizadas en reseñas u otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Para solicitudes de permiso, por favor contacte:

Shenanigans Press

PO Box 323, MORAYFIELD QLD 4506 AUSTRALIA

Correo electrónico: cait@caitlynlynch.com

Tabla de contenido

1. Capítulo Uno
2. Capítulo Dos
3. Capítulo Tres
4. Capítulo Cuatro
5. Capítulo Cinco
6. Capítulo Seis
7. Capítulo Siete
8. Capítulo Ocho
9. Capítulo Nueve
10. Capítulo Diez
11. Capítulo Once
12. Capítulo Doce
13. Capítulo Trece

14. Capítulo Catorce

15. Capítulo Quince

16. Capítulo Dieciséis

17. Capítulo Diecisiete

18. Epílogo

Otros libros de Catherine Bilson



Capítulo Uno

LOS PRIMEROS RAYOS DEL alba se extendían perezosamente a través de las vastas hectáreas de Belle Haven, proyectando una delicada luz dorada a través de las puertas del establo mientras Molly Bell entraba con paso enérgico, sus ojos agudos escaneando las filas de compartimentos bañados en la serena luz matutina. Respiró hondo, saboreando el familiar aroma terroso del heno mezclado con cuero y el olor almizclado de los caballos.

—Buenos días, mis preciosidades —murmuró, extendiendo la mano para acariciar el hocico de una bonita yegua baya que la saludó con un suave relincho—. ¿Listas para empezar el día?

Con eficiencia experimentada, Molly se dirigió al cuarto de pienso, sus pasos apenas audibles en el suelo cubierto de paja. Sus manos trabajaban rápidamente en su rutina matutina habitual, midiendo y mezclando el alimento correcto para cada animal, entregando los cubos y luego revisando los caballos mientras comían. Cada tarea realizada con una precisión que hablaba de años de práctica y una comprensión innata de sus protegidos. Los caballos respondían a su presencia, sus orejas moviéndose hacia adelante, sus fosas nasales dilatándose al reconocer su cuidado.

—Tranquilo, Apollo —canturreó a un alazán particularmente vivaz, que se apartó cuando ella le acarició hasta el menudillo y lo animó a

levantar el casco—. No te estoy impidiendo desayunar.

Apollo resopló, sus ojos oscuros siguiendo cada uno de sus movimientos mientras ella continuaba con su rutina matutina. Las manos fuertes y capaces de Molly se movían sobre el pelaje del caballo, buscando cualquier signo de angustia o lesión. Satisfecha, le dio una palmadita, ganándose solo un gruñido y un chasquido de dientes en su dirección por sus esfuerzos.

—Eres un pillo, ¿lo sabías? —dijo con una risita—. No habrá nada de eso cuando llegues a Sandhurst, muchacho. Guárdalo para los franceses.

Molly se movía con eficiencia fluida de un compartimento a otro, segura alrededor de los grandes animales de una manera que hablaba de su familiaridad con ellos. El aroma del heno fresco se mezclaba con el olor terroso de los establos, una mezcla reconfortante que evocaba hogar y propósito. Cada caballo recibía un toque suave, una palabra murmurada y una inspección cuidadosa.

—Tranquila, Bramble —arrulló a una joven yegua baya, que sacudió la cabeza pero se calmó bajo la presencia tranquilizadora de Molly—. Sigues siendo tan impetuosa como siempre, ¿verdad?

Bramble relinchó suavemente en respuesta, empujando el hombro de Molly como si estuviera de acuerdo. Con una última palmadita, Molly siguió adelante, su mente ya cambiando a las tareas que tenía por delante.

La preparación para entregar estos caballos a Sandhurst no era una tarea pequeña, y Molly sabía que cada detalle debía ser perfecto. Se dirigió al cuarto de arreos, donde filas de bridas, sillas de montar y kits de aseo estaban meticulosamente organizados. Sacó un libro de contabilidad muy usado, pasando páginas llenas de una caligrafía pulcra y precisa.

—Caballos de tres años para Sandhurst —murmuró para sí misma, recorriendo la lista con el dedo—. Apollo, Bramble, Thunder... todos ejemplares excelentes.

Fue marcando cada nombre, repasando mentalmente su progreso en el entrenamiento y sus temperamentos. Estos caballos eran más que simples animales para ella; eran compañeros, cada uno con sus propias peculiaridades y fortalezas. El valor inquebrantable de Apollo, el espíritu fogoso de Bramble, la fuerza bruta de Thunder: cada uno jugaría un papel crucial en su destino como corceles de guerra para los oficiales del Ejército Británico.

Molly intentaba no pensar demasiado en la brutal verdad de que pocos de los caballos que Belle Haven entregaba anualmente al Ejército volverían a casa una vez que fueran enviados al Continente. Después de diez años, había aprendido a endurecer su corazón.

—Ahora, veamos tu equipo —dijo, moviéndose para inspeccionar el material dispuesto para el viaje. Revisó las sillas de montar en busca de desgaste, pulió las bridas hasta que brillaron y empacó los utensilios de aseo con cuidado. Se detuvo para asegurarse de que cada artículo cumplía con sus exigentes estándares, su mente un torbellino de logística y horarios.

—No debo olvidar el kit médico —se recordó a sí misma, metiendo una pequeña caja de madera llena de ungüentos, vendas y otros artículos esenciales en las alforjas que llevaría su propio caballo. Su minuciosidad nacía de la experiencia; sabía lo rápido que un problema menor podía convertirse en uno mayor sin la preparación adecuada.

Dando un paso atrás, examinó el caos organizado con ojo crítico. Todo parecía en orden, pero siempre había una cosa más que considerar, un detalle más que perfeccionar.

—Buenos días, Molly —la suave voz de Clara interrumpió los sonidos rítmicos de los caballos masticando heno y los cascos removiendo la paja.

—Buenos días, Clara —respondió Molly, levantando la mirada para ver a dos de sus hermanas acercándose, Clara con una expresión nostálgica. Anna venía detrás, sus manos aferrando una pequeña libreta.

—¿Revisando la lista para Sandhurst? —preguntó Clara, apoyando una mano en la puerta del establo mientras miraba adentro.

—Sí —dijo Molly, mostrando una lista que detallaba el nombre, edad y condición de cada caballo, así como el jinete con el que estaban destinados a emparejarse en Sandhurst—. Solo me aseguro de que todo esté en orden. No podemos permitirnos errores; todos los caballos ya han sido pagados y ¡no queremos tener que devolver el dinero a nadie!

—Por supuesto —suspiró Clara, sus ojos deteniéndose en la lista antes de desviarse hacia los caballos—. Ojalá pudiera acompañarte. ¡Parece toda una aventura ayudar a que los caballos se establezcan con sus nuevos compañeros!

—Quizás la próxima vez —dijo Molly con suavidad. Clara solo tenía diecisiete años, frente a los veintitrés de Molly; Molly no veía a su padre permitiendo que Clara hiciera el viaje al menos en el próximo año o dos—. Tu presencia aquí es invaluable, ¿sabes?

—Eso es lo que todos dicen —se rió Clara ligeramente—, pero no hace que quedarse atrás sea más fácil.

—Bueno, he completado los cálculos de alimentación —intervino Anna, agitando ligeramente su libreta para llamar su atención—. Cada caballo tendrá exactamente la cantidad adecuada para el viaje y la primera semana en Sandhurst. No hay que preocuparse de que se queden sin comida o coman en exceso, y luego tendrás la información para que Sandhurst pueda pedir las cantidades correctas en adelante.

—Gracias, Anna —dijo Molly, genuinamente impresionada por el meticuloso trabajo de su hermana. Tomó la libreta ofrecida y escaneó las cifras, asintiendo con aprobación—. Son perfectas.

—Cualquier cosa para contribuir —dijo Anna con una sonrisa modesta, pero el orgullo en sus ojos era inconfundible.

—Clara, ¿te importaría ayudarme a empacar el resto del equipo? —preguntó Molly, volviendo su atención a su hermana mayor—. Todavía hay bastante que organizar.

—Por supuesto —accedió Clara con entusiasmo, acercándose al montón de equipo—. Muéstrame qué hay que hacer.

—Empieza con estas sillas —indicó Molly—. Asegúrate de que las correas estén seguras y el acolchado esté intacto. Y si encuentras zonas desgastadas, avísame inmediatamente.

—Entendido —dijo Clara, remangándose y poniéndose a trabajar. Manejaba cada pieza con cuidado, sus dedos recorriendo el cuero como si lo estuviera memorizando. Anna se unió a ella, volteando una pesada silla y sosteniéndola para que Clara pudiera inspeccionar la parte inferior.

—Maravilloso —comentó Molly, sintiendo una oleada de gratitud por el apoyo de sus hermanas—. No sé qué haría sin vosotras dos.

—Bueno, somos un equipo, ¿no? —dijo Clara—. Y aunque no pueda estar allí en persona, estaré contigo en espíritu.

—Igual yo —añadió Anna, con voz suave—. Solo recuerda todo nuestro duro trabajo cuando estés impresionando a esos oficiales en Sandhurst.

—Créeme, lo haré —dijo Molly, su corazón hinchándose de afecto por su familia—. En cada paso del camino.

—Buenos días, chicas —llegó una voz familiar desde las puertas del establo.

Molly se enderezó, limpiándose una gota de sudor de la frente mientras se giraba para ver a su padre adoptivo, Sir Richard Bell, caminando hacia ella. Su cabello oscuro estaba despeinado por la brisa, y sus claros ojos azules contenían un calor que nunca dejaba de darle tranquilidad.

—Buenos días, papá —respondió, con una sonrisa tirando de sus labios—. Confío en que hayas dormido bien.

—Ciertamente, lo hice —dijo con una risita—. Aunque debo admitir que los pensamientos sobre esta entrega a Sandhurst me mantuvieron despierto más de lo habitual.

—Comprensible —dijo Molly, asintiendo—. Es una empresa significativa.

—Lo es —coincidió, deteniéndose a su lado y extendiendo la mano para darle un rápido apretón en el hombro—. Y quería repasar la logística contigo una última vez antes de que salgas. Tu meticulosa planificación ha sido invaluable, como siempre.

—Gracias, papá —dijo Molly, sintiendo un rubor de orgullo—. Me he asegurado de que todo esté en orden. Los caballos están en óptimas condiciones, y hemos empacado todo el equipo y provisiones necesarias para el viaje.

—Excelente —dijo Richard, dándole una sonrisa tranquilizadora—. No tengo duda de que manejarás todo maravillosamente. Siempre has tenido una extraordinaria forma de tratar a estos caballos.

—Años de práctica —respondió ella modestamente—. Y un profundo amor por ellos, por supuesto, ¡además de tu invaluable entrenamiento!

—Que es precisamente por lo que confío implícitamente en ti para esta tarea —dijo él, en tono serio—. Tu experiencia es incomparable, Molly. Ahora, repasemos el horario de entrenamiento y las necesidades específicas de Sandhurst.

—Por supuesto —dijo Molly, alcanzando un cuaderno encuadernado en cuero que estaba en un banco de trabajo cercano. Lo abrió en una página llena de notas y gráficos cuidadosamente escritos—. Aquí estamos. He esbozado el régimen de entrenamiento para cada caballo basado en su progreso actual y los requisitos de Sandhurst. Por supuesto, dependerá de las habilidades de los reclutas con los que se emparejen, pero no puedo imaginar que ninguno de ellos sea incapaz de montar.

—En efecto, todos serán hijos de caballeros; la mayoría de ellos serán excelentes jinetes, aunque podrías tener algunos muchachos de Londres que piensen que un galope en Hyde Park es un entrenamiento duro. Esto es impresionante —murmuró Richard, examinando las páginas—. Has considerado cada detalle.

—Naturalmente —respondió Molly, con ojos brillantes—. No podemos permitirnos ningún paso en falso, especialmente no con la reputación de Belle Haven en juego.

—Muy cierto —dijo él, asintiendo apreciativamente—. Empecemos con Thunder. Ha mostrado una notable mejora desde su última evaluación. Sabes que no me gusta domarlos cuando tienen dos años; aún no han crecido completamente en sus cuerpos, pero las necesidades del Ejército… —se interrumpió con un encogimiento de hombros lamentable.

—Thunder está desarrollando bien su musculatura —dijo Molly, su voz igualmente apenada por las necesidades a las que se veían forzados por las exigencias de la guerra—. He ajustado su régimen para incluir más ejercicios de resistencia, que deberían prepararlo perfectamente para los rigores de Sandhurst.

—Pensamiento inteligente —dijo Richard—. ¿Y qué hay de Apollo? Tenía algunos problemas con su transición al galope a mano izquierda, si recuerdo correctamente.

—Ah, Apollo —dijo Molly con una sonrisa cariñosa para el temperamental alazán—. He introducido una serie de ejercicios específicos para corregir esa transición. Es un proceso lento, pero está progresando constantemente.

—Maravilloso —dijo Richard, su expresión suavizándose—. Tu dedicación es verdaderamente extraordinaria, Molly. No sé cómo lo haces.

—Pasión y perseverancia, papá —dijo ella simplemente—. Nuestros preciosos caballos no merecen menos.

—Ciertamente no —coincidió él, cerrando el cuaderno y encontrando su mirada—. Y tú tampoco, Molly. Tu trabajo aquí es invaluable. Ahora, asegurémonos de que todo esté listo para este viaje. Sandhurst espera, y no tengo duda de que nos harás sentir orgullosos.

Molly sabía que Richard habría preferido llevar los caballos a Sandhurst él mismo, como lo había hecho cada año anterior durante la última década, pero desafortunadamente, el Príncipe Regente había enviado una carta hace solo dos días solicitando su presencia en Londres. La existencia misma de Belle Haven dependía del continuo patrocinio del Príncipe —más de una vez el Ejército había

intentado requisar las yeguas y sementales que eran el stock de reproducción esencial de Belle Haven— y solo la orden directa del Príncipe lo había impedido. Cuando el Príncipe llamaba, Richard tenía que ir.

Molly, sin embargo, había asistido a Richard en la entrega de los caballos a Sandhurst y en su adaptación con sus nuevos compañeros durante los últimos cuatro años. Sabía que podía manejar el trabajo sola, y estaba extremadamente orgullosa de que Richard hubiera accedido a dejarla intentarlo.

Un revoloteo de nerviosismo se mezcló con su orgullo al considerar lo que le esperaba en Sandhurst. En años anteriores, había observado cómo los oficiales y cadetes inicialmente la ignoraban para dirigirse a Richard, sus expresiones apenas ocultando su sorpresa cuando él delegaba en su experiencia. Se había acostumbrado a las cejas levantadas, las miradas escépticas y la ocasional sonrisa condescendiente. Algunos incluso habían intentado corregir sus métodos hasta que Richard intervenía, aunque menos lo hacían después de presenciar su habilidad incluso con los caballos más temperamentales.

Esta vez sería diferente. Llegaría no como la hija de Richard Bell sino como la representante de Belle Haven, únicamente responsable de caballos que valían pequeñas fortunas y destinados a la batalla. Enderezó sus hombros inconscientemente. Conocía a los caballos mejor que cualquier hombre en Sandhurst —sus temperamentos, su entrenamiento, sus necesidades. Si los caballeros oficiales no podían ver más allá de su género para reconocer su experiencia, esa sería su desgracia, no la de ella.

Richard asintió a Molly antes de dirigirse al establo de los sementales, donde pasaría la mayor parte de su día ejercitando a los cuatro sementales residentes de Belle Haven, asegurándose de que no se aburrieran o frustraran en sus compartimentos esperando a que comenzara la temporada de reproducción. Molly estaba a punto de volver a su trabajo cuando divisó a Lady Theresa Bell, su mejor amiga y madre adoptiva, acercándose desde la casa señorial.

Equilibraba una bandeja cargada con pan fresco y té humeante, su rostro iluminándose al ver a Molly.

—¡Theresa! Has leído mi mente —exclamó Molly, limpiándose las manos en su delantal y extendiendo los brazos para tomar la bandeja.

—Bueno, pensé que podrías necesitar un poco de sustento —respondió Theresa, su voz cálida—. ¿Y quizás un poco de compañía?

—Siempre —dijo Molly, guiando a su amiga a un banco cercano. El aroma del pan recién horneado se mezclaba con el olor terroso del heno y los caballos, familiar y reconfortante.

—¿Cómo van los preparativos para el viaje? —preguntó Theresa, sirviendo té en dos tazas.

—Ocupados pero bien —respondió Molly, tomando un sorbo del té caliente—. Estamos casi listos. Estaremos preparados para salir antes del amanecer mañana, con diecisiete caballos para entregar. Con sesenta y un kilómetros hasta Sandhurst, deberíamos estar allí a media tarde.

—Es maravilloso oírlo —dijo Theresa, con los ojos brillantes—. ¿Sabes? A veces desearía ser tan valiente y capaz como tú. Me gusta montar, por supuesto, pero llevar una ristra de caballos de guerra medio entrenados a una academia militar... —Negó con la cabeza.

—No te menosprecies, Theresa —le reprendió Molly con suavidad —. Belle Haven no podría funcionar sin ti como su corazón.

—Gracias, Molly —dijo Theresa en voz baja, mirando su taza, con un rubor que le subía por las mejillas—. Brindemos por un viaje seguro y una temporada exitosa en Sandhurst.

—Desde luego —asintió Molly, levantando su taza en un brindis. Compartieron un momento de cómodo silencio, saboreando el vínculo simple pero profundo que se había forjado entre ellas en un orfanato de Londres, y que había perdurado a través de los años.

La serenidad se vio súbitamente interrumpida por un agudo relincho procedente de uno de los establos. Los atentos oídos de Molly captaron al instante la angustia en el sonido. Dejando su taza, se apresuró hacia la fuente del ruido.

—¿Qué te pasa, pequeña? —murmuró Molly con dulzura mientras se acercaba a una yegua joven, Dulcinea, que se movía inquieta en su establo. Un rápido examen reveló un pequeño corte en la pata trasera del caballo, justo en el corvejón.

—¿Cómo te has hecho eso? —dijo Molly con una media sonrisa—. ¡Juro que los caballos pueden herirse con el aire! —Miró alrededor antes de encontrar una pequeña astilla que sobresalía de la partición de madera entre los establos—. ¿Fue eso? ¡Qué potranca tan tonta! —Con cuidado, Molly retiró la astilla ensangrentada, guardándola en su bolsillo para deshacerse de ella de forma segura más tarde.

Theresa se rió, dirigiéndose al cuarto de los arreos para buscar el botiquín médico antes de regresar para sujetar la cabeza de Dulcinea y mantenerla quieta para que Molly pudiera trabajar.

—Quédate quieta, cariño —arrulló Molly, con un toque suave mientras limpiaba expertamente la herida con un trapo húmedo antes de aplicar un ungüento, todo ello mientras murmuraba palabras tranquilizadoras. Dulcinea se calmó gradualmente bajo el hábil cuidado de Molly, sus ojos ablandándose con confianza.

—¿Va a estar bien? —preguntó Theresa desde la cabeza de Dulcinea, con las cejas fruncidas de preocupación.

—Sí, es solo un rasguño menor —respondió Molly—. Estará como nueva en poco tiempo. Ni siquiera voy a vendarla, solo hay que seguir aplicándole ungüento durante unos días.

—Eres increíble, Molly —dijo Theresa, con admiración evidente en su voz—. Eres tan buena con los caballos como Richard... es como si vosotros dos pudierais hablar su idioma.

—Quizás puedo —dijo Molly con un guiño, dando una última palmadita a Dulcinea antes de volver con Theresa—. O quizás ellos hablan el mío.

—De cualquier manera, es un don —dijo Theresa—. Y uno que te servirá bien en Sandhurst.

—Gracias, Theresa —respondió Molly, con el corazón hinchado de gratitud—. Por todo. —Theresa era la razón entera por la que Molly estaba en Belle Haven; las dos habían sido chicas amantes de los

caballos en un orfanato de Londres, siendo Theresa seis años mayor. Cuando Theresa tuvo la suerte de ser elegida como institutriz de las hijas adoptivas de Richard Bell, Molly se escapó para reunirse con ella y Theresa convenció a Richard para que la dejara quedarse. Por supuesto, a Richard no le tomó mucho tiempo darse cuenta del tesoro que tenía justo bajo su nariz, y cuando se casó con Theresa, también adoptó a Molly en su familia poco convencional.

—No hay de qué, querida. —Theresa puso su brazo alrededor de los hombros de Molly—. Ahora. Sé que lo has preparado todo para los caballos; no habrás dejado nada al azar. Pero, ¿has puesto aunque sea una sola prenda de ropa en tu propio baúl?

La expresión culpable de Molly reveló la verdad, y la risa de Theresa resonó. —¡Señorita Molly! ¡Sube ahora mismo a tu habitación y empieza a hacer el equipaje! El carro de equipaje sale esta tarde para llegar antes que tú, ¡y no permitiré que estés en Sandhurst solo con los vestidos que puedas meter en tus alforjas!

—Todavía tengo trabajo que hacer —objetó Molly—. Haré el equipaje antes de que salga el carro. Lo prometo.

—Asegúrate de que así sea. —La mirada de Theresa era suavemente admonitoria, pero no insistió más, en su lugar recogió las tazas de té usadas y la bandeja y regresó a la casa, dejando a Molly continuar con su trabajo.



Molly se arrodilló junto a su baúl de madera en su modesta habitación en la parte trasera de la casa solariega, doblando pulcramente su ropa y colocándola dentro con cuidado. Cada artículo parecía llevar un recuerdo, un pedazo de su viaje desde Londres hasta Belle Haven.

Cogió un libro muy usado sobre anatomía equina que Richard le había regalado, sus páginas con las esquinas dobladas y llenas de

sus notas garabateadas. Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras lo añadía al baúl. ¿Cuántas noches había pasado estudiando su contenido, ansiosa por entender cada matiz de sus amados caballos?

—¿Necesitas ayuda? —la voz de Clara rompió el silencio, y Molly se giró para ver a su hermana de pie en la puerta, su cabello rubio resplandeciendo como un halo bajo la luz del sol.

—Siempre —respondió Molly, sonriendo con afecto—. Sabes que soy un desastre empaquetando de manera eficiente.

Clara se rió. Cruzó la habitación y comenzó a doblar un vestido que Molly había lanzado descuidadamente sobre la cama.

—¿Tienes tu sombrero? —preguntó Clara, mirando el espeso cabello negro de Molly, que actualmente estaba suelto y caía alrededor de sus hombros.

—Por supuesto —dijo Molly, sacándolo de la cómoda—. No me atrevería a enfrentarme a los oficiales de Sandhurst sin él.

—No con esa melena salvaje tuya —bromeó Clara con suavidad —. ¡Pensarán que es la cola de un caballo!

En ese momento, apareció Anna, sus delicadas facciones compuestas en una expresión seria. —No olvides esto —dijo Anna, entregándole a Molly una pequeña caja de madera intrincadamente tallada—. Es tu amuleto de la suerte.

—Ah, sí —dijo Molly, tomando la caja y abriéndola para revelar una pequeña figurilla de caballo de plata—. No quisiera irme sin ella.

—Recuerda mantenerla cerca —aconsejó Anna—. Te traerá buena suerte en tu viaje.

—Gracias —dijo Molly, conmovida por la consideración de sus hermanas. Las echaría de menos durante el mes que esperaba pasar en Sandhurst.

Mientras trabajaban juntas, la habitación bullía de actividad y risas, cada hermana contribuyendo a su manera. Finalmente, el baúl estaba lleno, y solo quedaban los artículos que habían sido rechazados para el viaje, esparcidos por la habitación esperando ser guardados ordenadamente.

—Vamos a cargar esto —dijo Clara, y ella y Anna levantaron el baúl entre las dos. Molly sonrió con cariño mientras las veía sacarlo de la habitación. Anna era menuda, de ascendencia medio china, y Clara no mucho más grande, pero al crecer en Belle Haven manejaban caballos que las superaban en peso diez veces sin pestañear y eran mucho más fuertes de lo que parecían.

Se dirigieron al patio entre la casa y el establo, donde el carro esperaba listo. Dos caballos de tiro ya estaban enganchados, sus lustrosos pelajes brillando bajo la luz del sol. Molly sintió una oleada de emoción mezclada con responsabilidad mientras ayudaba a asegurar sus pertenencias entre los montones de arreos y sacos de pienso.

—Y ahora, hora de cambiarse para la cena. —Anna tiró de la mano de Molly—. Vamos. Mamá ha encargado una cena especial de despedida para ti y papá, antes de que os vayáis por la mañana. ¡Hay cordero asado y tarta de melaza!

—Dos de mis favoritos —rió Molly, su corazón hinchándose de nuevo con amor por su familia—. Sin embargo, debería revisar a los caballos otra vez...

—No deberías. —Clara se rió de ella, agarrando su otra mano—. ¡Vamos! Te ayudaremos a lavarte el pelo. ¡Deberías hacerlo antes de irte!

Fue agradable pasar una tarde con sus hermanas, reconoció Molly, mientras la ayudaban a bañarse y secarse su largo y espeso cabello negro frente al fuego antes de vestirse para la cena. Y fue aún mejor pasar la velada con su familia, disfrutando de una maravillosa cena en el comedor antes de sentarse en la sala hablando y riendo juntos durante horas, Richard y Theresa en el sofá uno al lado del otro como siempre, sus hijas agrupadas a su alrededor. Al ver a Richard tomar la mano de Theresa cuando ella dejó su taza de té, Molly se preguntó en privado si los dos alguna vez habían lamentado no tener hijos propios. Seis hijas, y todas adoptadas.

Pero mientras observaba el fácil afecto y entendimiento entre ellos, sabía que la biología no definía a la verdadera familia. Los lazos que compartían, forjados a través del amor y el cuidado, eran más fuertes que la sangre.

A medida que la hora se hacía tarde y las chicas más jóvenes eran enviadas a la cama, una suave quietud se asentó sobre Belle Haven. El calor del fuego proyectó un suave resplandor a través de la habitación, y Molly se sentó contemplando las llamas parpadeantes, saboreando estos preciosos momentos antes de su viaje a Sandhurst.

—Molly —la profunda voz de Richard rompió el silencio, y ella levantó la mirada para encontrarse con sus ojos—. Sabes cuánto confiamos en tu juicio y habilidad con los caballos.

Molly asintió, su corazón hinchándose de orgullo ante sus palabras. Richard no era de los que ofrecían elogios a la ligera, pero cuando lo hacía, tenían un peso inmenso.

—Tenemos plena confianza en ti —añadió Theresa suavemente—. Pero recuerda, no estás sola. Siempre estamos aquí para ti, pase lo que pase.

Los ojos de Molly brillaron con gratitud mientras absorbía sus palabras, sintiendo el peso de su apoyo y amor. —Gracias, Richard, Theresa. No podría haber pedido mejor familia, ni más de lo que ya me habéis dado.

Theresa extendió la mano, encontrando la de Molly y dándole un apretón reconfortante. —Has trabajado tan duro para esto, Molly. Tu dedicación y pasión brillan en todo lo que haces. Sandhurst también lo verá.

La mirada de Richard era firme, llena de una mezcla de orgullo y preocupación. —Solo prométeme una cosa, Molly —dijo, con voz suave—. Cuídate ahí fuera. Los caballos obedecerán tu mando, pero no olvides velar por tu propio bienestar. No dejes que esos reclutas intenten mangonearte solo porque eres mujer. Sé perfectamente que no hay mejor jinete en Inglaterra que tú, y pronto ellos también lo sabrán.

Molly asintió solemnemente, sintiendo su cuidado envolverla como un cálido abrazo. —Lo prometo —dijo, antes de dar una sonrisa pícara—. ¡Intentaré no dejarlos en evidencia demasiado!

La cálida risa de Richard y Theresa la acompañó mientras les daba las buenas noches y se dirigía arriba a su habitación, la misma que había ocupado desde que llegó a Belle Haven como una huérfana fugitiva. Theresa le había ofrecido muchas veces una habitación mejor, pero Molly prefería esta... ninguna de las habitaciones familiares ofrecía una vista tan buena de los establos.

Se sentó junto a su ventana, el fresco aire nocturno llevando los suaves sonidos de los caballos moviéndose en sus establos abajo. La luz de la luna bañaba el patio, proyectando largas sombras que bailaban como espectros a través del suelo. Demasiado llena de anticipación para dormir aún, se sentó absorbiendo la atmósfera familiar y amada hasta que sus párpados comenzaron a caer, y por fin, se fue a la cama.



Capítulo Dos

EL MAYOR TIMOTHY BLAIR-FORTESCUE, segundo hijo del conde de Bridgnorth, caminaba de un lado a otro en la sala principal de la residencia londinense de su familia, mientras la gruesa alfombra Aubusson amortiguaba el sonido de sus pasos. Apretó los puños con frustración, luego se obligó a respirar profundamente y los dejó caer abiertos a sus costados. Su frente se arrugó y se frotó las sienes con las puntas de los dedos mientras intentaba pensar en lo que debía hacer ahora. Se sentía tan condenadamente inútil y no tenía ni idea de cómo cambiar eso.

La rica y ornamentada decoración de la habitación no ayudaba en absoluto a mejorar su estado de ánimo. Todo el mobiliario era de caoba elaboradamente tallada, las sillas y sofás tapizados en ricos terciopelos y brocados. Pesadas cortinas de damasco de seda enmarcaban las ventanas, y un elaborado reloj de bronce marcaba los minutos sobre la repisa de la chimenea. Apenas podía oír el tictac del reloj, por supuesto, y eso era parte del problema.

Tim se detuvo junto a una de las altas ventanas, con la mirada dirigida hacia la calle de abajo. Al menos podía ver el bullicio de la calle, aunque no pudiera oírlo. Su mundo estaba amortiguado, casi en silencio, y eso le hacía sentirse solo, incluso en pleno Londres.

La puerta se abrió detrás de él, y se giró para ver quién era, enderezando los hombros y forzando su rostro a mostrar una máscara de tranquila determinación. Su madre entró en la habitación, con los ojos brillando de emoción, y él suspiró. Lady Bridgnorth siempre estaba entusiasmada por algo, y él conocía demasiado bien esa mirada particular desde su infancia.

Hoy llevaba un vestido de color lavanda brillante, que acentuaba su figura esbelta, juvenil y su rostro juvenil. Las mangas estaban abullonadas y cortadas con blanco, y el corpiño adornado con encaje intrincado y pequeñas rosas de seda. La boca de Tim se torció con diversión. A su madre siempre le habían encantado los colores vivos y los estampados intrincados, afirmando que la hacían sentir joven y enérgica. La mayoría de las personas que la conocían no creían que fuera lo suficientemente mayor para ser la madre de Tim, y mucho menos para tener otro hijo casi ocho años mayor.

—¡Querido Timothy! —Su deleite al encontrarlo solo era evidente —. ¡Estaba a punto de enviar a un lacayo a buscarte! Necesito hablar contigo sobre algo.

Tim cruzó los brazos y la estudió, su rostro inexpresivo. —En efecto —dijo después de un largo momento. La voz alta y juvenil de su madre era perfectamente comprensible, y una vez más maldijo silenciosamente a los inútiles médicos que no podían explicar por qué aún podía oír esos tonos más agudos mientras que los sonidos más profundos estaban amortiguados casi hasta el silencio.

La sonrisa de Lady Bridgnorth vaciló un poco, pero se recuperó y fue a sentarse en uno de los lujosos sofás, extendiendo su falda y haciéndole un gesto para que se uniera a ella. Él permaneció donde estaba, junto a la ventana, y ella dio un pequeño suspiro antes de continuar.

—Tim, sé que este es un momento difícil para ti, pero debemos pensar en el futuro. Ahora has regresado a Inglaterra, y hay tantas damas encantadoras que estarían ansiosas por conocerte. —Recogió una pila de papeles de la mesa y comenzó a hojearlos—. Tengo aquí una lista de damas elegibles, todas ellas con buena dote, por

supuesto, y pensé que podríamos revisarlas juntos. Sé que no estabas interesado en el matrimonio antes, pero ahora que te has retirado del Ejército...

—No estoy retirado, madre —interrumpió Tim, con voz dura—. Estoy de baja médica. Tengo toda la intención de volver al servicio activo, y he enviado una carta a mi oficial superior solicitando una reasignación.

Los ojos de Lady Bridgnorth se ensancharon y dejó los papeles a un lado. —Pero, pero, Timothy, ¡estás *sordo*! —exclamó.

—No estoy sordo. —La voz de Tim estaba tensa—. He perdido una cantidad significativa de audición, pero no necesito oír perfectamente para disparar a franceses. Puedo luchar, y lucharé, mientras aún sea capaz. —Pudo ver que ella estaba a punto de discutir, y levantó una mano para impedírselo—. Ya he tomado mi decisión, madre.

Ella abrió la boca, luego la cerró de nuevo, con los labios apretados en una fina línea. Mirando hacia abajo, se ocupó de alisar sus faldas. Tim sintió una punzada de culpa por decepcionarla, pero no podía cambiar de opinión. Tenía que volver al servicio activo. Su regimiento aún estaba allí, en España. Sus amigos, sus hermanos de armas, luchando y muriendo. No podía abandonarlos.

—Tengo una cita en Horse Guards esta mañana —dijo Tim en el silencio—. Espero que me den órdenes para regresar a España lo antes posible. Lo siento, madre.

Lady Bridgnorth asintió, todavía sin mirarlo a los ojos, y Tim suspiró. Cruzando la habitación, se inclinó para besarla suavemente en la mejilla. Ella ofreció una débil sonrisa, pero no dijo nada mientras él se enderezaba y salía de la habitación para dirigirse a las caballerizas detrás de la casa.

El edificio de Horse Guards era uno de los más grandes de Londres; su pórtico con columnas y enormes ventanas arqueadas le daba una grandeza imponente que parecía diseñada para hacer que quienes entraran se sintieran pequeños e insignificantes. Tim no era pequeño, ni se intimidaba fácilmente, pero aun así se encogió

ligeramente cuando entregó su invitación al centinela y fue dirigido a las oficinas apropiadas.

La atmósfera dentro del edificio era fría y formal, las paredes estaban revestidas con retratos de distinguidos generales y almirantes, y los oficiales que Tim pasó en el pasillo tenían el rostro igualmente adusto y amenazante. Era consciente de su uniforme, pulcro y bien confeccionado, con las botas pulidas hasta alcanzar un alto brillo, y la espada colgando a su lado. Sabía que parecía en todos los aspectos un mayor del 14º de Dragones Ligeros, aunque sus movimientos se sintieran un poco rígidos y poco naturales.

Su audiencia lo esperaba, y los tres hombres sentados detrás de un escritorio masivo se levantaron para saludarlo cuando entró. —Mayor Blair-Fortescue. Adelante, por favor.

—Gracias, señor. —Tim saludó respetuosamente, luego tomó la silla que le ofrecían. Sentía sus ojos sobre él, midiendo y evaluando, y se obligó a sentarse quieto y erguido, mirándolos directamente a los ojos. Tenía que hacerlo. Necesitaba concentrarse en las formas que hacían sus labios al hablar, para poder adivinar con precisión sus palabras.

—Ha solicitado la reasignación al servicio activo —dijo el mayor general Armstrong, el oficial de mayor rango presente, y Tim asintió.

—Sí, señor. Creo que todavía estoy en condiciones para servir, a pesar de mis lesiones.

Las cejas del general se elevaron un poco. —Su pérdida auditiva es... significativa, tengo entendido.

Tim tragó saliva, su garganta repentinamente seca. —Sí, señor. He perdido gran parte de la audición, es cierto. Pero no estoy completamente sordo, y creo que aún puedo ser útil para el regimiento. Todavía puedo luchar y dirigir hombres en la batalla.

Hubo un largo silencio, y Tim se obligó a mantener las manos quietas, a no cerrarlas en puños sobre su regazo. Podía sentir que su mandíbula se tensaba por el esfuerzo de no hablar más, de dejar que los oficiales tomaran su decisión sin más súplicas.

Finalmente, el mayor general Armstrong suspiró. —Lo siento, mayor Blair-Fortescue. Su coraje es digno de elogio, y hay pocos que no estarían orgullosos de tenerlo en su personal. Pero su pérdida auditiva lo convierte en una responsabilidad en el campo. No podría escuchar órdenes, y sus hombres no podrían confiar en usted en el fragor de la batalla.

—Pero... —comenzó Tim, con la cara enrojecida.

—Lo siento —repitió el mayor general, con voz firme—. Nuestra decisión es definitiva. No será reasignado al servicio activo.

—Ya veo. —Tim tuvo que ejercer cada pizca de voluntad que poseía para no gritar a los oficiales superiores.

—Puede, por supuesto, continuar sirviendo en un rol no combativo. Hay numerosas oportunidades para un oficial con su experiencia y talento. Estaría encantado de discutirlas con usted.

—Gracias, señor, pero debo declinar. —La voz de Tim estaba tensa, su columna vertebral rígida mientras se ponía de pie y saludaba—. No tengo ningún deseo de ser un oficinista.

La boca del mayor general se crispó en lo que podría haber sido una sonrisa, aunque Tim no podía estar seguro. —Como desee, mayor. Le deseo buena fortuna en sus futuros esfuerzos. Ha servido de gran manera a Inglaterra y a Su Majestad, y se lo agradecemos.

Tim saludó de nuevo, luego giró sobre sus talones y salió de la habitación. Apenas notó a los otros oficiales en el pasillo mientras salía del edificio, su mente agitada por la frustración y la decepción.

No lo volverían a aceptar. Nunca regresaría al 14º.



El estudio del conde de Bridgnorth era un oasis de calma en comparación con el opulento salón. Muebles de madera oscura, incluyendo un gran escritorio lleno de libros y papeles, y algunos trofeos de caza en las paredes daban a la habitación un aire algo

masculino, pero era cómoda y acogedora, con muebles bien usados y un fuego ardiendo alegremente en la chimenea.

Tim entró en el estudio, todavía con su pulcro uniforme militar. Su padre, sentado en el escritorio, levantó la vista y sonrió. —Ah, Timothy. Acompáñame.

—Gracias, padre. —Tim se dirigió a una silla frente al escritorio y tomó asiento, con la espalda rígida. Se sentía incómodo, fuera de lugar en el ambiente tranquilo y comedido. Su padre era un hombre reservado, no dado a muestras de emoción, y Tim nunca se había sentido completamente cómodo con él.

—Tengo entendido que estuviste en Horse Guards hoy —dijo su padre, con voz mesurada. Hablaba en voz alta, moviendo los labios con cuidado, obviamente consciente de que Tim necesitaba la ayuda extra para entenderlo.

—Sí, señor. —Tim apretó los puños en su regazo—. Me negaron la reasignación al servicio activo.

—Entiendo. —El rostro del conde permaneció impasible—. Debe haber sido un golpe bastante duro.

—Lo fue. —Tim miró sus manos, luego volvió a mirar a su padre —. No sé qué hacer ahora.

—Tu madre tiene muchos planes para ti, estoy seguro —dijo el conde con sequedad, y Tim no pudo evitar sonreír.

—Ciertamente los tiene. Pero yo no... no quiero casarme todavía. No estoy listo.

—Ni deberías estarlo, si no es tu deseo. —El conde se reclinó en su silla, uniendo las puntas de sus dedos—. Todavía eres joven, Timothy. No hay necesidad de apresurarse en nada. Tu hermano ya está casado, con hijos; no se te necesita para asegurar la línea Bridgnorth.

El silencio se extendió entre ellos, y Tim sintió una punzada de frustración. —Entonces, ¿qué debo hacer, padre? ¿Sentarme con las manos cruzadas y no hacer nada?

La expresión del conde se suavizó un poco. —Debes seguir tu propio camino, muchacho. Si no deseas casarte, entonces no lo

hagas. Si deseas volver al servicio, quizás puedas encontrar otra manera de servir a tu país. Hay muchas formas de ser útil, Timothy. Solo necesitas encontrar la que te convenga.

Tim se quedó en silencio, reflexionando sobre las palabras de su padre. La insistencia de su madre en que encontrara una novia bien dotada para establecer su propio patrimonio y legado de repente parecía bastante burda. No podía imaginar que su padre fuera tan mercenario, aunque sabía que el conde se había casado con su condesa por su considerable dote.

El conde de Bridgnorth, filósofo y hombre introspectivo, era tan diferente de Lady Bridgnorth como el día de la noche. Se amaban a su manera, pero el padre de Tim prefería su remota finca de Yorkshire y la compañía de sus perros al torbellino de la sociedad londinense donde su esposa brillaba con tanta intensidad, y Tim a menudo había sentido lo mismo, aunque no lo había comprendido completamente hasta ahora.

Quizás debería seguir el consejo de su padre y volver a Bridgnorth por un tiempo, para pensar en lo que quería hacer a continuación.

—Gracias, padre —dijo por fin—. Consideraré cuidadosamente tus palabras.

El conde inclinó la cabeza. —Me alegra oír eso, Timothy. Decidas lo que decidas, debes saber que siempre tendrás todo mi apoyo.

Al salir del estudio de su padre, Tim se detuvo un momento en el umbral, con los hombros tensos por la frustración. No tenía deseos de casarse, ni verdaderos deseos de retirarse al campo, y sin embargo, no tenía idea de qué quería hacer en su lugar.

Recorrió con determinación la casa de la ciudad, ignorando las miradas curiosas de los sirvientes, y recogió su sombrero y su sobretodo del vestíbulo. La puerta se abrió para él cuando se acercó, el lacayo de servicio le hizo una rápida reverencia, y Tim salió de nuevo a la calle, golpeando su sombrero contra su muslo para sacudir el polvo antes de ponérselo.

El aire espeso y humeante de la concurrida calle de Londres le golpeó como un golpe, y se estremeció, pero se obligó a seguir caminando, ignorando el zumbido en sus oídos. Los sonidos a su alrededor eran indistintos, amortiguados por el daño a su audición, pero aún podía oír la cadencia ascendente y descendente de las voces, el golpe y el repiqueteo de los cascos de los caballos y las ruedas de los carruajes sobre el pavimento adoquinado, el rugido apagado de los gritos mientras dos conductores tenían un altercado en una intersección cercana.

Tim se abrió paso entre la multitud, apenas viéndolos. Sin embargo, una vendedora de flores llamó su atención, una mujer de pecho abundante con gorra de criada y delantal, su cesta llena de flores coloridas. —¡Un penique el ramo, preciosas flores! ¡Un penique el ramo! —gritaba agudamente, sonriéndole mientras pasaba.

Él se apartó, casi chocando con un grupo de niños que jugaban con un aro y un palo. —Perdón —murmuró, sin estar seguro de si podían oírlo. Se alejaron corriendo, riendo y llamándose unos a otros, y él sintió otra punzada de soledad. No tenía hermanos con los que hablar, su hermano estaba lejos en su finca escocesa; no tenía primos de su edad, ni amigos de los que hablar. Los hombres con los que había servido en el ejército eran todo lo que tenía, y ahora había sido expulsado de sus filas.

Era una amarga píldora de tragar.

El elegante salón de té estaba decorado con fina porcelana, delicados manteles de encaje y clientes bien vestidos. Las arañas de cristal resplandecían en lo alto, y había un constante murmullo de conversaciones, el tintinear amortiguado de la plata sobre la porcelana y el aroma de té y galletas. Las mesas eran pequeñas,

pensadas para acomodar a no más de cuatro personas, y las sillas eran delicadas, femeninas, con bonitos cojines floreados.

Lady Bridgnorth suspiró felizmente, mirando alrededor con una sonrisa en el rostro.

—¡Oh, este es un lugar tan encantador! He querido visitarlo desde hace mucho tiempo y finalmente, ¡aquí estamos! ¿Te gusta, querido Tim?

Tim pensó que era el lugar más ridículo y lleno de frivolidades en el que jamás había puesto un pie.

—Es muy... agradable —dijo, tratando de no sonar demasiado sarcástico.

Su madre sonrió radiante.

—Eres un muchacho tan encantador por traerme aquí. Ahora, ¡tengo noticias deliciosas! Estoy invitada a la reunión en la casa de Lady Lavington el próximo mes, y he preguntado si podría llevarte conmigo. Estoy segura de que podrás encontrar algún entretenimiento en la extensa biblioteca de los Lavington, si no hay otra cosa.

—No me gustan mucho las reuniones sociales, madre —dijo Tim, conteniendo un suspiro. Debería haber sabido que ella no se rendiría tan fácilmente—. Y estoy seguro de que Lady Lavington tendrá muchos jóvenes que estarán mucho más interesados en sus hijas solteras.

—¡Bah! —Lady Bridgnorth abrió su abanico de golpe, agitándolo frente a su rostro—. Lady Lavington estará encantada de tenerte allí, Tim, lo sé. De hecho, ya he recibido una carta suya confirmando nuestra invitación y dice que está deseando conocerte.

Tim suspiró.

—Madre, agradezco tus esfuerzos, pero realmente no deseo ser exhibido ante un grupo de jóvenes debutantes como si fuera un toro de premio.

La expresión de su madre se volvió astuta.

—Ah, pero ¿y si hubiera allí damas que no fueran debutantes? ¿Quizás algunas jóvenes viudas o solteras mayores? ¿Quizás incluso

algunas sin título, como la señorita Theresa Madeley? Sé que nunca considerarías a la hija de un comerciante, pero hay algunos caballeros muy adinerados en estos días que tienen hijas encantadoras y bien educadas. El padre de Lady Lavington es banquero, ¿sabes? ¡Ambas señoritas Lavington tienen enormes dotes, cincuenta mil libras cada una!

Tim no sabía eso, ni le importaba, pero al ver la expresión esperanzada de su madre, no pudo desanimarla.

—Lo consideraré —dijo, y ella sonrió.

—Gracias, querido. Creo que podrías encontrarlo bastante más agradable de lo que esperas. Las reuniones en casa de Lady Lavington son conocidas por sus entretenimientos.

Por mucho que a Tim le disgustara la idea de ser exhibido para el entretenimiento de un grupo de jóvenes adineradas —y sus madres— se sentía bastante culpable por decepcionar a su madre. Encontraría otra forma de entretenerla, decidió. Lo mínimo que podía hacer por ella era permitirle pensar que había ganado esta ronda. Forzó una sonrisa, tomó la ridículamente pequeña taza de té y se bebió el té con aroma floral de un solo trago.

En privado, deseaba un brandy, pero había bebido demasiado desde que se dio cuenta de que su audición no volvería, y no deseaba convertirse en un borracho. Ahogar sus penas no era una salida a su predicamento actual. Ignorando la charla de su madre mientras comenzaba a enumerar las herederas que esperaba presentarle, consideró sus opciones. Tal vez hubiera una manera de eludir la decisión de sus superiores en Horse Guards. Después de todo, era hijo de un conde y estaba emparentado con algunos hombres poderosos.

Tim se incorporó de golpe cuando se le ocurrió la idea. ¡Su padrino! Lord Sattlebury había sido el amigo más cercano del Conde de Bridgnorth desde su infancia, y ahora Sattlebury era la mano derecha del mismísimo Lord Liverpool, ¡el Secretario de Estado para la Guerra y las Colonias! Si alguien podía ordenar el regreso de Tim al servicio activo, seguramente sería Lord Liverpool. Escribiría a Lord

Sattlebury inmediatamente. O, como concedió con un suspiro silencioso cuando su madre exigió su atención, probablemente después de la cena, cuando Lady Bridgnorth le permitiera algo de tiempo para sí mismo.

Una vez liberado de su deber familiar esa noche, Tim subió apresuradamente y se sentó en el pequeño escritorio de su dormitorio, con la espalda recta y el ceño fruncido en concentración mientras escribía, con la vela proyectando sombras en las paredes tras él. La habitación estaba tenuemente iluminada, siendo la única vela la única fuente de luz, pero apenas lo notó. Un pequeño retrato de su regimiento, el 14º de Dragones Ligeros, y una medalla que le había sido otorgada por valentía en batalla eran los únicos toques personales en la habitación, por lo demás bastante espartana, pero eran suficientes para recordarle lo que había perdido.

Mi querido Padrino, escribió. *Espero que esta carta os encuentre bien. Os escribo para expresar mi profunda decepción por haber sido retirado del servicio activo y asignado en su lugar a un puesto administrativo.*

Mientras escribía, su mano se movía con trazos determinados a través del papel. Su caligrafía era pulcra y precisa, un reflejo de la mente disciplinada que había detrás.

Entiendo que mi reciente lesión me ha dejado con una discapacidad y que podéis tener preocupaciones sobre mi capacidad para desempeñar mis funciones. Sin embargo, os aseguro que soy más que capaz de cumplir con mis responsabilidades. Mi audición puede estar deteriorada, pero mis otros sentidos están tan agudos como siempre, y estoy más decidido que nunca a demostrarlo.

Tim hizo una pausa, con la mandíbula apretada por la frustración y la pluma firmemente sujeta en su mano. No estaba preparado para renunciar a la vida que se había forjado como soldado. Pero sabía que el General de División Armstrong no era un hombre que se dejara influenciar por apelaciones emocionales. Tenía que presentar un caso lógico, uno que convenciera a su oficial al mando de que todavía estaba en condiciones de servir.

Ya he hecho arreglos para que se me asigne un ayudante personal, que se asegurará de que pueda comunicarme eficazmente con mis hombres. Estoy seguro de que podré dar y seguir órdenes sin dificultad.

Con el ceño fruncido en concentración, Tim reanudó la escritura, su pluma moviéndose ahora más lentamente mientras consideraba cuidadosamente sus palabras. Quería asegurarse de decir todo lo que necesitaba decir, pero no quería parecer quejumbroso o desesperado.

He servido con el 14º de Dragones Ligeros durante años, y estoy orgulloso de llamarme uno de sus oficiales. Siempre he cumplido con mi deber lo mejor que he podido, y estoy decidido a seguir haciéndolo. Solicito respetuosamente que intercedáis y pidáis a Lord Liverpool que solicite a mis superiores que reconsideren su decisión y me permitan volver al servicio activo.

Atentamente, Mayor Timothy Blair-Fortescue, 14º de Dragones Ligeros

Tim dejó la pluma con un suspiro, sus ojos deteniéndose en la firma por un momento antes de doblar la carta y sellarla con una gota de cera. La enviaría por la mañana, decidió, poniéndose de pie y estirándose. Había hecho todo lo que podía; ahora solo esperaba que su padrino tomara la decisión correcta.

La respuesta llegó incluso antes de lo que Tim había esperado, apenas dos días después. Fue convocado de nuevo a Horse Guards, a la oficina del General de División Armstrong, esta vez solo.

La oficina del General de División Armstrong era tan formal e imponente como Tim podía imaginar, con sus muebles de madera oscura, alfombra roja y paredes cubiertas de recuerdos militares. Un retrato del Rey Jorge III colgaba detrás del escritorio, y un par de espadas cruzadas estaban montadas sobre la chimenea. Era una habitación diseñada para inspirar asombro y respeto, y lo hacía admirablemente.

El General de División Armstrong levantó la vista de su papeleo cuando Tim entró, evaluándolo con su mirada penetrante.

—Mayor Blair-Fortescue —dijo en tono brusco—. Tome asiento.

Tim saludó, con la postura rígida mientras ocupaba la silla ofrecida.

—Gracias, señor.

Armstrong se recostó en su propia silla, con expresión indescifrable.

—Lord Sattlebury me ha hecho llegar su carta —dijo, señalando un papel en el escritorio.

La mandíbula de Tim se tensó.

—Soy soldado, señor. Deseo volver al servicio activo —espetó entre dientes apretados.

—Y yo desearía no ser el heredero de mi padre, demasiado importante para arriesgarme fuera de las seguras costas de Inglaterra —dijo Armstrong secamente—. Pero no siempre obtenemos lo que queremos, ¿verdad?

Los puños de Tim se crisparon en su regazo.

—Soy perfectamente capaz de desempeñar mis funciones, señor. Ya he hecho arreglos para que se me asigne un ayudante personal.

Armstrong suspiró.

—No se trata de eso, Mayor. No dudo de que podría seguir siendo un oficial eficaz. Pero el hecho es que está sordo de un oído, y el otro no es lo que era. —Levantó una hoja de papel, y Tim apretó los dientes, reconociendo el informe médico que lo había condenado—. En el fragor de la batalla, la comunicación es vital, y no puedo arriesgarme a tener un oficial que podría no oír una orden.

La frustración de Tim estalló.

—¿Así que he de quedar relegado, entonces? ¿Dejado para pudrir en algún puesto perdido?

Armstrong negó con la cabeza.

—Difícilmente. No teniendo en cuenta que tiene amigos en altas esferas, joven. Pero incluso antes de que Lord Sattlebury interviniera, ya le había recomendado para una misión muy prestigiosa.

Eso hizo que Tim se detuviera.

—¿Qué misión, señor?

Armstrong tomó un sobre sellado del escritorio y se lo entregó.

—Sus órdenes, Mayor. Debe presentarse en el Real Colegio Militar de Sandhurst para ocupar un puesto como instructor.

Tim miró el sobre con incredulidad.

—¿Un instructor? Señor, con todo respeto, soy un soldado, no un maestro de escuela.

—Es uno de los oficiales más experimentados del Ejército de Su Majestad —dijo Armstrong con brusquedad—. Ha visto más campañas que la mayoría de los hombres que le doblan la edad, y tiene un caudal de conocimientos para transmitir a la próxima generación de oficiales. No puedo pensar en nadie más calificado para el puesto.

Tim negó con la cabeza, con la mandíbula tensa.

—Me honra su confianza en mí, señor, pero debo declinar. No voy a ser apartado como un viejo caballo de guerra.

—Mayor —dijo Armstrong, en un tono casi suave—, esto no es un castigo. Es una oportunidad. Una oportunidad de dar forma al futuro del Ejército Británico. ¿Realmente cree que malgastaría sus talentos en un puesto sin sentido?

Tim miró fijamente el sobre en sus manos, con la visión borrosa. Nunca lo había visto de esa manera. Había estado tan centrado en lo que estaba perdiendo que no había considerado lo que podría ganar.

—Piénselo —le instó Armstrong—. Tiene la oportunidad de marcar la diferencia, Mayor. De asegurarse de que los oficiales que vengan después de usted sean tan hábiles y dedicados como usted. ¿No vale eso algo? ¿Cuál es la alternativa, después de todo? ¿Vender su comisión y convertirse en un caballero ocioso?

Ese pensamiento era absolutamente insoportable. Tim respiró hondo, descrispando los puños, y dijo lo único que podía decir.

—Acepto la misión, señor.

—Buen hombre. —Armstrong sonrió, una expresión rara en su rostro agrietado—. Sé que no me decepcionará.

Tim se puso de pie, saludando una vez más.

—Gracias por su confianza en mí, señor.

—Puede retirarse, Mayor. —Armstrong devolvió el saludo—. Vaya con Dios.

Tim salió de la oficina, con la carta aferrada en su mano. Tenía mucho en qué pensar, y no mucho tiempo para asimilar su nueva asignación.

Los movimientos de Tim eran decididos mientras doblaba sus uniformes y empacaba su equipo. La disciplina militar estaba arraigada en él, y cuidaba sus posesiones, aunque tenía poco que quisiera empacar. El retrato de los oficiales del 14º de Dragones Ligeros, su regimiento, colgaba en una pared, y tenía una medalla por valentía que había metido en un cajón. Se detuvo para mirarla ahora, sosteniendo el pequeño disco de plata en su mano por un largo momento antes de que sus ojos se dirigieran al retrato.

La resignación se dibujaba claramente en su rostro mientras suspiraba, su mirada demorándose en los rostros de los hombres junto a los que había luchado durante años. Inclinó la cabeza, cerrando los ojos y respirando profundamente. Cuando volvió a levantar la vista, su expresión era más suave.

Le habían dado una misión, y ya que no tenía más remedio que aceptarla, haría lo mejor posible. Armstrong tenía razón. Esta tarea tenía valor, y si Tim no podía ir personalmente a reunirse con su regimiento, al menos podía enviar en su lugar a jóvenes oficiales bien entrenados. Tim dejó a un lado la medalla para guardarla con la carta de Horse Guards, y el retrato también, aunque no sabía dónde lo colgaría en sus nuevos aposentos. Quizás no lo haría. Tomó de nuevo la medalla, dándole vueltas en su mano. Estaba grabada con la fecha y ubicación de su hazaña heroica, y cerró brevemente los ojos, recordando por un momento el calor abrasador de España, los gritos de los heridos y moribundos, el estruendo de los cañones.

Realmente no quería volver. Se lo admitió a sí mismo, en el silencio de su propia mente. Había estado demasiado cerca de morir aquel día, salvado solo por el heroísmo aún mayor de su mejor amigo, que había sacado a Tim del campo de batalla después de

que su caballo fuera abatido y Tim yaciera herido y aturdido en el suelo. La culpa lo perseguiría, pero no volver era una bendición.

En su lugar, iría a Sandhurst y cumpliría con su deber lo mejor que pudiera, ganándose el respeto de sus compañeros allí. Y quizás, con suerte, encontraría un nuevo papel en el que sus talentos fueran útiles.

Colocando cuidadosamente la medalla en la caja, la cerró y terminó de empacar sus pertenencias, listo para partir por la mañana.



Tim estaba sentado en el carruaje, mirando por la ventana mientras el paisaje pasaba como una mancha borrosa. Su ceño estaba ligeramente fruncido, y sus ojos estaban distantes mientras contemplaba su nuevo destino en Sandhurst.

Las colinas suavemente onduladas y las lejanas casas de campo, los animales pastando en los campos, todo parecía un contraste pacífico con la agitación interior de Tim. Como soldado, estaba acostumbrado a la acción, a la camaradería de sus compañeros oficiales, a la emoción de la batalla. Había dirigido cargas, luchado en duelos y salvado vidas. Ahora iba a ser instructor, enseñando a jóvenes las habilidades que había perfeccionado durante años de duro servicio.

Recordó algunos de sus momentos más orgullosos: liderar a su tropa en una audaz carga contra una fuerza enemiga superior, capturar a un oficial francés y sus hombres, rescatar a un camarada herido bajo fuego intenso. Había sido condecorado por su valentía, ascendido por sus logros. ¿Le respetarían los cadetes de Sandhurst por sus hazañas o le verían como una reliquia de una época pasada, aunque fuese menos de una década mayor que incluso el más joven de ellos?

Las palabras del conde pronunciadas la noche anterior regresaron a su mente: —Eres un soldado, Tim. Es lo único que siempre has querido ser. Y ahora te envían a enseñar a muchachos cómo ser soldados. Deberías sentirte honrado.

Debería estarlo. Y sin embargo...

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una sacudida cuando el carruaje golpeó un bache en el camino, y volvió a mirar por la ventana. Estaban atravesando una desolada extensión de páramo, con una fina niebla enroscándose alrededor de árboles escuálidos, mientras se acercaban a Sandhurst.

El corazón de Tim latió un poco más rápido al pensar en lo que le esperaba. Estaba decidido a aprovechar al máximo su nuevo destino, a demostrar que todavía tenía algo que ofrecer al ejército. Entrenaría a los jóvenes cadetes para que fueran los mejores soldados posibles, y quizás al hacerlo, encontraría cierta satisfacción.

Finalmente, el carruaje se detuvo, y Tim abrió la puerta y bajó, sus botas golpeando el suelo con un sólido ruido sordo. Se enderezó el abrigo y comenzó a caminar hacia el más grande de los imponentes edificios de piedra, con paso decidido.

La grandeza y solidez de los edificios hablaban de la larga historia de la institución, y los muros de piedra dorada brillaban bajo el sol del atardecer. La actividad a su alrededor era caótica pero organizada, cadetes marchando en formación mientras sus oficiales gritaban órdenes, y caballos trotando por los campos de desfile, con jinetes practicando maniobras.

Tim mantuvo la mirada fija hacia delante, ignorando las miradas que le lanzaban mientras caminaba por el sendero. Su postura era rígida, con los hombros cuadrados, y mantenía las manos apretadas en puños para evitar que temblaran.

Estaba decidido a causar una buena impresión aquí, a demostrar que era capaz y digno del puesto que le habían otorgado. Pero no podía evitar sentir cierta inquietud mientras se acercaba a la imponente estructura de piedra, con su hilera de altas ventanas e imponentes columnas.

—Solo es un nuevo desafío —murmuró para sí mismo mientras subía los escalones de la entrada—. Todo lo que tengo que hacer es enfrentarlo de frente, igual que he hecho con todos los demás desafíos en mi vida.

Un joven soldado le abrió la puerta, y Tim respiró hondo, y luego entró.



Capítulo Tres

TIM SE MANTUVO RECTO como una baqueta en su recién asignada habitación en Sandhurst, ajustándose la camisa y el pañuelo del cuello antes de ponerse la chaqueta. La habitación era espartana, dispuesta con precisión militar, pero tenía que admitir que era bastante cómoda. Si tan solo pudiera deshacerse de la sensación de que este era el lugar donde los viejos soldados venían a morir.

Cogiendo su chaqueta de la percha, se la puso y abrochó los botones con movimientos rápidos y eficientes antes de comprobar su reflejo en el pequeño espejo del lavabo. En la intimidad de su habitación, podía admitirse a sí mismo que era culpable de vanidad, sabiendo lo bien que le quedaba la chaqueta bien confeccionada. Quizás debería estar agradecido a su madre por el regalo, si no hubiera sido tan descarada en su insistencia de que debería estar buscando una novia en lugar de volver al campo de batalla.

Si pudiera volver a España ahora mismo, lo haría sin dudarlo. Pero no podía. El Mayor General Armstrong había dejado claro que no sería más que una carga. No podía oír órdenes; no podía oír cuando se acercaba una bala de cañón. No podía oír los gritos de sus hombres cuando caían abatidos. Ni siquiera podía oír los toques de corneta a menos que estuvieran lo bastante cerca, lo que significaba que se había perdido el toque de diana de la mañana,

despertándose solo cuando su nuevo ayudante había llamado a su puerta.

La habitación estaba tan silenciosa. Podía oír su propia respiración, y no mucho más. Echaba de menos el ruido del canto de los pájaros, el repiqueteo de los cascos de un caballo sobre los adoquines, el suave crujido del arnés de cuero y el tintineo de las guarniciones. El mundo entero estaba demasiado silencioso ahora.

Los ojos de Tim se desviaron hacia el escritorio y la carta que había allí. De Armstrong, destinándole a este puesto en Sandhurst. Como instructor, podría utilizar sus conocimientos duramente ganados y asesorar a los nuevos reclutas, enseñándoles cómo sobrevivir en el campo de batalla y, quizás, incluso ganar una batalla o dos.

Su regimiento permanecía en España, y los envidiaba amargamente. Aunque sabía que nunca volvería a luchar, quería estar allí. Eran sus amigos, sus hermanos, mucho más que su verdadero hermano, a quien apenas conocía. Sentía la distancia intensamente, y más aún porque no tenía forma de recibir noticias de ellos. Las cartas, sospechaba, eran una prioridad menor para el Ejército que la munición.

Respirando hondo, Tim se obligó a relajar la mandíbula. Podía hacerlo. Lo haría. Seguía siendo un soldado, aunque no estuviera en el campo. Demostraría a todos que estaban equivocados. Aún no había terminado.

Sacando sus guantes del cinturón, los golpeó contra la palma de su mano y se dirigió a la puerta. Sus reclutas estaban esperando.

Tim respiró profundamente antes de entrar en el comedor de oficiales donde los demás oficiales estaban reunidos para desayunar. Enderezando la columna, inclinó ligeramente la cabeza, tratando de captar la conversación. Era capaz de oír algunas de las palabras habladas, pero no otras, un hecho que hizo que su mandíbula se tensara de frustración.

El Teniente Coronel Forebury, su nuevo oficial al mando en Sandhurst, le dio un rápido repaso, observando su rigidez y la ligera

inclinación de su cabeza. El hombre mayor había perdido un brazo en batalla, pero eso no le impedía manejar caballos mejor que la mayoría, según le habían dicho a Tim. La expresión de Forebury era inescrutable, pero Tim sintió un escalofrío de aprensión.

—¿Su viaje a Sandhurst transcurrió sin incidentes, me imagino, Mayor Blair-Fortescue? —preguntó Forebury, hablando alto y claro, mientras Tim tomaba asiento.

Tim asintió, inclinando ligeramente la cabeza para oír mejor. —Sí, señor.

—Bien, bien —dijo Forebury, haciendo algunos comentarios más sobre el tiempo y los caminos antes de volverse para hablar con otro oficial.

Tim apenas se relajó antes de captar las palabras del hombre: —No habrá alguna posibilidad de conseguir una de esas trompetillas antiguas, ¿verdad, Rawlings? ¿Como la que usaba tu abuelo?

El otro oficial, un capitán, se rió entre dientes. —Me temo que no, señor —dijo, con un tono que dejaba claro que consideraba a Tim completamente sordo.

Varios de los otros oficiales se rieron, pero los ojos agudos de Tim captaron algunos que parecían incómodos. Respiró hondo, obligándose a mantener la calma. Estaba acostumbrado a la forma en que la gente le miraba ahora cuando sabían de su sordera, pero eso no significaba que tuviera que gustarle.

Aun así, sus dedos ansiaban envolverse alrededor de la empuñadura de su sable, para demostrar que seguía siendo letal a pesar de su discapacidad. Ya no podía luchar en el campo de batalla, pero todavía podía pelear. Si estos oficiales le subestimaban, pronto descubrirían lo equivocados que estaban.

Entrecerró los ojos mientras miraba a Forebury. El hombre mayor era su oficial al mando, y tenía que obedecer, pero no tenía por qué gustarle. Estaba claro que Forebury no le quería allí, lo que solo hacía a Tim más decidido a demostrarle que estaba equivocado. Agarró sus guantes con fuerza en su mano, el cuero crujiendo

ligeramente bajo la presión de su agarre. Les demostraría a todos. Sin importar lo que costara.

—¿Está listo, Mayor? —La voz ansiosa detrás de él y el ligero toque en su hombro hicieron que Tim girara la cabeza, y asintió, levantándose para seguir al joven ayudante desde el comedor. El Teniente Spurling era lento, caminando con muletas, le faltaba la pierna derecha por debajo de la rodilla, pero Tim ya le había evaluado como un joven inteligente. Le siguió con paciencia, confiando en que Spurling le llevaría al lugar correcto.

Fuera, Spurling le condujo a un punto en el campo de desfile donde dos docenas de jóvenes con uniformes tan nuevos que prácticamente brillaban esperaban de pie. Los caballos estaban siendo conducidos desde los establos cercanos.

—Esta remesa de caballos llegó ayer mismo, Mayor —dijo Spurling, sonando feliz y emocionado—. Caballos de Belle Haven, los mejores del país.

La atención de Tim se dirigió a una joven que caminaba con los caballos. Su traje de montar verde oscuro era sencillo, pero había algo en la manera confiada de caminar que hablaba de autoridad. Observaba atentamente a los mozos, y cuando uno de los caballos, un gran castrado bayo, sacudió la cabeza y relinchó, soltándose de su ronzal y alejándose del mozo, ella fue la primera en dar un paso adelante, con la mano extendida.

Las orejas del caballo se levantaron y dio unos pasos hacia ella, luego se detuvo y sacudió la cabeza otra vez, resoplando. Ella esperó pacientemente, con la mano aún extendida, y Tim vio moverse sus labios. No podía oír lo que estaba diciendo, pero las orejas del caballo se movían hacia adelante y hacia atrás, y dio unos pasos más, luego otro, hasta que llegó a ella y bajó la cabeza para olisquear su palma.

Ella frotó el cuello del caballo, estirándose para rascar la cruz del castrado, y Tim vio claramente cómo la tensión desaparecía del animal. La mujer sonrió, un destello de dientes blancos en un rostro

que Tim ahora se daba cuenta era demasiado moreno para ser inglés.

Con el caballo ya tranquilo, la mujer recogió el ronzal y se lo devolvió al mozo antes de volverse hacia otro. Los ojos de Tim la siguieron, observando la forma en que se movía, con propósito y confianza. Su espeso cabello negro estaba recogido bajo un sencillo sombrero de paja, pero su ropa era de calidad. Captó un vistazo de esos dientes blancos de nuevo mientras sonreía a otro caballo, y no pudo evitar notar la manera en que sus manos se movían, ligeras pero firmes, mientras comprobaba los arreos.

—Buen trabajo con el aparejo —oyó Tim decirle al joven que actuaba como mozo—. Bien hecho. Aunque esta muserola está un poco apretada, ¿ves? Necesita respirar. Vamos a aflojarla un punto.

El mozo asintió y ella continuó, deteniéndose a la cabeza de la fila de caballos y volviéndose para mirar hacia el campo de desfile y los reclutas que esperaban antes de dar una orden con voz clara y enérgica: —Adelante con ellos, de tres en tres. Detenedlos en el centro del campo, luego preparaos para traer a los siguientes tres.

—Sí, señorita —dijo el mozo, tocándose la frente con un respetuoso asentimiento.

—Señorita —murmuró Tim, observando cómo ella volvía a los caballos. No era una criada, entonces. Se preguntó quién era y qué estaba haciendo aquí. Nunca había visto a una mujer tan a gusto con los caballos, tan segura de sus habilidades, ni siquiera su madre, que siempre había amado montar.

Frunciendo el ceño, apartó la mirada, tratando de apartar la imagen de ella de su mente. No quería admirarla, no quería quedar impresionado por sus habilidades. Era una distracción, nada más.

—¿Por qué demonios hay una mujer aquí?

Las palabras brotaron de él en un gruñido bajo, y el Teniente Spurling le miró sorprendido, luego siguió la dirección de su mirada.

—Oh, es solo la señorita Bell —dijo alegremente—. Es la encargada de los caballos que vino con ellos desde Belle Haven, y una excelente amazona además. Ella fue quien me enseñó a montar

de nuevo el año pasado. La señorita Bell es una entrenadora magnífica. Fue idea suya enseñarme a montar usando un látigo en lugar de mi pierna derecha. «Las damas que montan a la amazona tampoco usan su pierna derecha, Teniente», me dijo. «No hay razón para que no pueda aprender a montar como una dama». —La sonrisa de Spurling se ensanchó—. Es una terrible bromista, la señorita Bell, pero una gran amazona, y ahora soy mejor jinete que antes de perder la pierna.

—¿En una silla de amazona? —preguntó Tim, completamente confundido por la idea.

—¡Por Dios, no, señor! —Spurling obviamente reprimió una carcajada—. La señorita Bell no avergonzaría así a un caballero. No, pero me consiguió un caballo entrenado para llevar silla de amazona y también para ser montado a horcajadas, y me ayudó a aprender a equilibrarme de nuevo, y a usar el látigo como hace una dama, en lugar de mi pierna.

—Ya veo. —Tim se sintió un poco tonto por haber hecho la pregunta—. Bueno... ¿qué está haciendo ahora? —Alejándose de los caballos, la señorita Bell se acercaba a los reclutas, que no parecían saber qué pensar de ella, la mitad de ellos poniéndose firmes mientras la otra mitad miraba su esbelta figura con falta de respeto.

—Asignando los caballos a sus jinetes, señor —dijo Spurling servicialmente.

Tim balbuceó horrorizado: —¡Eso habrá que verlo!

Tim marchó hacia la señorita Bell, frunciendo el ceño. Ella le devolvió la mirada con una media sonrisa inquisitiva en los labios.

—Este es el Mayor Blair-Fortescue, señorita Bell —dijo Spurling, apresurándose con sus muletas junto a Tim—. Oficial al mando de este grupo de reclutas.

Los reclutas, al menos, se pusieron todos inmediatamente firmes, observó Tim. La señorita Bell extendió su mano, como si esperara que él la estrechara, como si fuera un caballero. La miró con incredulidad.

—Tenía entendido que los caballos estarían listos para que los reclutas montaran hoy —dijo Tim, consciente incluso mientras hablaba de que su tono era un poco pomposo. Le había tomado por sorpresa la presencia de la señorita Bell, y no le gustaba.

—Estoy preparando los caballos para que los reclutas monten —dijo la señorita Bell con calma. Bajó la mano que ofrecía, pero no saltó para obedecerle ni mostró ningún signo de que él la hubiera intimidado. Su lenguaje corporal era confiado, incluso autoritario—. Estoy aquí para evaluar el estilo de montar de cada recluta, para poder emparejarlos con el caballo más adecuado a sus habilidades.

Su mandíbula se tensó y sus ojos se estrecharon. —Ya veo. Desea tomar todo el día para ello, entonces, mientras los reclutas permanecen ociosos. Estoy seguro de que su método es muy minucioso, señorita Bell, pero estamos en guerra y el tiempo es esencial. Preferiría asignar los caballos al azar y tener a los reclutas en el campo de desfile lo antes posible. —Se volvió a medias, examinando los caballos con el ojo crítico de un hombre que había pasado toda su vida adulta en la caballería.

Quería encontrar algún defecto en al menos uno de estos monturas, quería despedir a la señorita Bell con órdenes de hacerlo mejor. Pero tenía que admitir que eran algunos de los mejores animales que había visto, todos ellos ahora esperando tranquilamente de la mano de sus jóvenes mozos, esperando instrucciones.

—Puedo asegurarle, Mayor —dijo la señorita Bell, con tono frío—, que mi método es el mejor. Permítame demostrarlo. —Levantó una mano, llamando a uno de los reclutas—. Usted, señor. Su nombre, por favor.

—Llewellyn, señorita —dijo el joven, dando un paso adelante y tocando respetuosamente su sombrero—. Cadete Richard Llewellyn.

—¿Y cuánto tiempo lleva montando, señor Llewellyn?

—Desde que era un niño, señorita —dijo, con un ligero acento galés—. Mi padre cría cobs en nuestra granja en Brecon.

—Cobs galeses, ¿eh? —Sonrió—. Son caballos buenos y robustos, pero creo que disfrutará montando algo un poco más alto. —Se volvió hacia uno de los mozos, que sostenía un alto castrado gris moteado—. Trae a Osiris.

El mozo adelantó al caballo y entregó las riendas a Llewellyn, quien las tomó con una sonrisa encantada. —¿Un gris? Siempre me han gustado los grises, señorita.

—Es un poco temperamental —le advirtió ella—. Necesitará mantener una mano firme con él, pero estoy segura de que está acostumbrado a eso con sus cobs galeses.

—Sí, señorita. —Llewellyn sonrió—. Gracias.

El caballo relinchó suavemente, empujando su hombro, y ella le frotó el hocico con una sonrisa. —Ahí tienes, precioso. Te dije que te encontraría un buen jinete.

La sonrisa de Llewellyn se ensanchó, y se llevó al caballo, siguiéndole el castrado con brío en su paso.

La señorita Bell se tomó su tiempo para emparejar los caballos con los hombres, y cuanto más se demoraba, más se apretaba la mandíbula de Tim y más se estrechaban sus ojos. Su pie golpeaba impaciente, sus manos estaban cerradas en puños a los lados, y sus dientes rechinaban mientras la observaba seleccionar cuidadosamente a cada hombre y caballo, pensando todo el tiempo lo poco práctico que era su excesivo cuidado.

Estaban en guerra. No tenían el lujo del tiempo, y Tim no tenía intención de permitir que le tomaran por tonto, ni que sus hombres permanecieran ociosos mientras esta jovenzuela se tomaba su tiempo.

—¡Basta! —espetó, después de que pasaran unos minutos más y solo dos reclutas más hubieran recibido caballos—. Esto no es un juego de salón, señorita Bell. Estamos en guerra, y el tiempo es esencial. Estoy seguro de que cada uno de sus caballos es de la mejor calidad y se adaptará a cualquiera de mis reclutas. Por lo tanto, los asignaré yo mismo.

—Pero Mayor...

—No admitiré más argumentos, señorita Bell. —Se volvió hacia el recluta más cercano—. Usted.

El joven dio un paso adelante. —Harrison, señor.

Tim señaló a un caballo al azar. —Ese es el suyo.

La señorita Bell tuvo la osadía de negar con la cabeza. —Entiendo su urgencia, Mayor, pero asignar caballos al azar no solo es ineficiente sino peligroso.

Él frunció el ceño. —¿Qué quiere decir con peligroso?

—Quiero decir que estos caballos han sido entrenados para responder a ayudas específicas —dijo ella—. Si el jinete no conoce las ayudas, el caballo no responderá correctamente. En el mejor de los casos, el jinete se frustrará; en el peor, podría ser derribado.

—Todos estos son jinetes experimentados —dijo Tim—. Cada hombre enviado a Sandhurst para formación de oficiales sabe montar.

—Lo son —coincidió ella—, pero no están familiarizados con *nuestros* caballos. Se necesita tiempo para desarrollar una relación con un caballo, y un caballo entrenado para responder a cierto tacto, a cierta voz, no puede cambiar esa respuesta por capricho.

—¿Está diciendo que mis hombres no son suficientemente buenos jinetes para manejar sus caballos? —preguntó, con voz peligrosamente baja.

—Estoy diciendo que conozco a mis caballos mejor que usted, Mayor. —Alzó la barbilla—. Si me permite emparejarlos con los jinetes, puedo prometerle los mejores resultados posibles. Si insiste en asignarlos al azar, no puedo garantizar que no haya lesiones o algo peor.

—¡Nunca he oído nada tan ridículo! —dijo Tim, tratando de mantener la calma. No sería adecuado que sus reclutas le vieran gritando a esta joven en el campo de desfile.

La señorita Bell se alejó como si Tim ni siquiera hubiera hablado. —Traed a Apolo —ordenó a un mozo.

A Tim se le cortó la respiración cuando trajeron al caballo. Grande y poderoso, el semental castaño tenía una mancha blanca en la

cara. La misma mancha blanca que tenía Rufus, el mismo pelaje rojizo-dorado brillando como una guinea recién acuñada.

—Rufus —susurró Tim, incapaz de contenerse.

Su corazón latía con fuerza en su pecho, su garganta apretada por el dolor. Sus manos se cerraron en puños a los lados, y se mordió el labio inferior, luchando por mantener el control.

La señorita Bell se giró rápidamente, mirándole fijamente. —¿Qué ha dicho?

No podía mentir. —Rufus —repitió, con voz ronca—. Era... mi caballo. En España. —Su boca estaba seca como el polvo—. Me salvó la vida. Murió, pero me salvó la vida. Más veces de las que puedo contar. Se parecía exactamente a ese caballo. Podría ser su gemelo.

Por un momento, el rostro de la señorita Bell se suavizó, sus ojos reflejando su propio dolor. Luego apretó los labios, su expresión transformándose en una máscara en blanco. —Ya veo. Lamento oír que Rufus se perdió. También era un caballo de Belle Haven. Apolo es su hermano. —Su voz era suave, y Tim por primera vez tuvo dificultad para oírla. Su voz alta y ligera era tan molestamente fácil de oír como la de su madre.

Tim tuvo que luchar consigo mismo. Tuvo que hacer una pausa, respirar hondo y aceptar que no podía llevarse al gran castaño para sí mismo, por mucho que quisiera en ese momento. —Bueno —dijo, cuando estuvo seguro de que su voz no temblaría—, sé que cualquier recluta al que asigne a Apollo, no podría tener un mejor caballo.

Examinando el grupo de jóvenes, se fijó en un muchacho alto de constitución robusta, con una postura confiada. —Usted —dijo con decisión, señalándolo—. ¿Cómo se llama?

—¡Cadete George Watson, señor!

—Acérquese y tome las riendas.

—¡Señor! —Watson se adelantó, tomando las riendas del mozo—. ¡Gracias, señor! —Sus ojos brillaban, y parecía estar listo para montar inmediatamente.

—Adelante —dijo Tim, haciendo un gesto—. Lleve el caballo a un trote alrededor del campo, familiarícese con él.

Watson se tomó un momento para revisar la cincha, luego se subió a la silla, guiando a Apollo a través del césped en un amplio círculo hacia la derecha. El gran castaño no dio un solo paso en falso, su marcha era suave y fluida.

La señorita Bell observaba, con el rostro tenso de frustración y preocupación.

—Mayor, realmente debo insistir...

—¿Ah, debe hacerlo? —la voz de Tim era cortante—. No sabía que usted estaba al mando aquí, señorita Bell.

Su mirada cayó, y sus mejillas se sonrojaron ligeramente. —No, Mayor. Por supuesto que no. Me disculpo por sobrepasarme. Es solo que Apollo... puede ser difícil de manejar, y odiaría que el cadete Watson se lastimara. Como dije, conozco mis caballos, y sé que Apollo necesita un jinete excepcional. Una mano firme y experimentada.

—El asunto está cerrado, señorita Bell. Mis hombres pueden manejar sus caballos, y lo harán.

Su mandíbula se tensó ante el tono despectivo de Tim, pero bajó la mirada al suelo, mordiéndose el labio. —Como usted diga, Mayor.

Enfurecido por su aparente intento de socavar su autoridad delante de sus hombres, Tim se apartó de ella, dirigiéndose al Teniente Spurling. —Asignemos estos caballos, Teniente.

—Sí, señor —dijo Spurling, pero los labios del joven se tensaron, y Tim tuvo la clara impresión de que Spurling no estaba en absoluto impresionado por su forma de tratar a la señorita Bell.

Bueno, él era el oficial al mando, no la señorita Bell ni el Teniente Spurling. Sus órdenes serían obedecidas, y punto.

Los reclutas observaban su intercambio, con expresiones que mezclaban curiosidad y preocupación. La ira de Tim se encendió aún más. ¡Era su primer día al mando, y esta mujer ya creía que podía socavar su autoridad!

—¿Supongo que le gustaría que le devolviera el resto de los caballos, señorita Bell, para que pueda asignarlos a los reclutas como mejor le parezca? —preguntó, con voz áspera.

—Me gustaría ser consultada, sí —dijo ella, y Tim contuvo una risa incrédula. Realmente pensaba que podía darle órdenes.

—¿Y si no la consulto? —preguntó, con voz peligrosamente suave.

—Entonces presentaré una protesta ante su oficial superior, Mayor. No creo que sea en el mejor interés de los caballos o de los reclutas asignar los caballos a los jinetes al azar. Estos caballos son todos diferentes, y sus reclutas también. Me gustaría tener en cuenta tanto a los caballos como a los jinetes, para emparejarlos de la mejor manera posible. Sir Richard Bell y yo hemos estado trabajando con los caballos que hemos traído a Sandhurst de esta manera durante años.

Un recuerdo cruzó por la mente de Tim, casi una década atrás. Su propio primer día en Sandhurst. Un hombre alto con un comportamiento tranquilo y un abrigo de civil, que lo había mirado una vez, asintió como si le gustara lo que veía, y luego ordenó que trajeran a Rufus. ¿Había sido ese Sir Richard Bell? Tim nunca supo el nombre del hombre.

Sintiéndose a la defensiva, Tim volvió al ataque. —Así que —Tim cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Está diciendo que los caballos que ha proporcionado al Ejército de Su Majestad no son aptos para su propósito, señorita Bell?

El peso de su acusación quedó suspendido en el aire entre ellos, y Tim vio a varios de los reclutas mirarse con inquietud.

Un destello de ira iluminó los ojos marrones de la señorita Bell, su mandíbula se tensó, pero mantuvo la compostura, mirándolo fijamente.

A su alrededor, los caballos se movían, con los cascos golpeando el suelo. La brisa fresca trajo el olor del sudor de caballo a sus fosas nasales, y Tim se encontró deseando poder quitarse el abrigo. El sol se estaba elevando, y pronto haría un calor incómodo.

El Teniente Spurling silbó suavemente entre dientes, el sonido cortando el inquietante silencio que se había establecido.

—¿Y bien? —dijo Tim—. ¿Qué tiene que decir, señorita Bell?

Los ojos de la señorita Bell se estrecharon ante el tono áspero de Tim, y su mandíbula se tensó. Sus manos se cerraron en puños a sus lados, y por un instante, Tim pensó que ella podría intentar golpearlo. Se tensó, listo para agarrar su muñeca.

El impulso pasó casi de inmediato. Las manos de la señorita Bell se relajaron, y tomó una respiración profunda, manteniéndose erguida, o tan erguida como podía —su cabeza apenas llegaba al hombro de Tim. Aunque no podía mirarle a los ojos sin inclinar la cabeza hacia atrás, no apartó la mirada.

—Si está cuestionando mi habilidad como jinete, Mayor, estaré encantada de ponerla a prueba contra la suya —dijo, con voz tranquila y firme—. Cuando usted quiera.

El rostro de Tim se sonrojó. La tranquila confianza de la señorita Bell le enfurecía, haciéndole parecer un pequeño tirano frente a sus reclutas. Todos observaban el intercambio, con los ojos muy abiertos y expresiones que iban desde el shock hasta la diversión.

La señorita Bell seguía mirándole, sus ojos firmes y sin miedo. Verdaderamente creía que podía igualar su habilidad como jinete a la de él.

La reacción inmediata de Tim fue un estallido de ira. ¡Cómo se atrevía a desafiarlo! Su mandíbula se tensó, y sintió que un rubor caliente le subía a las mejillas.

Sin embargo, el sudor le corría por la espalda, y su corazón latía con fuerza. Sentía el pecho oprimido, y tuvo que luchar contra el impulso de limpiarse las manos en el abrigo.

¿Y si fracasaba?

El pensamiento llegó sin ser invitado, y la mente de Tim se llenó de posibilidades. Si la señorita Bell, montando a la amazona, podía realizar incluso una habilidad que él no pudiera igualar, Tim perdería el respeto de sus reclutas. Nunca volverían a escuchar una palabra que dijera a partir de ese momento.

La mirada firme de la señorita Bell no vacilaba. Realmente creía que podía igualarle. ¿Y si podía? Especialmente cuando él estaría montando un caballo desconocido, y ella, según sus propias afirmaciones, había entrenado a cada uno de estos animales. Conocía todas sus peculiaridades.

Me está preparando para el fracaso.

Los reclutas miraban de uno a otro, con expresiones curiosas y expectantes en sus rostros.

No. Tim no podía arriesgarse, no en su primer día. Sería el hazmerreír si fracasaba.

En cambio, tomaría la única otra opción disponible para él.

Irguiéndose en toda su altura, Tim se preparó para dar a la señorita Bell su respuesta más autoritaria.

—La guerra no es una competición, señorita Bell —dijo con firmeza—. Cooperará conmigo para asignar los caballos que ha traído aquí a nuestros reclutas, y obedecerá mis órdenes. O puede marcharse cuando guste.

Sus ojos fueron hacia los caballos y durante un largo momento, dudó. Tim casi podía ver los engranajes girando en su mente mientras sopesaba sus opciones. Estaba seguro de que preferiría irse antes que someterse a él.

Sin embargo, después de ese largo momento, ella hizo una reverencia. Claramente pretendía ser respetuosa, pero Tim no pudo evitar sentir que se estaba burlando de él de alguna manera cuando se enderezó y dijo: —Como ordene, Mayor.

La espalda de Tim estaba rígida, cada músculo tenso con ira controlada mientras se alejaba de la exasperante señorita Bell. No merecía su temperamento. Con suerte, abandonaría Sandhurst inmediatamente en un ataque de rabia y nunca tendría que volver a verla.

El sudor le corría por la espalda mientras se mantenía recto y alto, con el sol subiendo más alto en el cielo. El suelo polvoriento estaba pisoteado por los cascos de los caballos de Belle Haven, y Tim podía oír los sonidos de su movimiento, resoplidos, y pateando

el suelo. Su boca se tensó. Los caballos estaban inquietos por su tensión.

Había estado rodeado de caballos toda su vida, y una de las primeras cosas que se aprendía con ellos era a controlar el temperamento. Sin embargo, en este momento, estaba muy cerca de perderlo por completo.

En cambio, se obligó a mantener la voz firme y la espalda recta, señalando caballos al azar y asignándolos a los reclutas. —Usted, ahí —le dijo a un joven alto con demasiada confianza en su porte, uno que había estado sonriendo durante toda la confrontación de Tim con la señorita Bell—. Tome ese bayo de ahí —dijo con brusquedad.

—Um, Mayor, señor? —El muchacho, cuyo nombre Tim aún no había aprendido, dudó—. ¿Cuál bayo, señor?

—¿Cuál cree usted? —espetó Tim—. El más alto, por supuesto.

—Sí, señor. —El muchacho fue a acercarse al caballo, una yegua. La baya, nerviosa e inquieta, retrocedió unos pasos y puso los ojos en blanco.

—Quédate quieta, maldito animal estúpido —murmuró Tim entre dientes.

El muchacho miró hacia atrás, vacilante. —Señor, debería...

—Quizás si me permite asignar los caballos, Mayor, podremos montarlos —sugirió la señorita Bell.

Tim giró lentamente la cabeza para mirarla. Ella llevaba una pequeña y exasperante sonrisa, como si supiera que ya había ganado.

—Señorita Bell, voy a decir esto una vez más —dijo Tim, entre dientes—. Obedecerá mis órdenes. Si digo que un caballo va para un recluta, va para ese recluta. ¿Se entiende?

Ella abrió la boca, luego la cerró de nuevo, y le dio un breve y brusco asentimiento.

—Bien. Usted, Cadete, monte su caballo.

—Sí, señor. —El recluta avanzó de nuevo, aunque miró a la señorita Bell.

—Si desea ser útil, señorita Bell —dijo Tim, con voz plana y dura —. Por favor, ayude al Cadete...?

—Barton, señor —dijo el recluta, irguiéndose.

—Al Cadete Barton, entonces, a montar su caballo.

—Sí, Mayor. —La señorita Bell se adelantó con gracia, murmurando a la yegua baya, que se calmó en cuanto la mano de la señorita Bell tocó la brida—. Su nombre es Artemis —le dijo la señorita Bell a Barton—. Es uno de los caballos más rápidos que he montado jamás. Manténgase alerta, o le llevará hasta Hampshire antes de que pueda controlarla.

El Teniente Spurling se rió en voz baja, y Tim apretó los dientes. Spurling era solo un teniente, se recordó Tim. Un teniente al que superaba por varios grados. Si quisiera, podría poner la cabeza de Spurling en una pica. No es que fuera a hacerlo, por supuesto, pero la imagen era algo satisfactoria.

Sin embargo, no lo suficientemente satisfactoria como para compensar la continua presencia de la señorita Bell. ¡Una mujer, en Sandhurst! Era totalmente inaceptable.

Continuó asignando caballos a los reclutas, aunque podía sentir la tensión en el aire. Los reclutas eran todos jinetes competentes, ciertamente, pero la señorita Bell había hablado de seleccionar caballos que se adaptaran al estilo individual de cada jinete. Tim no estaba haciendo eso, simplemente señalaba al caballo más cercano cada vez.

La señorita Bell se mantenía cerca, interviniendo ocasionalmente para manejar un caballo nervioso, y los reclutas la miraban más a ella que a él. Tim podía sentir su rabia hirviendo justo por debajo de la superficie, contenida solo por el más fino de los hilos. La señorita Bell había hablado de protestar al Teniente Coronel Forebury; pues bien, Tim ciertamente haría lo mismo.

Si se salía con la suya, la señorita Bell nunca pondría un pie en los terrenos de Sandhurst de nuevo.



Capítulo Cuatro

MOLLY SALIÓ FURIOSA DE los establos, con los puños apretados y la mandíbula tensa. ¡Cómo se atrevía ese arrogante y presumido papagayo a descartarla sin más! Le demostraría quién era ella, y si tenía que llegar hasta la cúpula... pues lo haría exactamente. Le enseñaría que no se podía jugar con ella.

Sus botas resonaron en los adoquines mientras cruzaba el patio, saludando con la cabeza al teniente Spurling. El joven le dedicó una amplia sonrisa, pero Molly estaba demasiado enfadada para hacer algo más que asentir, dirigiéndose con determinación hacia el edificio principal.

Era muy diferente de los establos, todo madera pulida y latón, con un aire distintivamente militar. Un secretario ligeramente desaprobador la condujo a un despacho, olfateando con desdén al observar su traje de montar polvoriento. A Molly le habría gustado tomarse el tiempo para cambiarse y ponerse un vestido, pero sospechaba que el teniente coronel Forebury agradecería que no malgastara su tiempo.

De pie frente a su escritorio, esperó a que terminara la carta que estaba escribiendo, mirando la habitación con curiosidad. Había varios cuadros en las paredes, todos de oficiales superiores a caballo, y una medalla enmarcada en una vitrina en la pared. Una

librería albergaba muchos libros, y se preguntó de qué tratarían, pero no se atrevió a acercarse para mirar los lomos.

Por fin, dejó la pluma y levantó la mirada hacia ella. —Señorita Bell, estoy a su servicio. ¿Qué puedo hacer por usted?

Tomó una profunda bocanada de aire. —Debo disculparme por irrumpir así, teniente coronel, pero debo presentar una queja.

Sus cejas se arquearon. —¿Una queja?

—Sí, señor. No puedo trabajar con ese... ese arrogante... —Se quedó sin palabras, incapaz de encontrar un término lo suficientemente insultante, y suspiró—. El mayor Blair-Fortescue. Se niega a escuchar nada de lo que digo.

El teniente coronel Forebury suspiró como si el peso del mundo descansara sobre sus hombros. Se frotó las sienes con cansancio con su mano buena, luego cogió unas gafas del escritorio y se las puso, mirando una hoja de papel que tenía delante.

—Señorita Bell, ¿puedo ser franco con usted? —preguntó.

—Por supuesto, señor.

—Yo tampoco quiero trabajar con él —dijo sin rodeos—. Desafortunadamente, no tengo elección en este asunto. Su padre es un conde, y su padrino es asistente del Secretario de Guerra, y cuando alguien de ese rango dice "Salta", el ejército pregunta "¿Cuánto de alto?" Solo puedo estar agradecido de que no le permitan volver al campo de batalla.

Tuvo que darle la razón en eso. —¿Así que lo han enviado a Sandhurst para complicarme la vida?

—En absoluto. El mayor general Armstrong, que Dios lo bendiga, tiene en alta estima al muchacho, y lo destinó bajo mi mando. No lo conocía antes de que resultara herido, pero debe haber sido un excelente oficial para haberse ganado el aprecio del mayor general.

Molly resopló. —Creo que es un arrogante imbécil.

Los labios del teniente coronel temblaron. —No estoy en desacuerdo con usted, señorita Bell, pero no tengo elección. El Cuartel General ordenó que fuera enviado a Sandhurst, y aquí está. No puedo devolverlo, y usted tendrá que trabajar con él.

Forebury suspiró con cansancio, recostándose en su silla y mirando el papeleo en su escritorio. Un aroma a tinta fresca llegó a las fosas nasales de Molly, y miró de nuevo alrededor del despacho.

Era muy distinto de los establos, que olían a caballos y paja, a cuero y heno, y a veces a cosas menos agradables. Aquí todo era madera pulida y latón, con un aire distintivamente militar. Sentía como si los ojos de los oficiales en las pinturas de las paredes la estuvieran observando, desaprobando su mera presencia.

—...simplemente no tengo ni idea de cuánta utilidad me va a ser un oficial sordo —terminó Forebury, y la cabeza de Molly giró bruscamente para mirarlo fijamente.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó, preguntándose si se había perdido algo. ¿Seguro que no había dicho lo que ella pensaba?

—Sordo —Forebury asintió—. ¿No lo sabía? Estuvo demasiado cerca de una explosión de cañón en España y perdió la audición. Al principio se pensó que era una lesión temporal, pero como no ha recuperado el oído desde que regresó a Inglaterra, parece que es permanente. No puede volver al campo de batalla, así que el mayor general sugirió que lo tomara bajo mi mando.

Molly lo miró fijamente, tratando de comprender. ¿El mayor era sordo? No había mostrado ningún indicio cuando habló con él. ¿Seguro que no la habría oído si lo fuera?

Pero quizás... ella era una mujer, y su voz tenía un tono más agudo que la de la mayoría de los hombres. ¿Tal vez podía oírla a ella y no las voces más graves de los hombres?

Era posible. Ciertamente había oído hablar de personas cuya audición había sido dañada de una manera u otra.

Un hombre que no pudiera oír a sus hombres gritando una advertencia estaría en gran peligro en el campo de batalla. No era de extrañar que el Ejército no lo quisiera en el frente, pero aun así, era un poco extraño que lo hubieran enviado a Sandhurst.

—¿No hay manera de devolverlo? —preguntó esperanzada.

Forebury negó con la cabeza. —No, señorita Bell, me temo que no. Le guste o no, tendrá que trabajar con él.

Molly suspiró. Quería discutir, pero si lo que decía Forebury era cierto, el mayor no la había ignorado a propósito. Quizás simplemente no la había oído, o había malinterpretado lo que dijo. La comunicación iba a ser difícil, pero estaba decidida a intentarlo.

Con esas palabras finales, el teniente coronel la despidió, y Molly hizo rápidamente una reverencia y salió del despacho. Fuera, se apoyó contra la pared por un momento, con la mente acelerada.

El mayor Blair-Fortescue era *sordo*. Eso explicaba muchas cosas. Su aparente arrogancia, su negativa a reconocer sus palabras... había pensado que era grosero y desagradable, pero si realmente no la había oído, entonces por supuesto que no habría aceptado su consejo.

No había sido justa con el mayor, se dio cuenta con una punzada de culpabilidad. Había asumido que la ignoraba a propósito, pero en realidad, podría no haberla oído en absoluto. Sería frustrante para él, y solo podía imaginar que estaba profundamente avergonzado de la lesión.

Quizás podría ayudarle, sin embargo. Ciertamente podría ayudar a los reclutas a aprender a montar los caballos que les habían asignado, fueran o no las mejores combinaciones. No sería fácil, pero estaba decidida a intentarlo.

La madera pulida y el latón de los pasillos pronto dieron paso a la bulliciosa actividad de los campos de entrenamiento. Molly se encontró sonriendo mientras salía, inhalando el aroma de los caballos en el aire matutino.

Sí, lo intentaría de nuevo y esta vez, no dejaría que la falta de comunicación se interpusiera en su camino.



Molly caminó en silencio hacia los campos de entrenamiento a la mañana siguiente, perdida en sus pensamientos. Sus sentimientos

eran contradictorios; su determinación de hacer su trabajo luchaba contra su aprensión sobre cómo reaccionaría el susceptible mayor ante su oferta de ayuda.

Los campos de entrenamiento bullían de actividad. Los reclutas con sus uniformes azul y blanco de Sandhurst estaban por todas partes, algunos montados a caballo, otros guiando a sus monturas por las riendas, y otros más firmes mientras un sargento les gritaba órdenes. El estruendo de los cascos sobre el suelo de grava y el ocasional relincho de un caballo se sumaban al alboroto.

Los reclutas eran todos jóvenes, por supuesto, y la mayoría parecía estar haciendo todo lo posible por seguir las órdenes. Los caballos también eran jóvenes, y aunque estaban entrenados con el mejor estándar que Belle Haven podía conseguir en el corto tiempo que les asignaban para hacerlo antes de la entrega, no todos estaban perfectamente emparejados con sus jinetes. Molly vio dos o tres monturas que claramente no estaban contentas con los hombres sobre sus lomos, con las orejas agudamente dirigidas hacia atrás mientras se movían con las patas rígidas y nerviosas. Molly hizo una mueca cuando un recluta tiró con fuerza de la boca de su caballo para impulsarse hacia la silla.

El mayor estaba tratando de hablar con los reclutas, vio, pero sus labios estaban apretados en una delgada línea de frustración, y se dio cuenta de que no estaban siendo tan atentos como deberían. Todos lo miraban fijamente, pero ninguno de los reclutas obedecía sus órdenes.

Molly suspiró. El mayor ni siquiera intentaba hablar en voz alta; ella apenas podía oír su voz por encima del estruendo de los campos de entrenamiento. Mantenía sus órdenes cortas y bruscas, sin explicar cómo lograr los resultados que quería. Sabía por su trabajo en Belle Haven lo importante que era entender por qué un caballo podría comportarse de una manera particular, pero o el mayor no lo sabía o no estaba interesado en compartir sus conocimientos.

—¿Señor? —Uno de los reclutas levantó la mano dubitativamente, y el ceño del mayor se profundizó. Miró al recluta sin comprender,

claramente incapaz de oír lo que el hombre había dicho.

El recluta repitió su pregunta, y la cara del mayor comenzó a enrojecer. Molly podía ver cómo sus manos se apretaban en puños a sus costados. Se estaba frustrando cada vez más, y podía ver que los reclutas también se estaban poniendo incómodos, moviéndose en sus sillas e intercambiando miradas inquietas.

Antes de que la situación pudiera deteriorarse más, Molly dio un paso adelante, poniendo una mano en el brazo del mayor para llamar su atención. Si no podía comunicarse con él, temía que pudiera entrar en pánico y empeorar las cosas.

—El cadete Braithwaite preguntó si deseaba que se alinearan en algún orden particular —dijo, mirando directamente al rostro del mayor y hablando muy claramente.

Los ojos del mayor parpadearon, luego miró a los reclutas de nuevo, tratando claramente de descubrir cuál de ellos era Braithwaite. —Oh —dijo—. Eh... no, supongo que no importa.

Dio un paso atrás, dejando a los reclutas mirarse entre sí con confusión.

—Eh —dijo Braithwaite, y Molly vio que la cara del mayor enrojecía de ira mientras se volvía hacia el recluta de nuevo.

—¿Sí? —masculló, con los puños apretados a los costados.

—Eh —dijo Braithwaite de nuevo, y entonces su caballo se espantó un poco, sintiendo obviamente la agitación de su jinete. Braithwaite dio un tirón a las riendas, y el caballo levantó la cabeza, con las orejas pegadas hacia atrás y las fosas nasales dilatadas de disgusto.

—Tranquilo, tranquilo —oyó Molly decir a Braithwaite, mientras tiraba de las riendas de nuevo, tratando obviamente de controlar a su caballo. Pero sus movimientos bruscos solo sirvieron para alterar más al animal, que retrocedió, metiendo sus cuartos traseros bajo él de manera amenazante. —¡Sooo! —gritó Braithwaite otra vez, tirando con fuerza de las riendas, y el caballo se encabritó a medias, lanzándolo hacia atrás fuera de la silla para aterrizar en el suelo con un golpe pesado.

—¡Alto! —gritó Molly cuando los otros reclutas se movieron para desmontar. Se detuvieron, mirándola, y se dio cuenta de que había tomado el control de la situación. Bueno, el mayor no estaba haciendo nada, solo se quedaba allí parado con aspecto frustrado.

—Tranquila, tranquila —arrulló mientras se acercaba, extendiendo la mano—. Está bien, pequeña. —El caballo, una potra marrón oscuro llamada Desdemona, sacudió la cabeza otra vez, pero Molly siguió murmurando tonterías tranquilizadoras, y Desdemona le permitió tomar las riendas.

—Buena chica —dijo, palmeando el cuello de la potra mientras la llevaba hasta donde el mayor estaba ayudando al cadete Braithwaite a ponerse en pie—. Menuda caída ha dado, señor Braithwaite —dijo —. ¿Está bien?

—Sí, señorita, eso creo —dijo Braithwaite, con aspecto avergonzado—. Solo un pequeño dolor en el tobillo, nada más.

—¿Le gustaría volver a montar a Desdemona? —preguntó—. ¿O preferiría sentarse y observar un rato?

Detrás de ella, Molly oyó resoplar al mayor. Sin duda pensaba que estaba mimando al cadete, pero ella no pondría a un hombre aturdido de nuevo sobre un caballo ya alterado. Esa era una receta para el desastre.

—Oh no, señorita, volveré a montar —dijo Braithwaite—. No soy un cobarde. Solo me ha dado un pequeño susto, nada más.

—Muy bien —dijo, dándole una sonrisa tranquilizadora—. Tiene toda la razón, siempre es mejor volver a montar inmediatamente cuando se cae, siempre que ni usted ni el caballo estén heridos. Solo recuerde... un toque más ligero en su boca. Desdemona es muy joven. Es bastante sensible al bocado. —Miró alrededor a los otros reclutas—. ¿Alguno de vosotros ha montado alguna vez un caballo de dos o tres años?

Solo Llewelyn, el recluta cuyo padre criaba cobs galeses, levantó la mano. Molly asintió. —Me atrevo a decir que la mayoría habéis montado caballos ya comprados bien entrenados. Desearía tenerlos para daros, pero las necesidades del Ejército son tales que no

tenemos tiempo para dar a estos caballos el año extra de entrenamiento que realmente necesitan. Tenéis que aprender juntos.

—Sí, señorita —dijo Braithwaite, montando cautelosamente. Molly mantuvo su mano en la brida de Desdemona hasta que el cadete estuvo sentado con seguridad en la silla, con las manos más ligeras sobre las riendas esta vez. Soltando con un asentimiento, dio un paso atrás.

—Dos filas, entonces —dijo, señalando—. Desde la izquierda y la derecha. Número uno, dos, tres... —señaló a cada recluta por turno mientras contaba, y esperó pacientemente mientras comenzaban a ordenarse en dos líneas desiguales.

En la distancia, una compañía de soldados con casacas rojas hacía instrucción, la voz de su sargento resonando por los campos mientras ladraba órdenes. Los caballos relinchaban y resoplaban, el sonido de los cascos sobre la tierra apisonada era casi constante, y el aire estaba lleno del olor a caballos, sudor y cuero. Era un lugar concurrido, pensó Molly, y peligroso para un hombre que no podía oír bien.

No es de extrañar que esté tan enfadado, pensó, observando al mayor mientras permanecía con los puños apretados a los costados, los hombros encorvados y el rostro fijo en un severo ceño mientras miraba a los reclutas.

Respirando hondo, Molly se movió hacia él. No temía a los caballos, y los hombres no eran muy diferentes, pensó. Solo había que saber cómo manejarlos.

Al ponerse junto al mayor Blair-Fortescue, extendió la mano y tocó su brazo para llamar su atención.

Su cabeza giró bruscamente y la miró, impactado, como si ni siquiera hubiera notado que ella estaba allí.

—Déjeme ayudarle —dijo—. Es muy frustrante, ¿verdad? Pero debe tener paciencia. No puede enfadarse. Los caballos no entienden la ira. Entienden la calma y la confianza. Cuanto más frustrado se ponga, más lo estarán ellos también.

Él la miró fijamente, y ella vio cómo su ceño se profundizaba. Por un momento, pensó que iba a decirle que se fuera. Luego miró de nuevo a los reclutas, y ella vio cómo sus puños se relajaban, sus hombros se aflojaban un poco. Solo un poco. Pero la estaba escuchando.

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado? —preguntó.

Dudó, luego señaló hacia los establos. —El cuarto de arreos —dijo—. Inicie un patrón de ejercicio simple, teniente Spurling —ordenó a su ayudante, antes de darse la vuelta y encabezar el camino.

Una vez dentro, con la puerta cerrada, se volvió para enfrentarla, y Molly tomó aire profundamente y se lanzó.

—Mayor, me doy cuenta de que empezamos con mal pie. Lo siento. No sabía que usted estaba... —Se detuvo, insegura de cómo continuar.

Su boca se torció, y dio unos pasos alejándose, dándole la espalda. —¿Sordo? —dijo, con voz amarga—. Sí, lo soy. Aunque puedo oírla a usted. No sé por qué, pero puedo. Su voz... es más aguda que la de ellos. —Señaló hacia afuera, su expresión oscureciéndose—. Son las voces de los hombres las que no puedo oír. Especialmente las graves. Cuanto más grave es su voz, menos la oigo. No puedo oír ni una maldita palabra de lo que dicen la mayoría de esos sargentos de voz ronca.

Molly parpadeó. —¿Puede oírme?

—Sí —dijo él—, y no puedo evitar notar que usted no tiene los mismos problemas con los caballos que los reclutas. Parece que hacen exactamente lo que les pide.

Ella se mordió el labio. —Tengo cierto don con los caballos —admitió—. Es por eso que estoy aquí. Ayudo a entrenar los caballos en Belle Haven.

—Quizás debería estar entrenando a los reclutas en su lugar —murmuró él, todavía mirando hacia otro lado.

Estuvo a punto de responder que probablemente haría un mejor trabajo, pero se contuvo al oír la amargura en su voz. Debía ser difícil imaginar pasar de estar al mando de un regimiento a no poder oír nada en absoluto. Tenía que estar frustrado, y probablemente enfadado también, se dio cuenta.

—Puedo ayudarle —dijo en cambio—. Puedo transmitirle las preguntas de los reclutas, ¿quizás? Es probable que estén preocupados por hacer alguna pregunta que pueda parecer tonta, y eso hará que hablen más bajo. Todos vienen de familias acomodadas; no están acostumbrados a alzar la voz.

Él se volvió para mirarla, con una ceja levantada. —¿Haría eso?

Ella se sonrojó. —Sé que no quiere trabajar conmigo, pero puedo ayudarle. Me gustaría intentarlo de nuevo.

Él permaneció en silencio un momento, y ella vio la lucha en su rostro. Su orgullo estaba peleando con su sentido común, pensó, y esperaba que el sentido común ganara.



La reacción inmediata de Tim ante la oferta de la señorita Bell fue cruzar los brazos y mirarla con el ceño fruncido. Tenía que estar bromeando. Él era mayor del Ejército de Su Majestad, no algún pobre anciano que necesitaba una trompetilla.

—No necesito su ayuda —dijo rígidamente—. Vuelva con los reclutas. Trabajará con los caballos, no conmigo.

Ella se encogió de hombros. —Como desee, Mayor. Pero mi oferta sigue en pie.

Él abrió la boca para rechazar de nuevo, pero se detuvo. Ella tenía razón, se dio cuenta de repente. Le gustara o no, eran socios en esta empresa, y sería mejor que trabajaran juntos. No tenía que caerle bien, pero la necesitaba.

Lo odiaba. Odiaba no ser el hombre que solía ser, el hombre que podía dirigir un regimiento con una palabra. El hombre que podía cabalgar hacia la batalla y enfrentarse a los franceses sin miedo. El hombre que podía escuchar las órdenes de su comandante y ejecutarlas con precisión. El hombre que podía oír las risas de sus hombres alrededor de la hoguera por la noche.

Dios, echaba de menos el sonido de la risa. No lo había oído en más de un año.

No es que hubiera muchas risas aquí en Sandhurst. Los reclutas eran todos jóvenes, nerviosos e inseguros de sí mismos. Dependía de él ponerlos en forma, convertirlos en oficiales que pudieran dirigir a los hombres en batalla.

—Muy bien —dijo a regañadientes—. Acepto su ofrecimiento de ayuda.

Su rostro se iluminó con una sonrisa. —Gracias, Mayor. No se arrepentirá.

Gruñó, no tan seguro de eso. —Solo... no socave mis órdenes, señorita Bell. Más que cualquier otra cosa, estos hombres deben aprender que la obediencia inmediata a las órdenes de un oficial superior es crucial. Sus vidas dependerán de ello.

Ella asintió sobriamente. —Lo entiendo. —Hizo una pausa delicadamente—. Prometo que no le socavaré delante de los cadetes. Pero de verdad, Mayor, si me permitiera ofrecer mi experiencia para asesorar a los cadetes sobre la mejor manera de manejar sus caballos...

Tim había pasado bastantes horas en vela durante la noche dándose cuenta de que había sido un poco grosero con la señorita Bell el día anterior. Considerando cómo Braithwaite se había caído hace apenas unos minutos, era muy posible que la señorita Bell hubiera elegido un animal diferente para él, y la caída no habría ocurrido.

—Ya he hecho las asignaciones —dijo Tim—, y si cambiamos las cosas pareceré indeciso. No permitiré que los reclutas intercambien caballos —necesitan ser capaces de montar cualquier animal que se

les entregue, es una habilidad que podría salvarles la vida en el campo de batalla—, pero le permitiré ofrecer el beneficio de su conocimiento específico de cada caballo individual para ayudar a los cadetes.

—Me parece justo. —Asintió y le ofreció la mano para que se la estrechara, tal como había hecho cuando se conocieron el día anterior. Divertido, esta vez la aceptó, teniendo cuidado de estrecharla suavemente, sintiendo su mano diminuta en la suya.

—Nunca antes había estrechado la mano de una dama —admitió, y el rostro de ella se iluminó con una risa.

—Siempre hay una primera vez para todo, Mayor Blair-Fortescue —dijo con descaro, y él se encontró sonriéndole, la expresión sintiéndose extraña en su rostro, que llevaba demasiado tiempo asentado en líneas sombrías.

—Tim —dijo él—. Mi nombre es Tim. Obviamente no puede usarlo delante de los reclutas, pero... Mayor Blair-Fortescue suena terriblemente rígido, ¿no cree?

—Quizás un poco. —Parecía encontrarle extremadamente divertido—. En ese caso. Mi nombre es Molly.

Le quedaba bien, pensó Tim, aunque no pudo evitar preguntarse cómo una joven de ascendencia claramente india llegaba a tener un nombre tan inglés como Molly Bell. ¡Por no mencionar un acento inglés perfectamente refinado, y unas habilidades extraordinarias con los caballos! Quizás eran preguntas que podría hacerle a Molly a medida que la fuera conociendo mejor.

—¿Volvemos, entonces? —sugirió ella—. Me quedaré a su lado, como dije, y repetiré cualquier cosa que necesite oír.

Asintió y la siguió de vuelta al campo de entrenamiento, donde los reclutas y sus caballos se movían en un patrón de ejercicios sencillo bajo la dirección del Teniente Spurling. Los caballos estaban bien entrenados para ser monturas tan jóvenes, obedeciendo dócilmente las señales básicas dadas por sus jinetes, pero los reclutas estaban claramente nerviosos, sus posturas rígidas comunicando su malestar a los caballos.

—Teniente, por favor desmonte y reúna a los reclutas —dijo el mayor, y Spurling obedeció rápidamente, llamando a los reclutas a desmontar y reunirse en grupo.

Tim observaba, todavía ceñudo. No podría oír ni una palabra de lo que dijeran los reclutas cuando hablaran, lo sabía. Pero tenía que intentarlo.

—Muy bien —dijo cuando todos estaban reunidos—. Ahora, mientras yo me centraré en las estrategias militares que están aquí para aprender, la señorita Bell evaluará sus habilidades de equitación y dirigirá a cada uno de ustedes en áreas específicas para mejorar. Espero que sigan cada orden de la señorita Bell como si viniera de mí, ¿está claro?

—¡Sí, Mayor! —corearon todos, aunque vio escepticismo en algunos rostros. Bueno, pronto aprenderían que no toleraría la falta de respeto.

—Ahora, quiero que todos se presenten a la señorita Bell. Pediré a cada uno que diga su nombre y su experiencia con caballos.

Molly dio un paso adelante con una sonrisa. —Yo iré primero —dijo—. Soy la señorita Molly Bell de Belle Haven en Hampshire, y he trabajado con caballos desde que era una niña. Cada una de vuestras monturas fue criada en Belle Haven y entrenada por Sir Richard Bell, por mí y por nuestro equipo. Conozco las fortalezas y debilidades de cada una, y si os digo que necesitáis mejorar algo, lo haréis o arriesgaréis lo que le ha pasado al Cadete Braithwaite hace un momento.

—Sí, señorita Bell —respondió un coro de voces, y el mayor vio a los reclutas mirarla con un nuevo respeto. Quizás por ser mujer, antes no la habían tomado en serio, pero sus palabras firmes y su manera confiada claramente les habían impresionado.

—Usted —dijo Molly, señalando al recluta de la izquierda—. Su nombre, por favor.

—Eh, Oliver Sholly, señorita, de Cambridge —dijo el joven, y Molly asintió.

—¿Y su experiencia con caballos, señor Sholly?

—Eh, he cazado bastante —dijo el cadete.

Tim podía verlo. El cadete tenía una buena posición, pero sus piernas estaban un poco demasiado adelantadas. Común en un jinete que cazaba mucho; tendían a apoyarse así para mantener el equilibrio después de aterrizar sobre grandes obstáculos.

Molly asintió. —Está bien. Le enseñaremos todo lo que necesita saber. ¿Siguiente?

Uno por uno, los reclutas se presentaron. Molly repitió lo que cada uno dijo para que Tim captara cada palabra.

—Muy bien —dijo Molly cuando todos habían hablado—. Quiero que todos entendáis que estos no son caballos ordinarios. Son corceles de caballería, criados y entrenados para la batalla. Son inteligentes, valientes y leales, pero también son muy sensibles a las emociones de su jinete. Si estáis nerviosos, ellos estarán nerviosos. Si sois confiados, ellos serán confiados. ¿Lo entendéis?

—Sí, señorita Bell —respondió de nuevo el coro de voces, y el mayor vio a los reclutas un poco más erguidos, con los hombros hacia atrás y la barbilla levantada.

—Bien —dijo Molly—. Ahora, volvamos a montar y empecemos con más ejercicios. Comenzaremos con algunos patrones simples, y luego pasaremos a maniobras más complicadas. Recordad mantener la calma y la confianza, y escuchad a vuestros caballos. Ellos os dirán lo que necesitan.

Los reclutas asintieron, y Molly se volvió hacia Tim. —¿Le gustaría dirigir el ejercicio, Mayor?

Él asintió, dando un paso adelante. —Patrón de círculo simple —dijo—. Primero al paso, luego al trote. Después, intentaremos un ocho.

Observó cómo los reclutas montaban sus caballos y comenzaban a moverse. Los caballos parecían responder a la mayor confianza de sus jinetes, moviéndose con más suavidad y menos vacilación que antes.

Trabajaron durante una hora, y Tim se sorprendió al darse cuenta de que estaba disfrutando. Los reclutas no eran perfectos, por

supuesto. Hubo muchos errores, pero todos se estaban esforzando al máximo. Y Molly... tenía que admitir que era buena. Muy buena. Se movía entre los reclutas con confianza, corrigiendo sus errores con palabras y toques suaves, su manera tranquila y segura calmando tanto a los caballos como a los hombres.

Realmente sabía lo que estaba haciendo, se dio cuenta. Y estaba dispuesta a ayudarle, a ser sus oídos cuando él no podía oír.

Quizás... quizás esta asociación funcionaría, después de todo.



Capítulo Cinco

LOS CAMPOS DE ENTRENAMIENTO se extendían ante ellos, una vasta extensión verde bordeada por bosques. Molly respiró hondo, inhalando los aromas familiares del heno fresco, el ligero toque de estiércol y el dulce olor del sudor de los caballos. La niebla de la mañana comenzaba a levantarse, el aire aún fresco y el suelo blando bajo los cascos de los caballos mientras se movían.

Su montura era una yegua negra compacta, obediente y dispuesta, aunque demasiado pequeña para ser un caballo de caballería, razón por la cual había sido asignada a Molly. Estaba bien entrenada para la monta de lado, al menos, aunque tenía la boca un poco más dura de lo que a Molly le gustaba. Demasiados hombres montaban con manos rudas, y a los caballos de Belle Haven no les gustaría eso. Llevaría tiempo enseñar tanto a los caballos como a los hombres a adaptarse, y tiempo era algo de lo que disponían muy poco. Podía verlo en el rostro de Tim cada vez que miraba a los caballos y cadetes reunidos. El Ejército había solicitado estos hombres y caballos, y debían estar listos para la acción en pocas semanas.

El caballo de Tim, un gran castrado gris, relinchó emocionado, sacudiendo la cabeza, y Molly miró a su compañero de equitación, preguntándose si ella también debería estar haciendo algo para

mantener a su montura más alerta. Pero el gris ya era nervioso y excitable, y Tim estaba trabajando para mantenerlo bajo control. Era un jinete excelente, tenía que reconocer; aunque mantenía la espalda militarmente recta, sus manos eran suaves y sus ayudas ligeras y precisas. Molly observó a Tim un momento más, luego volvió a prestar atención a su tarea, guiando a su yegua en un círculo alrededor del joven cadete al que estaba asistiendo.

El caballo negro era una bestia enorme, y el joven que lo montaba estaba haciendo todo lo posible para seguir sus instrucciones, pero le costaba conseguir que el caballo galopase con la mano correcta. El caballo estaba dispuesto pero confundido, y ahora el cadete estaba claramente fuera de su elemento. Era un buen jinete, pensó Molly, pero el caballo era simplemente demasiado grande para él.

—Inténtelo de nuevo —le animó—. Recuerde sentarse hacia atrás y mantener la pierna exterior detrás de la cincha. No se incline hacia delante; no le gusta. Mire en la dirección en la que quiere ir, y no intente apresurarlo. Le gusta un galope lento y recogido.

—Lo intentaré, señorita —dijo el cadete, mientras Tim daba de nuevo la orden de galopar.

Esta vez, el cadete logró que su caballo galopara con la mano correcta, y Molly le dio un gesto de aprobación antes de mirar a su alrededor. Todos los cadetes iban con la mano correcta esta vez, excepto uno. Molly se estremeció al ver al gran semental castaño, Apollo, sacudiendo la cabeza y peleando con su jinete, arqueándose hacia la derecha mientras todos los demás caballos mantenían el círculo hacia la izquierda.

—Cadete Watson, detenga su caballo —llamó Tim.

Watson tiró de las riendas, y Apollo se detuvo inmediatamente, sacudiendo la cabeza con irritación. —¿Señor? —preguntó Watson.

—Usted, señor, es un recluta típico —dijo Tim—. Cree que lo sabe todo, y no escucha al soldado más experimentado que está tratando de decirle cómo hacer las cosas.

Watson se sonrojó y bajó la mirada hacia el cuello de su caballo. —Lo siento, señor —murmuró.

—Señorita Bell, ¿podría decirle al Cadete Watson qué está haciendo mal? —solicitó Tim.

—Su asiento es demasiado rígido —dijo Molly—. Apollo es un caballo muy sensible, y responde al más mínimo cambio de peso. Cuando endurece su asiento contra él, no puede avanzar libremente. Creo que si se relaja un poco, verá que toma la mano correcta.

Watson negó con la cabeza. —No puedo montar con ese asiento suave —dijo—. No es la forma en que me enseñaron.

—Entonces le resultará muy difícil montar cualquiera de los caballos de Belle Haven, pues todos están entrenados de la misma manera —dijo Tim con brusquedad.

Watson pareció arrepentido, y Molly esperó un momento antes de hablar de nuevo, esperando que el cadete escuchara. —Intente de nuevo —dijo—. Esta vez, piense en pedir, no en ordenar. Imagine que está bailando con una dama. No la empuja por la pista; la guía suavemente, con solo un toque aquí y allá.

El sudor goteaba por el costado de la cara de Watson mientras instaba a Apollo a avanzar para intentarlo de nuevo, y su agarre en las riendas era de nudillos blancos. Sus órdenes al caballo se volvían más frenéticas a cada momento, su voz quebrándose por la urgencia.

Apollo no aceptaba nada de esto. Tenía las orejas pegadas a la cabeza, y sacudía la cabeza, resoplando con irritación. Cuando Watson intentó instarlo una vez más a un galope, ignoró por completo la orden esta vez, continuando tercamente al trote. Watson lo intentó de nuevo, elevando el tono de su voz mientras pedía más velocidad, pero Apollo solo respondió con una coz, casi desestabilizando al cadete.



Tim y Molly observaron la escena desarrollarse con creciente preocupación, la expresión de Tim oscureciéndose al ver la desesperación creciente del cadete. Los labios de Molly se apretaron en una fina línea, y sacudió ligeramente la cabeza, claramente desaprobando los esfuerzos de Watson.

—¡Watson! —La voz de Tim cortó el aire como el chasquido de un látigo—. ¡Desmonte, ahora!

El joven cadete tragó saliva, su postura rígida por la tensión mientras pasaba una pierna por encima del lomo de Apollo y se deslizaba al suelo. Dudó un momento, luego retrocedió y se puso firme, esperando más órdenes.

Tim no perdió más tiempo, desmontando y entregándole su caballo a Molly para que lo sostuviera, luego alcanzando a tomar las riendas de Apollo de manos de Watson. El gran caballo resopló y sacudió la cabeza, pero Tim mantuvo un agarre firme pero suave en las riendas, colocando una mano en el cuello del castaño y acariciando suavemente mientras hablaba.

—Tranquilo, Apollo —canturreó—. Tranquilo, chico. Está bien.

Las orejas de Apollo se movieron, y resopló de nuevo, pero se calmó, quedándose quieto mientras Tim ponía el pie en el estribo y subía fácilmente a la silla.

Apollo sacudió la cabeza de nuevo cuando el peso de Tim se asentó en su lomo, pero una palabra tranquila lo hizo calmarse inmediatamente, esperando una orden.

Tim giró a Apollo en un pequeño círculo, luego otro, antes de instar al caballo a un trote lento. Aun así, Apollo claramente no estaba contento con su nuevo jinete. Sacudió la cabeza de nuevo, y cuando Tim pidió un galope, tomó la mano derecha en lugar de la izquierda, moviendo sus orejas hacia atrás con irritación.

Tim frunció el ceño, bajando el caballo a un trote nuevamente. ¿Qué había dicho Molly? *Imagine que está bailando con una dama. No la empuja por la pista; la guía suavemente, con solo un toque aquí y allá.*

No tenía sentido para él. Pero ya estaba montando el caballo, y parecería un completo idiota si él también fallaba. Tenía que intentar algo.

Manteniendo un trote constante, Tim respiró hondo, luego otra vez, sintiendo que sus hombros se relajaban. Aflojó su agarre en las riendas, dando a Apollo más libertad.

—Tranquilo, chico —canturreó, dando palmaditas en el cuello de Apollo—. Tranquilo.

Apollo resopló, pero sus orejas se movieron hacia adelante, y giró un poco la cabeza para mirar a Tim, como si estuviera considerando lo que Tim decía.

—Buen chico —dijo Tim, manteniendo su voz baja y tranquilizadora—. Buen chico.

Esta vez cuando pidió un galope, Tim se aseguró de mantener las piernas sueltas alrededor de la cincha del caballo, pidiendo más paso con la presión más suave de su pantorrilla derecha detrás de la cincha. Añadió un ligero movimiento de su mano en la rienda para que Apollo girara la cabeza hacia la izquierda, guiándolo justo como lo haría con una dama en la pista de baile. Para su sorpresa, Apollo cambió suavemente a un galope, tomando la mano correcta sin vacilación y girando suavemente hacia la izquierda.

—¡Buen chico! —dijo Tim de nuevo, dando palmaditas en el cuello del caballo, y pudo sentir cómo la tensión abandonaba el cuerpo del castaño como si entendiera el elogio. El galope de Apollo se alargó, con alegría y rebote en su zancada mientras se movía más libremente, y Tim rio, permitiendo que el caballo se estirara por unos pocos pasos antes de llevarlo suavemente de vuelta a un trote, y luego a un paso.

—¡Cadete! —llamó, y Watson vino corriendo. Tim llevó a Apollo a detenerse y salió de la silla—. Así es como se hace —dijo—. Haga

que mire hacia donde quiere ir, pero no lo empuje. Dele libertad para mover su cabeza y encontrar su equilibrio.

Su mano permaneció en el cuello de Apollo por un momento, y pensó melancólicamente en entregar su propio caballo a Watson y quedarse con el gran castaño, la viva imagen de Rufus, para sí mismo. Solo por un momento. Y luego apartó severamente el pensamiento y dio un paso atrás.

Le entregó las riendas a Watson. —Es suyo, Cadete —dijo—. Asegúrese de cuidarlo bien.

Watson pareció sorprendido. —Pero señor, pensé que se quedaría con Apollo para usted mismo.

Tim negó con la cabeza. —No, es suyo. Aprenderá a montarlo, o morirá intentándolo.

Watson rio, y Tim sonrió, sabiendo que el cadete haría lo mejor posible. Se volvió hacia Molly, alcanzando las riendas de su propio caballo, y sus manos enguantadas se tocaron.

—Gracias —dijo en voz baja, y ella asintió.

—Ha sido un placer, Mayor Blair-Fortescue —dijo, y él subió a la silla, instando a su caballo a avanzar para seguir a los cadetes.

Mientras Watson montaba de nuevo y paseaba a Apollo en un círculo, Molly chasqueó la lengua a su propio caballo y cabalgó más cerca. —Eso estuvo bien hecho —dijo mientras pasaba junto a Tim y cabalgaba al lado de Watson para darle más instrucciones.

Las orejas de Apollo estaban hacia adelante, y la cabeza del caballo estaba levantada. Parecía como si estuviera escuchando atentamente cada palabra que Molly decía, y cuando ella se inclinó y le rascó el cuello, el caballo dio un suspiro audible y se relajó, bajando la cabeza.

Tim sintió una punzada desconocida en el pecho. Arrepentimiento, se dio cuenta, por la forma en que había tratado a los caballos de Belle Haven desde que llegó a Sandhurst.

Trátelos como trataría a una dama, había dicho Molly, y tenía que admitir que tenía razón. Los caballos de Belle Haven eran como las damas de la alta sociedad, nacidos y criados para la alta sociedad.

Eran un grupo de élite, y exigían lo mejor de todo... y lo merecían, bien lo sabía. Rufus era la prueba de ello.

No solo eso, habían sido entrenados por una mujer. Tim había estado pensando en Molly como "solo una chica", pero al verla ahora, la veía como lo hacían los caballos de Belle Haven: una experta, una maestra de su oficio. Cada uno de sus movimientos era suave y confiado, y los caballos respondían a ella como si fuera su reina.

Tim tuvo que admitir que sus métodos funcionaban. Tenía la sensación de que si tuviera el oído de Molly por unos días, ella podría contarle todas y cada una de las peculiaridades y manías de cada uno de los caballos de Belle Haven.

¿Pero lo haría, después de cómo la había tratado?

Respirando hondo, Tim tomó una decisión. Una decisión que nunca antes había tomado en su vida, pero que se sentía correcta en este caso.

Cuando Molly terminó de instruir a Watson y giró su yegua, Tim llamó: —¿Señorita Bell?

Ella lo miró, levantando las cejas.

—Gracias. —Inclinó la cabeza hacia ella en un gesto de respeto —. Lo siento. Tenía razón. En todo.

Molly lo miró un momento, y luego su sonrisa se iluminó, amplia y brillante en su rostro moreno. —De nada, Mayor —dijo alegremente, y luego le dio un solo asentimiento antes de instar a su yegua a un trote para alcanzar a algunos de los otros cadetes.

Tim la vio alejarse, y sonrió para sí mismo.



Mientras los cadetes terminaban su sesión de entrenamiento y comenzaban a cabalgar de regreso a los establos de Sandhurst, Molly cabalgaba cerca de la parte trasera del grupo, observando

discretamente a Tim. Él iba al final, vigilando atentamente a todos los cadetes, y ella notó la forma en que hablaba alentadoramente al Cadete Watson sobre Apollo, la forma en que observaba al gran caballo castaño como si esperara que hiciera algo inesperado.

También notó cómo se estiraba para rascar el hombro de Apollo, hablándole en un tono bajo que parecía relajar la postura del semental.

Quizás Tim había tomado en serio sus palabras. Quizás sería más cuidadoso con los caballos de Belle Haven en el futuro, y los cadetes que los montaran se beneficiarían. Quizás no era el arrogante y egocéntrico imbécil que ella había pensado al principio, o tal vez sí lo era, y estaba aprendiendo de sus errores.

Molly reflexionó sobre lo que le había dicho, cuando desmontó de Apollo. *Lo siento. Tenía razón. En todo.*

En todos sus años de trabajo con los oficiales y cadetes en Sandhurst, nunca un hombre le había pedido disculpas. Tampoco lo esperaba. Una mujer, especialmente una mujer que se parecía a ella, no era alguien a quien un aristócrata como él le pediría disculpas jamás.

Pero Tim lo había hecho. Y también le había dado las gracias.

Le hizo pensar en el primer caballo que había entrenado, el primer caballo que Sir Richard le había dado para trabajar. Era un gran castrado alazán llamado Rufus, y lo había amado con todo su corazón. Rufus había sido el primer caballo que la había escuchado, y no estaba segura de si él había sido el maestro o ella la alumna.

Tim había dicho que Rufus era su caballo, y parecía que iba a llorar cuando dijo que el caballo había muerto.

Ella misma había llorado por esa noticia anoche en su habitación, cuando nadie más podía verla. Rufus fue el primer caballo que realmente consideró como propio, durante esos pocos meses de entrenamiento, y nunca lo olvidaría.

No era solo el color alazán y la amplia franja blanca de Apollo lo que le hacía pensar en Rufus cada vez que lo miraba. Era más la

forma en que se movía, cómo llevaba la cabeza, cómo te miraba como si estuviera a punto de hablar. Era inquietante.

También podía ver cómo Tim miraba a Apollo, y sabía que estaba pensando en Rufus. Difícilmente podía evitarlo. Rufus había sido el primer potro nacido de su yegua, y Apollo era el último, y los dos podrían haber sido gemelos idénticos por lo parecidos que eran.

Ya no habría más hijos o hijas de Lady, la yegua que había dado a luz a ambos, ni de Hermes, su semental. Tanto la yegua como el semental habían fallecido, razón por la cual Apollo no había sido castrado – Sir Richard quería más caballos de esa línea de sangre. Apollo había cubierto a varias yeguas esta primavera antes de que Sir Richard permitiera a regañadientes que el Ejército se lo llevara.

¿Ayudaría a Tim saberlo? Quizás sí. Tal vez si se lo dijera, incluso le hablaría sobre Rufus. Era evidente que Tim había amado a su caballo, y Molly quería saber qué había ocurrido.

Decidiendo aprovechar la oportunidad mientras la tenía, Molly espoleó a su yegua para ponerla al galope, alcanzando el lugar donde Tim cabalgaba a un trote constante. Se puso a su lado, y él la miró con sorpresa.

—Rufus fue el primer caballo que entrené —dijo ella.

Los ojos de Tim se ensancharon. —¿Qué?

Vio que estaba confundido, y le explicó: —Mencionó a su caballo Rufus, y cómo murió. Fue el primer caballo que Sir Richard me dio para trabajar —sonrió ante el recuerdo—. Estaba tan emocionada. Había estado ayudando en los establos, pero nunca antes había tenido un caballo propio con el que trabajar.

—Oh —dijo Tim, y ella vio cómo su expresión se cerraba, sus labios se apretaron y su mirada se volvió hacia la distancia otra vez —. Ya veo.

—Lo siento —dijo ella suavemente—. No pretendía sacar un tema doloroso. Es solo que... Apollo, sabe. Su madre era Lady, y ella también era la madre de Rufus. Apollo fue su último potro. Se parece tanto a Rufus, ¿no cree?

Tim giró la cabeza y sus ojos se encontraron con los de ella. —¿Está segura?

—Conozco la crianza y las historias de todos los caballos de Belle Haven —dijo Molly—. Pero Rufus era especial. Fue mi primero.

—Debe haber sido apenas una niña cuando entrenó a Rufus —dijo Tim, sacudiendo la cabeza como si no le creyera.

—Tenía trece años —le dijo Molly—. Me escapé del orfanato de Londres donde crecí, y caminé hasta Belle Haven donde mi amiga Theresa había ido a trabajar como institutriz, y Sir Richard me permitió quedarme —sonrió ante el recuerdo—. Creo que quedó impresionado. Me dijo que si estaba dispuesta a trabajar, él encontraría trabajo para mí. Se suponía que debía ser la asistente de Theresa con los niños, pero no podía alejarme de los caballos. Nunca quise hacer otra cosa.

—Es usted muy buena con los caballos —dijo Tim—. Le pido disculpas, no debería haber dudado de sus habilidades.

Molly apreció las disculpas, pero negó con la cabeza. —No es culpa suya. Usted es el oficial al mando. Es su deber tomar el control. Supongo que estoy acostumbrada a hacer las cosas a mi manera —se mordió el labio—. Siento lo de Rufus.

El rostro de Tim se cerró de nuevo. —Era solo un caballo —dijo secamente.



Era solo un caballo.

Las palabras resonaron en la cabeza de Tim. No era cierto. Rufus nunca había sido solo un caballo. Había sido un amigo, un compañero y un salvavidas en más de un sentido.

Tim apretó su agarre sobre las riendas, sintió que su caballo comenzaba a morder el freno, y aflojó su agarre inmediatamente.

Respiró hondo y se forzó a relajarse en lugar de apretar la mandíbula.

A su lado, Molly estaba en silencio. Tim la observaba por el rabillo del ojo, preguntándose si la había ofendido. Ella no tenía motivos para sentirse ofendida, se dijo. Había hecho una pregunta y él la había respondido.

Bueno, quizás no la había respondido. La había evadido.

Pero, ¿qué quería ella de él? ¿Escuchar la historia de cómo Rufus había sido matado por la explosión del cañón, con la mitad de su cabeza volada, mientras Tim yacía en el suelo sin poder moverse, ensordecido y sangrando por los oídos, con ambas piernas rotas? ¿Cómo había pasado semanas en una cama de hospital antes de ser enviado de vuelta a Inglaterra, convencido de que nunca volvería a montar, o a oír, de nuevo?

Quizás sí. Quizás tenía curiosidad.

Debería decirle que se ocupara de sus propios asuntos. Pero Rufus había sido asunto suyo, ¿no? Ella lo había entrenado. Y también lo había querido.

Fue Molly quien habló primero. —Apollo se parece tanto a Rufus —dijo—, que a veces resulta un poco inquietante. Los mismos calcetines blancos, y la franja blanca por su cara que apenas toca su fosa nasal izquierda. ¿Recuerda cómo Rufus siempre se emocionaba un poco cuando pensaba que era hora de galopar? Apollo hace exactamente lo mismo.

La boca de Tim se abrió, pero no sabía qué decir. Rufus siempre había sido un poco difícil de manejar cuando se preparaba para cargar, bailando en el sitio y sacudiendo la cabeza, pero se tranquilizaba una vez que Tim le daba rienda suelta. Asintió con reluctancia.

Molly debió haberlo visto por el rabillo del ojo, porque continuó: —Eran hermanos completos, ¿sabe? Hermes fue uno de los sementales más prolíficos de Belle Haven antes de morir.

Tim asintió de nuevo, incapaz de hablar.

—Lady era su madre. Apollo fue su último potro. Creo que Sir Richard siempre lamentó haberla criado de nuevo. Quería retirarla, pero el apetito del Ejército por los caballos es tan voraz... la cruzó con Hermes una vez más. Ambos murieron el año pasado —la voz de Molly era suave, casi apologética, como si temiera estar contándole algo que él no quería saber.

Tal vez así era. La mano de Tim se tensó sobre las riendas. Se preguntaba cómo habrían sido Lady y Hermes; obviamente ambos excepcionales, porque Rufus había sido magnífico y Apollo, aunque solo tenía tres años, claramente iba a ser igual.

—Cuénteme qué le pasó a Rufus. Por favor.

La voz de Molly era suave, casi tentativa y apenas audible, pero Tim aún sintió que se le erizaba la piel.

Era solo un caballo. Quería soltar esas palabras con brusquedad, pero comenzaba a entender que Molly no era una mujer a la que se pudiera disuadir con unas cuantas palabras ásperas.

Apartó la mirada, obligando a sus manos a relajarse de nuevo. Nunca había hablado de sus experiencias en la Península, no con nadie. Su madre nunca había preguntado, y los médicos que lo habían atendido en el hospital habían estado más interesados en sus heridas que en cualquier otra cosa. Cuando había regresado a Inglaterra, le habían ordenado descansar y recuperarse; exhausto y herido, había estado contento de cumplir, al menos hasta que sus piernas sanaron y sus oídos no.

Pero le debía la verdad. Molly había sido la primera jinete de Rufus, y ella también lo había querido.

—Estuve en España casi tres años —dijo con reluctancia—. Mi regimiento fue enviado en el '08, parte de los refuerzos para el ejército de Sir Arthur Wellesley. Estuvimos en Talavera. Fuentes de Oñoro. Salamanca. Éramos un buen regimiento. Teníamos lo mejor de los hombres, y lo mejor de los caballos.

—Rufus —dijo Molly suavemente.

—Sí. Los caballos de Belle Haven son los mejores, sin duda. Nunca tuvimos otro caballo tan bueno como Rufus, sin embargo; yo

era la envidia de todos. Valiente, listo, inteligente... y tan rápido. Éramos una buena combinación. Lo conseguí aquí, y vino a España conmigo. Me llevó a través de batalla tras batalla, salvó mi vida más veces de las que puedo contar —la voz de Tim se apagó, y miró hacia los verdes campos de Sandhurst, recordando las calles abarrotadas y polvorientas de las ciudades españolas, el sabor del vino, la sensación del sol en su espalda y el cuello de Rufus arqueándose bajo su mano.

La camaradería de sus compañeros oficiales, las interminables rondas de bebida, juego y largas mañanas en la cama después, mientras los hombres y los caballos hacían el duro trabajo de mover su campamento de un lugar a otro. Las comidas de origen dudoso; uno nunca quería preguntar demasiado sobre de dónde venía la carne en la olla del estofado. La alegría de encontrar una fuente de agua fresca, la brutalidad de luchar contra las fuerzas francesas que querían reclamarla como propia.

Y las batallas. Los cañones y mosquetes rugiendo, el aire lleno de humo y los gritos de hombres y caballos. El terror de cargar hacia la refriega, sabiendo que podías estar muerto en un instante, pero yendo de todos modos porque tus amigos también iban, y preferías morir antes que defraudarlos.

Tim tragó saliva, con la garganta seca. —Estábamos en lo más reñido —dijo—. Uno de los mejores regimientos del Ejército Británico, liderando cada carga. Los hombres nos querían, y nosotros los queríamos a ellos. Yo habría muerto por mis hombres. Y ellos por mí.

Podía ver a Molly por el rabillo del ojo, con sus ojos oscuros muy abiertos y la boca abierta, pero no interrumpió y él respiró hondo antes de continuar.

—Fue un cañón. Estábamos cargando contra una posición francesa, teníamos que detener el cañón que diezmaba a mis hombres. Había sangre y vísceras por todas partes —se estremeció, recordando la vista, el olor, los sonidos.

Rufus había gritado cuando una bala de cañón rugió pasando a solo unos metros, encabritándose, y Tim había luchado por sujetarlo.

Pero la siguiente explosión había estado aún más cerca.

El sonido del cañón disparando y la bala pasando rugiendo junto a ellos no había sido nada comparado con la explosión del cañón cuando funcionó mal, los franceses desesperadamente tratando de conseguir un disparo más cometiendo algún tipo de error terrible, y luego todo se había vuelto negro.

Cuando había abierto los ojos, estaba en el suelo. Recordaba haber intentado moverse, el dolor excruciante en sus piernas, y luego la visión de Rufus tumbado de lado, con la mitad de su cabeza volada. El ojo restante de su caballo se había nublado en la muerte, mirándolo directamente, y Tim había sollozado mientras intentaba arrastrarse hacia él, para ofrecer cualquier tipo de consuelo que pudiera a un animal ya muerto.

Sus oídos habían estado zumbando, un horrible silbido agudo que había ahogado cualquier otro sonido. Había pensado que estaba gritando, pero había sido incapaz de escucharse a sí mismo.

—Perdí la audición —dijo, con voz baja y áspera—. El cañón explotó justo delante de nosotros y mató a Rufus al instante. Fui lanzado de su lomo y ambas piernas se me rompieron. Mis tímpanos estallaron y no pude oír nada durante semanas.

Y incluso cuando había podido oír de nuevo, no había sido lo mismo. No oía sonidos de su lado derecho en absoluto, y tenía un zumbido constante en los oídos. Era más silencioso ahora, pero seguía ahí.

Molly guardaba silencio, y Tim no podía mirarla. No quería hablar más del tema, no quería revivir el dolor y el terror que había sentido. La vergüenza.

—Mi mejor amigo me salvó. Me recogió de la sangre y el barro y me sacó de allí tirado sobre su silla como un saco de grano. Dejamos a Rufus simplemente tendido allí. Carne, probablemente, para los franceses.

Nunca lo superaría. Nunca. Y podía ver por el brillo de lágrimas en los ojos de Molly que ella sentía su culpa y agonía por abandonar a su caballo, aunque Rufus ya estaba muerto.

—Después de eso, fui enviado de vuelta a Inglaterra. Dado de baja por invalidez. Mis piernas tardaron meses en sanar completamente, y los médicos no estaban seguros de que alguna vez volviera a estar en condiciones de montar. Tenían razón, en cierto modo —se encogió de hombros—. Todavía siento punzadas cuando estoy en la silla durante más de una hora más o menos. Nunca podré montar tan bien como antes. Y con mi audición... no puedo estar al mando otra vez. No puedo oír las órdenes correctamente, y no puedo comprobar que mis hombres entiendan las órdenes que he dado.

La voz de Tim se apagó y suspiró, con los hombros caídos. —Cuando ese cañón nos hizo volar, no fue solo que Rufus murió, no fue solo perder mi caballo —dijo en voz baja—. Fue perderlo todo. Mi carrera. Mis amigos —se encogió de hombros—. No soy el mismo hombre que era antes de irme a España.

Tim no sabía qué más podía decir. ¿Cómo podía explicarle a esta mujer, que probablemente nunca había dejado la comodidad y seguridad de Inglaterra, los horrores de la guerra? ¿El terror de enfrentar la muerte y ver morir a tus amigos cada día? ¿La culpa de ser el que sobrevivió, cuando tantos otros no lo hicieron?

Y sin embargo, se dio cuenta, Rufus era una de las pocas cosas de las que podía hablar con ella. Ella había conocido a su caballo. Lo había entrenado. Lo había amado, pensó, y un duro nudo de tensión en su pecho se aflojó ligeramente.

Molly no dijo nada, simplemente cabalgó a su lado, los únicos sonidos eran el golpeteo constante de los cascos en el césped, el crujido del cuero, un pájaro llamando en algún lugar cercano. La brisa era fresca en su rostro, y Tim respiró hondo, tratando de calmarse.

Molly extendió la mano, rozando brevemente su brazo con el guante. —Perdone —dijo suavemente—. No debería haberle pedido

que me contara. No era mi intención alterarle.

—No, está bien —respondió él rápidamente, esperando que ella no se alejara cabalgando y le dejara solo con sus pensamientos—. Supongo que me viene bien hablar de ello, de vez en cuando. Nunca se lo había contado a nadie, ¿sabe? Mi familia sabe que fui herido, pero no cómo. Y no saben lo de Rufus.

—Me alegra que me lo haya contado —dijo ella, y él pudo ver que lo decía en serio—. Sé que ha sido difícil para usted. Pero creo que es importante recordar a aquellos que hemos perdido, ¿no cree? Y Rufus es algo que tenemos en común.

Tim asintió. —Supongo que sí. Quería a ese caballo, ¿sabe?, más que a nada. —Le dedicó una sonrisa irónica—. Probablemente suene patético.

Molly negó con la cabeza. —En absoluto. Los caballos son amigos maravillosos, ¿verdad? No nos juzgan, ni nos mienten. Simplemente nos aceptan como somos.

—Y no tienen más remedio que ir donde les llevamos, incluso al peligro —dijo Tim con amargura—. Rufus confiaba en mí, y yo hice que le mataran.

Molly permaneció en silencio un momento, luego dijo: —No creo que eso sea cierto. Rufus nunca le habría culpado. Le habría seguido hasta el fin del mundo, estoy segura. Los caballos son así una vez que se han ganado su confianza. Leales hasta el final.

La garganta de Tim se tensó por la emoción. —Incluso cuando no lo merecemos.

—Especialmente cuando no lo merecemos —dijo ella, y Tim tuvo que apartar la mirada de nuevo.

Permaneció en silencio durante mucho tiempo, y Molly no le presionó más. Simplemente cabalgó a su lado, y él agradeció su presencia. Cuando llegaron al patio de los establos, finalmente volvió a hablar.

—Gracias —dijo torpemente, mientras un par de mozos de cuadra venían a llevarse sus caballos—. Por escucharme.

Ella le dedicó una pequeña sonrisa. —Cuando quiera, Mayor.



Capítulo Seis

LAS MANOS DE MOLLY temblaban un poco mientras se ajustaba el vestido, alisando la suave lana azul y el encaje de sus puños. Luego se llevó las manos al pelo para comprobar su peinado, aunque sabía que los gruesos rizos negros estaban firmemente recogidos. Aun así, era una forma de calmar sus nervios, de asegurarse de que estaba lo más presentable posible antes de entrar en la residencia del Comandante.

Era un edificio grandioso, con un vestíbulo que lucía un suelo de baldosas de mármol blanco y negro dispuestas en un patrón de diamantes, y una enorme lámpara de araña colgando del techo. Las puertas de madera pulida se abrían a un gran salón de recepción, donde los invitados para la cena de esta noche ya estaban reuniéndose, con el tintineo de las copas y el murmullo de las conversaciones llenando el aire.

Molly respiró hondo y avanzó, encontrándose objeto de miradas interesadas por parte de los otros invitados.

—Señorita Bell, qué encantador verla de nuevo.

Se giró para ver al Coronel Darnell y su esposa acercándose, e hizo una reverencia. —Coronel Darnell, señora Darnell. Qué amables son al acordarse de mí.

—Por supuesto que nos acordamos —sonrió la señora Darnell—. Tengo maravillosos recuerdos de nuestra visita a Belle Haven el año pasado. Y debo decir que está usted encantadora esta noche.

Molly se sonrojó un poco ante el cumplido. Llevaba su mejor vestido, uno de terciopelo azul con ribetes de encaje, y un collar de pequeñas perlas prestado por Theresa para completar el conjunto. Pero comparado con los elegantes vestidos que lucían la señora Darnell y las otras damas, su vestido era realmente sencillo.

Aun así, había aprendido hace mucho tiempo a aceptar un cumplido con elegancia, y sonrió. —Gracias, señora Darnell. Estoy deseando disfrutar de esta cena.

—Bueno, espero que sea una experiencia agradable para usted —dijo el Coronel Darnell, haciéndole un gesto de asentimiento—. Si nos disculpa, veo que el Comandante y la señora Gordon nos están llamando.

Se alejaron, y Molly respiró hondo otra vez, mirando alrededor de la sala para ver si podía distinguir otras caras familiares. El Mayor Harrison y su esposa, en cuyas dependencias se alojaba durante su estancia en Sandhurst, estaban hablando con otra pareja, pero se encontraban al otro lado de la sala, y a Molly no le parecía adecuado interrumpirlos.

La sala era hermosa, con paredes blancas y un techo alto, las paredes decoradas con retratos y el techo adornado con un elaborado trabajo de escayola y otra lámpara de araña. Deambuló por la sala, deteniéndose aquí y allá para hablar con otros invitados, algunos de los cuales conocía y otros no. Hizo reverencias y saludó a varios oficiales, sus esposas y dos sacerdotes, que resultaron ser los capellanes de la academia.

La sala se estaba caldeando, el tintineo de las copas y el suave murmullo de la conversación formaban un agradable telón de fondo. El aroma de la madera pulida se mezclaba con la fragancia de las flores frescas en jarrones sobre cada mesa auxiliar y consola.

Dondequiera que iba, encontraba reacciones educadas, la mayoría de los otros invitados claramente curiosos sobre ella. Era la

única mujer sin acompañante allí.

Sentía la presión de representar bien a Belle Haven, y se esforzaba especialmente en ser educada y amable, incluso con aquellos que no parecían saber muy bien qué pensar de ella cuando explicaba su función.

Aceptando una copa de vino de una bandeja ofrecida por un lacayo uniformado, Molly finalmente se movió a una esquina de la sala donde podía observar sin ser demasiado el centro de atención. No necesitaba estar en el centro de las cosas. Solo quería representar bien a Belle Haven y a Sir Richard, hacerle sentir orgulloso de haberle confiado esta tarea.

Sorbió el vino, arrugando ligeramente la nariz ante el fuerte sabor. Richard y Theresa raramente bebían alcohol y no lo servían en Belle Haven a menos que tuvieran invitados. Las únicas veces que Molly había bebido vino habían sido en visitas con ellos a casas de amigos, o cuando visitaba Sandhurst. Nunca había desarrollado gusto por ello.

El ambiente en la sala cambió bruscamente, y Molly se volvió con el resto de los invitados para ver qué lo había causado.

El Duque de York había entrado en la sala, y ella parpadeó sorprendida, sin tener idea de que el príncipe estuviera en Sandhurst.

Llevaba su uniforme militar, inmaculado y perfectamente adaptado a sus anchos hombros. Charreteras doradas brillaban en sus hombros, y una banda ceremonial cruzaba su pecho, decorada con docenas de medallas. Su cabello oscuro estaba cortado muy corto, y no llevaba peluca, a diferencia de muchos de los hombres mayores presentes. Sus ojos azules escrutaban la sala, su mirada penetrante mientras hablaba con el Comandante, que estaba de pie cerca de la puerta.

Era su porte, más que cualquier otra cosa, lo que captaba la atención. Caminaba con la confianza de un hombre que conocía su lugar en el mundo, con la espalda recta y la cabeza erguida.

Conversaciones que habían sido ruidosas y animadas un momento antes quedaron en silencio, las cabezas girándose para ver al recién llegado. Algunas personas que habían estado sentadas se levantaron, y Molly vio cómo algunas de las mujeres se alisaban las faldas y se arreglaban el cabello.

Un suave murmullo comenzó a extenderse por la sala, mientras la gente empezaba a hablar de nuevo en voz baja.

—... el Duque de York...

—... el Príncipe Federico, hijo del Rey Jorge...

—... ¡Comandante en Jefe!

Los ojos del duque continuaron recorriendo la sala, encontrándose con las miradas de varias personas, que inclinaban respetuosamente la cabeza. Finalmente, su mirada se posó en ella.

Molly se quedó inmóvil, sintiendo que su corazón daba un vuelco en su pecho cuando sus ojos se encontraron. La mirada del duque se detuvo en ella por un momento, luego él sonrió ampliamente.

Los ojos de Molly se abrieron de par en par, y miró a ambos lados, pero no había nadie a varios metros. ¿Seguramente no podía estar sonriéndole a ella? No era nadie, la invitada menos importante de la sala.

El duque, sin embargo, comenzó a caminar en su dirección, sin apartar nunca los ojos de su rostro.

Al llegar hasta ella, hizo una ligera reverencia, y ella se dio cuenta de que tenía que hacer una genuflexión. Casi dejando caer su copa, se recuperó justo a tiempo, haciendo una reverencia y esperando estar haciéndolo correctamente.

—¡Señorita Bell! Qué placer volver a verla —dijo el duque cordialmente.

—A-Alteza —tartamudeó ella.

—¡Es tan bueno verla aquí! Pensaba que estaría en Belle Haven.

La sorpresa de Molly debió mostrarse en su rostro, porque él se rio entre dientes. —Tengo un caballo de Belle Haven, ¿sabe? —le confió al ayudante que le había seguido y que estaba de pie a su espalda con expresión desconcertada—. Un magnífico semental gris

llamado Thor. Sir Richard Bell me lo regaló. Es uno de los animales más finos que he tenido el placer de montar.

—Sí, Thor es magnífico —asintió Molly—. Me alegro de que esté satisfecho con él, Alteza.

Alguien se aclaró la garganta cerca, y el duque se volvió, sonriendo a la persona que estaba allí. —Sí, ¿qué ocurre?

Molly parpadeó, su boca entreabriéndose al darse cuenta de que era Tim quien estaba allí. Parecía tan desconcertado como ella se sentía.

—Alteza —dijo, haciendo una profunda reverencia—. No creo que la señorita Bell haya sido presentada a usted. ¿Puedo tener el honor?

—La señorita Bell y yo nos conocemos desde hace tiempo —dijo el duque con una risa—. Justo le estaba diciendo lo encantado que estoy con mi caballo de Belle Haven.

Tim le lanzó a Molly una mirada de asombro, y ella hizo lo posible por parecer serena. —Su Alteza está muy satisfecho con Thor —dijo.

—En efecto, lo estoy. Me gustaría tener otro, de hecho. Lo he discutido con Sir Richard, pero debo tener la primera elección entre sus potros el próximo año. Él insiste en proporcionar la mayoría de sus caballos a Sandhurst, ¿sabe? Admiro su patriotismo, pero es difícil conseguir que se desprenda de los mejores.

Molly sonrió. —Sir Richard hace lo posible por ser justo, Alteza.

—Sin duda lo hace. Quedé muy impresionado por lo que vi en Belle Haven. Las instalaciones son las mejores que he visto nunca.

—Sir Richard tiene una excelente comprensión de los caballos y sus necesidades —dijo Molly.

—Oh, ciertamente —coincidió el duque—. Pero es usted quien los entrena, querida. La vi montando a Thor cuando fui a recogerlo, y debo decir que fue un espectáculo digno de contemplar. Es usted una excelente amazona.

Molly sintió que sus mejillas se encendían de vergüenza. —Gracias, Alteza —dijo.

El Duque de York se volvió hacia Tim, y Molly se dio cuenta de que debían conocerse. —Debe intentar conseguir una invitación a Belle Haven, Mayor Blair-Fortescue —dijo—. Es un lugar fascinante. Estoy bastante celoso aunque tengo a mi disposición los establos reales.

Molly no pudo evitar sonreír ante el buen humor del duque, mientras Tim murmuraba algo no comprometedor.

—Entonces, señorita Bell, ¿disfruta trabajando en Belle Haven? —El duque se volvió hacia ella.

—Oh, sí, Alteza. Muchísimo —dijo ella—. Siempre he amado los caballos, y es un gran honor trabajar con los de Sir Richard.

—Me lo imagino —dijo el duque—. Nunca he visto bestias tan finas como sus caballos de batalla. Tengo a Thor, por supuesto, y estoy muy contento con él, pero debo decir que me gustaría tener algunos más del linaje de Belle Haven en mi establo.

Molly lo miró asombrada. —Estoy segura de que Sir Richard estaría encantado de discutir esa posibilidad con usted, Alteza —balbuceó.

—Quizás podría discutirlo con él en mi nombre, señorita Bell —dijo el duque—. Creo que a usted la escucha más que a mí, después de todo.

Molly sintió que sus mejillas se encendían de vergüenza. —No podría presumir de hablar por Sir Richard, Alteza —dijo—. Me temo que él no escucha a nadie más que a sí mismo.

El duque echó la cabeza hacia atrás y rio, y Molly se encontró sonriendo. —Tiene toda la razón, señorita Bell —dijo—. Sir Richard es una ley en sí mismo.

Volvió a reírse, y Molly agachó la cabeza, no queriendo dejar que el duque viera lo que estaba pensando; que Sir Richard ciertamente no era el único hombre al que podría aplicarse esa descripción. —Es un hombre muy bueno y amable —dijo.

—Sí, lo es —dijo el duque—. Espero que me perdone por avergonzarla, señorita Bell; me temo que nuestra conversación ha atraído algo de atención sobre usted.

—Oh, en absoluto —dijo Molly, aunque podía sentir sus mejillas ardiendo y su mano temblar un poco mientras ajustaba su agarre en la copa de vino—. Estoy... muy halagada por su atención, Alteza.

La risa del duque resonó por la sala, atrayendo todas las miradas hacia él. Las cabezas se volvieron hacia ella y el duque, las faldas crujiendo mientras las damas ajustaban sus posiciones para ver mejor a los dos. La señora Darnell susurró a su marido, con los ojos muy abiertos, mientras el Coronel Darnell intentaba mantener la compostura. Los dos capellanes intercambiaron miradas de complicidad, con las cejas levantadas por la curiosidad. El bajo murmullo de la conversación aumentó mientras los oficiales y sus esposas comenzaban a murmurar entre ellos, manteniendo las voces bajas pero llenas de intriga.

Las mejillas de Molly ardían al darse cuenta de que todos los ojos de la sala estaban puestos en ella. Quería encogerse contra la pared y desaparecer, pero no podía. No cuando el Duque de York había elegido entablar conversación con ella. No tenía idea de por qué había elegido hacerlo, pero solo podía esperar que pronto se distrajera con otra persona.

Una mirada alrededor de la sala mostró que nadie iba a ser lo suficientemente valiente como para interrumpirlos. Los otros invitados se contentaban con susurrar entre ellos y observar discretamente la interacción del duque con la don nadie venida de ninguna parte que de alguna manera había atraído su atención.



Tim permanecía cerca de la entrada del salón, reticente a aventurarse más adentro de la habitación. No tenía gusto por socializar, y no deseaba estar allí en absoluto. Los Darnell le habían atrapado y arrastrado con ellos, y ya se estaba arrepintiendo de haber decidido asistir a la cena. Sin embargo, era demasiado tarde

para disculparse y regresar a su habitación, y no se atrevía a ofender al Comandante.

Así que allí estaba, sintiéndose bastante incómodo y fuera de lugar. El grandioso entorno de la residencia del Comandante, con sus elegantes muebles y ricos cortinajes, le hacía agudamente consciente del hecho de que la única razón por la que había sido invitado era el título de su padre. Él no era nada ahora, un caparazón roto de un hombre que ya no podía servir al Rey y a la Patria, y no tenía lugar aquí entre los otros oficiales, todos los cuales seguían siendo fuertes y capaces físicamente.

Un movimiento captó su atención, y giró la cabeza para ver a Molly Bell entrando en la habitación. La observó, fascinado, mientras ella alisaba su falda y se arreglaba el pelo, sus movimientos revelando su nerviosismo a su experimentada mirada. Había parecido tan segura de sí misma cuando se conocieron, y de nuevo hoy con los caballos, pero aquí, rodeada de oficiales de alto rango del Ejército Británico y sus esposas, estaba claramente fuera de su elemento.

Mientras la observaba, ella tomó una respiración profunda y visiblemente enderezó la columna. Él admiró su valentía mientras comenzaba a circular, saludando a los otros oficiales educadamente y sonriendo a sus esposas.

Tenía una sonrisa muy agradable, pensó, mucho más genuina que las sonrisas afectadas que estaba acostumbrado a ver en los salones de baile. Sus ojos brillaban, y se dio cuenta de que la estaba mirando fijamente y apartó la vista, avergonzado. El coronel Darnell le estaba observando y sonrió, y él se sonrojó de nuevo, seguro de que el otro hombre había notado su interés por la señorita Bell.

Decidido a no ser pillado de nuevo, siguió el progreso de Molly por la habitación. Ella se detuvo para hablar con el coronel Darnell y su esposa, intercambiando cortesías y luego pasando a hablar con los capellanes. Claramente estaba tratando de ser educada, pero él podía ver lo incómoda que estaba, con una mano aferrando su copa de vino como si quisiera vaciarla de un solo trago.

Eso podría ser un pequeño error, pensó, con los labios contrayéndose divertidos mientras ella levantaba la copa a sus labios y tomaba un pequeño y delicado sorbo. Las comisuras de su boca se torcieron ligeramente en un gesto de desagrado antes de forzar una sonrisa y asentir a algo que los capellanes dijeron.

Era un enigma, esta señorita Bell. Estaba bien vestida y obviamente bien educada, pero claramente no tenía gusto por las cosas más refinadas de la vida. La forma en que había jugueteado con su vestido, y el vino, e incluso la manera en que se comportaba aquí, como si estuviera esperando que alguien le dijera que no pertenecía a este lugar.

La entrada del Duque de York en la sala llamó su atención, y se puso firme, al igual que todos los hombres en la habitación. El duque sonrió e hizo un gesto de saludo con la mano mientras iba a hablar con el Comandante, y Tim se relajó un poco.

Cuando volvió a mirar a Molly, ella estaba de pie cerca de la pared, con los ojos muy abiertos mientras miraba al duque, sosteniendo su copa de vino con ambas manos. Pensó que estaba tratando de hacerse lo más discreta posible, y se preguntó si debería acercarse y hablar con ella.

Sin embargo, antes de que pudiera hacer un movimiento, el duque se alejó del Comandante y posó sus ojos en Molly. Tim observó con asombro cómo el duque cruzó la habitación hacia ella, inclinándose y tomando su mano para besarla con toda evidencia de placer.

Molly se estaba sonrojando intensamente mientras el duque comenzaba a hablar, pero Tim estaba demasiado lejos para distinguir lo que estaban diciendo. Solo podía observar, atónito, cómo el Duque de York entablaba una animada conversación con la chica que Tim había pensado que no era más que una sirvienta, a pesar de sus buenos modales y habilidad con los caballos.

Tim no podía creer lo que estaba viendo. Sus ojos se abrieron de par en par, su ceño frunciéndose mientras observaba al Duque de

York y a Molly Bell charlando como viejos amigos. ¿De qué demonios podrían estar hablando?

La expresión del duque estaba animada mientras hablaba, y Tim vio a Molly sonreír, sus labios moviéndose en respuesta. No podía oír lo que estaban diciendo, pero el duque se rió y habló de nuevo, y la sonrisa de Molly se ensanchó.

¿Cómo diablos conocía ella al Duque de York? La pregunta ardía en su mente, y acarició la empuñadura de su espada de gala como si pudiera desenvainarla y cortar la respuesta del aire.

Era un misterio, la señorita Molly Bell, un hermoso enigma envuelto en un acertijo. Claramente estaba fuera de lugar en este ambiente, pero había estado tan a gusto en los establos, y ciertamente hablaba y se comportaba bien. Su vestido era elegante, y su peinado seguía el último estilo, pero obviamente se sentía incómoda en la residencia del Comandante. O lo había estado, hasta que el Duque de York apareció y la saludó como a una vieja amiga.

Tim se tensó y luego se obligó a relajarse. Estaba tan confundido como un gato en una lechería, y no le gustaba ni un poco. Entrecerró los ojos y dio un paso adelante, decidido a llegar al fondo del misterio.

Se abrió paso a través de la habitación, seguro de que al duque no le importaría su interrupción. El duque y su padre eran buenos amigos; Tim le conocía bien, y los otros invitados simplemente pensarían que Tim sentía curiosidad por la conversación del duque.

En realidad, estaba lejos de ser la única persona curiosa sobre la atención del duque hacia la señorita Bell. Tim se acercó lentamente, dando tiempo a todos para que notaran hacia dónde se dirigía y con quién iba a hablar. No se sorprendió al oír los susurros comenzar detrás de él mientras lo hacían.

Los ojos de Molly se desviaron hacia él, y vio cómo sus ojos marrones se ensanchaban ligeramente mientras se acercaba. Definitivamente era más consciente de su entorno que la típica señorita de sociedad, que habría estado completamente centrada en el duque que le hablaba.

Tim se aclaró la garganta respetuosamente, y el duque se volvió para reconocerle.

—Su Alteza —dijo Tim, inclinándose profundamente—. No creo que la señorita Bell haya sido presentada a usted. ¿Puedo tener ese honor?

—La señorita Bell y yo nos conocemos desde hace tiempo —dijo el duque con una risa—. Justo le estaba diciendo lo complacido que estoy con mi caballo de Belle Haven.

Tim estaba bastante seguro de que parecía tan atónito como se sentía, incapaz de suprimir la reveladora dilatación de sus ojos.

Molly parecía no saber dónde meterse, mientras el duque seguía hablando.

—¿Sabe? Estaba realmente bastante preocupado cuando a Thor se le salió una herradura justo antes del desfile el mes pasado —dijo el Duque de York conversacionalmente—. Pero Sir Richard me aseguró que estaría bien, y en efecto, el herrador pudo volver a ponérsela a tiempo. Dígame, señorita Bell, ¿cómo lo entrenó para que levantara la pata antes incluso de que se le pidiera? Es extraordinario.

—Me temo que no puedo llevarme todo el mérito, Su Alteza. —Molly sonrió, haciendo una ligera reverencia—. Son las técnicas de Sir Richard.

El duque le sonrió cálidamente.

—Tanta modestia, señorita Bell, pero sé que Sir Richard la tiene en la más alta estima. Nunca me habría enviado a Thor si no hubiera sido entrenado a su satisfacción.

Thor. El caballo del duque. Tim finalmente hizo la conexión. Había visto al caballo, un hermoso semental gris, siendo montado por el duque en numerosos eventos. El semental era uno de los mejores caballos de caballería que Tim había visto jamás.

Tim no podía apartar los ojos de Molly mientras conversaba con el Duque de York. El duque era conocido por su amor a los caballos y la estrategia militar, y tenía una desafortunada tendencia a hablar sin pensar, a menudo causando ofensa sin querer. Molly Bell, sin

embargo, parecía mucho menos alterada de lo que cabría esperar en cualquier otra joven dama en tal situación.

Sostuvo la mirada del duque con firmeza, respondiendo a sus preguntas con respuestas perfectamente correctas. No hacía mohínes ni reía tontamente como harían la mayoría de las jóvenes, pero sí se sonrojaba ocasionalmente, especialmente cuando el duque la elogiaba.

Es *una dama*, se dio cuenta Tim de repente. Puede que no hubiera nacido en la nobleza, pero era una dama en el sentido más auténtico de la palabra. Su postura, su aplomo, su gracia; tenía todas las cualidades de una mujer nacida en el más alto rango. No lo había notado antes, pero ahora que lo buscaba, lo veía en cada movimiento que hacía. Cada vez que hacía una reverencia, cada paso que daba, incluso la forma en que sostenía la cabeza mientras escuchaba hablar al duque.

Es una dama, y yo soy un idiota. El pensamiento se coló en la cabeza de Tim, y no pudo evitar reírse de sí mismo, aunque mantuvo el sonido en su interior.

—Los caballos de Belle Haven son verdaderamente sin igual, señorita Bell. Thor es una criatura magnífica. No sé cómo Sir Richard se las arregla para criar animales tan finos —dijo el duque con un movimiento de cabeza.

Molly se encontró con los ojos de Tim, y él se dio cuenta de que estaba desesperadamente incómoda. La mitad de la sala les estaba observando, pero no había escapatoria de la conversación cuando un príncipe quería hablar contigo. Todo lo que Tim podía hacer era quedarse allí y ofrecer a Molly su apoyo silencioso hasta que el duque decidiera dirigir su atención a otra parte.

—Todavía recuerdo el día en que Sir Richard me presentó a Thor —continuó el duque—. Me dijo que era el mejor caballo que había criado jamás, y no puedo discutírselo. ¡Vaya, justo el otro día, estaba cabalgando y nos encontramos con un árbol caído bloqueando el camino. Pensé que tendríamos que dar la vuelta, pero Thor

simplemente saltó por encima como si no fuera nada en absoluto! Nunca he montado un caballo con tal poder y gracia.

Yo habría descrito a Rufus de esa manera, pensó Tim con una súbita punzada de pérdida.

El duque seguía hablando.

—Nunca he conocido a otro caballo como él, y dudo que alguna vez lo haga. Sir Richard es un genio criando, y estoy muy agradecido por haberme regalado a Thor.

Molly estaba sonriendo diplomáticamente.

—Estoy segura de que Sir Richard estaría encantado de oírle decir eso, Su Alteza —dijo—. Se enorgullece mucho de todos sus caballos, pero creo que pensaba que Thor era algo especial.

—Oh, lo es, lo es. —El duque asintió enfáticamente—. Tendré que escribir a Sir Richard para decírselo, y agradecerle de nuevo su generosidad. Y su parte en ello, por supuesto, señorita Bell. Estoy seguro de que Thor no sería el caballo que es sin su entrenamiento.

Molly hizo otra reverencia.

—Gracias, Su Alteza —dijo—. Me alegra que esté satisfecho con él.

—Le tengo mucho cariño —le aseguró el duque—. Me preguntaba si podría pedirle un favor, señorita Bell.

—¿Un favor, Su Alteza?

—En efecto. Me interesaría criar a Thor con algunas de las mejores yeguas de Belle Haven. Estoy bastante seguro de que la descendencia sería excepcional, y estaría dispuesto a pagar generosamente por su progenie de tales emparejamientos.

La boca de Molly se abrió, y Tim tuvo que luchar para reprimir un resoplido de risa. Era un tema totalmente inapropiado para tratar con una dama en una cena. El duque obviamente no tenía idea de lo inapropiada que era su propuesta, pero Tim no podía evitar encontrarlo divertido. Había un destello en los ojos del hombre mayor, el más mínimo indicio de una sonrisa, y Tim se dio cuenta de que el duque lo sabía, probablemente se había dado cuenta del error en cuanto las palabras salieron de su boca.

Al encontrarse con los ojos de Molly, vio una expresión similar en su rostro. Sus labios estaban firmemente apretados, y la comisura de su boca se crispaba.

Molly se recuperó rápidamente, aunque sus mejillas estaban definitivamente unos tonos más oscuras. Si hubiera tenido la piel clara, Tim estaba seguro de que su sonrojo habría sido de un rojo abrasador.

—Estoy segura de que Sir Richard estaría encantado de discutirlo con usted, Su Alteza.

El duque sonrió ampliamente.

—Excelente. Le escribiré mañana. Le agradezco, señorita Bell, su ayuda. Dígame, ¿cuánto tiempo se quedará en Sandhurst?

—Unas pocas semanas, Su Alteza. Ayudando a acomodar la entrega de este año de caballos de Belle Haven con los nuevos cadetes. —Molly hizo otra reverencia.

—Su Alteza, si me permite una palabra...

El duque se volvió ante la interrupción, y Tim casi suspiró de alivio cuando el Comandante de la Academia se inclinó.

—Por supuesto, General Warde. Disculpen, señorita Bell, Mayor. —Les hizo un gesto con la cabeza y siguió al Comandante.

Tim miró a Molly y vio que ella ya le estaba mirando. La alegría en su expresión era contagiosa. Señalando con la cabeza hacia la puerta, esperó a que ella asintiera, y ambos se movieron rápidamente.

Se deslizaron por la puerta hacia el vestíbulo, con Tim ofreciendo su brazo a Molly. Ella lo tomó y caminaron rápidamente hacia la entrada principal, saliendo de la casa y dirigiéndose al jardín.

El aire fresco de la noche fue un alivio después del concurrido salón. Doblaron una esquina y se apoyaron contra la pared de la casa, ambos jadeando para recuperar el aliento. Tim se volvió hacia ella, y en el mismo momento ella se volvió hacia él. Ambos estallaron en carcajadas. Tim intentó contenerlas presionando su mano contra su boca, pero fue inútil. Se dobló, agarrándose el estómago, y se rio hasta que apenas podía respirar. A su lado, Molly

hacía lo mismo, con lágrimas corriendo por sus mejillas mientras reía sin control.

—¡Dios mío —jadeó Molly cuando finalmente pudo hablar—. Eso fue... ¡oh, ni siquiera sé qué decir!

Tim se enderezó y tomó una bocanada profunda de aire fresco. —Creo que es mejor no decir nada —dijo—. El Duque de York es el Duque de York, después de todo. Puede decir lo que quiera.

—¿Incluso a las damas? —Molly negó con la cabeza—. Conozco mi lugar, Capitán. No soy una dama. Pero aun así, no esperaba... Bueno.

—Yo tampoco —dijo honestamente—. No tenía idea de que conocía al Duque de York.

—¡No le conozco! Es decir, no realmente, no tan bien como él dio a entender. —Los ojos de Molly se agrandaron—. Le he visto dos veces antes en Belle Haven, pero nunca esperé que me recordara, o que me hablara en un entorno tan público. Espero no haber causado ofensa.

—Todo lo contrario. Espero que sea usted el brindis de la Academia durante el resto de su estancia. —Tim le sonrió—. Sé que yo ciertamente estoy muy interesado en conocerla mejor, señorita Bell.

Sonrojándose, ella apartó la mirada. —Gracias, Mayor. Estoy segura de que tiene muchas otras cosas que hacer.

—Nada más importante que pasar tiempo con la entrenadora de caballos favorita del duque.

—¡Oh, no diga eso! —protestó ella—. No soy nada de eso, se lo aseguro. El duque simplemente aprecia mucho los caballos de Belle Haven.

—Y a usted, creo. Nunca le he visto prestar tanta atención a una dama antes. —Tim hizo una reverencia—. Es un honor estar en su compañía, señorita Bell.

Ella sonrió e hizo una reverencia. —Gracias, Mayor.

—Además —sonrió traviesamente—, tengo que ganarme su simpatía. ¡Estoy desesperado por conseguir esa invitación para

visitar Belle Haven!

Eso les hizo reír de nuevo a ambos, y pasaron varios minutos antes de que Molly, limpiándose las lágrimas de los ojos, negara con la cabeza. —Mayor, será usted muy bienvenido en Belle Haven cuando desee visitar, pero ahora mismo, creo que es mejor que volvamos adentro antes de que noten nuestra ausencia. Además, tengo hambre y estoy segura de que la cena está a punto de servirse.

Él hizo una reverencia y le ofreció su brazo, y Molly metió su mano en el hueco de su codo. Al volver a la residencia del Comandante, por primera vez Tim se sintió en perfecta armonía con Molly Bell.



Capítulo Siete

VESTIDA CON UN TRAJE de montar de lana verde oscuro, Molly montó su yegua con facilidad y asintió a Tim mientras él se subía a la silla de su propio caballo. Era un buen día para dar un paseo, pensó, con el sol brillando claro y el cielo de un azul resplandeciente. Estaba deseando conocer el pueblo cercano, ya que aún no había tenido la oportunidad de hacerlo.

El trayecto era de solo unas pocas millas, y galoparon a través de la agradable mañana de otoño en silencio, siendo los únicos sonidos los cascos de sus caballos en el camino y el ocasional canto de los pájaros. El paisaje era pintoresco, con colinas onduladas salpicadas de pequeños setos y algún que otro bosquecillo. El día prometía ser cálido, pero aún era temprano y una agradable brisa los mantenía frescos, por ahora.

El pueblo, aunque pequeño, era encantador, con calles empedradas y edificios bien conservados. Se detuvieron frente a una posada llamada King's Arms y dejaron sus caballos con el mozo de cuadra, quien prometió cuidarlos bien. Molly se tomó un momento para mirar a su alrededor, observando el pulcro patio de la posada y los edificios bien mantenidos. Todo estaba limpio y ordenado, con el olor a heno y cuero mezclándose con el cálido aroma del pan recién horneado de una panadería cercana.

El guarnicionero estaba a poca distancia, le aseguró Tim, y ella se puso a caminar a su lado.

La luz del sol brillaba sobre los adoquines y las paredes encaladas de las casas, destellando en las ventanas de cristal. Molly podía oír el martillo de un herrero resonando en algún lugar a lo lejos. El pueblo comenzaba a despertar, al parecer.

Estaba deseando visitar al guarnicionero, que tenía buena reputación, y discutir sus requisitos con él.

—¿Crees que tendrá todo lo que necesitas? —preguntó Tim mientras caminaban.

—Eso espero —dijo Molly—. Creo que hace un buen trabajo, pero no sería la primera vez que tengo que darle algunas indicaciones a un guarnicionero. —Sonrió para sí misma al recordar a un guarnicionero que al principio se había mostrado muy indignado, antes de finalmente reconocer que ella tenía razón.

Tim se rió entre dientes. —Estoy seguro de que apreciará tus consejos.

La calle principal serpenteaba por el centro del pueblo, flanqueada por tiendas y casas. Molly admiró las pulcras jardineras llenas de flores otoñales y las ordenadas fachadas de las tiendas con sus letreros balanceándose en la brisa. Pasaron por la panadería, donde el tentador olor a pan recién horneado salía por la puerta abierta, y Molly vio a Tim mirarla con anhelo. Ella soltó una risita.

—Quizás deberíamos parar ahí de regreso —sugirió, y él le sonrió.

—Una excelente idea, señorita Bell.

Había algo muy atractivo en su sonrisa, pensó, con sus dientes blancos contra su piel bronceada y sus ojos arrugándose en las comisuras. Era un hombre muy apuesto, se dio cuenta, con su pelo rubio y ojos azules, y tenía un cuerpo fuerte y esbelto.

Sacudió la cabeza ante su propia tontería. ¿Qué importaba si era guapo o no? Él era el hijo de un conde, y ella era la hija de un estibador indio que había muerto sin un céntimo. Estaban a mundos de distancia en la sociedad, y haría bien en recordarlo.

La tienda del guarnicionero era un edificio ordenado y bien mantenido con un letrero que representaba una silla de montar colgando sobre la puerta. Las ventanas estaban limpias y se podía ver una exposición de finos artículos de cuero a través del cristal. Molly podía oler el aroma cálido y rico del cuero mientras se acercaba a la puerta, extendiendo la mano para abrirla.

Un trozo de papel sujeto a la puerta llamó su atención; entrecerró los ojos ante la pulcra caligrafía. —De vuelta en una hora —leyó en voz alta y luego suspiró—. Oh, vaya.

Tim se rió entre dientes. —Parece que somos demasiado puntuales para los comerciantes locales.

Sin poder evitarlo, Molly se echó a reír. —Eso parece. ¿Qué sugieres que hagamos para pasar el tiempo?

—Pasamos por una pequeña tetería calle abajo, si no te importa tomar una taza de té y quizás algo de pastel —ofreció Tim.

Eso sonaba muy agradable. —Me encantaría un té. Guía el camino, Mayor.

Unos niños pasaron corriendo jugando, riendo y gritándose unos a otros, y un carro lechero traqueteaba por la calle. Tim la condujo a una pequeña tetería con un cartel acogedor en la ventana, y le sostuvo la puerta para que entrara antes que él.

Molly se detuvo justo dentro de la puerta, sus sentidos asaltados por los maravillosos aromas. El olor a té recién hecho se mezclaba con el rico aroma de la repostería fresca, y se le hizo la boca agua al ver una bandeja de pasteles en el mostrador.

La tetería era pequeña pero acogedora, con algunas mesitas dispersas por la sala. Las paredes estaban pintadas de un alegre color amarillo y decoradas con pinturas del campo, y las sillas estaban tapizadas con una bonita tela floreada de color azul.

Una mujer salió de detrás del mostrador, sonriendo cálidamente. —¡Buenos días! Por favor, tomen asiento donde quieran, y estaré con ustedes enseguida.

—Gracias —dijo Tim, y Molly notó que esperó a que ella eligiera una mesa antes de seguirla.

La propietaria se apresuró hacia ellos. —¿Qué puedo servirles, señor? ¿Señorita?

—Una tetera para dos, por favor, y algunos de esos deliciosos pasteles —dijo Tim—. Lo que tenga fresco hoy.

—¡Por supuesto, señor! —La mujer les sonrió radiante y se apresuró a alejarse de nuevo, y Molly sonrió a Tim.

—Gracias. Es muy amable por su parte.

—Es un placer —respondió Tim—. Espero que lo disfrute.

El fuego crepitaba en la chimenea junto a ellos, y Molly se recostó en su silla, relajándose. Cuando conoció al Mayor Blair-Fortescue, pensó que era un hombre frío y arrogante, pero estaba empezando a creer que lo había juzgado mal. Hoy había sido muy amable con ella, y su sonrisa era muy atractiva.

Sin embargo, no se permitiría pensar en él como un hombre apuesto. Nada bueno saldría de eso. Él era el hijo de un conde, un mayor en el ejército de Su Majestad, y ella era una huérfana, una niña abandonada acogida por los Bell por la bondad de sus corazones. No podía permitirse olvidar sus respectivas posiciones sociales.

La propietaria regresó con una tetera y un plato de pasteles, interrumpiendo los sombríos pensamientos de Molly, y tanto Tim como Molly alabaron los deliciosos dulces. La mujer sonrió radiante y volvió a alejarse apresuradamente.

Tim rellenó ambas tazas de té, luego se reclinó en su silla, con expresión pensativa. —Señorita Bell, ¿puedo hacerle algunas preguntas personales? —preguntó, y Molly sonrió.

—Puede preguntarme lo que desee, Mayor, y yo decidiré si quiero responder.

Él se rió. —Es justo. Muy bien, entonces. Me he estado preguntando... ¿cómo es que una mujer de origen evidentemente indio tiene un nombre tan inglés como Molly Bell?

Molly sonrió un poco triste, su mente regresando a aquellos días lejanos que apenas recordaba.

—Mis padres eran indios —dijo finalmente—. Pero nací en Inglaterra. Cuando era muy pequeña, hubo un brote de escarlatina. Ambos murieron, y acabé en un orfanato.

Sus dedos recorrieron el borde de su taza de té mientras recordaba, con los ojos desenfocados. —No recuerdo mucho de ellos —admitió—. Solo que mi madre era muy hermosa y amable, y que mi padre tenía la risa más fuerte.

Si fuera completamente honesta consigo misma, ni siquiera recordaba eso. Pero se lo había contado a los demás en el orfanato desde que era una niña muy pequeña. Era la única verdad sobre sus padres que tenía para aferrarse.

La tetería era cálida y acogedora, el fuego crepitaba en la chimenea junto a ellos y el olor a repostería llenaba el aire. La puerta se abrió, sonando la campanilla, cuando un grupo de señoras entró, riendo y charlando entre ellas. Molly les sonrió al pasar, luego volvió su atención a Tim.

—Me dicen que mi verdadero nombre es Maalai Patel, pero el orfanato lo anglificó a Molly. A cada niño que llega al orfanato se le da un apellido que honra al principal patrocinador del orfanato ese año. Lord Tate, en mi caso. —Se encogió de hombros—. Fui Molly Tate hasta que fui a Belle Haven, y Sir Richard y Lady Bell me adoptaron formalmente. Estoy orgullosa de llamarme Bell.

Tim se reclinó en su silla, con una expresión pensativa en su rostro. —Bueno, al menos es más fácil y rápido de decir y escribir que Blair-Fortescue —dijo después de un momento, y Molly estalló en carcajadas.

—Lo es —estuvo de acuerdo—. ¿Y qué hay de su familia, Mayor? —preguntó, pensando que la reciprocidad era justa. ¡Si él podía hacer preguntas personales, entonces ella también!

El rostro de Tim adoptó una expresión ligeramente cautelosa. —No estoy seguro de que le parezca muy interesante —dijo—. La aristocracia es muy aburrida, ¿sabe?

—Oh, estoy segura de que no lo es —dijo Molly con una sonrisa —. Y me gustaría saber más sobre usted, Mayor. Después de todo, le

estoy confiando el futuro de los caballos de Belle Haven. Necesito saber que estará tan dedicado a su bienestar como yo.

Tim se rió entre dientes. —Muy bien, entonces. Mi padre es el Conde de Bridgnorth, como sabe. Soy el segundo hijo, lo cual es afortunado, ya que no tengo que preocuparme por producir un heredero para el condado.

Molly lo miró con curiosidad. —¿Está contento por ello, entonces?

—Sí —dijo Tim, y no había duda del alivio en su tono—. Sería un terrible conde. Soy un soldado, ¿sabe? Es todo lo que siempre quise ser, desde que era niño. Mi padre desesperó conmigo, creo.

—¿Por qué? —preguntó Molly—. Me parece que una carrera en el ejército sería muy respetable para un segundo hijo.

Tim sonrió. —Eso pensaría, ¿verdad? Pero mi padre tenía otras ideas. Quería que me convirtiera en clérigo. ¿Puede imaginarlo?

Molly negó con la cabeza. —No puedo —dijo honestamente—. Sería un muy mal clérigo, Mayor.

Tim se rió. —Yo también lo creo. Afortunadamente, mi padre finalmente se dio cuenta de que no me disuadiría de mi carrera elegida, y me permitió unirme al ejército. Aunque todavía tiene la esperanza de que cambie de opinión y tome los hábitos.

Molly sonrió. —Su padre debe estar muy orgulloso de usted —dijo—. Ha ascendido alto en el ejército. Un mayor a su edad es todo un logro, creo.

—Gracias —dijo Tim—. Aunque dudo que mi padre estuviera de acuerdo. Él no es... bueno, digamos que no vemos muchas cosas de la misma manera.

—¿Qué hay del resto de su familia? —preguntó Molly—. ¿Tiene hermanos o hermanas?

—Un hermano —dijo Tim—. Aunque no somos cercanos.

Molly asintió, comprensiva pero sin entender realmente. —No puedo imaginar no ser cercana a mis hermanas —dijo—. Tengo cinco, todas menores que yo. Las adoro a todas, aunque a veces discutamos.

Tim sonrió, pero su expresión tenía un toque de tristeza. —Es muy afortunada, señorita Bell. Estoy seguro de que sus hermanas también la adoran.

El cariño en la voz de Tim hizo que las mejillas de Molly se calentaran. —Estoy segura de que lo hacen —dijo, sonriendo mientras pensaba en ellas—. Lamento que no sea cercano a su hermano.

—Es lo que hay —dijo encogiéndose de hombros—. Somos personas muy diferentes, y tenemos intereses muy diferentes. Estoy seguro de que él diría lo mismo de mí.

Molly asintió. —Estoy segura de que encontrará a alguien con quien pueda ser cercano, Mayor —dijo amablemente.

Él le sonrió. —Gracias, señorita Bell. Espero que así sea.

Al salir de la tetería, pasearon por el césped durante unos minutos, disfrutando del agradable día, antes de dirigirse de nuevo a la tienda del guarnicionero. El olor a cuero llenaba el aire mientras entraban, mezclándose con el aroma del aceite y el betún. Un banco de trabajo recorría un lado de la habitación, desordenado con trozos de cuero, hebillas y otros pequeños objetos.

El guarnicionero era un hombre corpulento con una espesa barba negra. Estaba inclinado sobre un trozo de cuero sujeto en un torno, cosiéndolo con movimientos rápidos y seguros, pero levantó la vista cuando Molly y Tim entraron.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó.

Molly dio un paso adelante, sintiendo los ojos de Tim sobre ella. —Espero que sí —dijo—. Necesito que me fabriquen una pechera especial para uno de los caballos de Sandhurst.

Las cejas del guarnicionero se elevaron. —¿Una pechera? —repitió—. No muchas señoras saben siquiera lo que es.

Molly sonrió. —No soy como la mayoría de las señoras —dijo—. El caballo que tengo en mente tiene un cuerpo un poco redondo, y su silla tiende a deslizarse. Necesito una pechera ajustada a él para mantener la silla en su sitio.

Metiendo la mano en su bolso, sacó un trozo de papel y se lo entregó al guarnicionero. El boceto en el papel era detallado y preciso, cada línea dibujada con esmero y claramente anotada.

El guarnicionero tomó el papel y lo estudió, alzando una ceja. —¿Lo dibujó usted misma? —preguntó, y había más que un poco de escepticismo en su tono.

—Sí —dijo Molly—. Estas son las medidas del pecho del caballo. —Tocó ligeramente el boceto con un dedo.

—Eh... —El guarnicionero parecía desconcertado—. ¿Qué es esta parte, entonces? —Señaló una sección del dibujo.

—Esa es una unión flexible de cuero que se enhebrará alrededor de la cincha y se abrochará en la parte delantera —dijo Molly—. Debe estar hecha del cuero más suave y flexible que tenga. Necesita ser lo suficientemente fuerte para sujetar, pero capaz de moverse con el cuerpo del caballo mientras corre.

El guarnicionero miró el boceto con los ojos entrecerrados, luego asintió lentamente. —Creo que entiendo. Pero permítame preguntarle, ¿por qué no usa simplemente un baticola? Estoy más acostumbrado a hacerlos.

La sonrisa de Molly era casi demasiado dulce. —Un baticola, aunque efectivo, no es el dispositivo más cómodo para un caballo. Una pechera es una opción mucho más amable, aunque requiere un poco más de trabajo para fabricarla.

El guarnicionero estudió el boceto durante unos momentos más, luego asintió de nuevo. —De acuerdo —dijo—. Un día o dos debería bastar. Haré la pieza tal como la ha dibujado aquí. Puede traer el caballo entonces, y le haré un ajuste final.

—Gracias —dijo Molly, su sonrisa volviéndose más genuina—. Agradezco su disposición a trabajar conmigo.

El guarnicionero asintió, y Molly y Tim se marcharon.

Saliendo de la tienda del guarnicionero, caminaron de vuelta a la posada donde habían dejado sus caballos. Molly estaba contenta con cómo había ido el día hasta ahora. Tim había sido una compañía agradable, y había disfrutado de su conversación. Incluso había

conseguido evitar pensar demasiado en lo guapo que era, aunque tenía que admitir que le había echado más miradas de las que probablemente debería haber hecho.

Para, se regañó silenciosamente. *Es el hijo de un conde, por el amor de Dios. Muy por encima de alguien como tú.*

Era cierto, por supuesto. No importa cuánto pudiera gustarle y admirar al Mayor Blair-Fortescue, él estaba muy por encima de ella en términos de posición social. Ella era solo una chica del orfanato de Duke Street, sin importar que Richard Bell y su familia la hubieran acogido. Haría bien en recordarlo y mantener su corazón firmemente encerrado.

Aunque tiene la sonrisa más hermosa, pensó con melancolía, echándole una última mirada antes de volver su atención al camino por delante.

Cuando llegaron a la posada y recogieron sus caballos, Molly se propuso mantener sus sentimientos por Tim Blair-Fortescue estrictamente profesionales a partir de ahora. Era lo único sensato que podía hacer.

El mozo de la posada trajo sus caballos, y Molly tomó las riendas para llevar a su yegua al montador. Sin embargo, antes de que pudiera dar un paso, una mano en su codo la hizo mirar hacia arriba. Tim estaba allí, sonriéndole, y antes de que pudiera protestar él la había levantado, con las manos en su cintura, y la había sentado en su caballo.

Fue un movimiento tan suave que apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento antes de estar sentada, con su pierna derecha sobre el cuello del caballo y su pie izquierdo buscando el estribo. La mano de Tim atrapó su bota y la guió, y ella le agradeció con un leve asentimiento y una sonrisa, murmurando su agradecimiento.

Él le devolvió la sonrisa, luego se volvió para montar su propio caballo, su pie izquierdo encontrando el estribo y su derecho balanceándose hacia arriba y sobre la espalda del caballo. Se sentó allí por un momento, ajustando las riendas en sus manos, y Molly no pudo evitar admirar la imagen que presentaba. Montaba su caballo

maravillosamente, pensó; era un excelente jinete, cualquiera podía verlo.

Se encontró siguiendo con los ojos la amplia anchura de sus hombros bajo la chaqueta de su uniforme militar y tuvo que apartar la mirada rápidamente, con las mejillas acaloradas. Era un hombre sorprendentemente apuesto, no podía negarlo, y parecía volverse más atractivo para ella día a día a medida que lo conocía y se daba cuenta de que era mucho más amable de lo que su exterior inicialmente áspero le había hecho creer.

¡Tenía que parar esto! Estaban en mundos diferentes, y era una tonta por estar suspirando por él como una adolescente enamorada.

El día había sido muy agradable, pensó mientras emprendían el camino de vuelta a Sandhurst, pero no debía olvidar que el abismo entre ellos era insalvable.

El viaje de regreso a Sandhurst fue agradablemente tranquilo, un trayecto fluido marcado por el ritmo suave de las zancadas de sus caballos a través del camino desgastado. El sol, ahora más alto en el cielo, proyectaba un tono dorado sobre los campos que enmarcaban su ruta, cada brizna de hierba brillando como si estuviera cubierta de diamantes.

Molly lanzó algunas miradas furtivas a Tim mientras cabalgaban uno al lado del otro, medio perdida en sus pensamientos. Él parecía estar sumido en sus propias reflexiones, con una expresión pensativa grabada en sus fuertes rasgos. A veces, giraba ligeramente la cabeza, cruzando su mirada con la de ella, y ella rápidamente fingía estar absorta en las pintorescas vistas que se extendían a su alrededor.

—Dígame —dijo Tim de repente, rompiendo el cómodo silencio entre ellos—. ¿Qué vislumbra para su futuro en Belle Haven?

Molly consideró la pregunta, su corazón entibiándose al pensar en su querido hogar. —Espero continuar construyendo sobre el maravilloso trabajo que Sir Richard ya ha realizado —respondió con franqueza—. Entrenar a nuestros caballos para que sean los mejores del país y emparejarlos con los jóvenes oficiales de Sandhurst.

Tim asintió, con respeto brillando en sus ojos. —Tiene pasión —dijo—. Es admirable.

—He tenido el beneficio de maravillosos mentores —admitió ella, con la humildad en su voz reflejando su carácter—. Sir Richard y Lady Bell me han enseñado muchísimo.

Las palabras de Molly se desvanecieron al notar que Tim la estudiaba intensamente. Sus ojos azules parecían atravesarla, como si intentara desentrañar el misterio que ella presentaba. Sintió un rubor subiendo por su cuello bajo su escrutinio.

—Es usted bastante extraordinaria, señorita Bell —dijo Tim suavemente—. Nunca he conocido a nadie como usted.

A Molly se le cortó la respiración. Buscó una respuesta, sin saber cómo tomar sus palabras. —Yo... Gracias, Mayor. Es usted muy amable.

—No es amabilidad —Tim negó con la cabeza—. Simplemente soy observador. Tiene una rara combinación de habilidad, inteligencia y compasión. Es... refrescante.

Sus cumplidos, entregados con tanta sinceridad, hicieron que el corazón de Molly aleteara traicioneramente. Sabía que debería desviar o cambiar de tema, pero se encontró cautivada por la calidez en la mirada de Tim.

—Me alegra que lo considere así —logró decir—. Espero que podamos trabajar bien juntos durante mi estancia en Sandhurst.

—No tengo ninguna duda de que lo haremos —sonrió Tim.

Volvieron a caer en silencio, pero el aire entre ellos parecía cargado de una nueva energía. Molly era híper consciente de la presencia de Tim a su lado, de cada movimiento que hacía en la silla. Intentó concentrarse en el paisaje que los rodeaba, en la sensación de su yegua bajo ella, en cualquier cosa menos en el apuesto hombre que cabalgaba a su lado.

Al acercarse a las puertas de Sandhurst, Tim se aclaró la garganta. —Señorita Bell, me pregunto si podría pedirle un favor.

Molly se volvió para mirarlo, curiosa. —Por supuesto, Mayor. ¿En qué puedo ayudarle?

—Esperaba que pudiera acompañarme en otra salida pronto —dijo, con un tono casual pero sus ojos fijos en su rostro—. Quizás un picnic, si el tiempo lo permite. Me gustaría discutir algunas ideas que tengo para mejorar nuestro programa de entrenamiento de caballería, y valoraría su opinión.

El corazón de Molly dio un vuelco. ¿Era esto simplemente una petición profesional, o algo más? Dudó, dividida entre sus crecientes sentimientos por Tim y su determinación de mantener los límites adecuados.

—Yo... eso suena encantador, Mayor —respondió finalmente, esforzándose por mantener su voz firme—. Estaré encantada de ofrecer cualquier idea que pueda. ¿Quizás podríamos organizarlo para más adelante esta semana?

El rostro de Tim se iluminó con una cálida sonrisa. —Excelente. Haré los arreglos y le comunicaré los detalles pronto.

Cabalgaron a través de las puertas de Sandhurst, los edificios familiares apareciendo a la vista. Al acercarse a los establos, Molly sintió una mezcla de excitación y temor ante la perspectiva de pasar más tiempo a solas con Tim. Sabía que debía ser cautelosa con su corazón, pero se encontró esperando con ilusión su próxima salida a pesar de sus reservas.

Tim desmontó primero cuando llegaron a los establos, luego se movió para ayudar a Molly. Sus manos estaban cálidas y fuertes mientras sujetaban su cintura, ayudándola a bajar de su caballo. Durante un breve momento, cuando sus pies tocaron el suelo, estuvieron muy cerca, con las manos de él permaneciendo en sus costados. A Molly se le cortó la respiración mientras miraba a los ojos azules de Tim, viendo algo intenso allí que hizo que su pulso se acelerara.

El momento se rompió con la llegada de un mozo de cuadra. Tim retrocedió, aclarándose la garganta. —Gracias por la agradable salida, señorita Bell —dijo formalmente—. La veré por la mañana para la primera evaluación de las tropas.



Capítulo Ocho

TIM PERMANECÍA DE PIE con las manos entrelazadas a la espalda, observando a los reclutas mientras montaban. El tintineo de las bridas y el movimiento de los cascos sonaban amortiguados para él, pero podía ver la tensión en la postura de los hombros de los jóvenes, en la forma en que miraban de reojo a los otros oficiales que los observaban.

La presión era evidente, no solo para los reclutas, sino también para él y para Molly. Tim sabía que su reputación había sufrido un duro golpe desde su lesión. Estaba decidido a demostrarse a sí mismo, a mostrar que seguía siendo un oficial competente, aunque ya no pudiera oír el mundo que le rodeaba tan bien como hubiera deseado. Y Molly... bueno, ella tenía más que demostrar que cualquiera. Una mujer en un mundo de hombres, y además plebeya, tenía que ser el doble de buena que cualquier hombre para ser considerada la mitad de competente.

La miró, de pie a su lado. Vestía un sobrio traje de montar gris, con el sombrero firmemente atado bajo la barbilla. Parecía tranquila y serena, pero él podía ver la tensión en su mandíbula, la manera en que sus dedos golpeaban inquietos contra su falda. Ella captó su mirada y le hizo un pequeño gesto de asentimiento, como diciendo: *Podemos con esto.*

Tim correspondió con otro gesto y volvió su atención a los reclutas. Ya estaban montados, esperando su orden. Levantó la mano y la bajó con un gesto brusco, indicándoles que se pusieran en marcha.

Los reclutas condujeron sus caballos en fila, luego viraron y regresaron en formación, de dos en dos. Tim observaba con ojo crítico, notando cómo algunos caballos sacudían la cabeza o intentaban romper el trote. Los reclutas hacían lo posible, pero algunos de los caballos aún estaban poco adiestrados. Era un testimonio de la habilidad de Molly que lo estuvieran haciendo tan bien.

A continuación, les hizo cabalgar en círculo, luego dividirse en dos grupos y galopar unos hacia otros, cruzándose en el centro. Era una maniobra diseñada para probar su control y la obediencia de sus caballos, y se alegró al ver que la ejecutaban bien.

Pero la evaluación aún no había terminado. Tim volvió su atención a los reclutas, observando cómo se reagrupaban en formación, esperando su orden para realizar la siguiente maniobra. Podía sentir los ojos de los otros oficiales sobre él, y sabía que estaban esperando que fracasara.

No les daría esa satisfacción.

El siguiente ejercicio era uno de los más difíciles que habían practicado, y Tim había dudado en incluirlo en la evaluación. Pero Molly había insistido y, al final, había estado de acuerdo con ella. Si los reclutas podían lograrlo, sería una demostración espectacular de sus habilidades y de la equitación que habían aprendido bajo su tutela.

Respirando hondo, Tim levantó la mano. La mantuvo allí por un momento y luego la bajó bruscamente.

Los reclutas espolearon sus caballos, galopando a través del campo. Tim observaba cómo cabalgaban en formación, los cascos de sus caballos golpeando el suelo. Podía ver la concentración en los rostros de los cadetes, la forma en que se inclinaban sobre el cuello

de sus caballos, animándolos en una carga perfectamente coordinada.

Al acercarse al extremo del campo, uno de los reclutas, el cadete Llewellyn, se inclinó y recogió un muñeco de madera que yacía en el suelo. Se suponía que representaba a un jinete desmontado, y el ejercicio consistía en recogerlo al galope y llevarlo de vuelta al punto de partida.

Llewelyn lo hizo a la perfección, su caballo apenas perdió el ritmo mientras levantaba el muñeco y lo colocaba atravesado en su silla. Tim podía ver el orgullo en el rostro de Llewellyn mientras cabalgaba de vuelta hacia los otros reclutas, con el muñeco firmemente sujeto.

Era una maniobra difícil, que requería una sincronización y coordinación perfectas entre caballo y jinete. Tim sabía que era un testimonio del entrenamiento de Molly que el cadete Llewelyn la hubiera ejecutado tan bien. Ella había entrenado a los reclutas incansablemente, enseñándoles a confiar en sus caballos y a trabajar juntos como un equipo.

Tim observó cómo los reclutas cabalgaban de regreso al punto de partida, los cascos de sus caballos levantando terrones de tierra. Podía ver la satisfacción en sus rostros, el orgullo por su logro. Lo habían hecho bien, y estaba orgulloso de ellos.

Sin embargo, mientras los reclutas refrenaban a sus caballos, la aguda mirada de Tim detectó al cadete Watson, que se veía particularmente tenso mientras montaba a Apollo. El fogoso alazán estaba inquieto; Tim podía ver el blanco de sus ojos y la forma en que sus orejas se movían nerviosamente de un lado a otro, el caballo bailoteando en el sitio en lugar de quedarse quieto como debía.

Una ráfaga de viento azotó el campo y Apollo se espantó, levantando bruscamente la cabeza. Las manos de Watson se tensaron en las riendas, y Tim hizo una mueca. Watson ya debería saber que a Apollo no le gustaba que tiraran de él. Efectivamente, el caballo se encabritó, levantándose sobre sus patas traseras.

El rostro de Watson estaba blanco de miedo, su boca abierta en un grito silencioso. Se aferró a las riendas, perdiendo el equilibrio mientras Apollo pateaba el aire. El caballo volvió a posarse sobre sus cuatro patas, para encabritarse de nuevo, más alto esta vez. El agarre de Watson falló, y cayó de la silla, golpeando el suelo con un impacto escalofriante.

Tim ya se estaba moviendo, gritando a los otros reclutas que se mantuvieran alejados. Llegó al lado de Watson en segundos, arrodillándose junto al cadete caído. Watson estaba inconsciente, con el brazo torcido en un ángulo antinatural. Tim buscó el pulso, aliviado cuando lo encontró, fuerte y constante.

—¡Atrás! —gritó a los otros reclutas, que se agolpaban alrededor —. ¡Dejadle respirar!

Molly ya estaba allí, con el rostro pálido.

—Me ocuparé de Apollo —dijo, y Tim asintió, agradecido por su rápida reacción. El alazán seguía danzando nerviosamente, con los ojos desorbitados, y Tim no quería que saliera corriendo y causara más caos.

Volvió su atención a Watson, que gimió abriendo los ojos. —Tranquilo, muchacho —dijo Tim suavemente—. Has tenido una mala caída. Quédate quieto.

Los ojos de Watson se enfocaron en él, y asintió débilmente. Tim mantuvo una mano en su hombro, tratando de mantenerle calmado.

Molly emitió un extraño silbido de tres tonos que no le había oído usar antes, y todos los caballos de Belle Haven en el campo de entrenamiento se quedaron inmóviles, incluyendo a Apollo. El gran alazán permaneció quieto como una piedra mientras Molly se acercaba tranquilamente y tomaba sus riendas.

Tim miró asombrado. Iba a necesitar que Molly le enseñara ese silbido, aunque entendía perfectamente por qué no se lo había enseñado a todos los reclutas. ¡Demasiadas oportunidades para hacer travesuras!

Los otros reclutas seguían revoloteando, con aspecto inseguro. Tim alzó la voz. —¡Volved al punto de partida, todos vosotros!

Continuaremos el ejercicio una vez que atendamos al cadete Watson.

Obedecieron, aunque podía ver la reticencia en sus rostros. Estaban preocupados por su compañero, y con razón. Watson sufría mucho, con el rostro pálido y sudoroso. Tim deseaba tener algo de láudano para darle, pero no quedaba más remedio que esperar al cirujano.

Se escucharon pesadas pisadas, y Tim se estremeció interiormente al mirar hacia arriba y ver a uno de los oficiales superiores observándole con una expresión de desaprobación en el rostro. —No es la primera vez que ese caballo tira a su jinete, ¿verdad? —el tono del teniente coronel Forebury era suave, pero la implicación estaba clara.

La mandíbula de Tim se tensó. —No, señor —admitió.

Los ojos de Forebury se estrecharon. —Ya veo. ¿Y qué medidas ha tomado para corregir esto?

Tim miró a Molly, que permanecía con la espalda recta y los puños apretados a los lados. Parecía lista para discutir con el coronel, y Tim no podía culparla. Él mismo se sentía a la defensiva.

—El cadete Watson no es el mejor jinete —dijo Molly, con voz tensa—. Apollo es un ejemplar difícil, pero ha mejorado enormemente desde que empezamos a trabajar con él. Habéis visto la actuación del cadete Llewellyn con Osiris hace un momento, señor. Es un claro ejemplo de lo que se puede conseguir con paciencia y comprensión.

Los labios de Forebury se tensaron. —Ya veo. ¿Así que cree que mimar a los caballos es la mejor manera de entrenarlos?

Los ojos de Molly relampaguearon. —Creo que entender sus necesidades y trabajar con ellos, en lugar de contra ellos, es la mejor manera de entrenarlos, señor.

Tim pudo ver cómo el rostro de Forebury se ensombrecía, e intervino rápidamente. —Creo que lo que la señorita Bell intenta decir, señor, es que hemos visto mejoras significativas en el comportamiento y el rendimiento de los caballos desde que ella

empezó a trabajar con ellos. El cadete Llewelyn y Osiris son un excelente ejemplo de ello. Serán un gran activo para el regimiento.

La expresión de Forebury no cambió. —Ya veo. Bueno, supongo que veremos si vuestros métodos tienen éxito a largo plazo, Mayor. Mientras tanto, me haré cargo del entrenamiento de este caballo —dijo bruscamente.

La reacción de Molly a las palabras de Forebury fue inmediata. Tim vio que su agarre sobre las riendas de Apollo se tensaba hasta que sus nudillos se pusieron blancos, y su mandíbula se apretó tanto que pensó que podría romperse un diente. Sus ojos brillaron con una ira apenas contenida, y Tim comprendió su furia. Ella había trabajado duro para entrenar a Apollo, y ahora Forebury se lo estaba quitando.

—Señor, debo protestar —dijo Tim, tratando de interceder en favor de Molly—. La señorita Bell ha hecho un excelente trabajo con Apollo, y creo que seguirá mejorando bajo su cuidado.

Los ojos de Forebury se estrecharon. —¿Está cuestionando mi autoridad, Mayor?

La mandíbula de Tim se tensó. —No, señor —dijo entre dientes.

—Bien —el tono de Forebury fue despectivo—. Continúe con su ejercicio, Mayor.

Tim asintió, sabiendo que no tenía sentido seguir discutiendo. No tenía autoridad aquí, todavía no. Pero no olvidaría este desaire contra Molly, y haría todo lo posible por recuperar a Apollo.

—Pero... —dijo Molly, y Tim negó con la cabeza urgentemente. Ella le fulminó con la mirada, y él pensó que quizás estaba a punto de discutir.

—¡Ahora no! —articuló sin voz, rezando para que le hiciera caso. Forebury tenía autoridad para expulsarla de la propiedad de Sandhurst y prohibirle regresar, y no habría nada que Tim pudiera hacer para impedirlo.

—Gracias, señorita Bell —dijo Forebury en un tono de clara despedida, y tomó las riendas de Apollo de su mano.

Los ojos oscuros de Molly se estrecharon. Abrió la boca para decir algo y Tim se enderezó, dejando a Watson solo por un momento, y se apresuró al lado de Molly, interponiéndose entre ella y Forebury.

Tim tomó a Molly por el codo, con suavidad pero firmeza, y la guió unos pasos lejos de los reclutas. Todavía podía oír sus murmullos, el tintineo del equipo mientras esperaban que el ejercicio continuara, pero estaban fuera del alcance de sus oídos.

—Molly —dijo en tono bajo y urgente—, sé que estás enfadada, pero no podemos hacer nada al respecto ahora mismo. Necesitamos terminar el ejercicio, y luego podemos ir al comandante y presentar nuestro caso para recuperar a Apollo.

La mandíbula de Molly se tensó tanto que Tim pensó que podría romperse un diente, y sus puños estaban apretados a sus costados mientras veía a Forebury llevarse a Apollo. Podía ver la lucha en sus ojos, el deseo de discutir, de pelear. Pero era una mujer práctica, y sabía que él tenía razón.

—De acuerdo —dijo finalmente, con voz tensa por la ira contenida—. Llevaré al cadete Watson a la consulta del cirujano. Tú termina el ejercicio.

Tim asintió, agradecido de que estuviera dispuesta a escuchar la razón. —Gracias —dijo en voz baja—. Te prometo que haré todo lo posible por recuperar a Apollo.

Los ojos de Molly se encontraron con los suyos por un momento, y él vio allí el respeto, el reconocimiento de que estaba haciendo lo mejor en una situación difícil. Luego ella se alejó, con movimientos rígidos por la ira, y volvió a donde Watson seguía sentado en el suelo, acunando su brazo herido.

Molly se arrodilló junto a Watson, hablándole en voz baja, y luego le ayudó a ponerse en pie. Caminaron lentamente hacia la consulta del cirujano.

Tim les vio marchar, sintiendo una punzada de culpabilidad. Sabía que Molly estaba enfadada con él, y no podía culparla. Pero tenía que pensar en el panorama general, en los reclutas y su

entrenamiento. No podía dejar que sus sentimientos personales se interpusieran en el camino.

Respirando hondo, se volvió hacia los reclutas. —Muy bien, caballeros —dijo, elevando la voz para hacerse oír por encima de los murmullos—. Volvamos a ello. Formad y preparaos para el siguiente ejercicio.

Los reclutas se movieron para obedecer, y Tim les observó atentamente mientras se formaban por parejas. Podía ver el nerviosismo en sus rostros, la tensión en sus movimientos. Pero también vio determinación, un deseo de demostrarse a sí mismos.

Mientras observaba a los reclutas comenzar el siguiente ejercicio, una sensación de gratitud invadió a Tim. El reciente caos con Apollo ahora parecía un recuerdo lejano, y el ejercicio actual transcurría con fluidez. Tenía mucho que agradecer a Molly por eso, lo sabía. Si ella no le hubiera escuchado, si no hubiera aceptado dejarle intentar recuperar a Apollo más tarde, habría tenido que lidiar con su ira y su desilusión, y habría estado distraído, incapaz de prestar toda su atención a los reclutas.

Y sus cadetes merecían toda su atención, se dio cuenta mientras los observaba. La influencia de Molly era evidente en su forma de montar, con postura recta y confiada, las manos ligeras sobre las riendas. Guiaban a sus caballos con movimientos sutiles, y los animales respondían al instante a sus indicaciones.

Tim observó cómo el cadete Llewelyn ejecutaba un giro perfecto, los cascos de Osiris apenas tocaban el suelo mientras giraba sobre sus cuartos traseros. El equilibrio de Llewellyn era impecable, su asiento seguro, y Tim sabía que eso era resultado del entrenamiento de Molly. Ella había ejercitado a los reclutas sin descanso, insistiendo en una forma perfecta, y eso se notaba en su manera de montar.

Otro recluta, el cadete Harris, realizó con facilidad una maniobra difícil, su caballo saltando sobre una valla baja y aterrizando suavemente. Las manos de Harris ni siquiera estaban en las riendas, sus piernas firmes y seguras alrededor del cuerpo del caballo mientras tenía ambas manos en su rifle en un simulacro de ejercicio

de tiro, y Tim sabía que eso también era obra de Molly. Ella había enseñado a los reclutas a confiar en sus caballos, a trabajar en colaboración con ellos, y eso se notaba en cada movimiento.

Tim sintió una punzada de culpabilidad mientras observaba a los reclutas. Había estado tan centrado en sus propios métodos, en su propia forma de hacer las cosas, que no había dado suficiente crédito a Molly por el trabajo que había realizado. Había aprendido tanto observándola, viendo cómo interactuaba con los caballos y los reclutas. Ella tenía un don para entender a ambos, para sacar lo mejor de ellos.

A medida que el ejercicio continuaba, Tim se encontró relajándose, con una sensación de calma asentándose sobre él. Los reclutas estaban actuando bien, sus movimientos suaves y seguros, y sabía que eso era un testimonio del duro trabajo de Molly. Ella había puesto su corazón y alma en entrenarlos, y se notaba en cada paso que daban.

Cuando el ejercicio terminó, Tim ordenó a los reclutas que se detuvieran y se acercó para felicitarlos. —Bien hecho, caballeros —dijo, dando una palmada en el hombro a Llewelyn—. Todos habéis mostrado una gran mejora. Seguid con el buen trabajo.

Los reclutas sonrieron ante su elogio, y Tim sintió una oleada de orgullo por ellos.

—Llevad vuestros caballos de vuelta a los establos y aseguraos de que estén bien acomodados para la noche —ordenó—. Podéis retiraros.

El sonido de los cascos sobre la tierra compacta del campo de entrenamiento, el tintineo de los arreos y el crujido de los uniformes llenaron el aire mientras los reclutas se alejaban con sus monturas. Tim los vio marcharse, con una expresión pensativa en el rostro.

Se había equivocado respecto a Molly, se dio cuenta. Era mucho más que una simple mozo de cuadra, mucho más que una chica que amaba a los caballos. Era una entrenadora hábil, una maestra, y había hecho un trabajo increíble con los reclutas. Eran mejores jinetes, mejores soldados, gracias a ella.

Y casi lo había arruinado todo con su arrogancia, con su insistencia en hacer las cosas a su manera. Había estado tan centrado en sus propios métodos, en su forma de hacer las cosas, que no había dado suficiente crédito a Molly por el trabajo que había realizado. Había aprendido tanto observándola, viendo cómo interactuaba con los caballos y los reclutas. Ella tenía un don para entender a ambos, para sacar lo mejor de ellos.

Bueno, tendría que asegurarse de que ella recibiera el crédito que merecía, decidió mientras se giraba y comenzaba a caminar hacia el despacho del cirujano. Hablaría con el comandante en persona si fuera necesario, asegurándose de que todos supieran cuánto había contribuido Molly al éxito del programa de entrenamiento. Y recuperaría a Apollo para ella, porque el fogoso semental castaño merecía algo mejor que Forebury, un hombre que intentaría quebrar el espíritu del caballo en lugar de aprovecharlo.

El despacho del cirujano estaba ubicado en una parte más tranquila de la academia, lejos del bullicio de los campos de entrenamiento y los barracones. Era un edificio pequeño y discreto, con un simple letrero sobre la puerta que lo identificaba como el dominio del oficial médico de la academia.

Al acercarse, Tim vio a Molly esperando fuera, con la postura tensa. Ella levantó la mirada cuando él se acercó, y él vio la preocupación en sus ojos. Se unió a ella, apoyando la espalda contra la pared. Permanecieron en silencio juntos, esperando, y Tim se encontró observándola por el rabillo del ojo. Estaba tensa, con los hombros rígidos, las manos apretadas en puños a sus costados.

Quería acercarse a ella, ofrecerle algún consuelo, pero no sabía cómo. De todos modos, no estaba seguro de que ella recibiría bien su contacto. Así que se quedó allí, sintiéndose incómodo e inútil, hasta que la puerta se abrió y el cirujano salió.

El cirujano era un hombre de mediana edad con cabello grisáceo y un aire tranquilo y autoritario. Llevaba un chaleco sobre su camisa y calzones, y Tim notó una bandeja de instrumentos médicos en una mesa cercana, brillando a la luz de la ventana.

—Mayor Blair-Fortescue, señorita Bell —el cirujano los saludó con una inclinación de cabeza—. El cadete Watson está descansando cómodamente. Su brazo está roto, pero es una fractura simple. Lo he entablillado y debería recuperarse por completo.

Tim sintió que una ola de alivio le invadía. —Gracias —dijo, con la voz un poco temblorosa—. Me alegra oírlo.

Molly fue más práctica. —¿Cuánto tiempo pasará antes de que pueda montar de nuevo? —preguntó.

El cirujano lo pensó un momento. —Unas pocas semanas, al menos. Necesitará descansar el brazo y permitir que sane correctamente. Pero es joven y saludable; no veo razón por la que no debería recuperarse completamente.

Los hombros de Molly se relajaron un poco, y Tim sintió una oleada de gratitud hacia ella. Había sido ella quien había pensado en los aspectos prácticos, quien había hecho las preguntas que él ni siquiera había considerado. Estaba agradecido por su presencia, por su influencia tranquilizadora.

—Gracias —dijo de nuevo, inclinando la cabeza—. ¿Podemos verlo?

—Por supuesto —dijo el cirujano, haciéndose a un lado para permitirles entrar.

La habitación era pequeña y estaba tenuemente iluminada, la única luz provenía de una sola ventana alta en la pared. Una bandeja de instrumentos médicos brillaba en una mesa cercana, un claro recordatorio de la atmósfera seria y clínica. Tim entró primero, sus ojos adaptándose rápidamente a la penumbra, y vio a Watson acostado en un catre estrecho, con el brazo entablillado y descansando sobre su pecho.

El rostro del joven estaba pálido, y levantó la mirada cuando Tim se acercó, sus ojos se agrandaron con sorpresa. —Mayor —dijo, con la voz un poco temblorosa—. No esperaba verle aquí.

La expresión de Tim se suavizó con alivio al ver que Watson no estaba en grave apuro. —Quería asegurarme de que estabas bien,

Watson —dijo, con voz baja y tranquilizadora—. Nos diste un buen susto allí fuera.

Watson se sonrojó, bajando la mirada hacia su brazo entablillado. —Lo siento, señor —dijo, con la voz apenas por encima de un susurro—. No quería causar ningún problema.

—Tonterías —dijo Tim con firmeza—. Fue un accidente, nada más. Me alegra que tu lesión sea relativamente menor. Un brazo roto es una molestia, pero sanará.

Watson lo miró, con los ojos grandes y un poco temerosos. —Pero, ¿qué pasa con Sandhurst, señor? ¿Perderé mi plaza?

Tim negó con la cabeza, extendiendo la mano para dar una palmada en el hombro no lesionado de Watson. —En absoluto —dijo —. Hay nuevos reclutas que se unen todo el tiempo, y nuevos grupos que comienzan su entrenamiento cada pocas semanas. Podrás unirte al siguiente grupo una vez que tu brazo haya sanado. Podrás mostrarles las cuerdas.

Los hombros de Watson se hundieron con alivio, y asintió, con una leve sonrisa tirando de sus labios. —Gracias, señor —dijo—. Haré lo mejor que pueda.

Tim observó a Watson de cerca, notando la forma en que los ojos del joven recorrían la habitación, la forma en que jugueteaba con el borde de su entablillado. Algo claramente le preocupaba, y Tim tenía la sensación de que era más que solo el dolor de su brazo roto.

Tim se inclinó hacia adelante, su voz suave. —¿Hay algo de lo que quieras hablar, Watson? Parece que tienes algo en mente.

Watson dudó, sus ojos dirigiéndose a Molly, que estaba de pie tranquilamente junto a la puerta. Ella le dio un asentimiento alentador, y él tomó una respiración profunda.

—No... no sé si debería decir algo, señor —dijo, con la voz apenas por encima de un susurro—. No quiero parecer desagradecido.

El corazón de Tim se conmovió por el joven. Recordaba demasiado bien el miedo y la incertidumbre que había sentido cuando se unió al ejército por primera vez, apenas algo más que un

niño. Había tenido la suerte de tener buenos oficiales que lo habían tomado bajo su ala, pero sabía que no todos eran tan afortunados.

—Sea lo que sea, puedes decírmelo —dijo suavemente—. Te prometo que no pensaré menos de ti.

Los ojos de Watson se llenaron de lágrimas, y apartó la mirada, su voz temblando. —No sé si puedo hacerlo, señor —dijo—. Ir a la guerra, quiero decir. Pensé que podría, pero ahora... no estoy tan seguro.

Tim se sentó junto a Watson, moviéndose lenta y deliberadamente para no sobresaltar al joven. —No te mentiré, Watson —dijo en voz baja—. La guerra es algo terrible. Es un terror constante, cada momento de cada día. Pero no hay vergüenza en tenerle miedo. De hecho, diría que cualquiera que no tenga miedo es un tonto o un mentiroso.

Los ojos de Watson se agrandaron, y miró a Tim con algo parecido al asombro. —¿Usted tenía miedo, señor?

—Todos los días —dijo Tim honestamente—. Todos y cada uno de los días. Y todavía lo tengo, a veces. Tengo pesadillas, me despierto sudando frío, pensando que estoy de vuelta allí. Pero he aprendido a vivir con ello, y he aprendido que no hay vergüenza en admitir tus miedos.

Watson asintió lentamente, su expresión pensativa. —Supongo que tiene razón, señor. Es solo que... no quiero decepcionar a nadie.

—No lo harás —le aseguró Tim—. De hecho, creo que hace falta mucho coraje para admitir tus miedos y actuar en consecuencia. Si prefieres servir en una capacidad diferente, no hay vergüenza en ello. De hecho, creo que es muy sabio por tu parte reconocer tus propias limitaciones.

Watson asintió de nuevo, una leve sonrisa tirando de sus labios. —Gracias, señor. Hablaré con mi padre, quizás. Conoce a algunos oficiales superiores en Horse Guards.

—Bien —dijo Tim, poniéndose de pie—. Ahora, descansa y deja que ese brazo sane. Hablaremos más sobre esto más tarde, ¿de acuerdo?

—Sí, señor —dijo Watson, su sonrisa ensanchándose—. Gracias, señor.

Tim asintió, dando un apretón reconfortante al hombro del joven antes de girarse para salir de la habitación. Molly lo siguió, su expresión pensativa.

Dejando a Watson adormilado en una bruma inducida por el láudano, Tim y Molly salieron. La tensión de la última hora pareció desvanecerse cuando la puerta se cerró tras ellos.

Tim respiró hondo, sintiendo que parte de la tensión abandonaba sus hombros.

—¿Mayor?

La voz de Molly era suave, casi vacilante, y él se volvió para verla mirándolo con una expresión curiosa. —¿Sí, señorita Bell?

—¿Realmente cree lo que le dijo a Watson? —preguntó ella, con tono amable—. ¿Que no hay vergüenza en no querer ir a la guerra?

Tim dudó, considerando su respuesta. Molly había sido nada más que respetuosa y profesional desde que se habían conocido, pero él había visto el fuego en sus ojos cuando había discutido con el coronel sobre Apollo. No era una mujer con la que se pudiera jugar, y sospechaba que ella no apreciaría una respuesta superficial o insincera.

—Creo que era lo correcto decirle a Watson —dijo lentamente, eligiendo sus palabras con cuidado—. ¿De qué serviría llamarlo cobarde en su cara? Si perdiera el valor en el fragor de la batalla, solo conseguiría que lo mataran a él y a sus camaradas. Mejor que nunca llegue tan lejos.

Molly asintió, su expresión pensativa. —¿Crees que su padre podrá evitar que vaya a la guerra?

—Creo que su padre podrá conseguirle un bonito y seguro trabajo de escritorio en Horse Guards —dijo Tim secamente—. Y si eso es lo que Watson quiere, digo que se lo conceda. No todos los hombres están hechos para el campo de batalla.

Los labios de Molly se crisparon en una leve sonrisa. —¿Y tú lo estabas?

La boca de Tim se torció. —Yo era un tonto, señorita Bell. Estaba aterrorizado todos los días, pero seguía volviendo. Cuando perdí la audición, intenté todo lo que se me ocurrió para que me enviaran de vuelta al frente. Fue solo cuando me di cuenta de que era un peligro para mis hombres que acepté esta asignación en su lugar.

Molly guardó silencio durante un largo momento, su mirada fija en su rostro. —Creo que es usted un héroe, Mayor —dijo en voz baja—. Y me alegro de que esté aquí para ayudar a entrenar a la próxima generación de soldados.

Tim sintió que un calor se extendía por su interior ante sus palabras, e inclinó la cabeza en un silencioso reconocimiento. —Gracias, señorita Bell. Me alegro de estar aquí.

Y por primera vez, se dio cuenta Tim, lo decía en serio. Había aceptado sus limitaciones, y no condenaría a otro hombre por hacer lo mismo. Mejor reconocer las propias debilidades y trabajar alrededor de ellas que fingir que no existían y arriesgarse al desastre. Tim podía ser útil aquí en Sandhurst, ahora podía verlo, preparando a estos jóvenes para lo que enfrentarían en el campo de batalla... y aprendiendo cuáles de ellos no eran aptos para ello. Watson conseguiría un bonito y seguro trabajo de escritorio en Horse Guards, y los hombres a los que podría haber fallado en batalla estarían más seguros por ello.



Capítulo Nueve

MOLLY CAMINABA CON PASO decidido junto a Tim hacia el despacho del comandante. No había podido dormir pensando en Apollo, y ahora estaba decidida a recuperar el caballo.

La academia de Sandhurst era un edificio impresionante, con una gran fachada y un amplio vestíbulo de entrada. Sus pasos resonaban en los suelos pulidos mientras caminaban por el pasillo, con el sol de la mañana proyectando largas sombras a través de las altas ventanas. El aire era fresco y nítido, y Molly podía percibir el tenue aroma a cera para muebles. Flexionó los dedos dentro de sus guantes de montar, sintiendo el suave cuero contra su piel.

Belle Haven no era suyo, lo sabía. Pero había estado allí desde que era poco más que una niña, y amaba el lugar tanto como cualquiera de la familia. Y los caballos... los caballos eran su vida. Había estado presente cuando nació Apollo, había ayudado a entrenarlo. Lo conocía mejor que nadie, y sabía que no era un caballo que cualquiera pudiera montar. Era demasiado fogoso, demasiado obstinado. Necesitaba una mano firme y un toque delicado.

No permitiría que lo maltrataran.

Apretó la mandíbula al pensar en el teniente coronel Forebury, que había reclamado a Apollo como suyo cuando el cadete Watson

se cayó. No había podido hablar entonces, pero lo haría ahora. Exigiría al comandante que ordenara a Forebury devolverle a Apollo.

No era una mujer alta, y sabía que parecería insignificante junto a Tim y el comandante, pero no dejaría que eso la detuviera. Era fuerte, más fuerte que muchos hombres, gracias a su trabajo con los caballos. No se dejaría intimidar.

Miró a Tim, que caminaba a su lado con el ceño fruncido. Había sido amable con ella, lo sabía, y le agradecía su apoyo. Pero no permitiría que le impidiera expresar su opinión.

Llegaron al despacho del comandante, y Tim llamó a la puerta. Molly respiró hondo, preparándose para la confrontación que estaba por venir.

—Adelante —llamó una voz, y entraron.

Molly fijó su mirada en el comandante, sentado tras el escritorio, aunque él se levantó educadamente al ver entrar a Molly en la habitación. Era un caballero de aspecto distinguido en sus cincuenta, con una abundante cabellera plateada y una barba bien recortada. Su uniforme era impecable, la chaqueta roja adornada con galones y botones dorados, y llevaba un par de gafas apoyadas en la punta de la nariz.

—Comandante —dijo Tim, inclinándose—. Gracias por acceder a recibirnos.

—Señor Blair-Fortescue. —El comandante asintió, dirigiendo su mirada a Molly—. Y señorita Bell. Vengan, siéntense ambos. ¿En qué puedo ayudarles?

—Gracias, señor. —Tim tomó asiento, indicando a Molly que hiciera lo mismo. Ella lo hizo, sentándose nerviosamente en el borde de la silla—. Hemos venido a solicitar su ayuda en un asunto de cierta urgencia.

—¿Oh? ¿De qué se trata?

Molly respiró hondo, y luego otra vez. Tim la miró, y ella asintió, dándole permiso para hablar en su nombre. —La señorita Bell tiene una queja respecto a la disposición de uno de sus caballos —dijo—.

Verá, señor, el teniente coronel Forebury ha reclamado como suyo uno de los caballos de Belle Haven.

El comandante frunció el ceño. —Ya veo. ¿Qué caballo es ese?

—Se llama Apollo —dijo Molly, con la voz temblando ligeramente —. Es un semental alazán, con una mancha blanca en la frente. Estaba asignado al cadete Watson, pero Watson se cayó durante los ejercicios de ayer y desafortunadamente se ha roto un brazo.

—Sí, lo recuerdo —dijo el comandante, asintiendo—. Un animal fogoso, si mal no recuerdo.

—Sí, señor —dijo Molly—. Apollo es muy fogoso. No es un caballo fácil de montar.

El ceño del comandante se profundizó. —Entiendo. ¿Y desea que ordene que le devuelvan el caballo?

—Sí, señor —dijo Molly—. Perdóneme si hablo fuera de lugar, señor, pero debo pedirle su indulgencia en este asunto.

El comandante asintió, sus ojos estrechándose ligeramente detrás de sus gafas mientras la escuchaba.

—Apollo no es un caballo cualquiera —dijo ella, con la voz firme a pesar del tumulto en su interior—. Fue criado y entrenado en Belle Haven, y yo fui quien lo entrenó, personalmente, desde que nació. Es... un caballo difícil de manejar, incluso para mí. Pero confía en mí, y yo sé cómo manejarlo. Me preocupa que si no se le maneja correctamente, pueda volverse peligroso.

El comandante asintió de nuevo, esta vez más pensativo. —Ya veo. ¿Y usted cree que el teniente coronel Forebury no es capaz de manejar este caballo?

Molly respiró hondo, eligiendo cuidadosamente sus próximas palabras. —El cadete Watson se cayó de Apollo durante los ejercicios. Fue derribado; lo vi yo misma. Apollo es un caballo fogoso y necesita un manejo cuidadoso. Watson no estaba a la altura de la tarea, creo, y temo que Forebury tampoco lo esté. Él es... no tan joven como antes, y solo tiene un brazo.

Las cejas del comandante se elevaron. —El teniente coronel Forebury perdió su brazo en acción, señorita Bell. Es un oficial

altamente condecorado.

—Entiendo eso, señor, y no pretendo menospreciar su servicio o su habilidad. Pero Apollo es un caballo muy especial. Si no se le maneja correctamente, puede volverse peligroso. Y debo señalar que es un semental, mantenido así porque Sir Richard lo consideró adecuado para ser semental. Belle Haven mantiene un interés en el caballo.

El comandante se reclinó en su silla, con los ojos pensativos. —Ya veo —dijo de nuevo—. ¿Y desea que ordene al teniente coronel Forebury que devuelva el caballo?

—Sí, señor —dijo Molly, con la voz temblando ligeramente—. Para continuar su entrenamiento. Se lo agradecería mucho.

El comandante suspiró. —Me temo que no puedo hacer eso, señorita Bell. El teniente coronel Forebury es un oficial condecorado y un excelente jinete. Si ha decidido tomar el caballo como suyo, estoy seguro de que tiene buenas razones para hacerlo. Dado que el brazo del cadete Watson está roto, el caballo habría quedado disponible para ser reasignado, y Forebury está en su derecho de asignarse el caballo a sí mismo. Particularmente si, como dice, no es un caballo fácil de montar. Forebury completará su entrenamiento correctamente, estoy seguro. Y si el Ejército no tiene más uso para el semental, será devuelto a Belle Haven para su programa de cría, tal como estipula el contrato de venta.

—Pero señor...

—Señorita Bell. —La voz del comandante era firme—. No interferiré en este asunto.

Los labios de Molly se tensaron al ver que no se dejaría conmover por sus súplicas. —Muy bien, señor. Gracias por su tiempo.

Se puso de pie, y Tim hizo lo mismo. —Gracias, señor —dijo.

El comandante asintió, despidiéndolos. —Que tengan un buen día.

Molly podía sentir los ojos del comandante en su espalda mientras se alejaba, pero no le importaba. Había más que medio esperado que él rechazara su petición, pero la realidad era más difícil

de aceptar de lo que había pensado. Sus manos estaban cerradas en puños a los costados, las uñas clavándose en las palmas, y se obligó a relajarlas.

Tim la alcanzó cuando ella agarraba el pomo de la puerta, abriéndola de un tirón. —Molly —dijo suavemente, tocando su brazo —. Déjalo estar. Has hecho todo lo que has podido.

Ella lo miró, vio la compasión en sus ojos, y por un momento sintió el ridículo impulso de llorar. Tenía razón. Había hecho todo lo que podía. Debería dejarlo estar.

Debería.

No podía.

—¡Señor! —Se volvió hacia el escritorio del comandante, donde el oficial de edad avanzada estaba alcanzando una pluma. Él levantó la vista, alzando las cejas, como si le sorprendiera verla aún allí—. Perdóneme por molestarle de nuevo, señor, pero debo pedirle su indulgencia una vez más.

Los ojos del comandante se estrecharon ligeramente detrás de sus gafas. —¿Sí, señorita Bell? —preguntó tras un momento, dejando la pluma de nuevo.

Molly respiró hondo, sus manos cerrándose en puños otra vez. —Entiendo su posición, señor —dijo—. Entiendo que el teniente coronel Forebury tiene todo el derecho de tomar a Apollo para sí mismo. ¡Pero debo protestar! ¡Perdóneme, pero debo hacerlo! No puedo quedarme de brazos cruzados y ver cómo maltratan a un caballo que yo entrené. —Por un momento, su visión se nubló y tuvo que parpadear con fuerza, con la garganta apretada por la emoción —. Apollo es un buen caballo. Un caballo excelente. Podría ser grandioso. Podría ser el mejor caballo que Sandhurst haya visto jamás, ¡pero solo si se le trata correctamente!

Su voz se estaba elevando, lo sabía, y vio cómo los ojos de Tim se ensanchaban al mirarla. El comandante, también, fruncía el ceño. Tenía que controlarse. Sus manos temblaban, y las obligó a separarse, se forzó a calmarse. Respiró hondo, y luego otra vez. El

comandante seguía observándola, así que se obligó a continuar, modulando su tono.

—Por favor, señor, perdóneme por hablar fuera de lugar. Pero debo pedirle que reconsidere.

—Su pasión y cuidado por sus protegidos es encomiable, señorita Bell —dijo finalmente el comandante, pero ella podía ver por su expresión que solo la estaba complaciendo. No iba a cambiar de opinión. Lágrimas ardientes le escocieron en los ojos mientras él continuaba—. Pero me temo que mi decisión está tomada.

—Gracias, señor —dijo Tim en voz baja, y colocó una mano en la parte baja de la espalda de Molly.

De alguna manera, ese pequeño contacto le dio la fuerza que no había podido encontrar por sí misma, la fuerza para decir —Muy bien, señor. Gracias por su tiempo— e inclinar la cabeza en señal de aceptación.

El comandante asintió. —Que tengan un buen día.

Giraron como uno solo para marcharse, y Molly tuvo que obligarse a caminar con pasos medidos, a no salir furiosa como deseaba. Debería estar agradecida de que el comandante les hubiera dado tanto de su tiempo, lo sabía. Tendría que dejarlo estar. Por ahora.

Justo cuando alcanzaba el pomo de la puerta, la voz del comandante resonó tras ella. —Señor Blair-Fortescue, tenía planeado mandar a buscarle esta mañana. ¿Podría concederme unos momentos?

Molly se quedó inmóvil, con la mano en el pomo de la puerta, y se volvió para mirar a Tim, que también tenía una mano extendida como para abrirle la puerta. La bajó lentamente, volviéndose para enfrentar al comandante.

—¿Señor? —preguntó con curiosidad.

El comandante, de pie detrás de su escritorio, se aclaró la garganta. —Las noticias que tengo para el mayor, señorita Bell, son de naturaleza privada. Tienen que ver con su servicio activo previo.

Oh. Molly parpadeó, y luego asintió una vez, lentamente. — Entiendo, señor. Esperaré fuera. Estoy segura de que no tardará mucho, Mayor.

Con un suave clic, Molly cerró la puerta del despacho del comandante. No escucharía a escondidas los asuntos privados de Tim, se dijo a sí misma. Pero lo esperaría. Vacilante, miró hacia la puerta. ¿Debería quedarse justo afuera? ¿O quizás caminar un poco por el pasillo? No iría lejos, decidió. Él no tardaría mucho, estaba segura.

Había un banco tapizado en un nicho un poco más adelante en el pasillo, así que Molly se sentó, pero estaba demasiado inquieta para quedarse quieta y volvió a levantarse.

Apollo. Hervía de rabia en silencio, paseando lentamente arriba y abajo por el pasillo, demasiado enfadada para quedarse quieta. ¿Cómo se atrevía ese hombre a llevarse a Apollo? Cada uno de los caballos que había traído a Sandhurst era parte de su familia. Los había entrenado a todos desde potros. Y los había montado personalmente a todos durante el proceso de selección, llevándolos por los difíciles saltos campo a través en Belle Haven a una velocidad vertiginosa, probando su valentía y obediencia. Su corazón aún latía rápido al recordar la exaltación de esa carrera salvaje. Todos habían sido maravillosos, pero Apollo... Apollo había sido especial.

Su ira no solo estaba dirigida al comandante, sino también a sí misma. Había hecho todo lo posible para asegurarse de que los caballos fueran asignados a los cadetes adecuados, pero había sido incapaz de proteger a Apollo. El comandante tenía razón: los caballos pertenecían al Ejército, y cualquier cadete podía ser reasignado a otro caballo en cualquier momento. Sin embargo, nunca esperó que Forebury simplemente lo arrebatara así tan pronto como Watson resultó herido. Forebury debía haber estado codiciando los caballos de Belle Haven, solo esperando su oportunidad para tomar uno sin reclamar.

Maldito fuera el hombre. Recuperaría a Apollo. De alguna manera. Tim la ayudaría, lo sabía.

Sus pensamientos volvieron a Tim, y frunció el ceño, mirando hacia la puerta. ¿Qué noticias podría tener el comandante para él? La pérdida de audición de Tim significaba que nunca podría volver al frente de guerra; su asignación permanente estaba ahora aquí en Sandhurst, así que no podían ser nuevas órdenes.



Cuando Molly salió de la habitación, Tim no se volvió para verla marchar, pero oyó el débil clic de la puerta al cerrarla tras ella. Continuó de pie rígidamente, el silencio en la habitación pesado mientras esperaba, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado mientras se esforzaba por captar las palabras del comandante.

Era un despacho muy bonito, observó distraídamente, bien amueblado con paneles de madera oscura, una gruesa alfombra en el suelo y un gran escritorio de nogal reluciente. Las paredes estaban decoradas con pinturas de escenas de batalla y medallas de honor enmarcadas, y la silla en la que había sido invitado a sentarse estaba cómodamente tapizada en cuero verde oscuro.

Sin embargo, no tenía intención de sentarse de nuevo, y el comandante no le insistió. En cambio, el hombre mayor lo observó fijamente durante unos momentos, con una expresión indescifrable, antes de finalmente hablar.

—Mayor, lamento ser portador de malas noticias. Hubo un informe de una batalla significativa que involucró al 14º incluido en los despachos de esta mañana. Varios de sus hermanos oficiales figuraban entre los fallecidos...

Tim se quedó repentinamente frío. —Quién —susurró, y luego se aclaró la garganta—. ¿Quién, si puedo preguntar, señor?

El comandante sacó una hoja de papel de una carpeta de cuero en su escritorio y miró hacia abajo. —El capitán Edward Hazelrigg.

Tim dejó escapar un gemido de agonía sin palabras. *Ned. Dios, no, ¡Ned no!* El nombre de su amigo le hizo caer en espiral hacia un helado pozo negro, con las manos apretadas en puños tan fuertes que podía sentir sus uñas clavándose en las palmas.

—El capitán Edward Hazelrigg murió en combate hace tres semanas. Lamento su pérdida. Tengo entendido que ustedes dos eran cercanos.

Las palabras del comandante resonaban en su cabeza, una y otra vez.

Murió en combate...

Murió...

Murió...

De pie rígidamente en posición de firmes, Tim se enfrentó al comandante. Podía ver los labios del hombre mayor moviéndose, enumerando más nombres, pero no podía oír las palabras. Ya no le importaba, su mente todavía tambaleándose por la noticia que acababa de recibir.

Ned... *se había ido*. Muerto. Caído en combate.

Ned, quien había sido su mejor amigo desde que se unió al ejército. Ned, quien lo había sacado del cadáver de Rufus y llevado a Tim a un lugar seguro cuando estaba gravemente herido. No estaría vivo hoy si no fuera por Ned. Y ahora Ned estaba muerto.

Sentía que el cuello le ahogaba, que la garganta se le cerraba, y se obligó a asentir al comandante, que se había quedado en silencio, observándole con una expresión de profunda compasión.

—Gracias, señor —dijo con labios secos, su voz quebrada y desigual—. Le agradezco que me haya informado en persona, señor.

El comandante inclinó ligeramente la cabeza en señal de reconocimiento, y Tim se apartó, con la barbilla en alto. No se deshonraría derrumbándose aquí, frente al comandante.

Cada paso que daba hacia la puerta era lento y deliberado, como si sus pies estuvieran cargados de plomo. Sentía como si se moviera bajo el agua, cada movimiento una lucha contra la aplastante presión del dolor que amenazaba con abrumarle. Apretó la

mandíbula, decidido a contenerlo hasta que estuviera fuera del despacho del comandante.

La luz fuera de la puerta era tan brillante en comparación con la oficina más tenue que su visión se volvió borrosa y oscura. Tambaleándose, extendió la mano para tocar la pared, sus dedos rozando la superficie fría y encontrándola reconfortantemente sólida.

Finalmente, se dejó llevar, aspirando grandes bocanadas de aire, su respiración entrecortada. Al abrir los ojos, se sintió aliviado al ver que no había nadie más en el pasillo para presenciar su angustia. No podía, no pudo, detener las lágrimas que brotaban de sus ojos, su dolor una herida fresca con bordes crudos.

Su pecho se agitaba con el esfuerzo de intentar contener sus sollozos, y finalmente se rindió, dejando que vinieran, sus rodillas cediendo y enviándole al suelo en un montón sin gracia. No le importaba. Ya no le quedaba dignidad de todos modos, no cuando se le negaba la oportunidad de regresar a la Península y luchar, de intentar vengar la muerte de Ned.

El pasillo estaba vacío y silencioso excepto por el sonido de sus sollozos, haciendo eco en los paneles de madera oscura. Se estremeció, aferrándose a la pared de nuevo, buscando algo a lo que agarrarse, alguna forma de anclarse contra la tormenta de emociones que le golpeaba.

Dios, no había llorado en años, no desde que era un niño pequeño. Su padre le había enseñado temprano que las lágrimas no eran aceptables, y se había tomado esa lección a pecho. Ahora, sin embargo, venían como un diluvio, corriendo por sus mejillas en un flujo constante.

¡Ned está muerto!

El pensamiento de la muerte de su amigo le desgarró como un cuchillo, y temblaba con la intensidad de sus sollozos, acurrucándose contra la pared como para protegerse del dolor. No servía de nada. El dolor estaba dentro de él, en su corazón, y no había nada que pudiera hacer para disminuirlo.



Molly caminaba de un lado a otro por el corredor, doblando la esquina y llegando hasta las puertas y volviendo de nuevo, su mente bullendo de frustración y rabia. No podía entender por qué el comandante se había negado a intervenir, por qué el teniente coronel Forebury pensaba que tenía derecho a reclamar un caballo que no era suyo. ¡Era exasperante! Giró sobre sus talones y volvió a caminar en la otra dirección, con los puños apretados a los costados.

Cuando volvió a ver la puerta del despacho del comandante, vio a Tim saliendo y abrió la boca para hablar, pero no salió ni una palabra al observar la apariencia de Tim. Parecía como si hubiera visto un fantasma, su rostro desprovisto de todo color, los ojos abiertos y fijos. Sus pasos vacilaron, y se apoyó contra la pared tal como le había visto hacer antes, pero esta vez no se recuperó. Sus rodillas cedieron y se deslizó por la pared, sentándose en el suelo como si ya no pudiera sostenerse.

Su mano fue a su rostro, limpiándose, y ella vio el brillo de las lágrimas en sus mejillas. Toda su ira desapareció en un instante, reemplazada por preocupación. —¿Tim? —susurró, pero él no la oyó. Estaba jadeando por aire, negando con la cabeza como si negara algo, y ella no sabía qué hacer.

Sus instintos se apoderaron de ella. Él era su amigo primero, su oficial superior después, y haría lo que fuera necesario para ayudarlo. Se apresuró hacia adelante, con las manos extendidas, lista para ofrecer cualquier consuelo que pudiera.

Él apoyó la cabeza contra la pared, mirando fijamente al suelo, y el corazón de Molly se acongojó por él. Las lágrimas en sus mejillas brillaban a la luz de la ventana al final del pasillo, y ella se movió instintivamente hacia él, arrodillándose a su lado y extendiendo la mano para ponerla en su hombro. Él se estremeció ante su contacto,

y ella casi se retiró, pero él necesitaba a alguien, y ella era la única que estaba allí.

El temblor de sus sollozos la sacudió tanto a ella como a él, su mano en su hombro sintiendo cada estremecimiento. Su uniforme era áspero bajo sus dedos, el paño grueso raspaba contra su piel. Acarició su hombro suavemente, tal como lo haría con un caballo nervioso, esperando que encontrara reconfortante el contacto.

El corredor estaba silencioso salvo por alguna voz ocasional que se elevaba en la distancia afuera. El campo de desfile estaba al otro lado del edificio, lejos del despacho del comandante. Los oficiales superiores, supuso, preferían no tener el bullicio de los cadetes constantemente visible desde sus ventanas. Se alegraba del silencio, porque le dio el valor para hablar. —Tim. Oh, Tim, lo siento mucho —. No tenía idea de lo que estaba lamentando, pero su angustia era tan grande que debía ser algo terrible.

Su cabeza se levantó de golpe y la miró fijamente, viéndola por primera vez. —¿M-Molly?

—Estoy aquí, Tim —le tranquilizó, con la voz lo más suave que pudo hacerla—. Estoy aquí. No estás solo. Estoy aquí contigo y no me voy a ninguna parte.

Le apretó el hombro, incapaz de pensar en nada más que hacer. Nunca había sido buena con las palabras, y además, no sabía qué era lo que estaba lamentando. No importaba. Ella estaba aquí y se quedaría, como había dicho, ofreciendo cualquier apoyo que pudiera.

Gradualmente, como una tormenta que pasa, la intensidad de su dolor disminuyó. Sus hombros dejaron de temblar, su respiración se calmó. Molly respiró hondo, y de nuevo, esperando que él sintiera su calma y se reconfortara. Su mano descansaba en el suelo junto a él, apretada en un puño, y ella extendió la mano para tocarla suavemente, colocando sus dedos sobre sus nudillos. Tenía que ser cuidadosa; él era un caballero y ella no era nadie. Pero aun así, quería que supiera que ella estaba aquí, que no estaba solo.

Su mano se abrió, lentamente, y él giró la palma hacia arriba, sus dedos rozando los de ella. No sabía si lo había hecho

intencionadamente, pero ella no se apartó, dejándole tomar consuelo de su contacto. El silencio en el pasillo parecía hacerse más profundo, el espacio entre ellos lleno de palabras no dichas. El corazón de Molly se acongojaba por él, y deseaba desesperadamente poder aliviar su dolor.

Un pájaro trinó fuera, y el sonido pareció romper el hechizo. Tim levantó la cabeza y la miró, sus ojos azul oscuro llenos de tristeza. —Gracias —dijo, con la voz ronca. Levantó la mano, con la intención de limpiarse las lágrimas de las mejillas, pero se detuvo cuando ella le cogió el brazo.

—Déjame a mí —dijo suavemente, y sacó su pañuelo del bolsillo. Estaba limpio, gracias a Dios, y lo usó para secarle suavemente las mejillas, limpiando las lágrimas. Su piel estaba cálida bajo sus dedos, y tuvo que recordarse a sí misma que debía respirar.

Con un suspiro tembloroso, Tim se encontró capaz de hablar, por fin. —Ned era mi amigo —comenzó, con la voz espesa—. Mi mejor amigo. Siempre estábamos juntos. Y luego, nos enviaron a España. Fue un infierno, años de ello, implacable, pero mientras Ned y yo nos tuviéramos el uno al otro, siempre podíamos encontrar un momento de brillo. Algo de lo que reírnos. Y luego... la batalla en la que no me volví a levantar —. Tomó otro aliento, con los ojos fijos en el suelo mientras hablaba.

—El ruido —dijo suavemente—. El olor. Pólvora, acre en el aire. Los gritos de los heridos y moribundos. Y los caballos, sus cascos golpeando el suelo, el trueno de su galope. Mi caballo, Rufus, era un buen caballo, tan bien entrenado. Nunca parecía asustado, y su coraje me daba el mío —. Cerró los ojos, el recuerdo tan vívido como si estuviera de nuevo en el campo de batalla.

—Recuerdo el primer disparo. El estallido del mosquete, y luego el grito del hombre que fue alcanzado. Fue como una señal; de repente había fuego por todas partes, el aire espeso de humo, el sabor acre de la pólvora picando mis fosas nasales. Apenas podía ver, pero podía oír, el trueno de los cañones, los gritos de los heridos

y moribundos. El olor a sangre. Nunca supe que la sangre tenía un olor hasta que fui a la guerra.

Molly observaba en silencio. No había nada que pudiera decir o hacer más que escuchar; ser testigo mientras Tim revivía recuerdos oscuros y terribles.

—Era abrumador. Quería darme la vuelta y correr, pero no podía. Tenía que mantenerme firme, mantener la línea. Una y otra vez, batalla tras batalla, días, semanas. Años. Y entonces... —Tragó con dificultad, el recuerdo de ese momento todavía tan fresco como si hubiera sucedido ayer—. Nuestra suerte se acabó.

—El cañón explotó justo a nuestro lado. Rufus nunca tuvo una oportunidad. Gritó, un sonido terrible, y caímos al suelo, con fuerza. Fui arrojado lejos, pero caí mal. Me golpeé la cabeza, creo. No lo recuerdo realmente. Solo recuerdo el silencio. El repentino y sorprendente silencio. Y Rufus... muerto. Su ojo, todavía mirándome.

Levantó una mano a su oído, recordando el dolor. —No podía moverme. Estaba gritando a Rufus que se levantara, mi pierna estaba atrapada bajo él, no podía moverme. Estaba muerto, e iba a morir yo también. Y entonces, entonces le vi. Ned. Estaba allí, sacándome de debajo de Rufus, gritándome que me levantara, que me moviera. No podía oírle, pero podía ver sus labios moviéndose, su rostro contorsionado de miedo. Por mí. Arriesgó su vida para salvarme.

Las lágrimas llenaron sus ojos de nuevo y apartó la mirada, incapaz de sostener la mirada de Molly. —Me arrastró a su propio caballo y nos sacó a ambos del campo de batalla. Me llevó a un lugar seguro. Y ahora se ha ido, y yo... yo todavía estoy aquí.

—Lo siento mucho —dijo Molly suavemente en el silencio que cayó entonces. Sus palabras parecían tan insignificantes, tan vastamente inadecuadas frente a la enormidad del dolor de Tim, pero eran todo lo que tenía para ofrecer.

Podía oír la respiración de Tim, inestable e irregular, pero calmándose lentamente. Su propio aliento era un suave suspiro en el silencio. Él estaba tan cerca, podía sentir el calor de su cuerpo, pero

también estaba tan lejos. Quería consolarlo, ofrecerle su apoyo, pero no sabía cómo. Así que simplemente se sentó allí a su lado, con la mano sobre la suya, y esperó.

Se sentaron juntos así durante mucho tiempo, sin hablar, solo cogidos de la mano. Molly sintió que una sensación de paz se apoderaba de ella, una silenciosa satisfacción que no había sentido en mucho tiempo. Se dio cuenta de repente de que estaba feliz. Feliz de estar aquí, con Tim, incluso en medio de su dolor. Era la sensación más extraña, pero no tenía tiempo para examinarla realmente ahora. No quería pensar en nada más que en consolar a Tim en la extremidad de su dolor.

La respiración de Tim se fue calmando gradualmente, equilibrándose, y ella sintió que la tensión en su cuerpo se disipaba lentamente. No le miró, pero podía sentir sus ojos sobre ella, estudiándola. Se preguntó qué veía él.

Cuando finalmente habló, su voz era baja y firme. —No estaría vivo hoy si no fuera por Ned. Le debo todo, y ahora se ha ido.

Molly le apretó la mano suavemente. —Y si tú también murieras, ¿qué significaría su sacrificio? Debes vivir, Tim, y vivir bien. Honra su memoria viviendo la mejor vida que puedas. Eso es lo que él querría, ¿no es así?

—Sí —dijo suavemente—. Sí, es exactamente lo que él querría. Gracias, Molly. Siempre sabes qué decir.

Ella agachó la cabeza, avergonzada por el elogio. —No estoy segura de que sea así —confesó—. Solo sé las cosas que me gustaría oír, si estuviera en tu lugar.

Él le apretó la mano de nuevo, un reconocimiento silencioso, y se sentaron juntos un rato más antes de que finalmente soltara su mano y se pusiera de pie. Le ofreció su brazo con una ligera reverencia, y ella lo tomó, levantándose con gracia.

—Gracias —dijo de nuevo mientras caminaban juntos por el corredor—. Me has ayudado, Molly. De verdad. Ojalá pudiera haber ayudado con Apollo, pero...

Ella asintió, sin confiar en sí misma para hablar. Nunca había sentido esto por nadie antes, esta profunda conexión que iba más allá de la amistad, más allá del amor. Considerando que habían comenzado su conocimiento de una manera tan adversa, Molly no podía entender del todo cómo habían llegado a este punto, pero sabía que de alguna manera, Tim se había convertido en la persona más importante del mundo para ella fuera de su familia de Belle Haven.

—¿Estarás bien? —preguntó torpemente cuando salieron del edificio y se quedaron bajo la brillante luz del sol.

—Sí. —Tim cuadró los hombros y levantó la barbilla, convirtiéndose de nuevo en el soldado estoico—. Tengo cartas que escribir esta noche. ¿Nos veremos mañana, señorita Bell?

Ella asintió. —Tal vez vaya a ver cómo está el cadete Watson.

—Gracias. —Asintió bruscamente, su expresión distante.

Tim parecía haberse retraído, vuelto distante, al salir, y Molly se encontró lamentando la pérdida de su conexión. Soltó su mano del brazo de él cuando él hizo una pequeña reverencia cortés, pero no pudo evitar observarle mientras se daba la vuelta y marchaba.



Capítulo Diez

TIM MIRABA POR LA ventana de su habitación, contemplando las ondulantes colinas de Sandhurst que se extendían ante él en tonos verdes que comenzaban a tornarse dorados con los colores del otoño. A lo lejos, una columna de cadetes marchaba en formación, sus uniformes escarlatas destacando como una mancha brillante contra el paisaje. Suspiró, pasándose una mano por el pelo. La muerte de Ned aún pesaba mucho en su mente, aunque el impacto inicial se había desvanecido a un dolor sordo en los días transcurridos desde que el comandante le dio la noticia.

—Sabías que iba a ocurrir, amigo —murmuró para sí mismo—. Era solo cuestión de tiempo, con la forma en que se lanzaba a la refriega.

Imágenes invadieron su mente sin ser invitadas: la sonrisa pícara de Ned mientras cabalgaban juntos hacia la batalla, el destello del sol en su sable cuando cargaba hacia adelante. Tim siempre había admirado la valentía de su amigo, incluso cuando le aconsejaba templarla con prudencia. Pero Ned nunca había sido partidario de la cautela, prefería vivir la vida a galope tendido.

Un golpe en la puerta lo sacó de su ensimismamiento. Se giró para ver al teniente Spurling, su ayudante, de pie en el umbral.

—Buenos días, señor —dijo Spurling con un saludo marcial y una sonrisa alegre—. ¿Listo para partir, señor?

Tim asintió, arreglándose la chaqueta del uniforme. —Muy bien, Spurling. Iré inmediatamente.

Siguiendo a Spurling por el pasillo, Tim no podía evitar preguntarse qué nuevo desafío le esperaba. Con Ned desaparecido, se sentía a la deriva, inseguro de su lugar en el mundo. Pero cuadró los hombros, decidido a seguir adelante lo mejor que pudiera. Era lo que Ned habría querido, después de todo: que siguiera luchando, sin importar las adversidades.

Mientras Tim se dirigía hacia los establos con Spurling, divisó a Molly caminando delante, pulcramente vestida con su traje de montar como siempre, su cabello oscuro asomando bajo su sombrero. Estaba inmersa en una conversación con un grupo de cadetes, todos hablándole con gran respeto y escuchando atentamente cuando ella hablaba.

El corazón de Tim se encogió. En los días transcurridos desde la muerte de Ned, se había sentido cada vez más atraído por Molly, admirando su fortaleza, su compasión, la manera en que podía calmar incluso al más díscolo de los caballos.

—Es única, ¿verdad, señor? —comentó Spurling, con su marcado acento de Yorkshire lleno de admiración—. La forma en que maneja a esas bestias, es como magia.

Tim respondió con un murmullo ambiguo, tratando de concentrarse en el camino por delante. Pensar demasiado en Molly era un camino peligroso, y ya estaba durmiendo bastante mal por las noches.

De repente, un grito penetrante rasgó el aire, seguido por el sonido de madera astillándose. La cabeza de Tim se alzó de golpe, fijando su mirada en el establo al extremo del patio. A su lado, Spurling se tensó, su mano cayendo sobre la empuñadura de su sable.

—Eso vino del box de Apollo —exclamó Tim, echando a correr al ver que Molly ya corría delante de él. Su corazón martilleaba en sus

oídos mientras esprintaba hacia el establo, un presentimiento de temor instalándose en sus entrañas. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido, sabía que no podía ser bueno, ¡y Molly corría directamente hacia ello, sin pensar en su propia seguridad!

Tim alcanzó a Molly cuando ella arrastraba para abrir la puerta del establo, su ligera figura empequeñecida por el caos que les recibió. Apollo se encabritaba y se revolvía, sus ojos girando salvajemente mientras forcejeaba contra las cuerdas que lo sujetaban. En el centro del box estaba el teniente coronel Forebury, con un largo látigo agarrado en su única mano.

—¡Bestia miserable! —gruñó Forebury, descargando el látigo sobre el flanco de Apollo con un chasquido escalofriante. El sonido cortante del látigo resonó por el establo, seguido por el relincho agonizante de Apollo. El corazón de Tim se retorció al oírlo, y pudo ver cómo el rostro de Molly perdía todo su color. El brazo de Forebury subía y bajaba, el cuero mordiendo el flanco de Apollo con brutal precisión, comenzando a manchar de sangre el pelaje rojizo dorado del caballo. Los gritos del semental se volvieron más frenéticos, su poderoso cuerpo retorciéndose mientras luchaba por escapar de las gruesas cuerdas que lo ataban.

—¡Deténgase! —gritó Molly, su voz desgarrada por la emoción—. ¿No ve que lo está lastimando?

Forebury la ignoró, su rostro contraído por una cruel determinación. Descargó el látigo de nuevo y, esta vez, la lucha de Apollo alcanzó un punto febril. Con un poderoso tirón, el semental arrancó la anilla de hierro de la pared de madera, volando astillas mientras se liberaba de sus ataduras.

Los ojos de Tim se abrieron con horror cuando Apollo se encabritó, sus cascos arremetiendo contra Forebury. —¡Cuidado! —gritó, lanzándose hacia adelante. Pero era demasiado tarde. La pata delantera del semental golpeó a Forebury en el pecho, enviándolo a volar contra la pared del establo.

Por un momento, Tim temió lo peor. Forebury yacía inmóvil, su rostro una máscara de dolor. Pero luego, lentamente, el hombre se

movió, un gemido escapando de sus labios mientras luchaba por incorporarse.

Apollo, mientras tanto, seguía en frenesí, sus ojos girando salvajemente mientras bailoteaba y resoplaba. El corazón de Tim latía aceleradamente mientras veía al semental encabritarse de nuevo, sus cascos golpeando peligrosamente cerca de la figura postrada de Forebury. Si no actuaban rápido, el hombre podría ser pisoteado hasta la muerte.

—¡Molly, haz algo! —urgió Tim, su voz tensa por el miedo—. ¡Antes de que lo mate!

La expresión de Molly indicaba que pensaba que ese destino era justo lo que Forebury merecía, pero para su mérito, no dudó. En su lugar, frunció los labios y silbó, ese silbido de tres tonos al que todos los caballos de Belle Haven respondían al instante, las notas claras cortando a través del caos del establo.

Al instante, las orejas de Apollo se irguieron y su cabeza giró hacia Molly. La ferocidad en sus ojos pareció disiparse, reemplazada por una mirada de reconocimiento y confianza. Lentamente, el semental se calmó, aún moviéndose incómodo pero manteniendo sus cascos en el suelo.

—Ya está —murmuró Molly, su voz suave y tranquilizadora mientras se acercaba al caballo—. Está bien, Apollo. Ahora estás a salvo. —Extendió una mano, acariciando suavemente el hocico del semental mientras este hurgaba en su palma.

Tim observaba asombrado, maravillándose del vínculo entre el caballo y su entrenadora. Era evidente que Molly tenía una conexión especial con Apollo, una confianza profunda y verdadera.

Pero el momento fue destrozado por el furioso bramido de Forebury. —¡Tú! —rugió, tambaleándose para ponerse en pie y señalando con un dedo acusador a Molly—. ¡Todo esto es culpa tuya! ¡Esa bestia es una amenaza, y es debido a tu incompetencia como entrenadora!

Molly se puso rígida, sus ojos brillando de indignación. —Disculpe, señor, pero Apollo no es ninguna amenaza. Simplemente

se estaba defendiendo de su crueldad.

—¿Crueldad? —se burló Forebury, su rostro enrojeciendo de rabia —. Estaba intentando enseñarle modales al bruto. Algo que usted claramente ha fallado en hacer, señorita Bell.

Tim se erizó ante la arrogancia del hombre, sus puños apretándose a los costados. ¿Cómo se atrevía Forebury a hablarle así a Molly, después de que ella acababa de salvarle la vida?

Pero Molly se mantuvo firme, levantando su barbilla desafiante mientras se enfrentaba a la mirada de Forebury. —Apollo es un caballo excelente, señor, con carácter gentil y espíritu dispuesto. No es culpa suya que fuera provocado por su maltrato.

—¿Maltrato? —balbuceó Forebury, sus ojos desorbitados de furia —. ¡Muchacha insolente! ¡Ha de saber que soy un oficial respetado del Ejército de Su Majestad, y no toleraré tal falta de respeto de una simple moza de cuadra!

La sangre de Tim hirvió ante las palabras del hombre, y dio un paso adelante, colocándose entre Molly y Forebury. —Es suficiente, señor —dijo fríamente, su voz cargada de advertencia—. La señorita Bell no es una simple moza de cuadra, y no me quedaré de brazos cruzados viendo cómo insulta su honor.

Los ojos de Forebury se entrecerraron al dirigir su atención a Tim, su labio curvándose en una mueca despectiva. —Manténgase al margen, Blair-Fortescue. Esto no es asunto suyo.

La mandíbula de Tim se tensó, sus ojos endureciéndose con determinación. —Al contrario, señor, es muy asunto mío. La señorita Bell es una colaboradora respetada de esta academia, y no permitiré que sea sometida a sus acusaciones e insultos infundados.

Las fosas nasales de Forebury se dilataron, su rostro adquiriendo un desagradable tono púrpura. —Olvida su lugar, Mayor. Yo le supero en rango, y no permitiré que un subordinado me hable de esa manera.

Tim se mantuvo firme, su postura recta e inflexible. —Con todo respeto, señor, el rango no tiene nada que ver con esto. Lo que

importa es la verdad, y la verdad es que la señorita Bell actuó con gran valentía y destreza evitando una tragedia aquí hoy.

Forebury se mofó, sus ojos pasando de Tim a Molly con apenas disimulado desprecio. —¿Valentía y destreza? Más bien temeridad e insubordinación. Ese caballo es una amenaza, y me aseguraré de que sea sacrificado por sus acciones.

Molly jadeó, su mano volando a su boca con horror. El corazón de Tim se encogió ante la idea de que Apollo fuera destruido, y su mente trabajaba a toda velocidad, tratando de pensar en una forma de impedir que Forebury cumpliera su amenaza.

Forebury percibió la debilidad y presionó su autoridad. —En cuanto a usted, señorita Bell, es ridículo que siga aquí. No hay mujeres en el Ejército de Su Majestad, y he comprobado por mí mismo que sus métodos de entrenamiento sobreprotectores están haciendo más daño que bien, ¡creando caballos peligrosos! Abandonará Sandhurst hoy mismo, o haré que la expulsen.

El estómago de Tim se hundió ante la mera idea de que Molly se marchara, pero Molly parecía bastante impasible ante la amenaza de Forebury.

—Creo que no, señor. Está olvidando, me parece, mi amistad personal con el Duque de York.

—No me importa a quién le abras las piernas, muchacha —se burló Forebury, y Tim vio rojo.

—Se disculpará y retirará esa acusación calumniosa inmediatamente, señor —dijo, con voz gélida.

—¡Olvida con quién está hablando, Mayor! —Forebury se hinchó, su rostro enrojeciendo aún más.

—Estoy hablando con un compañero oficial que en este momento muestra una alarmante falta de honor —respondió Tim con firmeza —. No tengo duda de que mi relato y el de la señorita Bell sobre los acontecimientos de hoy serían respaldados por los cadetes que presenciaron sus acciones y palabras. —Señaló hacia la puerta abierta del establo y la media docena de jóvenes que estaban allí,

con expresiones de asombro escritas en sus rostros por lo que acababan de ver.

Durante un largo momento, Forebury miró fijamente a Tim, sus ojos ardiendo con rabia apenas contenida. Luego, con una última mirada venenosa a Molly, giró sobre sus talones y salió furiosamente del establo, sus botas resonando sonoramente sobre los adoquines.

Mientras el sonido de los pasos de Forebury se desvanecía, Tim se volvió hacia Molly, su corazón doliendo ante la visión de su expresión afligida. Anhelaba tomarla en sus brazos, ofrecerle consuelo y seguridad, pero sabía que no podía. No aquí, no ahora, con una fila de cadetes impactados mirándolos.

En lugar de eso, extendió la mano y tocó suavemente su hombro, su voz suave y sincera. —¿Está bien, señorita Bell?

Molly asintió, sus ojos brillando con lágrimas contenidas. —Sí, gracias, Mayor. No sé qué habría hecho si usted no hubiera estado aquí.

El corazón de Tim se hinchó de orgullo y admiración por su valentía, incluso mientras sentía una punzada de culpa por no haber podido protegerla más plenamente. —Lo habría manejado con su gracia y valentía habituales, no tengo duda —dijo cálidamente, ofreciéndole una pequeña sonrisa tranquilizadora.

Molly le devolvió la sonrisa, sus ojos suaves y agradecidos. Por un momento, simplemente permanecieron allí, mirándose en la tranquilidad del establo, la tensión de la confrontación disipándose lentamente.

Pero incluso mientras el alivio lo invadía, Tim sabía que esto estaba lejos de terminar. Forebury era un hombre orgulloso y vengativo, y no dejaría este asunto descansar fácilmente. Tim tendría que estar vigilante, cuidar de Molly y Apollo y asegurar su seguridad en los días venideros.

—Siento mucho que le haya hablado así. No dejaré pasar esto hasta que se haya disculpado. —Tim no permitiría que nadie manchara la reputación de Molly.

Ella le dio una pequeña sonrisa cansada. —¿Cree que es la primera acusación de ese tipo que he escuchado, Mayor? Soy una mujer abriéndome camino en un mundo de hombres, haciendo un trabajo que muchos creen debería estar reservado para hombres, y haciéndolo mejor que la mayoría de los hombres. He oído cosas mucho peores.

—El coronel sigue sin tener motivos para hablarle así, señorita Bell. —Era el suave acento galés del cadete Llewellyn, el alto joven recluta sonrojado de ira en defensa de Molly. Junto a él, los otros cadetes asintieron, un rumor airado de voces bajas indicando a Tim que todos sentían lo mismo.

—Me alegra que estéis tan dispuestos a defender mi honor, Cadete —dijo Molly con una sonrisa—. Pero, por favor, dejad el asunto en manos del mayor. ¡Tomemos esto como una oportunidad de aprendizaje! Hemos tenido pocas ocasiones para que os demuestre los mejores métodos para tratar las lesiones de vuestros caballos aparte de los problemas cotidianos como las magulladuras por piedras. Venid. —Les hizo un gesto para que entraran en el establo—. Estos cortes son bastante similares a las heridas que podría dejar un sable... Os mostraré qué hacer si vuestro caballo sufre heridas como estas en batalla.

Tim se mantuvo discretamente al margen y admiró cómo Molly comenzaba a enseñar a los cadetes, enviando a uno de ellos a buscar una bolsa de cuero con medicamentos que guardaba en el cuarto de piensos. Pronto los tenía turnándose para sostener la cabeza de Apollo y hablar tranquilamente al caballo tembloroso mientras mostraba a los otros cómo tratar las rayas sangrantes en los flancos del semental.

—Señor —dijo una voz tranquila a su lado, y Tim miró para ver al teniente Spurling allí, con expresión preocupada—. Se solicita su presencia en el despacho del comandante. Inmediatamente. Con la señorita Bell.

Molly obviamente oyó a Spurling, porque se volvió de su tarea y encontró la mirada de Tim, la preocupación nublando sus ojos.

—Muy bien, Spurling —dijo Tim—. Iremos de inmediato.

Molly parecía dividida, como si no quisiera dejar a Apollo, pero el caballo estaba quieto ahora, mordisqueando el heno que uno de los cadetes había traído para él. Con unas palabras tranquilas a Llewellyn, puso su tarro de ungüento en manos del cadete, se limpió los dedos con un trapo y se unió a Tim junto a la puerta.

—¿Apollo estará bien? —preguntó Tim.

—Físicamente sí. Ninguna de las heridas es profunda. ¿Su mente? —Molly se encogió de hombros—. Los caballos atraviesan batallas y vuelven a enfrentarse a los cañones, son criaturas extraordinarias. Esta es solo la primera batalla de Apollo. Ya veremos.

Tim asintió, y educadamente ofreció su brazo a Molly. —Mejor no hagamos esperar al comandante.

A medida que se acercaban al despacho del comandante, la mente de Tim corrió con posibilidades. ¿Habría presentado ya Forebury una queja? ¿Estaba el comandante a punto de ponerse del lado del vengativo teniente coronel? Miró a Molly, notando la tensión en su mandíbula y la determinación en sus hombros. Fuera lo que fuese lo que les esperaba, sabía que ella lo enfrentaría con la misma valentía y gracia que había mostrado en el establo.

Spurling abrió la puerta, haciéndolos pasar a la oficina. El comandante estaba sentado detrás de su escritorio, su expresión indescifrable. Y allí, de pie ante él con una sonrisa petulante y triunfal, estaba Forebury.

—Ah, mayor Blair-Fortescue, señorita Bell. Gracias por acompañarnos —dijo el comandante, con un tono cuidadosamente neutral—. El teniente coronel Forebury ha traído a mi atención un asunto bastante serio.

Forebury dio un paso adelante, sus ojos brillando con malicia.

—Esa bestia es una amenaza, comandante. Me atacó sin provocación y casi me mata. Exijo que sea sacrificado inmediatamente.

Molly jadeó, llevándose la mano a la boca.

—¡No! Apollo solo se estaba defendiendo. Usted le estaba azotando sin piedad, y él...

—¡Silencio! —espetó Forebury, volviéndose hacia ella—. Esa criatura es un peligro para todos en Sandhurst. No tiene lugar aquí, ¡y usted tampoco!

La sangre de Tim hervía ante el insulto, pero antes de que pudiera hablar, el comandante levantó una mano.

—Teniente coronel Forebury, debo recordarle que mantenga un tono civil. La señorita Bell es una invitada aquí en Sandhurst y será tratada con respeto.

El rostro de Forebury enrojeció, pero se tragó su réplica. El comandante dirigió su atención a Molly, suavizando ligeramente su expresión.

—Señorita Bell, aunque comprendo su apego a Apollo, me temo que las preocupaciones del teniente coronel Forebury no carecen completamente de fundamento. Un caballo que ataca a un jinete, sin importar la provocación, no puede ser confiable en un entorno militar.

El corazón de Tim se hundió al ver cómo el color abandonaba nuevamente el rostro de Molly. Quería acercarse a ella, ofrecerle algún consuelo, pero sabía que solo empeoraría las cosas. En su lugar, se obligó a mantenerse erguido, con los ojos fijos en el comandante, rogándole silenciosamente que entrara en razón.

El comandante suspiró, el peso de su decisión evidente en la caída de sus hombros.

—Lo siento, señorita Bell, pero me temo que no tengo otra opción. Apollo debe ser rechazado como montura del Ejército.

Los ojos de Molly se ensancharon, sus labios entreabriéndose en un jadeo silencioso. El propio corazón de Tim latía con fuerza en su pecho, el aire en la habitación de repente denso con tensión.

La petulancia de Forebury era palpable, una sonrisa de suficiencia tirando de las comisuras de su boca.

—Una sabia decisión, comandante. Esa bestia no tiene lugar entre nuestros excelentes caballos.

La mandíbula de Tim se tensó, sus manos apretándose en puños a sus costados. Miró a Molly, cuyos ojos brillaban con lágrimas contenidas, y una ola de protección lo invadió. Ansiaba borrar esa mirada de autosatisfacción del rostro de Forebury, pero sabía que debía pisar con cuidado.

—Comandante —comenzó Tim, con voz firme a pesar de la agitación interna—, seguramente debe haber otra alternativa. Apollo es un caballo excepcional, estoy seguro de que con más entrenamiento por parte de la señorita Bell...

El comandante negó con la cabeza, su expresión compasiva pero resuelta.

—Lo siento, mayor Blair-Fortescue, pero mi decisión es definitiva. La seguridad de nuestros hombres y caballos debe ser lo primero.

Los hombros de Molly se hundieron, su cabeza inclinada en señal de derrota. El corazón de Tim dolía por ella, sabiendo cuánto significaba Apollo para ella. Deseaba poder protegerla de este dolor, pero estaba impotente contra el decreto del comandante.

La sonrisa de Forebury se ensanchó, el triunfo brillando en sus ojos.

—Yo mismo dispararé al animal, comandante. No podemos tener un caballo rebelde interrumpiendo nuestro entrenamiento.

La sangre de Tim hervía de ira, pero contuvo su lengua. Sabía que discutir con Forebury solo empeoraría las cosas para Molly. En cambio, se concentró en ella, deseando que lo mirara, que viera el apoyo silencioso en sus ojos.

—Oh, no —dijo el comandante, y los ojos de Tim volvieron rápidamente al oficial superior de pelo gris—. Me temo que eso no servirá en absoluto, señor Forebury. No podemos sacrificar a Apollo.

—Pero... —comenzó Forebury, su voz subiendo con agitación. El comandante levantó una mano para evitar sus objeciones.

—La señorita Bell me recordó el otro día que cualquier semental suministrado por Belle Haven al Ejército está cubierto por un contrato de venta separado, con una cláusula de derecho de reversión. Si los caballos resultan excedentes a las necesidades en

cualquier momento, deben ser devueltos al programa de cría de Belle Haven. Y Apollo es un semental, ¿no es así?

Había un destello de complicidad en los ojos del comandante. Tim de repente pudo respirar de nuevo.

—Apollo es, en efecto, un semental, señor —confirmó Tim—. El último hijo de Hermes, uno de los mejores de Belle Haven.

—Entonces, señorita Bell —dijo el comandante—, estoy obligado a devolver a Apollo a la propiedad de Belle Haven, según las condiciones del contrato de venta.

Los hombros de Molly se hundieron de alivio, un suspiro tembloroso escapando de sus labios.

—Gracias, comandante —murmuró, su gratitud evidente en cada palabra—. No podría soportar la idea de perderlo.

La mano de Tim se crispó a su lado, anhelando extenderse y ofrecerle consuelo, pero el decoro lo retuvo. En cambio, se concentró en las siguientes palabras del comandante, su mente ya corriendo con posibilidades.

—Debo pedirle que haga los arreglos para retirar a Apollo de Sandhurst lo antes posible —continuó el comandante, su tono firme pero no descortés—. Entiendo que esto puede ser difícil, pero es necesario para mantener el orden y la disciplina dentro de la academia.

Molly asintió, sus ojos oscuros brillando con lágrimas contenidas.

—Por supuesto, comandante. Escribiré a Sir Richard y le pediré que se asegure de que Apollo sea devuelto a Belle Haven tan pronto como sea posible.

El teniente coronel Forebury, con el rostro retorcido de rabia apenas disimulada, se levantó bruscamente.

—Si me disculpa, comandante —soltó, con un tono cortante y duro. Con un breve asentimiento que apenas cumplía con la cortesía mínima requerida, salió furioso de la oficina, sus pasos resonando por el pasillo.

El comandante suspiró, sus hombros hundiéndose ligeramente mientras se volvía hacia Tim y Molly.

—Pueden retirarse, capitán Blair-Fortescue, señorita Bell. Y por favor, acepten mis disculpas por esta desafortunada situación.

—Gracias, señor —respondió Tim, agradecido de que el comandante hubiera logrado desactivar la situación sin condenar a Apollo—. Agradecemos su comprensión y justicia en este asunto.

Molly, con los ojos brillantes de lágrimas contenidas, logró esbozar una pequeña sonrisa.

—Sí, gracias, comandante. Sé que Sir Richard estará agradecido por su indulgencia.

—Retírense —dijo el comandante con media sonrisa, y ambos hicieron sus cortesías y se apresuraron a salir de la oficina.

Una vez que estuvieron fuera del alcance del oído, Molly dejó escapar un suspiro tembloroso.

—No puedo creerlo. Apollo va a casa. Está a salvo.

Tim se acercó, su mano sujetando suavemente la de ella en un gesto reconfortante.

—Lo has conseguido, Molly. Defendiste su causa y has ganado. Estoy muy orgulloso de ti.

Ella lo miró, sus ojos oscuros escrutando su rostro.

—*Hemos* ganado. No podría haberlo hecho sin ti. Tu apoyo, tu confianza en mí... significa todo.

En ese momento, de pie juntos en el pasillo silencioso, Tim sintió una oleada de emoción, un anhelo de estrecharla entre sus brazos y no soltarla jamás. Pero se obligó a mantenerse rígido, sabiendo que no podía hacer lo que tan desesperadamente deseaba.

En cambio, simplemente apretó su mano, una promesa silenciosa de su apoyo.

—Vamos —dijo suavemente—, vamos a escribir esa carta a Sir Richard. Apollo está esperando para volver a casa.

Molly asintió, con una sonrisa tirando de sus labios mientras permitía que Tim la guiara por el pasillo. Cuando llegaron a los aposentos de Molly, ella se detuvo en la puerta, volviéndose para mirarlo.

—Gracias, Tim —dijo suavemente, su voz rebosante de emoción —. Por todo.

Él sonrió, su corazón hinchándose de afecto.

—Nunca tienes que agradecerme, Molly. Siempre te apoyaré, pase lo que pase.

Ella se acercó, su mano rozando su mejilla en una tierna caricia.

—Lo sé —susurró—. Y yo siempre estaré aquí para ti también.

Por un momento, se quedaron allí, perdidos en la mirada del otro, el mundo a su alrededor desvaneciéndose. Luego, con un suave suspiro, Molly se apartó, su mano cayendo a su lado.

—Debería escribir esa carta —dijo, con un deje de pesar en su voz—. Cuanto antes esté Apollo de vuelta en Belle Haven, mejor.

Tim asintió, comprendiendo la importancia de su tarea.

—Por supuesto. Te dejaré con ello.

Con una última mirada prolongada, ella desapareció en sus aposentos, dejando a Tim solo en el pasillo, su corazón lleno de emociones que ni siquiera sabía cómo definir.



Capítulo Once

LOS DEDOS DE MOLLY recorrieron las heridas en proceso de curación en el costado de Apollo, con un tacto suave mientras aplicaba su ungüento calmante. El orgulloso semental relinchó suavemente, observándola con sus oscuros ojos llenos de absoluta confianza.

—Ya está, ya está —murmuró ella, con voz apenas por encima de un susurro—. Te estás recuperando bien, ¿verdad?

Mientras trabajaba, los pensamientos de Molly se desviaron hacia los acontecimientos de los últimos días. El enfrentamiento con Forebury aún ardía en su memoria, una mezcla de ira y ansiedad le revolvía el estómago. Había esperado a medias que el teniente coronel cumpliera de alguna manera con sus amenazas, pero hasta ahora, una calma inquietante se había instalado sobre Sandhurst.

—Me pregunto qué dirá papá cuando se entere de todo esto —reflexionó Molly en voz alta, frunciendo el ceño. Había enviado una carta a Richard en Belle Haven, detallando el incidente y pidiéndole que organizara el regreso de Apollo, pero aún no había recibido respuesta. La espera comenzaba a afectar sus nervios.

Apollo cambió de posición, y Molly instintivamente lo estabilizó con mano firme. —Tranquilo, chico. Sé que estás deseando volver a casa.

Casa. La palabra evocaba imágenes de los extensos pastos de Belle Haven y la amable sonrisa de Richard, los brazos amorosos de Theresa y las risas de sus hermanas. Una punzada de nostalgia la golpeó, y Molly se encontró añorando el familiar confort de los establos de allí.

—¿Qué piensas, Apollo? —preguntó, pasando un cepillo por su brillante pelaje—. ¿Deberíamos hacer una escapada? ¿Dejar atrás todo este asunto de Sandhurst?

El caballo resopló, como si estuviera de acuerdo, y Molly no pudo evitar soltar una risita. —Ya lo sé, ya lo sé. No podemos abandonar nuestras obligaciones todavía.

Mientras continuaba con sus cuidados, la mente de Molly divagó hacia Tim. Su presencia constante había sido un bálsamo durante los tumultuosos días posteriores a las amenazas de Forebury. Sintió un calor extenderse por su pecho al pensar en su apoyo inquebrantable.

—Es un buen hombre, ¿verdad? —dijo Molly suavemente a Apollo, quien movió una oreja en respuesta—. Aunque me atrevería a decir que se quedaría conmocionado si me oyera admitirlo.

La puerta del establo crujió al abrirse, sobresaltando a Molly y sacándola de sus ensoñaciones. Se giró, esperando ver a Tim, pero era solo un mozo de cuadra que venía a traer heno fresco.

—¿Alguna noticia de Belle Haven, señorita? —preguntó el joven mientras levantaba una bala de heno.

Molly negó con la cabeza, tratando de ocultar su decepción. —Todavía no, Thomas. Pero estoy segura de que pronto sabremos algo.

Cuando Thomas se marchó, Molly volvió a centrar su atención en Apollo, sus movimientos ahora teñidos de cierta inquietud. —¿Qué te parece si luego damos un pequeño paseo, eh? Solo para estirar las patas, por supuesto.

Apollo relinchó suavemente, y Molly sonrió, frotándole las orejas mientras bajaba la cabeza para recibir la caricia. —Lo tomaremos con calma, pero no creo que la silla toque ninguna de esas heridas. Muy bien, chico. Espérame. Volveré más tarde.

El aire fresco de la mañana crepitaba con anticipación mientras Molly cruzaba los terrenos de entrenamiento. El ritmo de los cascos y el tintineo de los arneses llenaban el aire, puntuados por gritos de emoción y risas nerviosas. Hoy no era un día cualquiera en Sandhurst; los cadetes se preparaban para una carga simulada, completa con fuego de cañón.

Mientras Molly se acercaba al grupo de caballos y jinetes, su mirada se posó en el Cadete Llewelyn, que estaba junto a su montura, Osiris. El joven galés tenía la mandíbula apretada, una señal reveladora de sus nervios, aunque sus movimientos eran precisos mientras ajustaba la brida del caballo.

—¿Está usted listo para la prueba de hoy, cadete? —le llamó Molly, ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora.

Llewelyn se volvió, su rostro iluminándose ligeramente. —Tan listo como puedo estar, señorita Bell. Aunque confieso que la idea de esos cañones me tiene con el estómago revuelto.

Molly se rio entre dientes, acariciando el cuello de Osiris. —No es usted el único, estoy segura. Pero recuerde, Osiris es firme como pocos. Hacéis buena pareja.

—Así es —convino Llewelyn, su voz cálida de afecto por su compañero equino. Miró alrededor a sus compañeros cadetes, todos en varios estados de preparación—. Solo espero no avergonzarme delante de los demás.

El ceño de Molly se frunció ligeramente. —Nada de ese tipo de comentarios. Ha entrenado duro para este momento. Confíe en sí mismo y en Osiris.

Mientras hablaba, un murmullo de voces llamó su atención. Al volverse, vio a Tim caminando a zancadas hacia el grupo, su presencia inmediatamente exigiendo respeto de los cadetes. Molly sintió un aleteo en su pecho, que intentó ignorar rápidamente.

—Caballeros —llamó Tim, su voz extendiéndose por el campo—. Hoy os enfrentaréis a un desafío como ninguno que hayáis encontrado hasta ahora. Recordad vuestro entrenamiento, confiad

en vuestros instintos y, sobre todo, trabajad como uno solo con vuestra montura.

Molly observó cómo Llewelyn enderezaba los hombros, una mirada de determinación reemplazando su nerviosismo anterior. No pudo evitar sentir una oleada de orgullo por el joven cadete y todo lo que había logrado.

—Señorita Bell —dijo Tim, acercándose a ella con un asentimiento—. Confío en que todo va bien con Apollo esta mañana.

—Sí, bastante bien —respondió Molly, agudamente consciente de la calidez en su mirada—. Aunque me atrevería a decir que está un poco celoso de toda la emoción que hay aquí fuera.

Los labios de Tim se curvaron en una media sonrisa. —Bueno, no podemos permitir eso, ¿verdad? Quizás cuando esté completamente recuperado, podamos organizar una demostración especial para él.

Mientras conversaban, Molly no pudo evitar notar la forma en que la presencia de Tim parecía reforzar la confianza de los cadetes a su alrededor. Era evidente que lo admiraban, ansiosos por demostrar su valía bajo su atenta mirada.

—Bueno —dijo Molly, sintiendo de repente la necesidad de ocuparse—, debería dejaros continuar con vuestros preparativos. Buena suerte a todos, y recordad: manos firmes y corazones serenos.

El Cadete Llewelyn se acercó a Osiris con un entusiasmo en su paso, su emoción por la próxima prueba apenas contenida. Sin embargo, al alcanzar la silla, el caballo normalmente plácido se movió inquieto, sacudiendo la cabeza con un suave relincho de incomodidad.

—Tranquilo, muchacho —murmuró Llewelyn, frunciendo el ceño con preocupación. Pasó una mano tranquilizadora por el cuello de Osiris, sintiendo la tensión bajo su palma—. ¿Qué te pasa?

Perplejo, Llewelyn comenzó a inspeccionar los arreos, sus dedos moviéndose metódicamente sobre las correas y hebillas de cuero. Al levantar la silla, un destello de metal captó su atención. Frunciendo el ceño, alcanzó debajo y sacó un afilado y dentado trozo de metal.

—¿Qué demonios? —musitó, dando vueltas al objeto en su mano. Su rostro palideció al darse cuenta del daño que podría haber causado una vez que su peso aterrizara sobre el lomo de Osiris; el metal presionaría y cortaría al caballo justo sobre su columna vertebral—. ¿Quién haría algo así?

Al otro lado del patio, los agudos ojos de Molly captaron la angustia en la postura de Llewelyn. Su corazón se aceleró mientras se acercaba, la preocupación grabada en sus rasgos.

—¿Está todo bien, Cadete Llewelyn? —preguntó, su mirada pasando rápidamente entre el joven y el inquieto caballo.

Llewelyn sostuvo en alto el trozo de metal, su mano temblando ligeramente. —He encontrado esto bajo la silla de Osiris, señorita Bell. No puedo entender cómo llegó ahí.

Los ojos de Molly se ensancharon al contemplar el cruel objeto. —¿Puedo? —preguntó, extendiendo su mano. Cuando Llewelyn se lo pasó, le dio vueltas, su mente trabajando a toda velocidad—. Esto no es un accidente —dijo en voz baja, su voz tensa por una ira apenas contenida.

—Pero ¿quién haría algo así? —preguntó Llewelyn, su voz una mezcla de confusión e indignación.

La mirada de Molly se posó en la figura que se alejaba del Teniente Coronel Forebury, su andar distintivo inconfundible incluso a distancia. Una fría comprensión la invadió al recordar haberlo visto merodeando cerca de los establos hace apenas unos momentos. Sus dedos se cerraron alrededor del metal dentado, los bordes ásperos clavándose en su palma.

—Disculpe, Cadete Llewelyn —dijo Molly, su voz baja y controlada —. Creo que sé quién es responsable de esto.

Sin esperar respuesta, Molly cruzó el patio a zancadas, sus faldas ondeando furiosamente alrededor de sus tobillos. Su corazón palpitaba en sus oídos, pero se negó a dejar que el miedo la dominara. Al acercarse a Forebury, lo llamó, su voz resonando clara y fuerte por los terrenos.

—¡Teniente Coronel Forebury! Una palabra, si me permite.

Forebury se giró, su único brazo balanceándose mientras la encaraba. —Señorita Bell —reconoció, con tono cortante—. ¿En qué puedo ayudarla?

Molly levantó el trozo de metal, sus ojos oscuros brillando acusadores. —Quizás podría explicarme cómo esto ha llegado bajo la silla del Cadete Llewelyn. Le vi cerca de los establos.

Los ojos de Forebury se estrecharon, pero Molly continuó, su voz temblando de furia apenas contenida. —Esto podría haber herido gravemente tanto al caballo como al jinete. ¿Qué posible justificación podría haber para un acto tan despreciable?

El rostro de Forebury se contorsionó, una mezcla de ira y frustración retorciendo sus facciones. Su único brazo bueno se crispó a su lado como si ansiara golpear. —¿Cómo se atreve a acusarme de semejante cosa, señorita Bell? —gruñó, su voz baja y peligrosa—. Olvida usted su lugar. Soy un oficial del Ejército de Su Majestad, no un mozo de cuadra para ser cuestionado por alguien como usted.

Molly se mantuvo firme, con la barbilla alzada desafiante. Podía sentir su corazón acelerado, pero se negó a retroceder. —Me atrevo porque me preocupo por la seguridad de estos cadetes y sus monturas, Teniente Coronel. Su rango no le sitúa por encima de la sospecha cuando hay clara evidencia de juego sucio.

Los ojos de Forebury se estrecharon, una sonrisa cruel jugando en las comisuras de su boca. —¿Clara evidencia? —se burló—. Todo lo que veo es una mujer histérica haciendo acusaciones salvajes. Quizás su juicio esté nublado por... otros intereses.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Molly ante su insinuación, pero mantuvo su rostro impasible.

—Dígame, señorita Bell —continuó Forebury, su voz goteando desdén—, ¿cuánto tiempo lleva calentando la cama del Mayor Blair-Fortescue? ¿Es así como aseguró su puesto aquí? Me pregunto qué pensaría el comandante de tal impropiedad.

Molly sintió como si la hubieran golpeado. Sus mejillas ardían con una mezcla de vergüenza e indignación. ¿Cómo se atrevía? La simple

idea de Tim en tal contexto hizo que su corazón aleteara, pero apartó ese sentimiento, centrándose en la vil acusación.

—Va usted demasiado lejos, señor —logró decir, su voz temblorosa a pesar de sus mejores esfuerzos—. El Teniente Blair-Fortescue es un caballero, y yo soy una dama. Sus insinuaciones son tan infundadas como repugnantes.

En su interior, la mente de Molly daba vueltas. ¿Era esto realmente hasta dónde llegaría Forebury para desviar las sospechas? ¿Y cómo podría probar su culpabilidad sin poner en riesgo su propia reputación, y la de Tim?

El Cadete Llewelyn dio un paso adelante, su joven rostro enrojecido de justa ira. —Señor, debo objetar su trato hacia la señorita Bell —dijo, con voz vacilante al principio pero que fue ganando firmeza a medida que continuaba—. Ella no ha mostrado más que profesionalidad y experiencia en sus funciones aquí. Sus acusaciones son infundadas e indignas de un oficial.

El corazón de Molly se hinchó de gratitud por el valiente cadete, incluso mientras el miedo la embargaba. El rostro de Forebury se oscureció peligrosamente, tensando su único brazo bueno mientras se volvía hacia Llewelyn.

—¿Te atreves a sermonearme, muchacho? —gruñó Forebury—. Quizás necesitas que te recuerde cuál es tu lugar. Podría tenerte limpiando establos con las manos desnudas durante un mes, o peor, darte de baja por completo. ¿Es eso lo que quieres?

Llewelyn palideció pero se mantuvo firme. Los dedos de Molly se cerraron en puños a sus costados, sus uñas clavándose en las palmas mientras luchaba contra el impulso de intervenir. No podía permitir que el cadete sufriera por defenderla, pero cualquier acción por su parte podría empeorar las cosas.

Un murmullo de voces llamó su atención. Para su sorpresa, un pequeño grupo de reclutas se había reunido en el borde del patio de los establos, con los ojos abiertos de asombro e incredulidad. Algunos susurraban con urgencia entre ellos, mientras que otros simplemente miraban, paralizados por el drama que se desarrollaba.

El corazón de Molly se aceleró. ¿Cuánto habían escuchado? ¿Creerían las viles insinuaciones de Forebury? ¿O verían a través de sus desesperados intentos de encubrir sus propias fechorías? Divisó al joven Braithwaite, su rostro pecoso convertido en una máscara de confusión y preocupación. A su lado, Wilkins parecía listo para cargar, contenido solo por la mano restrictiva de Carpenter en su brazo.

La tensión en el aire era palpable, lo suficientemente espesa como para ahogar. Molly sabía que tenía que actuar, decir algo antes de que la situación se descontrolara por completo. Pero ¿qué podía hacer contra un oficial superior, especialmente uno que había demostrado ser tan despiadado como Forebury?

De repente, una voz surgió de entre la multitud. —¡Eso no es cierto, señor! —Era Braithwaite, con su joven rostro enrojecido por la indignación—. ¡La señorita Bell nunca haría lo que usted dice!

A Molly se le cortó la respiración cuando otras voces se unieron, formando un coro de apoyo entre los reclutas reunidos.

—Siempre ha sido justa con nosotros —añadió Wilkins, dando un paso adelante—. Y sabe más de caballos que cualquiera aquí.

Carpenter asintió con vigor. —Es verdad, señor. La señorita Bell nunca ha sido más que servicial. Si ella dice que usted hizo algo con los aparejos de Osiris, la creo.

Una calidez se extendió por el pecho de Molly, amenazando con abrumarla. Parpadeó rápidamente, luchando contra las lágrimas de gratitud. Estos jóvenes, apenas más que muchachos en realidad, estaban arriesgando sus propias posiciones para defender su honor.

—¡Esto es indignante! —balbuceó Forebury, con el rostro moteado de rabia—. ¡Os pondré a todos un parte por insubordinación!

Antes de que pudiera continuar con su diatriba, una voz familiar cortó el alboroto. —¿Qué está pasando aquí?

El corazón de Molly dio un vuelco cuando Tim apareció a la vista, su alta figura proyectando una larga sombra sobre el patio. Su mirada recorrió la escena, captando la expresión apopléjica de

Forebury, la postura desafiante de los reclutas, y finalmente posándose en la propia Molly. La preocupación en su mirada era inconfundible, mezclada con una feroz determinación que aceleró el pulso de ella.

—Mayor —comenzó Forebury—, estaba a punto de...

Tim ignoró por completo a su oficial superior. —Señorita Bell, ¿está usted bien? ¿Qué ha ocurrido aquí?

Molly tragó saliva con dificultad, consciente de que todas las miradas estaban puestas en ella. ¿Cómo podía explicarlo sin empeorar la situación? Y sin embargo, con Tim allí, de repente sintió como si todo fuera posible. Levantó el afilado trozo de metal.

—El cadete Llewelyn encontró esto debajo de la silla de Osiris. Me temo que el teniente coronel Forebury era la única persona lo suficientemente cerca como para haberlo colocado allí.

—¡El muchacho lo puso ahí él mismo! Mendigando atención —se jactó Forebury.

El rostro de Llewelyn se puso blanco. —Yo nunca... —comenzó, con tono horrorizado. Tim levantó una mano para detener su balbuciente negación.

—Le creo, cadete Llewelyn —dijo Tim en voz baja—. Descanse. —Su voz se mantuvo firme mientras se dirigía a Forebury—. Teniente Coronel, he oído lo suficiente para entender la situación. Las acusaciones de la señorita Bell son graves, y creo que merecen una investigación inmediata.

El corazón de Molly se aceleró mientras Tim continuaba: —Tengo la intención de llevar este asunto directamente al comandante. Manipular el equipo de un cadete es una grave ofensa, una que podría haber resultado en lesiones severas o algo peor.

El rostro de Forebury palideció, desmoronándose su anterior fanfarronería. —Vamos a ver, Blair-Fortescue...

Pero antes de que pudiera terminar, el cadete Llewelyn, envalentonado por el apoyo de Tim, soltó: —Señor, hay más. El Teniente Coronel... dijo cosas verdaderamente viles sobre la señorita

Bell y usted. Insinuaciones sobre su relación que ningún caballero pronunciaría.

Molly observó en silencio atónito cómo se transformaba la expresión de Tim. El color abandonó su rostro, reemplazado por una palidez mortal que hizo que sus ojos parecieran arder con una furia intensa y fría. Apretó la mandíbula, y por un momento, ella pensó que podría golpear a Forebury donde estaba.

En cambio, la voz de Tim salió en un tono bajo y peligroso que le provocó escalofríos a Molly. —Teniente Coronel Forebury, le desafío formalmente a un duelo. Sus palabras y acciones han ido más allá de los límites de la decencia y el honor.

Jadeos estallaron entre los cadetes reunidos. La mano de Molly voló hacia su boca, su mente daba vueltas. ¿Un duelo? ¿Por ella? La gravedad de la situación la golpeó como una ola, dejándola sin aliento y temblorosa.

La burla de Forebury retorció su rostro en una fea máscara, sus ojos brillaban con malicia. —¿Un duelo? No sea absurdo. Sabe perfectamente que los duelos están estrictamente prohibidos en Sandhurst. ¿O ha olvidado las regulaciones que ha jurado defender?

La tensión en el aire era palpable, lo suficientemente densa como para cortarla con un cuchillo. El corazón de Molly latía aceleradamente, su mirada saltando entre Tim y Forebury. Podía ver la mandíbula de Tim trabajando, sus hombros rígidos con furia apenas contenida.

Cuando Tim habló, su voz era tan fría y afilada como una hoja de hielo. —En ese caso, Teniente Coronel, puede usted nombrar el lugar y la hora que prefiera. Pero no se equivoque: no puedo ni permitiré que tales graves insultos al carácter de la señorita Bell queden sin respuesta.

A Molly se le cortó la respiración. Las palabras de Tim, su inquebrantable defensa de su honor, enviaron una oleada de calor a través de su pecho incluso mientras el miedo le atenazaba el corazón. Quería hablar, intervenir, pero se encontró clavada en el

sitio, incapaz de hacer más que observar la escena desarrollarse ante ella.

Los ojos de Tim nunca abandonaron el rostro de Forebury mientras continuaba, su tono sin admitir discusión. —Su conducta es impropia de un oficial y un caballero. Elija su terreno, señor, porque este asunto se resolverá de una manera u otra.

Los cadetes a su alrededor se movieron nerviosos, intercambiando miradas preocupadas. La mente de Molly corría. ¿Cómo habían escalado las cosas tan rápidamente?

El cambio en Forebury fue instantáneo y sorprendente. Su rostro, que había estado enrojecido de ira momentos antes, se drenó de todo color. Sus ojos, previamente entrecerrados con desdén, ahora se ensancharon con un miedo inconfundible, al darse cuenta de que Tim iba mortalmente en serio. Molly observó cómo la comprensión de la gravedad de su situación se asentaba en Forebury, con su nuez de Adán subiendo y bajando mientras tragaba con dificultad.

Tim se mantuvo inmóvil, su mirada inquebrantable, exudando una resolución tranquila pero letal. El aire crepitaba con tensión, y Molly se encontró conteniendo la respiración, con su corazón martilleando contra su caja torácica.

La voz de Forebury, cuando finalmente llegó, estaba muy lejos de su anterior tono burlón. —Yo... puede que haya hablado precipitadamente —tartamudeó, sus ojos moviéndose nerviosamente entre Tim y Molly—. Quizás podamos resolver este asunto sin recurrir a... medidas extremas.

Molly sintió una oleada de emociones contradictorias: alivio de que la situación pudiera desactivarse, pero una extraña decepción de que la apasionada defensa de Tim pudiera quedar sin respuesta. Apartó este último sentimiento, centrándose en el tembloroso hombre ante ella.

Forebury se volvió para mirarla, su comportamiento completamente transformado. —Señorita Bell —comenzó, su voz apenas por encima de un susurro—, le... le ofrezco mis más sinceras

disculpas por mi comportamiento indecoroso y mis... comentarios inapropiados. Eran indignos de un caballero y un oficial.

La mente de Molly daba vueltas. ¿Era este el mismo hombre que había sido tan cruel momentos antes? Luchó por encontrar su voz, dividida entre aceptar sus disculpas y mantener su dignidad.

—Sus palabras fueron ciertamente hirientes, Teniente Coronel —logró finalmente, su voz más firme de lo que se sentía—. Pero agradezco sus disculpas.

Mientras hablaba, Molly no pudo evitar mirar a Tim, preguntándose qué pensaba de este repentino cambio en Forebury. ¿Sería suficiente para evitar el duelo? La idea de que Tim arriesgara su vida por ella le provocó un escalofrío, una mezcla de miedo y algo más que no se atrevía a nombrar.

La mandíbula de Tim se tensó, sus ojos destellando con ira apenas contenida. Dio un paso adelante, extendiendo la mano para tomar del agarre de Molly el irregular trozo de metal que el cadete Llewelyn había recuperado de debajo de la silla de Osiris.

—Unas disculpas no son ni de lejos suficientes, Forebury —dijo Tim, su voz baja y peligrosa. Levantó el fragmento de metal, dejando que la luz del sol brillara sobre él—. Esto no se trataba solo de insultos. Puso en riesgo vidas, tanto humanas como equinas. ¿Se da cuenta de las consecuencias si llevo esto al comandante? Un consejo de guerra sería la menor de sus preocupaciones.

El corazón de Molly se aceleró mientras veía a Tim enfrentarse a Forebury. Nunca lo había visto tan feroz, tan protector. Eso despertó algo dentro de ella, una calidez que se extendió por su pecho a pesar de la tensa situación.

El rostro de Forebury, ya pálido, se volvió ceniciento. Su único brazo temblaba mientras lo levantaba en un gesto apaciguador. —Vamos, Blair-Fortescue, seguramente podemos llegar a algún acuerdo —tartamudeó, su anterior bravuconería completamente evaporada—. No hay necesidad de involucrar al comandante en este... malentendido.

Los ojos de Tim se estrecharon. —¿Malentendido? Deliberadamente puso en peligro...

—¡Solicitaré un traslado! —soltó Forebury, con la voz quebrada—. Con efecto inmediato. Me iré de Sandhurst. No tendrá que verme nunca más.

Molly observó cómo el otrora imponente teniente coronel parecía encogerse ante sus ojos. Sus hombros se hundieron, la derrota grabada en cada línea de su rostro.

—Sí, eso es... eso es lo mejor —murmuró Forebury, más para sí mismo que para ellos. Sin otra palabra, se dio la vuelta y se apresuró a alejarse, su andar desigual traicionando su prisa por escapar de la escena de su humillación.

Un suspiro colectivo de alivio recorrió la multitud reunida. Los ojos de Molly volaron de rostro en rostro, captando la mezcla de triunfo e incredulidad grabada en cada semblante. Los reclutas, momentos antes tensos por la anticipación de la confrontación, ahora mostraban expresiones de asombro aturdido.

Los hombros de Tim se relajaron visiblemente mientras se volvía para enfrentar al grupo. —Bien, caballeros —dijo, su voz más ligera pero aún con un deje de autoridad—, creo que hemos tenido suficiente emoción por una mañana. Cadete Llewelyn, ocúpese de Osiris. El resto de vosotros, montad.

Mientras los reclutas se apresuraban a actuar, Molly captó la mirada de Tim. Un entendimiento silencioso pasó entre ellos, un momento compartido de victoria contra las maquinaciones de Forebury. Su corazón se hinchó de orgullo y algo más que no se atrevía a nombrar.

El teniente Spurling se acercó, sus muletas marcando un ritmo constante en el patio adoquinado. —Menudo alboroto, ¿eh? —dijo, su acento de Yorkshire elevando aún más el ánimo—. ¿Debo llevar a los muchachos al campo de entrenamiento, señor?

Tim asintió. —Sí, gracias, Spurling. Mantenlos a raya, ¿quieres?

Mientras Spurling guiaba a los reclutas y sus monturas lejos, Tim se volvió hacia Molly, siguiéndola mientras ella se alejaba hacia el

establo de Apollo, queriendo un momento para recomponerse. —¿Está usted bien, señorita Bell? —preguntó en voz baja.

Molly forzó una sonrisa, tratando de proyectar una confianza que no sentía del todo. —De verdad, estoy bien. No es nada que no pueda manejar. —Se apartó un mechón de cabello rebelde bajo su sombrero, sus dedos temblando ligeramente.

Los ojos de Tim se estrecharon, claramente poco convencido por su valiente fachada. Dio un paso más cerca, su presencia a la vez reconfortante y perturbadora. —Molly —dijo suavemente, usando su nombre de pila en un raro momento de intimidad—. No tienes que fingir conmigo.

Su respiración se entrecortó cuando él colocó suavemente sus manos sobre sus hombros, su tacto cálido incluso a través de la tela de su vestido. Molly se encontró mirando hacia arriba a su rostro, impactada por la intensidad de su mirada. Sus ojos azules, normalmente tan reservados, ahora contenían una mezcla de preocupación y algo más profundo que hizo que su corazón se acelerara.

El tiempo pareció ralentizarse, los sonidos ajetreados del establo desvaneciéndose. Molly era agudamente consciente de cada detalle: el aroma del heno y los caballos, el calor de las manos de Tim, la forma en que su pecho subía y bajaba con cada respiración. Mil pensamientos corrieron por su mente, recuerdos de sus interacciones, la creciente tensión entre ellos que había intentado tan duramente ignorar.

La expresión de Tim se suavizó, sus ojos bajando brevemente a sus labios antes de encontrarse con su mirada una vez más. Molly se sintió inclinándose hacia adelante, atraída por una fuerza invisible a la que no podía resistirse. Sus ojos se cerraron mientras Tim acortaba la distancia entre ellos, sus labios encontrándose con los de ella en un beso que era a la vez tierno y lleno de anhelo no expresado.

El mundo se desvaneció y, por un momento, solo existían Tim y la suave presión de sus labios contra los suyos. Las manos de Molly

se movieron por su propia voluntad, posándose en su pecho mientras devolvía el beso, su corazón latiendo tan fuerte que estaba segura de que él debía oírlo.

El momento de felicidad se hizo añicos cuando Tim retrocedió de repente, rompiendo el beso. Sus ojos se ensancharon, una mezcla de sorpresa y arrepentimiento cruzando su rostro.

—Yo... le pido disculpas, señorita Bell —tartamudeó, con voz ronca—. Eso fue... impropio de mi parte. Por favor, perdone mi atrevimiento.

Antes de que Molly pudiera responder, Tim giró sobre sus talones y se apresuró a alejarse, sus botas resonando en el suelo del establo mientras corría para alcanzar a los reclutas.

Molly se quedó inmóvil, sus dedos tocando inconscientemente sus labios donde los de Tim habían estado momentos antes. De repente, el establo parecía demasiado grande, demasiado vacío sin su presencia. Se desplomó contra la pared más cercana, con las piernas débiles bajo su peso.

—¿Qué acaba de pasar? —se susurró a sí misma, con la mente girando.

El familiar relincho de un caballo cercano la ancló, y Molly respiró hondo, inhalando el reconfortante aroma del heno y el cuero. Cerró los ojos, tratando de dar sentido al tumulto de emociones que corrían por ella.

—Oh, Apollo —murmuró al caballo en el establo detrás de ella—, estoy en problemas, ¿verdad?

Su corazón se aceleró mientras revivía el beso en su mente. La ternura en el tacto de Tim, el calor de sus labios, la forma en que su cuerpo había respondido tan instintivamente al suyo. Era todo lo que había soñado en secreto, y sin embargo...

—Se arrepiente —se dio cuenta Molly, un dolor punzante atravesando su pecho—. Por supuesto que lo hace. No soy nadie, después de todo. ¿En qué estaba pensando?

Se apartó de la pared, caminando a lo largo del establo mientras luchaba con sus sentimientos. —Pero me besó —argumentó consigo

misma—. Debe sentir algo, ¿no es así?

La parte lógica de su mente la contradecía, recordándole el vasto abismo entre sus posiciones sociales. ¡Tim era un oficial, un caballero, el hijo de un conde, por el amor de Dios! Ella era una huérfana, una chica de herencia incierta que había encontrado un lugar en Belle Haven por pura determinación y suerte.

—No puede funcionar —susurró Molly, con la voz entrecortada—. Incluso si él siente algo por mí, ¿cómo podría ser más que este momento robado?

Molly acarició el hocico aterciopelado de Apollo, con la mente acelerada. El caballo relinchó suavemente, percibiendo su angustia.

—No puedo quedarme —murmuró, mientras la realización se asentaba como una piedra en su estómago—. Si lo hago, solo caeré más profundamente, y la angustia será insoportable.

Se enderezó, cuadrando los hombros al tomar su decisión. —Tengo que volver a Belle Haven. Es la única salida.

La idea de dejar Sandhurst, de dejar a Tim, le provocaba un dolor en el pecho. Pero la alternativa –verlo seguir adelante, quizás casarse con alguien más adecuada– sería mucho peor.

Asintió para sí misma, sintiendo que una mezcla de determinación y tristeza se apoderaba de ella. —Es lo mejor —susurró, tratando de convencerse a sí misma—. Una ruptura limpia ahora, antes de que sea demasiado tarde.

Apollo le rozó los dedos con los labios, y Molly echó los brazos alrededor del cuello del gran alazán, hundiendo la cara en su crin para ocultar las lágrimas que no podía evitar que le corrieran por las mejillas. —Al menos tengo la excusa de llevarte a casa —murmuró —. Al menos tengo eso.



Capítulo Doce

LA PÁLIDA LUZ DEL amanecer se arrastraba por el horizonte mientras Molly se dirigía silenciosamente a los establos y recogía a Apollo. No se había despedido de nadie salvo de sus anfitriones, y dejó con ellos una carta para el comandante explicando que, como Sir Richard aún no había hecho los arreglos para recuperar a Apollo, ella misma lo llevaba a casa; y una nota similar para Tim. La nota le parecía terriblemente inadecuada, pero no podía soportar despedirse en persona. Podría derrumbarse y llorar, y eso no lo podía soportar.

—Vamos, Apollo —susurró, ensillando eficientemente al alazán antes de conducirlo al brumoso patio y llevarlo hasta el montador.

Molly pasó suavemente la mano por el brillante pelaje de Apollo, buscando consuelo en su sólida presencia. Con experimentada facilidad, montó de lado, ajustando su traje de montar al acomodarse. Chasqueó la lengua, y Apollo emprendió un trote enérgico.

Al pasar por las puertas de Sandhurst, Molly se permitió una última mirada atrás. Los majestuosos edificios de piedra estaban bañados en el suave resplandor del amanecer, una vista que se había vuelto tan familiar durante las últimas semanas. Ahora, se sentía como un sueño agridulce que se desvanecía.

—Volvemos a casa, chico —murmuró a Apollo, con la voz entrecortada—. De vuelta a Belle Haven.

Las orejas del semental se movieron hacia atrás al oír su voz, y respondió con un suave relincho. Molly logró esbozar una sonrisa acuosa, agradecida por su compañía en este solitario viaje. Debería haber llevado un mozo con ella, supuso, pero eso habría sido otra imposición, y podía hacer el viaje en un solo día en un buen caballo como Apollo. Con algunas manzanas y queso en su alforja y muchos descansos cortos para que Apollo pastara y bebiera en los arroyos, estaría en casa antes del anochecer.

Mientras avanzaban por el camino rural, los pensamientos de Molly se desviaron hacia Tim. ¿Entendería por qué tenía que marcharse? ¿O le guardaría rencor por desaparecer sin una despedida apropiada? La incertidumbre la carcomía.

—Es lo mejor —se dijo con firmeza, aunque las lágrimas se acumulaban en sus ojos—. Un caballero como Tim nunca podría... nunca podríamos...

Se interrumpió, incapaz de terminar el pensamiento. En cambio, se concentró en el rítmico clip-clop de los cascos de Apollo contra la tierra compacta, dejando que el sonido familiar calmara su mente turbada.

El sol ascendía más alto en el cielo, disipando la niebla matutina. Molly parpadeó contra su brillo, dándose cuenta de que tenía las mejillas húmedas. Con un bufido frustrado, se limpió las lágrimas con el dorso de su mano enguantada.

—Ya basta de eso —se reprendió—. Te has enfrentado a cosas peores que un corazón roto antes, Molly Bell. Sobrevivirás a esto también.

Enderezó la espalda, levantando la barbilla mientras instaba a Apollo a un medio galope por el borde herboso. El viento azotaba las cintas de su sombrero, y ella saboreaba la sensación de libertad que venía con montar. Por un momento, casi podía olvidar el dolor en su pecho.

Al coronar una colina, Molly divisó un hito en el camino. Los números familiares trajeron una nueva oleada de emoción – cada milla la alejaba más de Tim, pero la acercaba a la seguridad de Belle Haven.

—¿Qué opinas, Apollo? —preguntó, acariciando su cuello—. ¿Seguimos adelante o descansamos un rato?

El caballo resopló y sacudió la cabeza, claramente ansioso por continuar. Molly no pudo evitar sonreír ante su entusiasmo.

—Tienes razón —estuvo de acuerdo—. Es mejor seguir moviéndonos. Cuanto antes lleguemos a casa, antes podré sumergirme en el trabajo y olvidarme de... —Se interrumpió, incapaz de pronunciar el nombre de Tim en voz alta.

Con un suave toque de su talón, Molly instó a Apollo a seguir adelante. Mientras cabalgaban, se permitió imaginar la bienvenida que la esperaba en Belle Haven: la silenciosa aprobación de Richard, la preocupación maternal de Theresa, la charla emocionada de sus hermanas. El pensamiento le brindó cierto consuelo, aunque destacaba la ausencia de la persona que más anhelaba ver.

—Estaremos bien —susurró Molly, tanto para sí misma como para Apollo—. Siempre lo estamos.

Y con eso, dirigió su rostro resueltamente hacia casa, dejando Sandhurst –y su corazón– atrás.



El cielo vespertino se había tornado de un rico añil cuando Molly y Apollo se acercaban a las familiares puertas de Belle Haven. El agotamiento pesaba intensamente sobre jinete y montura mientras avanzaban por el camino flanqueado de árboles. El aroma de las hojas otoñales se mezclaba con los reconfortantes olores del heno y la carne de caballo, señalando su llegada a casa.

Molly guio a Apollo hacia los establos, con los músculos doloridos por el largo viaje. Al desmontar, sus piernas casi se doblaron bajo ella. Se apoyó contra el cálido flanco de Apollo buscando soporte, dejando escapar un suspiro cansado.

—Ahí, ahí, mi valiente chico —murmuró, acariciando su cuello—. Vamos a acomodarte para la noche.

Con manos expertas, Molly quitó los arreos de Apollo y comenzó a cepillarlo, sus movimientos lentos pero minuciosos. Los movimientos repetitivos calmaron sus nervios desgastados, aunque su mente vagaba de regreso a Sandhurst y Tim.

—¿Molly? —Una voz familiar la sobresaltó de sus ensoñaciones.

Se giró para ver a Richard parado en la puerta del establo, sus ojos azules abiertos con sorpresa. —Papá —dijo suavemente, logrando una pequeña sonrisa.

Richard avanzó, con preocupación grabada en sus apuestas facciones. —No esperaba que volvieras tan pronto. ¿Está todo bien?

La garganta de Molly se tensó, insegura de cómo responder. Se ocupó con la crin de Apollo, evitando la mirada de Richard. —Yo... decidí que era hora de volver a casa —logró decir finalmente.

Para su alivio, Richard no insistió más. En cambio, se movió hacia el otro lado de Apollo, tomando un cepillo para ayudar con el acicalamiento. —Bueno, me alegro de verte en casa —dijo simplemente, su voz cálida con afecto.

Molly levantó la mirada, encontrándose con sus ojos. —Gracias, papá —susurró, agradecida por su comprensión.

Trabajaron en silencio por unos momentos, y luego Richard habló de nuevo. —¿Por qué has traído a Apollo a casa, Molly? —preguntó gentilmente.

Dándose cuenta de que su carta debía haberse extraviado de alguna manera –quizás saboteada por Forebury, se dio cuenta en un destello de perspicacia– Molly tomó un profundo respiro, reuniendo su coraje. —Necesito contarte algo sobre Apollo —comenzó, su voz más firme de lo que se sentía.

Richard pausó su cepillado, prestándole toda su atención. —Continúa, querida.

Ella relató el incidente en Sandhurst, sus palabras saliendo precipitadamente. —El Teniente Coronel Forebury quería sacrificarlo, papá. Dijo que era demasiado peligroso. Pero yo no podía permitir que lo hicieran. Sabía que solo estaba asustado, no que fuera agresivo. El Mayor Blair-Fortescue me apoyó y convencimos al comandante de que lo dejara volver a Belle Haven.

Mientras hablaba, la expresión de Richard cambió de preocupación a orgullo. Cuando ella terminó, él extendió la mano y apretó suavemente su hombro. —Hiciste lo correcto, Molly. Apollo tuvo suerte de tenerte allí para defenderlo.

Una calidez floreció en el pecho de Molly ante su elogio. —¿De verdad lo crees?

—Lo sé —afirmó Richard—. Siempre has tenido un don con los caballos. Viste lo que otros no pudieron ver.

Antes de que Molly pudiera responder, la puerta del establo se abrió de golpe, revelando a una emocionada Theresa. —¡Molly! ¡Oh, mi querida niña, estás en casa! —Se apresuró hacia adelante, envolviendo a Molly en un fuerte abrazo.

Molly devolvió el abrazo, inhalando el familiar aroma a lavanda de Theresa. —Hola, mamá —murmuró.

Theresa se apartó, sus ojos marrones brillando. —¡Esto merece una celebración! Haré que la cocinera prepare todos tus platos favoritos para la cena de esta noche.

—Oh, no tienes que... —comenzó Molly, pero Theresa ya estaba negando con la cabeza.

—¡Tonterías! No todos los días nuestra Molly vuelve a casa. —Se volvió hacia Richard—. Cariño, ¿podrías informar a las niñas? Estarán encantadas.

Mientras Richard asentía y salía del establo, Molly sintió una punzada en su corazón. Esbozó una sonrisa, no queriendo amortiguar el entusiasmo de Theresa. —Gracias, mamá. Suena encantador.

Theresa enlazó su brazo con el de Molly, guiándola hacia la casa. —Vamos, debes estar agotada por tu viaje. Vamos a acomodarte.

Molly se dejó guiar, sus pensamientos en torbellino. ¿Cómo podía celebrar cuando su corazón se sentía tan pesado? Las vistas y sonidos familiares de Belle Haven la rodeaban, pero todo lo que podía pensar era en lo que –y a quién– había dejado atrás.

Al entrar en la casa, fue envuelta por un torbellino de gritos; sus hermanas, arrojándose sobre ella con alegres exclamaciones de que había vuelto a casa. Molly forzó una sonrisa en sus labios y se rindió a su alegre bienvenida.

Siempre he sido feliz aquí. Encontraré esa felicidad de nuevo.



La luz matutina se filtraba por las ventanas del establo mientras Molly acariciaba suavemente el hocico de un potro alazán, recientemente destetado de su madre. El joven caballo relinchó suavemente, hociqueando su palma en busca de más atención.

—Ahí, ahí, pequeño —arrulló Molly, con voz apenas por encima de un susurro—. Sé que extrañas a tu mamá, pero lo estás haciendo muy bien.

Se movió metódicamente por la fila de compartimentos, verificando cada potro con cuidado experimentado. Los sonidos rítmicos de cascos moviéndose y suaves relinchos llenaban el aire, un bálsamo calmante para su corazón turbado.

—¿Molly? —La voz de Richard la sobresaltó de sus pensamientos —. ¿Cómo están nuestros pequeños?

Ella se volvió, forzando una sonrisa. —Se están adaptando bien, considerando todo. El pequeño Starlight aquí —señaló al potro alazán—, parece estar llevándolo más difícil.

Richard asintió, su expresión pensativa. —Como los humanos, supongo. Algunos encuentran el cambio más fácil que otros.

Molly contuvo la respiración ante sus palabras, su mente derivando hacia pensamientos de su propio futuro incierto. —Me pregunto —comenzó dudosamente—, ¿crees... es decir, alguna vez yo...

—¿Qué sucede, querida? —preguntó Richard suavemente.

Ella se mordió el labio, luego siguió adelante. —¿Alguna vez encontraré a alguien que pueda mirar más allá de mis... mis orígenes? ¿Que quisiera casarse conmigo, a pesar de de dónde vengo y del color de mi piel?

Los ojos de Richard se suavizaron con comprensión. —Molly, cualquier hombre sería afortunado de tenerte como esposa. Tus orígenes te han moldeado en la extraordinaria mujer que eres hoy.

Molly negó con la cabeza, no convencida. —Pero la sociedad no lo ve así, ¿verdad? Ven a una huérfana de la India, no... —se interrumpió, incapaz de terminar.

—No a la valiente, inteligente y cariñosa joven que tengo ante mí —terminó Richard con firmeza—. Molly, tu valor no está determinado por tu pasado o por lo que otros piensen. Está aquí —tocó ligeramente su pecho—, y cualquiera que sea digno de ti lo verá.

Molly sintió lágrimas picándole los ojos, abrumada por su bondad. —Gracias —susurró, su voz espesa con emoción.

Mientras se volvía hacia los potros, los pensamientos de Molly giraban. ¿Podría realmente forjar su propio camino, a pesar de los obstáculos? El futuro se cernía ante ella, tan incierto como el destino de estos jóvenes caballos que cuidaba. Pero quizás, como ellos, ella también podría encontrar su camino, un paso cuidadoso a la vez.

—Theresa te está buscando —dijo Richard con un suave empujón en su hombro—. Notó que te saltaste el desayuno. No la preocupes, Molly. Ve y come algo.

—No tengo hambre —dijo Molly tristemente, sin apetito, pero incluso mientras hablaba su estómago rugió ruidosamente y Richard se rio.

—Ve a comer. ¡No me hagas prohibirte los establos!

—¡No lo harías! —Lo miró sorprendida, antes de lograr una media sonrisa al ver su sonrisa burlona—. ¡Está bien, está bien!

—Tres comidas al día —dijo Richard con firmeza—. ¡Verificaré con Theresa!

—Dos —negoció Molly—. ¡Sabes que nunca como más que una manzana al mediodía!

—Muy bien, pero vete y no vuelvas hasta que tu estómago pueda estar callado, ¡estás asustando a los potros! —Su amable risa siguió a Molly mientras se dirigía de vuelta hacia la casa.

Theresa la estaba esperando, con té y una bandeja de pasteles recién hechos. Mientras se acomodaban en la acogedora sala de estar, con el vapor elevándose de las delicadas tazas de porcelana, Molly se encontró incapaz de sostener la mirada de Theresa. El silencio se extendió entre ellas, puntuado solo por el suave tictac del reloj de la repisa.

Finalmente, Molly tomó un tembloroso respiro. —Theresa, yo... me temo que he hecho algo tonto.

Theresa extendió la mano, colocándola reconfortante sobre el brazo de Molly. —¿Qué te preocupa, querida?

—Creo... —Molly hizo una pausa, su corazón acelerado—. Creo que me he enamorado de Tim. Del Mayor Blair-Fortescue. —Había contado a toda la familia sobre él anoche durante la cena, haciendo lo mejor para sonar emocionalmente inafectada, pero incapaz de evitar alabar su valor y determinación, su calma constante como mentor de los cadetes. Había visto la mirada elocuente que Richard y Theresa intercambiaron incluso mientras sus hermanas reían y preguntaban si el mayor era apuesto.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de implicaciones. Molly continuó rápidamente, su voz temblorosa. —¿Pero cómo puedo? Está muy por encima de mi posición. Incluso si él correspondiera mis sentimientos, ¿qué futuro podríamos tener?

La expresión de Theresa se suavizó, una mezcla de simpatía y comprensión cruzó sus facciones. No insistió en detalles, sino que simplemente escuchó mientras Molly expresaba sus temores.

—Oh, Molly —suspiró Theresa, con voz dulce—. El amor no siempre sigue las reglas de la sociedad, ¿verdad? —Hizo una pausa, escogiendo cuidadosamente sus siguientes palabras—. Pero debo advertirte, querida. Dada la posición de Tim como hijo de un conde, especialmente de un lord tan importante como el Conde de Bridgnorth, es... bueno, es poco probable que pueda ofrecerte matrimonio.

El corazón de Molly se contrajo ante aquellas palabras, aunque sabía que eran ciertas. —¿Entonces qué debo hacer? —susurró, conteniendo las lágrimas—. ¿Cómo detengo estos sentimientos?

Theresa le apretó la mano. —No siempre podemos elegir a quién amamos, Molly. Pero podemos elegir cómo actuamos respecto a esos sentimientos. Eres fuerte, querida. Más fuerte de lo que crees.

—No me siento fuerte —dijo Molly, notando el temblor en su voz.

—Ya has actuado con fortaleza e hiciste lo sensato, cariño —dijo Theresa suavemente, con sus ojos marrones llenos de empatía—. Alejarte de la tentación fue sabio, aunque ahora duela terriblemente.

El pecho de Molly se oprimió y sintió que las lágrimas se acumulaban en sus ojos. —¿Pero por qué la sabiduría debe sentirse tan dolorosa? —logró articular, con voz apenas audible.

—Oh, querida —murmuró Theresa, atrayendo a Molly a un tierno abrazo.

Incapaz de contenerse más, Molly dejó escapar un sollozo, sus hombros temblando mientras lloraba en el hombro de Theresa. Theresa le acarició su espeso cabello negro.

—Ya, ya —la consoló Theresa—. Desahógate, cariño. Aquí estás a salvo.

Cuando sus lágrimas disminuyeron, Molly se apartó, secándose los ojos. —Me siento tan perdida, Theresa. Como si ya no perteneciera a ningún lugar.

Theresa acunó el rostro de Molly entre sus manos, con un toque tan gentil como cuando manejaba un potrillo recién nacido. —Escúchame, Molly Bell. Belle Haven siempre será tu hogar y tu

santuario, pase lo que pase. Tienes un lugar aquí, con nosotros, por el tiempo que lo desees.

El corazón de Molly se llenó de gratitud. —¿Incluso si no soy realmente tu hija? —preguntó, expresando un temor que había mantenido en secreto durante mucho tiempo.

—Especialmente porque no eres realmente mi hija —respondió Theresa con una cálida sonrisa—. Eres la hermana de mi corazón, Molly, lo has sido desde el orfanato de Duke Street. Nada cambiará eso jamás.

Los ojos de Molly se desviaron hacia la ventana, donde podía ver a Clara y Eliza en el jardín. El sol proyectaba un resplandor dorado sobre su cabello rubio mientras cuidaban de las rosas, y sus risas llegaban con la brisa. Una punzada de preocupación oprimió el pecho de Molly mientras observaba a sus hermanas adoptivas.

—Parecen tan despreocupadas —murmuró Molly, más para sí misma que para Theresa—. Pero temo por ellas, por los desafíos que enfrentarán.

Theresa siguió la mirada de Molly. —Cada una de nuestras niñas lleva su propia carga, es cierto. Pero son más fuertes de lo que crees.

Como si fuera una señal, Clara alzó la vista y divisó a Molly en la ventana. Saludó entusiasmada, con una sonrisa lo suficientemente brillante como para rivalizar con el sol. Molly no pudo evitar devolverle el gesto, su corazón calentándose ante la alegría contagiosa de Clara.

—¡Molly! —la llamó Clara, haciéndole señas para que se uniera a ellas—. ¡Ven a ver lo que hemos hecho con las rosas blancas!

Con un último apretón de agradecimiento en la mano de Theresa, Molly salió al exterior. El aroma de las rosas la envolvió mientras se acercaba a sus hermanas.

—Son preciosas —dijo Molly, admirando los arbustos cuidadosamente podados.

Clara sonrió radiante, sus ojos azules brillando de emoción. —¿Verdad que sí? Espero que estén en plena floración para mi debut

en Londres. ¿Te imaginas lo divinas que quedarían en mi pelo en un baile?

Molly contuvo la respiración. —¿Tu debut? ¿En Londres?

—¡Oh, sí! —Clara juntó sus manos—. Papá por fin ha accedido. Y tengo el plan más brillante, Molly. ¡Voy a regalar a Snowdrop al mismísimo Príncipe Regente!

Los ojos de Molly se agrandaron. —¿El Príncipe Regente? Clara, eso es... bastante ambicioso.

Clara asintió con entusiasmo. —Es perfecto, ¿no lo ves? Con un regalo tan magnífico, seguro que se fijará en mí. Y una vez que tenga su favor, bueno... ¿quién sabe qué puertas podrían abrirse?

Mientras Clara seguía parloteando sobre sus planes, la preocupación de Molly se intensificó. Conocía demasiado bien los prejuicios de la alta sociedad. ¿Serían los sueños de Clara aplastados por la realidad de sus circunstancias? Y sin embargo, mirando el radiante rostro de su hermana, Molly no se atrevió a expresar sus preocupaciones.

En su lugar, forzó una sonrisa. —Suena maravilloso, Clara. Estoy segura de que dejarás a Londres impresionado.

La sonrisa forzada de Molly se desvaneció mientras veía a Clara alejarse saltando, sus rizos dorados rebotando con cada paso. El nudo en su estómago se apretó, y supo que no podía seguir guardándose sus preocupaciones. Necesitaba hablar con Theresa.

Encontrando a su madre adoptiva aún en la sala de estar, Molly tomó aire. —Mamá, ¿puedo hablarte sobre Clara?

Theresa levantó la vista de su libro, sus amables ojos marrones llenos de preocupación. —Por supuesto, querida. ¿Qué te inquieta?

Las palabras de Molly salieron atropelladamente. —Es esta temporada en Londres. Clara está tan emocionada, pero temo que se esté preparando para una desilusión. Sabes lo cruel que puede ser la sociedad.

Theresa dejó su libro a un lado, frunciendo el ceño. —Clara es una Bell, Molly. Tu padre tiene muchos amigos en Londres.

—¿Pero será suficiente? —replicó Molly, alzando la voz—. Es ampliamente conocido que todas nosotras somos adoptadas, con escándalos pendiendo sobre cada uno de nuestros nacimientos. Sabes tan bien como yo que su origen será motivo de cuchicheos en todos los salones. ¿Cómo puede esperar hacer un buen matrimonio con semejante sombra sobre ella?

—Molly —dijo Theresa con suavidad—, no podemos protegerlas de todas las heridas. Clara está decidida a forjar su propio camino.

Molly caminaba por la habitación, creciendo su frustración. —¿Pero a qué precio? ¿Sus sueños, su reputación? La alta sociedad es implacable con aquellos que consideran indignos. ¿Cómo puede Clara esperar superar tales prejuicios?

Theresa se puso de pie, colocando una mano reconfortante en el brazo de Molly. —Subestimas su fortaleza, querida. Clara es más resiliente de lo que le das crédito.

Los ojos de Molly ardían con lágrimas contenidas. —Quiero creerlo, de verdad. Pero ¿y si las expectativas de la sociedad aplastan su espíritu? ¿Y si descubre que no importa cuánto lo intente, no puede escapar de las circunstancias de su nacimiento?

—Entonces nos tendrá a nosotros para volver a casa —dijo Theresa con firmeza—. Pero debemos darle la oportunidad de intentarlo, Molly. De tomar sus propias decisiones y enfrentar sus propios desafíos.

Los hombros de Molly se hundieron. —Supongo que tienes razón. Solo... desearía poder protegerla del dolor que sé que llegará.

Theresa atrajo a Molly a un suave abrazo. —Tu amor por tus hermanas te honra, querida. Pero a veces, el mayor acto de amor es dejarlas extender sus alas, incluso cuando tememos que puedan caer.



Los dedos de Molly recorrieron la áspera textura de la valla de madera mientras observaba a Clara conduciendo al joven caballo castrado Snowdrop al paddock contiguo. El pelaje del animal brillaba como nieve fresca bajo la luz del sol de última hora de la tarde otoñal.

—Está progresando maravillosamente, Clara —le gritó Molly, forzando una sonrisa para enmascarar la melancolía que se había instalado en su pecho—. El Príncipe Regente quedará completamente impresionado.

Clara sonrió radiante, su cabello rubio escapándose de debajo de su sombrero mientras guiaba al caballo a través de una serie de pasos intrincados. —¿De verdad lo crees, Molly? He estado trabajando con él todos los días, pero a veces temo que no sea suficiente. Es tan hermoso, pero no el más inteligente de los caballos. Quizás sea demasiado dócil para el gusto del Príncipe.

El corazón de Molly se encogió ante el atisbo de incertidumbre en la voz de su hermana. Apartó sus propias dudas, decidida a reforzar la confianza de Clara. —Por supuesto que será suficiente. El Príncipe Regente no es muy buen jinete y un caballo gentil y dócil con la belleza de Snowdrop será justo lo que le complazca. Tienes un don, Clara. La alta sociedad no sabrá qué les ha golpeado cuando llegues a Londres.

Mientras Clara continuaba sus ejercicios con el caballo, los pensamientos de Molly se desviaron hacia Tim. El dolor en su pecho se intensificó al imaginarlo en Sandhurst, quizás preguntándose por qué se había marchado tan abruptamente. Suspiró, con voz apenas audible: —¿Qué pensaría si pudiera verme ahora?

—¿Has dicho algo? —preguntó Clara, interrumpiendo su trabajo para mirar a Molly con preocupación.

Molly negó con la cabeza, forzando otra sonrisa. —Solo hablaba conmigo misma. Cuéntame más sobre tus planes para la temporada. Quiero oír cada detalle.

Mientras Clara se lanzaba a una explicación entusiasta de sus esperanzas y sueños, Molly escuchaba atentamente, al tiempo que

lidiaba con su propio tormento interior. El abismo social entre ella y Tim parecía insuperable, pero su corazón se negaba a abandonar la posibilidad.

—Eres tan valiente, Clara —dijo Molly suavemente cuando su hermana hizo una pausa para respirar—. Alcanzar tus sueños a pesar de los obstáculos... Admiro eso de ti.

Clara ladeó la cabeza, estudiando a Molly detenidamente. —¿Está todo bien, Molly? Pareces... distante últimamente.

Molly dudó, luego negó con la cabeza. —Estoy bien, de verdad. Solo... contemplando el futuro, supongo. Pero basta de hablar de mí. Muéstrame ese nuevo trote en el que has estado trabajando con Snowdrop. ¡Seguro que será la comidilla de Londres!

Clara era verdaderamente una jinete maravillosa, mejor que la propia Molly en algunos aspectos. Por supuesto, había estado en Belle Haven desde su nacimiento, puesta sobre un poni tan pronto como pudo mantenerse erguida por sí misma. Molly sonrió, observándola. Richard nunca les había ocultado la verdad sobre los orígenes de sus hijas adoptivas —Clara era muy consciente de que era la hija ilegítima de la hermana de Richard, producto de una relación ilícita con un lacayo— pero a Clara nunca le había importado en lo más mínimo. Mientras Molly observaba la determinación de su hermana, una chispa de inspiración se encendió dentro de ella.

—Clara —llamó Molly—, me has dado algo en qué pensar.

Clara refrenó a Snowdrop, volviéndose hacia Molly con curiosidad. —¿Oh? ¿Qué es?

—Tu coraje. Tu voluntad de forjar tu propio camino, a pesar de lo que otros puedan decir o pensar.

—Pero eso es simplemente quien soy —respondió Clara, desmontando con gracia—. No puedo imaginarme viviendo de otra manera.

Molly asintió, con una pequeña sonrisa en sus labios. —Quizás... quizás esa es quien necesito ser yo también.

Las cejas de Clara se alzaron con sorpresa. —Molly Bell, ¿estás planeando algo atrevido?

Molly rio, un sonido teñido tanto de nerviosismo como de emoción. —Aún no estoy segura. Pero estoy empezando a darme cuenta de que la felicidad no le llega a quienes simplemente la esperan. A veces, tenemos que extender la mano y agarrarla nosotros mismos.

—Esto es sobre tu comandante, ¿verdad? —preguntó Clara suavemente, acercando a Snowdrop.

Molly contuvo el aliento. —¿Tan obvio es?

Clara sonrió con complicidad. —Solo para quienes te conocen mejor. Entonces, ¿qué vas a hacer?

Molly respiró hondo, sus oscuros ojos escrutando el horizonte como si buscara respuestas. —Aún no lo sé. Pero estoy cansada de dejar que el miedo dicte mis decisiones. Necesito enfrentarme a mis sentimientos por Tim, incluso si... incluso si significa arriesgarme a sufrir.

—¿Y si no puede ofrecerte matrimonio? —tanteó Clara con cuidado.

La mano de Molly fue instintivamente a su corazón. —Esa es la cuestión, ¿verdad? ¿Puedo aceptar menos? Yo... no estoy segura. Pero sé que no puedo seguir huyendo de estos sentimientos. Me seguirán dondequiera que vaya.

Clara extendió la mano, apretando la de Molly. —Sea lo que sea que decidas, estoy aquí para ti. Todos lo estamos.

Molly le devolvió el apretón, agradecida por el apoyo de su hermana. Mientras permanecían allí, con el sol poniente pintando el cielo en tonos naranjas y rosados, Molly sintió que una sensación de resolución la invadía. El camino por delante era incierto, lleno de potencial dolor, pero por primera vez desde que dejó Sandhurst, se sintió lista para afrontarlo.

—Gracias, Clara —dijo Molly suavemente—. Ahora, ¿qué tal si le damos a Snowdrop un enfriamiento adecuado? Podría usar la distracción mientras descubro mi próximo movimiento.

Mientras conducían al caballo de vuelta a los establos, la mente de Molly bullía con posibilidades. Aún no tenía todas las respuestas,

pero sabía una cosa con certeza: era hora de tomar el control de su propio destino, cualesquiera que fueran las consecuencias.



Capítulo Trece

EL DÍA EN SANDHURST comenzó como todos los anteriores durante las últimas semanas, con Tim desayunando en el comedor de oficiales y encontrando al teniente Spurling esperándole fuera.

—Buenos días, señor —dijo Spurling con un saludo, equilibrándose sobre sus muletas—. Tengo un mensaje para usted de la señorita Bell.

El corazón de Tim se aceleró. —Gracias, Spurling. ¿Qué dice?

El teniente sacó una nota doblada de su bolsillo. —Me temo que desconozco su contenido, señor.

Tim desdobló el papel, recorriendo rápidamente las pocas líneas escritas con la pulcra caligrafía de Molly. Las palabras parecían borrarse ante sus ojos, pero su significado era claro. Había abandonado Sandhurst, llevándose a Apollo con ella de vuelta a Belle Haven.

—¿Está todo bien, señor? —preguntó Spurling, con evidente preocupación en su expresión. Las emociones de Tim debían reflejarse en su rostro.

Tim tragó saliva con dificultad, obligando a su rostro a adoptar una expresión neutral. —Sí, todo está perfectamente. La señorita Bell ha regresado a Belle Haven con Apollo. Como Sir Richard no

había hecho otros preparativos para que el caballo fuera devuelto, la señorita Bell sintió que debía hacerlo ella misma.

El rostro pecoso de Spurling se entristeció. —Oh. Es una pena, señor. Los muchachos la echarán terriblemente de menos. Y yo también, si me permite decirlo.

—En efecto —respondió Tim, con la mente acelerada. ¿Por qué se había marchado tan repentinamente? ¿Sería por sus acciones de ayer? No creía en absoluto la excusa sobre Apollo. Apartó ese pensamiento, centrándose en el asunto que tenía entre manos—. Gracias por entregar el mensaje, Spurling. Puede volver a sus obligaciones.

Mientras el teniente se alejaba, Tim se quedó solo, con la nota apretada en su mano. El bullicio de la academia continuaba a su alrededor, pero él se sentía extrañamente desconectado de todo. La ausencia de Molly dejaba un vacío que no había anticipado, uno que parecía crecer con cada momento que pasaba. Leyó la nota de nuevo, buscando cualquier indicio de sus verdaderos sentimientos, pero solo encontró una cortés formalidad. El recuerdo de su beso inundó sus sentidos: la suavidad de sus labios, el aroma a lavanda en su cabello, la calidez de su cuerpo contra el suyo. Ahora, aquel momento de dicha se retorcía en un nudo de culpa en su estómago.

—¿Qué he hecho? —murmuró, pasándose una mano por el pelo. De repente, el patio de los establos se sentía opresivamente vacío sin la vibrante presencia de Molly.

La voz del teniente Spurling interrumpió sus pensamientos. —¿Señor? Los reclutas están formados para su instrucción matutina.

Tim asintió mecánicamente, con la mente aún tambaleándose. —Gracias, Spurling. Estaré allí en breve.

Mientras el teniente se retiraba, los pensamientos de Tim daban vueltas. Se había excedido, había dejado que sus deseos nublaran su juicio. Molly estaba bajo su protección, y él se había aprovechado de su posición. La vergüenza de ello ardía en su pecho.

—Debería haberlo sabido mejor —se reprochó en silencio—. Ella confiaba en mí, y traicioné esa confianza con mis acciones

impulsivas.

Los dedos de Tim se crisparon alrededor de la nota, arrugando sus bordes. Casi podía oír la voz de Molly, llena de decepción y dolor. La imagen de ella alejándose sobre Apollo, quizás entre lágrimas, le atormentaba.

—¿Señor? —llamó Spurling de nuevo, con más insistencia esta vez.

Tim se irguió, obligando a sus facciones a adoptar una máscara de compostura. —Voy, teniente —respondió, con la voz más firme de lo que se sentía. Mientras se dirigía hacia el campo de instrucción, cada paso se sentía cargado de arrepentimiento, la ausencia de la alegre presencia de Molly era un recordatorio constante de lo que su insensatez le había costado. Sin embargo, ahora no tenía tiempo de recrearse en sus pensamientos; sus hombres le esperaban.

Tim se detuvo en el borde del campo de instrucción, observando a los reclutas congregados, de pie con las riendas de sus caballos en la mano, los equinos tan quietos y expectantes como sus jinetes. Los rostros expectantes de los cadetes se volvieron hacia él, un mar de uniformes impecables y posturas alerta. Tim sintió el peso de su confianza presionando sobre sus hombros, amenazando con romper su fachada cuidadosamente construida.

—Caballeros —comenzó, su voz resonando por el patio con autoridad practicada—. Hoy marca un hito significativo en vuestro entrenamiento.

Mientras hablaba, Tim notó los sutiles cambios en el porte de los reclutas. Donde una vez se habían movido nerviosamente, ahora se erguían, con la barbilla alzada con orgullo. Un destello de orgullo calentó su pecho, disipando momentáneamente el frío de la culpa.

—Llegasteis aquí como muchachos —continuó, paseando ante las filas—. Sin pulir, sin probar. Pero miradlos ahora —señaló ampliamente—. Veo ante mí no reclutas, sino soldados. Hombres listos para servir al rey y a la patria con honor y distinción.

El cadete Jameson, un joven larguirucho con un mechón de pelo rojo, se enderezó imperceptiblemente ante las palabras de Tim. —

Señor —se aventuró Jameson—, ¿significa eso que pronto nos enviarán al frente?

La mandíbula de Tim se tensó brevemente, su propio deseo frustrado de regresar al campo de batalla surgió al primer plano. Lo apartó a un lado, centrándose en los rostros ansiosos que tenía delante.

—Todavía no, Jameson —respondió, suavizando el tono—. Pero estáis más cerca de lo que creéis. Cada día, cada ejercicio, os acerca un paso más a ese objetivo.

Mientras continuaba describiendo los ejercicios del día, los pensamientos de Tim se desviaron momentáneamente. "Molly estaría orgullosa de su progreso", reflexionó, antes de darse cuenta. La punzada de su ausencia amenazaba con abrumarle, pero la reprimió, canalizando sus emociones en su instrucción.

—Recordad, caballeros —concluyó, su voz resonando con una convicción que no sentía del todo—, vosotros sois el futuro de la caballería de Su Majestad. Comportaos con el orgullo y la disciplina que corresponden a ese honor.

Tim se permitió un momento de genuina satisfacción mientras observaba a los cadetes hinchar el pecho con orgullo. Había guiado a estos jóvenes, los había moldeado para convertirlos en soldados. Era un legado del que podía estar orgulloso, incluso mientras otros sueños se desvanecían.

Sin embargo, la satisfacción fue efímera cuando una ola palpable de melancolía recorrió las filas. Tim observó cómo los cadetes intercambiaban miradas, su entusiasmo anterior disminuyendo. Casi podía sentir la pregunta no formulada flotando en el aire.

Finalmente, el cadete Thompson se aclaró la garganta. —Señor, sobre la señorita Bell... ¿volverá?

El corazón de Tim se encogió, pero mantuvo su rostro impasible. —No, Thompson. La señorita Bell ha regresado a Belle Haven, para continuar su trabajo preparando al próximo grupo de caballos de Belle Haven para los reclutas de Sandhurst.

Un pesado silencio cayó sobre el grupo. Tim observó cómo la noticia calaba, notando los hombros caídos y los ojos abatidos. Estaba claro que Molly había dejado una huella indeleble en estos jóvenes, su amabilidad y paciencia habían tocado sus vidas de maneras que Tim no había apreciado completamente hasta ahora.

Tras un momento, el cadete Llewelyn dio un paso al frente, su acento galés teñido de tristeza. —Es una verdadera lástima, señor. Ni siquiera pudimos despedirnos.

La mirada de Tim se fijó en Llewelyn, viendo la genuina decepción grabada en el rostro del joven. Recordó cómo Molly había dedicado tiempo extra a Llewelyn, convirtiendo al joven galés y a su caballo gris Osiris en los indiscutibles líderes entre el grupo de cadetes. La mandíbula de Tim se tensó, los músculos de su cuello se endurecieron mientras las palabras de Llewelyn agitaban una marejada de emociones dentro de él. El constante zumbido en sus oídos pareció intensificarse, ahogando los sonidos ambientales del patio de entrenamiento.

—¿Una lástima? —espetó Tim, sus ojos dorados brillando con repentina intensidad—. ¿Crees que despedirse es tu mayor preocupación, Llewelyn? Déjame hablarte de verdaderas despedidas.

Dio un paso más cerca del cadete, bajando la voz a un gruñido bajo y dolido. —Yo no pude despedirme de mi mejor amigo, el capitán Edward Hazelrigg. No hubo tiempo para afectuosas despedidas o abrazos lacrimosos. Solo la dura realidad de la guerra y el conocimiento de que hay demasiados amigos que nunca volverás a ver.

Las palabras de Tim quedaron suspendidas en el aire, cargadas con el peso de su dolor. Observó cómo el color abandonaba el rostro de Llewelyn, los ojos del joven se abrían de sorpresa.

Interiormente, Tim se maldijo por el arrebato. Sabía que no debía cargar a estos reclutas con su dolor personal, pero la pérdida de Ned, junto con la abrupta partida de Molly, le había dejado crudo y vulnerable.

Respirando profundamente, Tim enderezó su postura, obligando a sus facciones a suavizarse. Tiró de su chaqueta de uniforme, como si las líneas nítidas pudieran de alguna manera restaurar su compostura.

—Perdonadme, caballeros —dijo, con la voz firme pero tensa—. Eso fue... inapropiado. Pero sirve como recordatorio de la gravedad de vuestra profesión elegida. La ausencia de la señorita Bell, aunque lamentable, palidece en comparación con los desafíos que os esperan.

La mirada de Tim recorrió los reclutas reunidos, notando sus expresiones solemnes. Sintió el peso de su responsabilidad presionando sobre él, sabiendo que estos jóvenes pronto enfrentarían las duras realidades que él había experimentado de primera mano.

—Ahora —continuó, forzando un tono de autoridad en su voz—, centrémonos en la tarea que tenemos entre manos. Vuestro entrenamiento continúa, con o sin la asistencia de la señorita Bell. ¿Me he explicado bien?

Un coro de "¡Sí, señor!" resonó por el patio, pero Tim no pudo sacudirse la sensación de que había revelado demasiado de su tormento interior personal. Mientras se giraba para conducir a los reclutas a su siguiente ejercicio, rezó en silencio por la fuerza para guiar a estos hombres, incluso mientras su propio corazón dolía con la pérdida y el anhelo.

La ausencia de la voz melodiosa de Molly, tan a menudo transmitiendo preguntas u ofreciendo aliento, dejó un vacío palpable mientras Tim dirigía el ejercicio. Se esforzó por escuchar las preguntas amortiguadas de los reclutas, dándose cuenta de cuánto había llegado a depender de su ayuda.

—Cadete Willoughby, ¿podría repetir eso? —llamó Tim, llevándose la mano a la oreja. La respuesta del joven se perdió en el estruendo de los cascos de un paddock cercano.

Frustrado, Tim se pellizcó el puente de la nariz. —Maldita sea — murmuró entre dientes. Mientras luchaba por mantener el orden

entre los cadetes cada vez más inquietos, un mensajero se acercó a paso ligero.

—Mayor Blair-Fortescue, señor —dijo el joven soldado, poniéndose firme—. Le requieren inmediatamente en el despacho del comandante.

El estómago de Tim dio un vuelco. —Gracias, soldado. Puede retirarse —volviéndose hacia su ayudante, dijo—: Teniente Spurling, encárguese de esto. No debería tardar mucho.

Mientras se dirigía hacia el edificio principal, la mente de Tim iba a toda velocidad. ¿Habrían llegado a oídos del comandante noticias del incidente de ayer con Molly? ¿O quizás el teniente coronel Forebury había presentado una queja sobre Tim por desafiarle a un duelo? Forebury había abandonado Sandhurst, pero el hombre era lo bastante vengativo como para tentar a la suerte.

Preparándose, Tim golpeó la pesada puerta de roble del despacho del comandante.

—Adelante —llegó la brusca respuesta desde dentro.

Tim entró, su postura rígida. —Mayor Blair-Fortescue presentándose según lo ordenado, señor.

Pero cuando sus ojos se adaptaron a la luz más tenue del despacho, Tim sintió que su mandíbula se aflojaba por la sorpresa. Allí, elegantemente sentada en una silla frente al escritorio del comandante, había una figura familiar.

—¿Madre? —exclamó Tim, su compostura momentáneamente hecha añicos—. ¿Qué demonios haces aquí?

Lady Bridgnorth se levantó con gracia, una sonrisa ensayada adornando su rostro. —Timothy, querido, ¡qué bueno verte!

Tim parpadeó rápidamente, su mente luchando por reconciliar la inesperada presencia de su madre con la gravedad que había estado anticipando.

El comandante, el general Warde, se aclaró la garganta. —Lady Bridgnorth llegó sin avisar, Blair-Fortescue. Insistió bastante en verle inmediatamente.

—Vamos, general —dijo Lady Bridgnorth, con un tono ligero pero con una corriente subyacente de acero—. Seguramente una madre no necesita una cita para visitar a su hijo.

Tim reprimió el impulso de poner los ojos en blanco. Confiaba en que su madre arrollaría el protocolo militar.

El bigote del general Warde se crispó, revelando un atisbo de diversión. —En circunstancias normales, mi señora, sí. Pero para usted... mi esposa estaría encantada si nos honrara como nuestra invitada durante su estancia.

Los ojos de Lady Bridgnorth se iluminaron. —Qué amable por su parte, general. Me complacería mucho aceptar.

El corazón de Tim se hundió. Había esperado que la visita de su madre fuera breve, pero ahora parecía que se quedaría una o dos noches al menos. Forzó una sonrisa. —Qué... maravilloso, madre. ¿Damos un paseo por los terrenos? Seguro que te gustaría ver Sandhurst.

—¡Qué idea tan espléndida, Timothy! —respondió Lady Bridgnorth, enlazando su brazo con el suyo—. Por favor, guíame, querido.

Al salir del despacho, la mente de Tim daba vueltas. ¿Por qué estaba aquí su madre? ¿Y cuánto tiempo tenía intención de quedarse? Tenía la inquietante sensación de que su visita presagiaba algo malo para su ya tumultuoso estado emocional.

Tim guio a su madre por el camino bien transitado, la grava crujiendo bajo sus pies. El sol de la tarde proyectaba largas sombras sobre los cuidados céspedes de Sandhurst, y una suave brisa traía el aroma de la hierba recién cortada.

—Madre, permíteme presentarte al teniente Spurling —dijo Tim, señalando al oficial pelirrojo que se acercaba con muletas—. Mi ayudante, y uno de nuestros mejores instructores.

Spurling hizo una reverencia lo mejor que pudo, su acento de Yorkshire claro al hablar: —Honrado, Lady Bridgnorth.

Los ojos de Lady Bridgnorth se ensancharon ligeramente ante el miembro faltante de Spurling, pero se recuperó rápidamente. —El

placer es mío, teniente. Confío en que mantiene a mi hijo a raya.

Spurling se rio, —Más bien al contrario, señora. El mayor es un maravilloso mentor.

Lady Bridgnorth pareció complacida, y Tim asintió a Spurling en señal de despedida. Spurling hizo otra de sus torpes reverencias y siguió su camino.

Mientras continuaban su paseo, la mirada de Lady Bridgnorth recorrió los campos de entrenamiento. —Ahora, Timothy, hablando de mantenerse a raya, he estado pensando en discutir tu futuro. ¿Has pensado más en sentar cabeza?

La mandíbula de Tim se tensó. —Madre, yo…

—¡Mira allí! —interrumpió Lady Bridgnorth, señalando a un caballo gris moteado que saltaba sobre un seto—. ¡Qué magnífica criatura!

Tim aprovechó la oportunidad para cambiar de tema. —Ese es Osiris, uno de nuestros mejores caballos. Y ese es el cadete Llewelyn montándolo.

Lady Bridgnorth asintió aprobatoriamente. —Impresionante. Ahora, como estaba diciendo, hay una encantadora joven, hija de la condesa de Exmouth…

—Madre —interrumpió Tim, su paciencia agotándose—, estoy bastante contento con mi situación actual.

—Pero querido —insistió ella—, no eres cada vez más joven. ¿No te gustaría casarte?

Los pensamientos de Tim se desviaron hacia Molly, su ausencia era un dolor en su pecho. Apartó ese sentimiento, centrándose en el presente. —Mi deber es con el Ejército y estos reclutas, madre. El matrimonio puede esperar.

Lady Bridgnorth suspiró dramáticamente. —Oh, Timothy. No puedes posponer tus responsabilidades para siempre. ¿Qué hay de esa encantadora señorita Fairfax? He oído que es muy talentosa.

La incomodidad de Tim creció con cada momento que pasaba, las palabras de su madre sobre posibles novias se desvanecían en un zumbido distante. Su mente seguía desviándose hacia Molly: su

sonrisa radiante, su suave tacto con los caballos, la forma en que sus ojos oscuros se iluminaban cuando hablaba de entrenamiento. Se encontró preguntándose qué estaría haciendo en ese mismo momento, si estaría a salvo, si echaría de menos Sandhurst... si le echaría de menos a él.



Más tarde esa noche, Tim se encontró sentado a la mesa del comandante, flanqueado por su madre y Lady Warde. La conversación fluía con facilidad, pero Tim luchaba por concentrarse, su mente aún preocupada con pensamientos de Molly.

La voz de Lady Bridgnorth interrumpió su ensueño. —General Warde, no pude evitar notar lo espléndidamente que Tim ha estado dirigiendo a los reclutas. Está claro que están casi listos para graduarse.

El comandante asintió, una sonrisa orgullosa en su rostro. —De hecho, Lady Bridgnorth. El mayor Blair-Fortescue ha hecho un trabajo excepcional.

—En ese caso —continuó Lady Bridgnorth, su voz endulzada con persuasión—, ¿quizás se podría prescindir de Tim para una breve visita a Londres? Ha pasado tanto tiempo desde que ha pasado tiempo con la familia.

La cabeza de Tim se levantó de golpe, sus ojos se ensancharon alarmados. —Madre, no creo…

El general Warde se reclinó en su silla, su jovial rostro pensativo mientras hacía girar el brandy en su copa. —Bueno, Lady Bridgnorth, presenta un argumento convincente. El señor Blair-Fortescue ha trabajado incansablemente estos últimos meses —se volvió hacia Tim con una cálida sonrisa—. ¿Qué dices, muchacho? Me atrevo a decir que te has ganado un respiro. Podría prescindir de ti durante una semana o dos.

Tim sintió el peso de todas las miradas sobre él, la de su madre particularmente penetrante. Abrió la boca para protestar, pero se encontró sin palabras. ¿Cómo podía explicar que la idea de dejar Sandhurst, incluso por un corto tiempo, le llenaba de un inexplicable sentimiento de pérdida?

—Yo... no estoy seguro de que sea prudente, señor —logró decir Tim, su voz sonando débil incluso para sus propios oídos—. Los reclutas…

—...se graduarán en una semana o dos —terminó el general Warde por él—. Y no empezaremos una nueva clase completa de inmediato.

La mente de Tim aceleró, buscando desesperadamente una excusa plausible. Pero con cada momento que pasaba, sentía que su resolución se debilitaba. Quizás, una voz traidora susurró en su mente, un cambio de escenario era exactamente lo que necesitaba. Tal vez en Londres, lejos de los constantes recordatorios de Molly —su risa resonando en los establos, el fantasma de su presencia en los campos de entrenamiento— podría encontrar algo de paz.

—Supongo que... una breve visita no haría daño —cedió Tim de mala gana, las palabras sabiendo amargas en su lengua.

Lady Bridgnorth juntó las manos con deleite. —¡Maravilloso! Lo pasaremos de maravilla, querido. Hay tanta gente deseando verte.

Mientras su madre se lanzaba a una entusiasta recitación de todos los compromisos sociales que le esperaban en Londres, los pensamientos de Tim se desviaron. Se imaginó a Molly, su cabello oscuro captando la luz del sol mientras trabajaba con los caballos. ¿Realmente le ayudaría a olvidarla el dejar Sandhurst? ¿O su recuerdo le perseguiría, sin importar lo lejos que viajara?

Tim asintió distraídamente, la voz de su madre desvaneciéndose en el fondo mientras lidiaba con sus emociones contradictorias. —Muy bien, madre. Iré a Londres una vez que los reclutas se hayan graduado.

Los ojos de Lady Bridgnorth brillaron con triunfo. —¡Excelente! Oh, lo pasaremos tan bien. Hay tantas jóvenes encantadoras a las

que simplemente debo presentarte.

Tim reprimió un gemido, captando la satisfacción presumida en la expresión de su madre. Casi podía ver los engranajes girando en su cabeza, sin duda compilando una extensa lista de mujeres elegibles para desfilar ante él.

—Madre —comenzó, con una nota de advertencia en su voz—, espero que no estés planeando…

—¿Planeando? ¿Yo? —interrumpió Lady Bridgnorth, su tono demasiado inocente para ser creíble—. Ni se me ocurriría, querido. Simplemente deseo asegurarme de que tengas un tiempo agradable en Londres.

Tim alzó una ceja, poco convencido. —Por supuesto. ¿Y estoy seguro de que estas "jóvenes encantadoras" que has mencionado son puramente coincidencia?

Su madre hizo un gesto desdeñoso. —Vamos, Timothy, no seas difícil. ¿Es tan malo que una madre quiera ver a su hijo felizmente establecido?

—¿Establecido? —repitió Tim, formándosele un nudo en el estómago—. Madre, no tengo intención de…

—Lo discutiremos más tarde, querido —interrumpió Lady Bridgnorth suavemente—. Por ahora, centrémonos en tu próxima visita. Estoy segura de que tu padre también estará complacido de verte.

Tim lo dudaba. El conde de Bridgnorth era mucho más probable que gruñera un saludo antes de retirarse a su estudio con sus perros. Sin embargo, contuvo su lengua, sabiendo que cualquier argumento sería fútil contra la determinación de su madre.

Mientras Lady Bridgnorth continuaba charlando sobre sus planes, los pensamientos de Tim se desviaron una vez más hacia Molly. El dolor en su pecho se intensificó al darse cuenta de que, al aceptar esta visita, estaba poniendo aún más distancia entre ellos. Sin embargo, quizás, reflexionó con tristeza, era lo mejor. Después de todo, ¿qué futuro podría haber realmente para ellos dos?



Capítulo Catorce

EL FRESCO AIRE MATUTINO transportaba el aroma de botas pulidas y excitación nerviosa mientras Tim permanecía en posición de firmes, observando a los cadetes formarse en el campo de instrucción. La luz del sol relucía en los botones de latón y los sables bruñidos, creando un mar de casacas rojas que se extendía ante él. Su pecho se hinchó de orgullo al contemplar a los jóvenes que había entrenado, ahora a punto de iniciar sus carreras militares.

Mientras el comandante comenzaba su discurso, la mente de Tim vagó hacia Molly. Casi podía verla de pie a su lado, con sus oscuros ojos brillando de interés y su espeso cabello negro recogido pulcramente bajo su capota. Ella habría apreciado todo este ceremonial, los caballos desfilando en formación en el borde del campo.

—Si pudieras ver esto, Molly —pensó, con un dolor agridulce en el pecho—. Seguramente estarías criticando su equitación y deseando mostrarles cómo se hace realmente.

La imagen de Molly manejando con confianza un brioso corcel le dibujó una pequeña sonrisa en los labios. Su pasión por los caballos era comparable a su propia dedicación al entrenamiento de estos jóvenes.

Mientras se prendían medallas y se entregaban espadas, la mirada de Tim recorrió los rostros serios que tenía delante. Había llegado a conocer las fortalezas y debilidades de cada cadete durante los últimos meses. Ahora, al verlos erguidos y orgullosos, sintió una oleada de emoción.

—Bien hecho, muchachos —murmuró para sí—. Os habéis ganado este momento.

La ceremonia concluyó con un vibrante vitoreo, con los sombreros lanzados al aire. Mientras la multitud comenzaba a dispersarse, Tim se encontró deseando poder compartir este triunfo con alguien que realmente entendiera su significado. Alguien como Molly, cuya fuerza y determinación reflejaban la de estos jóvenes soldados.

—Impresionante, ¿verdad, Mayor? —comentó un compañero oficial, dándole una palmada en el hombro.

Tim asintió, aclarándose la garganta. —Sin duda. Han recorrido un largo camino.

—Gracias en buena parte a sus esfuerzos, me atrevería a decir.

—Ellos hicieron el trabajo —repuso Tim con modestia—. Yo simplemente les señalé la dirección correcta.

Mientras observaba a los cadetes abrazando a sus familiares y despidiéndose de sus camaradas, Tim sintió una punzada de soledad. Se había volcado en el entrenamiento de estos hombres, pero ahora ellos seguirían adelante con sus destinos, dejándole atrás una vez más.

—Es hora de mirar hacia el futuro, amigo —se dijo con firmeza—. No puedes seguir viviendo en el pasado.

Cuando Tim se alejaba de la jubilosa multitud, un joven con uniforme impecable se apresuró hacia él, con el rostro enrojecido de emoción y gratitud. Era el Cadete Llewelyn —no, el Teniente Llewelyn ahora—, con los ojos brillando de admiración.

—¡Mayor Blair-Fortescue, señor! —llamó Llewelyn, con una voz apenas audible por encima del bullicio de la celebración. Tim

entrecerró los ojos, concentrándose intensamente en los labios del cadete para captar sus palabras.

—Llewelyn —reconoció Tim, ofreciendo un pequeño asentimiento —. Enhorabuena por su graduación.

Las palabras del joven salieron atropelladamente. —Señor, solo quería darle las gracias. Su orientación, su paciencia... no estaría aquí hoy si no fuera por usted.

Tim sintió que un calor se extendía por su pecho, en marcado contraste con el constante zumbido en sus oídos. Colocó una mano en el hombro de Llewelyn, estabilizándose tanto a sí mismo como al joven oficial. —Usted hizo el trabajo, Llewelyn. Yo simplemente le señalé la dirección correcta.

—Pero señor, usted nos mostró lo que realmente significa ser un oficial —insistió Llewelyn, con los ojos brillantes—. Su valentía, su resistencia... nos ha inspirado a todos.

Tim tragó con dificultad, luchando contra una repentina oleada de emoción. —Es usted un buen soldado, Llewelyn. Recuerde su entrenamiento, confíe en sus instintos y, sobre todo, cuide de sus hombres.

Mientras Llewelyn asentía fervientemente, la mirada de Tim se desvió hacia el mar de rostros jóvenes que les rodeaban. Tantos futuros prometedores, tanto potencial. Y sin embargo, un peso se instaló en su estómago al darse cuenta de la cruda realidad que esperaba a muchos de estos ansiosos cadetes.

—Que Dios os guíe, caballeros —murmuró Tim, con la voz cargada de emoción—. Que todos regreséis a casa sanos y salvos.

Las palabras sonaron huecas, incluso mientras las pronunciaba. Tim conocía demasiado bien las brutales realidades de la guerra, las incontables vidas segadas en lejanos campos de batalla. ¿Cuántos de estos jóvenes no volverían a ver las costas de Inglaterra? ¿Cuántas familias recibirían esa temida carta, informándoles del sacrificio final de un hijo?

Mientras los cadetes comenzaban a dispersarse, Tim se encontró como enraizado en el sitio, con el pecho oprimido por una mezcla de

orgullo y tristeza. Había hecho todo lo posible para prepararlos, pero al final, sus destinos estaban en manos que escapaban por completo a su control.

—Que Dios os guíe, ciertamente —pensó, viendo cómo Llewelyn se reunía con sus camaradas—. Y que la fortuna os favorezca a todos.



El rítmico traqueteo de los cascos contra los adoquines se desvaneció en segundo plano mientras el carruaje de Tim serpenteaba por las bulliciosas calles de Londres. Miraba por la ventana, sin ver realmente, con la mente lejos del clamor de la ciudad.

—Sobreviví —reflexionó, trazando con un dedo la cicatriz oculta bajo su cabello—. ¿Pero para qué?

Los rostros de los jóvenes cadetes destellaron ante sus ojos, sus ansiosas sonrisas persiguiéndole. Tim sacudió la cabeza, intentando disipar la melancolía que amenazaba con abrumarle.

—Quizás sea el momento —murmuró, enderezando su uniforme —. Momento de mirar más allá de la guerra, más allá de la supervivencia.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la imponente casa señorial de sus padres, Tim sintió un destello de algo desconocido. ¿Esperanza, tal vez? ¿O el despertar de una posibilidad?

Antes de que pudiera reflexionar más, la puerta se abrió de golpe, revelando a Lady Bridgnorth en todo su esplendor, ataviada con un elegante vestido y una sonrisa de deleite para su hijo.

—¡Timothy, querido! —exclamó, bajando rápidamente los escalones—. Llegas justo a tiempo. He organizado la velada más encantadora para esta noche.

Tim reprimió un gemido, forzando una sonrisa mientras besaba la mejilla de su madre. —Madre, acabo de llegar. Seguramente no hay necesidad de...

—Tonterías —interrumpió Lady Bridgnorth, conduciéndolo al interior—. La sobrina de Lady Ashworth está en la ciudad, y he oído que es una pianista consumada. Simplemente debes conocerla.

La mandíbula de Tim se tensó. —Madre, no tengo ningún interés en...

—Y mañana —continuó ella, ajena a sus protestas—, tenemos la fiesta en el jardín de los Pembroke. Es tarde en el año, pero el tiempo promete ser agradable, y he oído que su hija menor es una visión en rosa.

—Madre —dijo Tim, con más firmeza esta vez—. Agradezco tu... entusiasmo, pero no estoy aquí para ser exhibido como un semental de premio.

Los ojos de Lady Bridgnorth se entrecerraron. —Bueno, ¿para qué estás aquí entonces? Seguramente no para lamentarte por la casa o esconderte en el estudio como tu padre.

Tim suspiró, pasándose una mano por el pelo. —Estoy aquí para... para considerar mi futuro —admitió, sintiendo las palabras extrañas en su lengua.

Por un momento, la expresión de Lady Bridgnorth se suavizó. —Oh, Timothy. Esas son maravillosas noticias. ¿Y qué mejor manera de asegurar tu futuro que con un partido adecuado?

Tim abrió la boca para discutir, pero se encontró sin palabras. ¿Cómo podría explicar el vacío que sentía, el anhelo de algo más que las expectativas de la sociedad?

—Solo... dame algo de tiempo, Madre —dijo finalmente—. Prometo que asistiré a tus eventos. Pero, por favor, déjame respirar.

Lady Bridgnorth apretó los labios, claramente insatisfecha. —Muy bien. Pero intenta ser sociable, querido. Nunca se sabe dónde podrías encontrar la felicidad.

Mientras ella se alejaba para finalizar sus planes, Tim se apoyó contra la pared, repentinamente exhausto. —¿Dónde, en efecto? —

murmuró, sus pensamientos derivando sin querer hacia un par de ojos amables y una sonrisa gentil. Molly nunca había parecido tan lejana. No podía imaginarla ocupando el resplandeciente mundo de la alta sociedad, a pesar de lo encantadora que se había visto con su vestido aquella noche en que el Duque de York había visitado Sandhurst. Incluso en esa pequeña reunión se había mostrado incómoda. En realidad, Molly solo parecía verdaderamente cómoda a lomos de un caballo.

—Espero que estés sobre un caballo ahora mismo, Molly —murmuró Tim, mirando por la ventana hacia la concurrida calle londinense—. Cabalgando libre por las verdes colinas de Hampshire. ¡Ojalá estuviera allí contigo!



La cacofonía del salón de baile asaltaba los sentidos de Tim como una andanada de fuego de artillería. Las relucientes arañas proyectaban una luz deslumbrante sobre el mar de vestidos ondeantes y botas pulidas, mientras la melodía de la orquesta era un murmullo distante y amortiguado en sus dañados oídos. Instintivamente, se llevó la mano para ajustarse la corbata, sintiendo una gota de sudor deslizándose por su cuello. Este era el tercer baile al que su madre le había arrastrado en una semana, intercalado con veladas nocturnas y recitales de música por la tarde, a veces todos ellos el mismo día. Estaba exhausto.

—¡Mayor Blair-Fortescue! —una voz estridente penetró a través del ruido. Tim hizo una mueca, girándose para ver a Lady Ashbury acercándose con su hija a rastras—. Qué delicia verle. ¿Puedo presentarle a mi hija Amelia, la señorita Ashbury?

Tim se inclinó rígidamente, esforzándose por captar la respuesta de la joven. —Un placer —logró decir, con una voz que sonaba tensa incluso para sus propios oídos.

—Justo le estaba contando a Amelia sobre sus heroicas hazañas en España —continuó Lady Ashbury, sus palabras mezclándose en un revoltijo incomprensible.

Tim se inclinó hacia delante, poniendo una mano detrás de su oreja. —Disculpe, mi señora.

La sonrisa de Lady Ashbury vaciló. —Oh, por supuesto. Qué desconsiderada por mi parte. Estaba diciendo... —Elevó su voz a un nivel casi doloroso, haciendo que los bailarines cercanos se giraran y miraran.

Tim sintió que el calor subía a sus mejillas. —Gracias, pero no es necesario que grite —dijo, luchando por mantener un tono uniforme —. Si me disculpan, creo que se requiere mi presencia en otro lugar.

Se retiró apresuradamente, buscando refugio cerca de una columna al borde del salón de baile. Su pecho se sentía oprimido, su respiración entrecortada. —Por todos los santos —murmuró sombríamente, cogiendo una copa de vino de la bandeja de un lacayo que pasaba y bebiendo su contenido de un solo trago—, preferiría enfrentarme a un elefante en plena carga que soportar un minuto más de esto.

Lady Bridgnorth se materializó a su lado, su abanico revoloteando con desaprobación. —Timothy, querido, no puedes esconderte aquí toda la noche. Ven, la señorita Fairfax ha estado preguntando por ti.

Tim reprimió un gemido. —Madre, por favor. Ya he bailado con la mitad de las damas elegibles de Londres. Seguramente es suficiente para una noche.

—Tonterías —dijo Lady Bridgnorth, enlazando su brazo con el suyo—. La noche es joven, y apenas has comenzado a socializar. Ahora, intenta sonreír. Parece que te enfrentas a un pelotón de fusilamiento en lugar de a un salón lleno de hermosas mujeres.

Mientras su madre le conducía hacia otro grupo de debutantes risueñas, los pensamientos de Tim volvieron a Sandhurst. Añoraba la camaradería al trabajar con los reclutas, la autoridad para simplemente marcharse según su propio horario. Sobre todo, echaba de menos a Molly; anhelaba la compañía de alguien que veía más

allá de su nacimiento y su lesión, alguien que entendía al hombre que realmente era.

—Mayor Blair-Fortescue —una voz aguda interrumpió sus ensoñaciones—. ¡Qué delicia verle de nuevo en la ciudad! ¿Puedo presentarle a mi hija para que le preste atención?

Tim parpadeó, centrándose en las dos mujeres ante él, la más joven mirándole tímidamente desde debajo de sus pestañas. Reconoció a la mayor después de esforzar su memoria durante unos momentos. —Señora Fairfax —Esbozó una sonrisa y con un suspiro resignado, ofreció su brazo—. ¿Me haría el honor de este baile, señorita Fairfax?

—¡Oh, estaría encantada, Mayor! —Su sonrisa era brillante y expectante.

Mientras tomaban sus lugares para la contradanza, Tim se preparó para otra ronda de tediosa y difícil de oír charla trivial. La música creció, y se encontró una vez más a la deriva en un mar de ruido y expectativas, anhelando una orilla que temía no alcanzar nunca.

El reloj de pie del estudio dio la medianoche mientras Tim se desplomaba en un sillón de cuero, sus dedos trabajando en su corbata. El rítmico tictac parecía hacer eco del martilleo en su cabeza, un recordatorio constante de la cacofonía que había soportado toda la noche hasta que finalmente huyó del salón de baile y caminó a casa, desesperado por un poco de paz y tranquilidad para despejar su mente.

Lady Bridgnorth entró deslizándose en la habitación, su vestido de seda susurrando suavemente. —Timothy, querido, te marchaste bastante abruptamente. La señorita Fairfax estaba bastante disgustada.

Tim se pellizcó el puente de la nariz. —Madre, por favor. He bailado con todas las jóvenes elegibles de Londres. ¿No es suficiente?

—Tonterías —respondió ella, posándose en el sofá frente a él—. Apenas has arañado la superficie. Ahora, ¿qué pensaste de la señorita Amelia Ashbury? ¿O quizás la señorita Cecilia Hartley? Viene de una excelente familia, sabes, su hermano heredará un condado de su tío...

—Madre —dijo Tim, con voz tensa—, agradezco tus esfuerzos, pero ya he conocido a la única mujer con la que podría tolerar casarme.

Los ojos de Lady Bridgnorth se ensancharon. —¿Lo has hecho? Pero entonces por qué... —Hizo una pausa, frunciendo el ceño—. Timothy, ¿qué quieres decir con "tolerar"? ¿Y por qué no has cortejado a esta mujer?

Tim suspiró, pasándose una mano por el pelo. —Porque es inadecuada, Madre. Nunca funcionaría.

—¿Inadecuada? —La voz de Lady Bridgnorth subió una octava—. Cielos, Timothy, ¿qué podría hacerla inadecuada? No es una... *mujer de vida alegre*, ¿verdad?

La cabeza de Tim se levantó de golpe, sus ojos brillando con indignación. —¡Por supuesto que no! ¿Cómo puedes sugerir algo así?

—¡Bueno, no sé qué pensar, ya que no me cuentas nada! —exclamó su madre—. ¿Es actriz? ¿Una divorciada? —Jadeó dramáticamente—. No será *francesa*, ¿verdad?

A pesar de su frustración, Tim no pudo evitar soltar una breve risa sin humor. —No, Madre. No es nada de eso. Ella es... —Se detuvo, la imagen de los amables ojos oscuros de Molly y su gentil sonrisa llenando su mente. ¿Cómo podría explicarle a su madre la profundidad de sus sentimientos por una mujer tan alejada de su mundo?

—¿Ella es qué, Timothy? —presionó Lady Bridgnorth, inclinándose hacia adelante—. ¡Por el amor de Dios, suéltalo ya!

Tim se levantó bruscamente, paseando por el estudio. El constante zumbido en sus oídos parecía intensificarse con cada paso. —Es todo, Madre. Es amable e inteligente, y me comprende de una manera que nadie más ha hecho nunca. Pero no es de nuestro mundo, y no puedo pedirle que entre en él.

Lady Bridgnorth observó a su hijo, su expresión suavizándose. —Mi querido niño —dijo suavemente—, si esta mujer significa tanto para ti, ¿por qué demonios dejarías que algo tan trivial como la posición social se interpusiera en tu camino?

Tim se pasó una mano por el pelo, su frustración palpable. —Es huérfana, Madre. Y es... no es inglesa de nacimiento. Es india.

Para total asombro de Tim, el rostro de Lady Bridgnorth se iluminó con una amplia sonrisa. —¿Eso es todo? Oh, mi querido niño, me tenías preocupada por un momento.

Tim parpadeó, convencido de que su pérdida auditiva estaba afectando ahora a su comprensión. —¿Perdón?

Su madre se levantó graciosamente de su silla, cruzando la habitación para poner una mano en el brazo de Tim. —Timothy, ¿nunca te has preguntado por qué tu tío Edward nunca regresó a Inglaterra?

Tim negó con la cabeza, todavía luchando por procesar la inesperada reacción de su madre.

—Bueno —continuó Lady Bridgnorth, sus ojos brillando con picardía—, Edward causó todo un escándalo cuando estaba destinado en la India. Se enamoró perdidamente de una mujer local —una princesa, si puedes creerlo— y se casó con ella allí mismo en Calcuta. Eligió quedarse en la India, para consternación de nuestro padre.

La mandíbula de Tim cayó. —Estás bromeando —Aunque había disfrutado de las cartas de su tío a lo largo de los años, nunca había tenido la más mínima idea de que el hermano de su madre se había casado con una princesa india.

—Te aseguro que no —respondió su madre, dándole palmaditas en el brazo—. Así que ya ves, mi querido, tu Molly no sería la

primera india en nuestra familia. Y me atrevería a decir que sería una adición bienvenida, especialmente si ha capturado tu corazón tan completamente.

La mente de Tim daba vueltas, posibilidades que nunca se había atrevido a considerar inundando repentinamente sus pensamientos. —Pero... ¿y la sociedad? ¿Los cotilleos?

Lady Bridgnorth hizo un gesto desdeñoso con la mano. —Oh, deja que coticleen. Les dará algo que hacer. Lo que importa es tu felicidad, Timothy. Y si esta Molly te hace feliz, entonces eso es todo lo que necesito saber —La sonrisa de Lady Bridgnorth se ensanchó mientras observaba las emociones jugar en el rostro de su hijo—. Además —añadió, su tono casual pero sus ojos perspicaces—, tienes tu propia finca en Oxfordshire, ¿sabes? La finca de viudedad de tu abuela Bridgnorth. Ha sido administrada junto con las propiedades de Bridgnorth durante años, pero es completamente tuya. Nada te impide cortejar a esta Molly y crear una vida con ella allí.

Tim parpadeó rápidamente, su mente luchando por seguir el ritmo. —¿Mi propia finca? ¿En Oxfordshire? —Se pasó una mano por el pelo, despeinándolo aún más—. Yo... ni siquiera sé dónde está.

Su madre rió. —Bueno, eso se soluciona fácilmente. El punto es, Timothy, que tienes opciones. Si la sociedad londinense resulta demasiado tediosa, tienes un lugar propio al que retirarte.

Mientras las palabras de su madre calaban hondo, Tim sintió una oleada de determinación recorriéndole. *Su propia finca*. Un lugar donde él y Molly podrían construir una vida juntos, lejos de los cotilleos y las expectativas de Londres. La imaginó allí, su oscuro cabello suelto al viento mientras cabalgaba por ondulantes campos verdes, su risa resonando en los pasillos de su hogar.

—Necesito irme —dijo Tim abruptamente, poniéndose de pie—. Necesito encontrar a Molly. Necesito preguntarle... necesito decirle...

—¿Timothy? —le llamó Lady Bridgnorth mientras se dirigía hacia la puerta—. ¿Adónde vas?

Tim se detuvo en el umbral, con la mano en el pomo de la puerta. Se volvió hacia su madre, una sonrisa extendiéndose por su

rostro. —A proponérselo, Madre. Voy a pedirle a Molly que se case conmigo.

El rostro de Lady Bridgnorth se iluminó de deleite, sus ojos brillando mientras le gritaba: —¡Recuerda informarme de la fecha de la boda una vez que acepte, Timothy!

El corazón de Tim latía aceleradamente mientras bajaba las escaleras de dos en dos. El imponente vestíbulo de la casa londinense de sus padres, habitualmente tan imponente, ahora parecía un mero obstáculo entre él y su futuro.

—¡Mi caballo! —gritó Tim, dirigiéndose hacia la puerta principal.

—¡Mayor, es pasada la medianoche! —exclamó el mayordomo.

—No hay un minuto que perder —dijo Tim con firmeza, y tras mirarle fijamente un momento, el mayordomo asintió.

—Despertaré a un mozo de cuadra, señor. Por favor, espere.

Mientras esperaba impacientemente que le trajeran su montura, los pensamientos de Tim se dirigieron a Molly. Casi podía verla, montada en uno de los magníficos caballos de Belle Haven, su espeso cabello negro escapándose de debajo de su capota, sus fuertes manos confiadas en las riendas. La imagen de su radiante sonrisa hizo que su corazón diera un vuelco.

—¿Señor? —La voz del mayordomo interrumpió sus ensoñaciones mientras el hombre abría la puerta principal—. Su caballo está listo.

Tim se balanceó sobre la silla, el movimiento familiar anclándole incluso mientras la emoción amenazaba con abrumar sus sentidos. Espoleó a su montura hacia adelante, abriéndose paso por las calles de Londres y el tráfico nocturno —carros de estiércol y algún que otro carruaje llevando a miembros de la alta sociedad a sus hogares desde los eventos— con temerario abandono.

—Voy hacia ti, Molly —susurró, más para sí mismo que para el viento que pasaba silbando junto a sus oídos—. Espérame.

Cuando las calles de la ciudad dieron paso al camino abierto, Tim sintió una sensación de liberación. Estaba dejando atrás las sofocantes expectativas de la sociedad londinense, galopando hacia

un futuro lleno del calor de la presencia de Molly y el amor compartido por los caballos que primero les había unido.

La anticipación de verla de nuevo, de finalmente dar voz a los sentimientos que había mantenido contenidos durante tanto tiempo, le impulsaba hacia adelante. Con cada golpe de casco, se sentía más cerca de casa —no las grandiosas propiedades de su título, sino el mundo simple y honesto que Molly habitaba.

Mientras Londres se desvanecía en la distancia tras él, Tim se permitió un momento de alegría pura y desenfrenada. Cabalgaba hacia su futuro, hacia el amor, hacia una vida que finalmente tenía sentido. Y al final de este viaje esperaba Molly —fuerte, capaz, hermosa Molly.

Solo esperaba que poner su corazón a sus pies fuera suficiente.



Capítulo Quince

EL MAYOR TIMOTHY BLAIR-FORTESCUE no era ajeno a la anticipación. Había esperado en vísperas de batalla, sabiendo que podría no sobrevivir al día siguiente. Había esperado el veredicto del cirujano sobre sus heridas, sabiendo que la palabra «amputación» podría ser pronunciada. Había esperado noticias de su superior, sabiendo que su carrera podría haber terminado.

Ninguno de esos momentos había sido tan estresante como este.

Las manos de Tim se tensaron sobre las riendas, y su montura sacudió la cabeza y resopló en señal de protesta. Ya casi había llegado, el camino que conducía a Belle Haven serpenteaba por las onduladas colinas y los exuberantes campos verdes del campo de Hampshire. Casi podía ver la finca ahora, los extensos establos y potreros donde se criaban y entrenaban los mejores caballos de Inglaterra.

Casi podía verla a ella.

Molly Bell. La mujer que amaba. La mujer a la que había venido a reclamar.

Si es que ella lo aceptaba.

El corazón de Tim latía con fuerza en su pecho, un golpe sordo que resonaba en sus oídos. Su casi sordera era un recordatorio constante de sus heridas, el zumbido en sus oídos nunca cesaba,

nunca le permitía un momento de paz. Había aprendido a leer los labios, a observar el más mínimo movimiento o gesto, pero seguía siendo una lucha para entender el mundo que le rodeaba.

Se enderezó en la silla, tratando de sacudirse el peso de sus pensamientos. Era un soldado, un mayor de los 14º Dragones Ligeros. Se había enfrentado a los cañones franceses y había sobrevivido. Podía enfrentarse a una mujer.

Incluso si era la mujer más hermosa, más talentosa, más perfecta que jamás había conocido.

Tim apretó la mandíbula, los músculos tensándose dolorosamente. Tenía que dejar de pensar así. Molly no era perfecta. Era testaruda, tenía opiniones firmes y era demasiado independiente para su propio bien. Probablemente se reiría en su cara cuando le pidiera matrimonio.

Pero tenía que intentarlo. Tenía que hacerlo.

El camino se curvó, y Tim tuvo su primera visión de Belle Haven. La finca era un hervidero de actividad, mozos de cuadra y palafreneros llevando caballos de un lado a otro, jinetes poniendo a sus monturas a prueba en el círculo de entrenamiento. El aire se llenó con el aroma a caballos, heno y cuero, y Tim respiró profundamente, sintiendo que una sensación de paz se apoderaba de él. Este era su lugar. Entre los caballos, los jinetes, las personas que le comprendían.

Instó a su caballo a avanzar, con la grava crujiendo bajo sus cascos. Los establos se alzaban ante él, las puertas abiertas de par en par revelando filas de boxes, cada uno ocupado por un magnífico caballo. Los ojos de Tim recorrieron a los animales, admirando sus relucientes pelajes y poderosos músculos.

Y entonces la vio.

Molly Bell. Estaba de pie al fondo del establo, cepillando a un caballo. Su cabello oscuro estaba recogido en una sencilla trenza, su vestido sencillo cubierto por un delantal de cuero. Levantó la vista cuando él se acercó, y el corazón de Tim dio un vuelco.

Era aún más hermosa de lo que recordaba.

Mientras Tim desmontaba, preparándose para apresurarse y suplicar su caso a Molly, un repentino estruendo de ladridos le sobresaltó. Un par de mastines enormes surgieron de donde habían estado plácidamente tumbados justo dentro de las puertas del establo y cargaron contra él.

Molly emitió un silbido agudo, y los perros se detuvieron en seco a escasos metros de Tim, todavía gruñendo amenazadoramente.

—¡Vaya! —Tim retrocedió apresuradamente, pero sin la rápida acción de Molly, sospechaba que podría haberse encontrado en apuros.

El alivio inundó a Tim cuando Molly avanzó con determinación. Agarró con firmeza los collares de los perros. —Mis disculpas, Mayor. Están entrenados para detener a los intrusos en la propiedad. ¡Debemos protegernos contra los ladrones de caballos!

—No es necesaria ninguna disculpa. De hecho, debo expresar mi más profunda gratitud, señorita Bell —Tim hizo una galante reverencia, intentando que su acelerado corazón se calmara—. Me has salvado de convertirme en comida para mastines. Y por favor, ¿no somos amigos? Llámame Tim.

La frente de Molly se arrugó ligeramente. —Está bien... Tim. ¿Por qué estás aquí? —Lo dijo bruscamente, mirándole como si no tuviera la menor idea de por qué habría venido.

De repente, el discurso ensayado huyó de la mente de Tim, dispersado por aquellos penetrantes ojos oscuros. —Yo... bueno, es decir... el quid de la cuestión es... —Tomó una respiración profunda —. Molly, desde el momento en que te vi por primera vez, quedé cautivado. Tu espíritu, tu fuerza, tu belleza... apenas puedo pensar en otra cosa. He venido a abrir mi corazón y profesar mi ardiente amor por ti —Las palabras salieron atropelladamente, sin artificio pero sinceras.

Para su horror, los ojos de Molly brillaron con ira y ella dio un paso atrás. —Ya veo. ¿Presumes de hacerme tu amante, es eso? ¿Otro caballero adinerado que viene a aprovecharse de la huérfana del establo? —Su voz temblaba y su agarre en los collares de los

perros se aflojó—. ¡Debería lanzarlos contra ti después de todo, sinvergüenza!

—¡No! ¡Nunca... esa no es mi intención en absoluto! —Tim levantó las manos en súplica, maldiciendo su torpe lengua. ¿Cómo podía salvar este desastroso error?—. Molly, por favor, si me permitieras explicar... Yo... te estoy pidiendo tu mano en matrimonio —soltó de golpe, con la cara sonrojada—. Quiero hacerte mi esposa, no mi... no ninguna otra cosa.

Los ojos de Molly se agrandaron, su agarre sobre los perros aflojándose aún más. —¿Tu *esposa*? —susurró, con incredulidad grabada en su rostro.

Tim asintió con fervor, dando un paso tentativo más cerca. —Sí, mi esposa. Sé que no me estoy expresando bien, pero nunca he sentido esto por nadie. Eres extraordinaria, Molly. Tu habilidad con los caballos, tu determinación, tu bondad... quiero construir una vida contigo, si me aceptas.

La expresión de Molly se suavizó, una mezcla de emociones jugando en su rostro. Abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, el sonido de pasos acercándose captó su atención.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —retumbó una voz profunda y Sir Richard Bell se dirigió hacia ellos, sus claros ojos azules alternando entre Molly y Tim—. Oí a los perros armando jaleo. ¿Está todo bien, Molly?

Molly sintió que sus mejillas ardían, agudamente consciente de la presencia de Tim y del peso de su propuesta flotando en el aire. —Papá, yo... nosotros estábamos... —balbuceó, obviamente insegura de cómo explicar la situación a su padre adoptivo.

Tim enderezó su postura, tratando de parecer más compuesto de lo que se sentía bajo la escrutadora mirada de Sir Richard. —¿No me presentarás, señorita Bell? —dijo con firmeza.



El corazón de Molly se aceleró al darse cuenta de la precaria situación en la que se encontraba. Respiró hondo, deseando que su voz permaneciera firme. —Por supuesto. Papá, este es el mayor Blair-Fortescue, el instructor de Sandhurst con quien estuve trabajando. Mayor, este es Sir Richard Bell, mi... mi padre.

Mientras los dos hombres intercambiaban saludos, la mente de Molly daba vueltas. ¿Cómo podría explicar la presencia de Tim, y mucho menos su repentina proposición? Observó con ansiedad cómo la frente de Richard se fruncía, sus penetrantes ojos azules evaluando a Tim con el mismo escrutinio que aplicaba al evaluar caballos.

—Mayor Blair-Fortescue —La voz de Richard era educada pero fría—. Es bienvenido, por supuesto, pero ¿puedo preguntar qué le trae a Belle Haven?

La mirada de Molly se movía entre los dos hombres, sus dedos retorciendo inconscientemente la tela de su falda. Sintió un repentino impulso de intervenir, de explicar, pero las palabras se le atascaron en la garganta. ¿Qué pensaría Richard de la propuesta de Tim? ¿La aprobaría? Las preguntas se agolpaban en su mente, dejándola mareada y abrumada.

Tim, visiblemente nervioso bajo la severa mirada de Richard, de repente soltó: —¡Sir Richard, he venido a pedir la mano de la señorita Bell en matrimonio!

Los ojos de Molly se abrieron de par en par, sorprendida. No esperaba que Tim fuera tan directo, especialmente no con Richard. Un rubor subió por su cuello mientras observaba cómo la expresión de Richard se oscurecía.

—¿Es eso cierto? —La voz de Richard era baja, peligrosa. Sus ojos azules, habitualmente tan amables, se habían convertido en

fragmentos de hielo—. Y dígame, ¿qué le hace pensar que es digno de la mano de mi hija?

El corazón de Molly se encogió. Quería hablar, defender a Tim, pero se encontró clavada en el sitio, con la voz atrapada en su garganta.

Tim enderezó los hombros, claramente haciendo un esfuerzo por parecer más confiado de lo que se sentía. —Le aseguro, señor, que mis intenciones son honorables. Me preocupo profundamente por la señorita Bell y deseo cuidar de ella.

La ceja de Richard se arqueó escépticamente. —¿Cuidar de ella? ¿Y cómo propone hacer eso, Mayor? ¿Cuáles son sus perspectivas?

La mirada de Molly se movía entre los dos hombres, con el pecho oprimido por la ansiedad. Anhelaba intervenir, explicarle a Richard cuánto significaba Tim para ella, pero las palabras no venían. En su lugar, observaba, con el corazón latiendo fuertemente, mientras Tim luchaba por responder a las incisivas preguntas de Richard.

Tim respiró hondo, con las manos fuertemente entrelazadas detrás de la espalda. —Trabajo en Sandhurst, señor —comenzó, con voz firme a pesar del nerviosismo evidente en sus ojos—. Entreno a jóvenes de caballería y sus monturas. Es una posición que me va bien, incluso con mis... dificultades auditivas.

Molly observaba a Tim con atención, su corazón hinchado de orgullo mientras él hablaba de su trabajo. Sabía lo duro que había trabajado para superar los desafíos que presentaba su casi sordera, y cuánto significaba para él su puesto en Sandhurst, a pesar de su reticencia inicial a aceptarlo.

La expresión de Richard se suavizó ligeramente, un destello de interés cruzando su rostro. —Esa es una posición respetable.

Tim asintió ansioso. —Sí, señor. Me ha permitido combinar mi amor por los caballos con mi experiencia militar. He descubierto que mi condición me ha hecho más sensible a las señales no verbales tanto de caballos como de jinetes.

Molly no pudo evitar sonreír ante la pasión de Tim. Había visto de primera mano lo talentoso que era con los caballos, cómo parecían

responder a su toque gentil y comportamiento tranquilo.

—Sin embargo —dijo Richard, con una mirada de reojo a Molly—, no estoy seguro de que ser la esposa de un oficial en Sandhurst le convenga a Molly. No podría continuar su trabajo con los caballos.

Molly tragó saliva. Había estado a punto de decir que sí a Tim sin considerar lo que eso significaría para ella. ¿Podría resignarse a una vida de socialización educada con las esposas de otros oficiales, incluso por el bien de Tim?

—Si la señorita Bell me aceptara, renunciaría a mi comisión —dijo Tim, sorprendiendo a Molly nuevamente—. Poseo una finca en Oxfordshire, una herencia de mi abuela, aunque tengo que confesar que ha sido gestionada por los agentes de mi padre y nunca he estado allí —Tim respiró hondo, sus ojos moviéndose entre Richard y Molly—. Lo que ha construido aquí en Belle Haven, Sir Richard, es... es extraordinario. Un sueño, verdaderamente —Su voz se volvió más animada a medida que continuaba—. He estado pensando, si alguna vez estuviera interesado en expandir su operación, quizás una ubicación secundaria en Oxfordshire podría ser beneficiosa.

Las cejas de Richard se elevaron, su interés claramente despertado. —Continúe —dijo, su tono menos gélido que antes.

Las manos de Tim se movían expresivamente mientras hablaba, su entusiasmo evidente. —Con mi experiencia en Sandhurst y la finca en Oxfordshire, potencialmente podríamos crear una instalación de entrenamiento que complemente Belle Haven. Podría centrarse en entrenar caballos jóvenes y emparejarlos con jinetes, una especie de precursor para los cadetes que comienzan en la academia, liberando espacio en Belle Haven para que usted expanda las operaciones de cría, tal vez.

El corazón de Molly se aceleró ante la posibilidad. Podía imaginarlo claramente: trabajar junto a Tim, continuando su labor con sus amados caballos, pero de una manera nueva y emocionante. Miró a Richard, tratando de evaluar su reacción.

Richard se acarició la barbilla pensativo. —Es una proposición intrigante, debo admitirlo. Pero dígame, Mayor, ¿cómo visualiza el

papel de Molly en este plan suyo?

La mirada de Tim se suavizó al mirar a Molly. —Con su experiencia y pasión, creo que Molly sería fundamental para dirigir tal operación. Tiene un don extraordinario para emparejar caballos y jinetes de manera que saque lo mejor de ambos, un don que no entendí al principio, pero habiéndolo visto en acción, ahora sé que sus habilidades no tienen igual, y yo... no podría imaginar emprender tal aventura sin ella a mi lado.

Molly sintió que un calor se extendía por su pecho ante las palabras de Tim. No le estaba proponiendo solo matrimonio; le estaba ofreciendo un futuro donde pudiera continuar persiguiendo su pasión. Se encontró conteniendo la respiración, esperando la respuesta de Richard.

Los claros ojos azules de Richard se encontraron con los de Molly, una mezcla de orgullo y ternura en su mirada. —Debo coincidir —dijo, su voz cálida—. Las capacidades de Molly son verdaderamente excepcionales. Efectivamente, ella sería la persona perfecta para ayudarle a gestionar tal operación.

El corazón de Molly se hinchó ante el elogio de Richard. Siempre se había esforzado por enorgullecerle, y sus palabras significaban más para ella de lo que podía expresar.

Richard se volvió hacia Tim, una ligera sonrisa jugando en sus labios. —Debo decir, Mayor, que su propuesta no carece de mérito. Tanto en términos del emprendimiento comercial como... de otros asuntos —Miró significativamente entre Tim y Molly—. Aunque esa decisión no es mía, sino de mi hija.

Las implicaciones de las palabras de Richard enviaron un aleteo al estómago de Molly. Podía sentir el peso del momento presionándola, la enormidad de la decisión que tenía ante ella. Visiones de una vida con Tim bailaban en su mente: mañanas entrenando caballos juntos, tardes junto al fuego discutiendo su pasión compartida, construyendo un legado propio.

Sin embargo, en medio de la oleada de emociones, Molly se encontró dudando. Necesitaba un momento para ordenar sus

pensamientos, para asegurarse de que su corazón y su mente estuvieran de acuerdo.

Tomando una respiración profunda, Molly se volvió hacia Richard. —Papá —dijo, con la voz ligeramente temblorosa—, ¿podría tener un momento a solas con Tim? Para... para discutir esto más a fondo.

Los ojos de Richard se suavizaron mientras miraba a Molly, con comprensión grabada en las suaves líneas de su rostro. Se acercó más, el aroma a cuero y caballos adherido a él, un reconfortante recordatorio de hogar.

—Por supuesto, querida —dijo, con voz baja y tranquilizadora. Se inclinó y presionó un tierno beso en la mejilla de Molly, su barba incipiente raspando suavemente contra su piel.

Molly sintió una oleada de gratitud hacia este hombre que se había convertido en su padre en todo menos en sangre. —Gracias, papá —susurró.

Richard se apartó, sus ojos brillando con una mezcla de afecto y picardía. —Tienes mi completa confianza y apoyo en cualquier elección que hagas, Molly —dijo, y luego añadió con un guiño juguetón—: Aunque debo insistir, incluso si decides rechazar al pobre hombre, por favor no sueltes a los perros sobre él otra vez. Odiaría perder a un potencial socio comercial por culpa de nuestros excesivamente celosos guardianes caninos.

Molly no pudo evitar soltar una risita, la tensión en sus hombros aliviándose ligeramente. —Haré lo posible por contenerme —prometió, con los labios curvándose en una sonrisa.

Con un último asentimiento hacia Tim y un suave apretón del hombro de Molly, Richard se dio la vuelta y se alejó a grandes zancadas. Mientras desaparecía por la esquina de los establos, Molly se encontró a solas con Tim, su corazón latiendo en su pecho como un caballo galopando.

Se volvió para enfrentarle, agudamente consciente del calor de su presencia y la intensidad de su mirada. El momento se extendió entre ellos, lleno de palabras no pronunciadas y posibilidades.

—Tim —comenzó Molly—, creo que tenemos mucho que discutir.

—En efecto —Tim bajó la mirada—. Aunque antes de empezar... ¿quizás podrías asegurar a tus sabuesos en algún lugar seguro? Realmente no me gustaría ser devorado.

Su suave broma alivió la tensión, y Molly se rió un poco. —Dame un momento —Fue una tarea sencilla asegurar a los dos mastines en un establo desocupado, y se limpió las manos en la falda y tomó el brazo de Tim con un pequeño temblor de nervios—. ¿Te gustaría ver a Apollo? —preguntó, con un ligero temblor en su voz.

—Mucho —aceptó él, y Molly se giró para conducir a Tim al establo de sementales donde Apollo había sido reubicado.



Capítulo Dieciséis

MOLLY GUIO A TIM hacia el establo de los sementales, ansiosa por mostrarle los mayores tesoros de Belle Haven. Al abrir las puertas del establo, reveló a Apollo parado alto y orgulloso en su cuadra, con su pelaje brillando en tono rojo dorado bajo los rayos de sol que se filtraban por las rendijas. El cálido relincho del semental al reconocerla era testimonio del vínculo que habían forjado.

El orgullo y la satisfacción invadieron a Molly mientras presentaba a Apollo a Tim, extendiendo la mano para acariciar suavemente su crin. —Hola, mi precioso chico —murmuró, y Apollo le rozó el hombro con el hocico, haciéndola reír—. Tengo un premio para ti, no te preocupes. —Sacó una zanahoria de su bolsillo, y Apollo la tomó delicadamente de su mano.

—Oh Molly, tiene un aspecto formidable —dijo Tim calurosamente, inclinándose sobre la media puerta para examinar a Apollo—. Ni siquiera puedo ver ahora esas marcas de látigo en sus flancos. Has hecho maravillas.

El orgullo de Molly por su trabajo era evidente mientras sonreía ante el elogio de Tim. —Gracias. Estoy muy orgullosa de él. Ha recorrido un largo camino.

El pelaje de Apollo brillaba como cobre pulido, y permanecía tranquilo en su cuadra, con las orejas erguidas hacia adelante y los

ojos resplandecientes de inteligencia. Era un caballo diferente al asustado y nervioso en que Forebury lo había convertido, y el corazón de Molly se hinchó de orgullo al mirarlo.

Apollo había respondido a su amabilidad y paciencia, y era una alegría montarlo. Seguía siendo brioso, pero ya no se alejaba de las personas ni se sobresaltaba con movimientos repentinos.

La sonrisa de aprecio de Tim hizo que su corazón diera un vuelco, y sintió un rubor de placer ante su elogio. —Has hecho un trabajo maravilloso con él, Molly. Es un orgullo para ti.

—Gracias —dijo ella nuevamente, sonriéndole. Extendió la mano para acariciar la nariz de Apollo, y él le rozó la mano con el hocico, haciéndola reír—. Es un chico dulce, ¿verdad, Apollo? ¡Deseando que llegue la próxima primavera y las yeguas que conocerá! Papá está tan contento de tenerlo de vuelta. Nunca quiso dejarlo ir a Sandhurst, pero tenemos una cuota de caballos que debemos cubrir para el Ejército, y la potranca que se suponía que iría se había estirado un tendón y estaba coja. Papá no tuvo más opción que enviar a Apollo en su lugar.

—Al final todo ha salido para bien, ¿no? —dijo Tim suavemente.

—Realmente sí. —Presionó su mejilla contra la de Apollo mientras el semental bajaba el hocico a su palma, esperando otra zanahoria —. Y ahora su linaje, y el de Rufus, continuará siempre en Belle Haven.

Tim asintió, poniéndose serio al mencionar a Rufus. —Me alegra oírlo —dijo. Hizo una pausa y luego añadió—: Te perdiste la ceremonia de graduación. Los cadetes lo hicieron tremendamente bien, especialmente tu protegido Llewelyn. Ese joven llegará lejos, si Osiris puede mantenerlo alejado de los problemas.

Molly sonrió. —Lamento haberme perdido eso. —Dudó, y luego negó con la cabeza—. Sinceramente, no estoy segura de que hubiera podido ver a todos esos jóvenes orgullosos marchando a la guerra sin romper a llorar y avergonzarlos a todos. Quizás es mejor que trajera a Apollo a casa.

—Quizás. —Tim extendió la mano y acarició las orejas de Apollo —. Fue una pena que te marcharas ese día en particular —observó —. Te perdiste la oportunidad de conocer a mi madre.

—¡Tu madre! —Los ojos de Molly se abrieron de par en par y miró a Tim con asombro.

—Sí, me sorprendió apareciendo sin previo aviso, y por supuesto el General Warde desplegó la alfombra roja para ella... es difícil decirle que no a mi madre cuando quiere algo.

—¿Y qué quería?

—Quería que fuera a Londres. —Tim sonrió irónicamente—. Logré aplazarlo hasta después de la graduación, pero acabo de pasar una semana allí.

El corazón de Molly dio un vuelco. —¿Londres? —repitió, con voz apenas por encima de un susurro. Dirigió su mirada a Apollo, acariciando suavemente su aterciopelado hocico, tratando de ocultar la repentina ansiedad que la invadía.

Tim asintió, con una expresión mezcla de diversión y exasperación. —En efecto. Mi madre tenía grandes planes para mí, al parecer. Un torbellino de visitas a las mejores reuniones de la alta sociedad.

Los dedos de Molly se tensaron ligeramente en la cabezada de Apollo. —¿Y cómo lo encontraste? —preguntó, esforzándose por mantener un tono ligero y curioso.

Tim dejó escapar un suspiro dramático, apoyándose contra la pared del establo. —Agotador, cuando menos. Bailes que duraban hasta el amanecer, interminables conversaciones triviales con personas cuyos nombres no puedo recordar, y más vestidos con volantes de los que quiero recordar.

A pesar de su inquietud, Molly no pudo evitar reírse de la descripción de Tim. —Suena... abrumador.

—Eso es quedarse corto —dijo Tim, poniendo los ojos en blanco —. Hubo una velada particularmente memorable en casa de Lady Ashton donde prácticamente fui emboscado por un grupo de

ansiosas debutantes. Me sentí como un semental de premio en una subasta.

La risa de Molly fue genuina esta vez, aunque teñida de un toque de algo más. —Pobre Tim —bromeó—, rodeado de las mejores damas de Londres. ¿Cómo sobreviviste?

La mirada de Tim se suavizó al mirarla. —Pensando en ti, por supuesto. En la vida que realmente deseo.

Molly se mordió el labio, desviando la mirada de los ojos sinceros de Tim. El suave relincho de Apollo en su cuadra proporcionaba un tranquilizador telón de fondo a los tumultuosos pensamientos que giraban en su mente.

—Tim —comenzó vacilante, sus dedos jugueteando con el puño desgastado por el trabajo de su manga—, yo... no estoy segura de que pueda encajar alguna vez en ese mundo. Las fiestas, los bailes, los interminables compromisos sociales. Todo está tan alejado de lo que conozco.

Tim dio un paso más cerca, su ceño frunciéndose con preocupación. —Molly, no tienes que...

Ella levantó una mano, necesitando expresar sus temores. —Mi hermana Clara se está preparando para su temporada en Londres, e incluso ella está nerviosa. Y Clara, bueno, ella siempre fue mejor que yo en las actividades propias de una dama, criada desde su nacimiento en una familia refinada. ¿Yo? —Molly dejó escapar una suave risa autocrítica—. Me siento más a gusto limpiando cuadras que bailando un cuadrille.

—Eso no es cierto —protestó Tim, pero Molly negó con la cabeza.

—Lo es. Y no se trata sólo del baile o la etiqueta. Tim, yo soy... —dudó, bajando la voz a casi un susurro—, soy india. ¿Cómo podría aceptarme alguna vez la sociedad londinense?

La expresión de Tim se suavizó, sus ojos llenos de calidez mientras extendía la mano para tomar la de Molly. —Molly, querida, tengo una confesión que hacer —dijo—. Detesto absolutamente la sociedad londinense.

Los ojos de Molly se abrieron de sorpresa. —¿De verdad?

—Completamente —afirmó Tim con una risa—. Todas esas fiestas sofocantes, las interminables charlas triviales, la pose... es agotador, siempre me lo pareció, y aún más ahora que mi audición está dañada. Mis sueños, Molly, son sueños campestres. Una vida llena de campos abiertos, el sonido de cascos, y tú a mi lado.

Un aleteo de esperanza se agitó en el pecho de Molly, pero la incertidumbre aún persistía. —Pero tu familia...

—Mi familia —interrumpió Tim, apretando su mano tranquilizadoramente—, es mucho más de mente abierta de lo que podrías pensar. ¿Sabías que tengo un tío que se casó con una mujer india?

Molly contuvo la respiración. —¿En serio?

Tim asintió, con ojos brillantes. —¡Una princesa india, si mi madre está en lo cierto! Quizás podamos visitarla a ella y a mi tío algún día, o tal vez ellos vengan aquí a conocerte. Molly, mi familia te aceptará porque verán lo que yo veo: una mujer fuerte, inteligente y hermosa que me hace más feliz de lo que jamás he sido.

Molly sintió que un rubor subía a sus mejillas, su corazón acelerándose por una razón completamente diferente ahora.

—En cuanto a mi madre —continuó Tim—, puede que tenga grandes ideas sobre la sociedad londinense, pero lo que más desea es verme feliz. Y está bastante interesada en conocerte, ¿sabes?

—¿Lo está? —preguntó Molly, con voz pequeña y llena de asombro.

La sonrisa de Tim era radiante. —Por supuesto que sí. ¿Cómo no iba a querer conocer a la mujer que ha cautivado el corazón de su hijo?

Molly no pudo evitar reírse de su inquebrantable confianza. —Pintas un cuadro bastante halagüeño, señor.

—Simplemente digo la verdad —respondió Tim con una sonrisa. Luego, más serio, añadió—: No pretenderé que siempre será fácil. Habrá desafíos, ajustes. Pero juntos, Molly, creo que podemos enfrentar cualquier cosa.

—Háblame de Oxfordshire. —La intensidad de su expresión era demasiada; no podía mirarlo. Se dio la vuelta y se ocupó peinando con los dedos la crin de Apollo; el semental lo toleró estoicamente.

—Debo admitir que nunca he estado allí —confesó Tim—. Lo había olvidado, en realidad. Era la propiedad de viudedad de mi abuela, pero por lo que recuerdo de mirar los libros de contabilidad de mi padre, hay una mansión señorial, un par de pequeñas casas de labranza... y unas ochocientas acres de tierra cultivable.

—¡Ochocientas acres! —Eso era incluso más grande que Belle Haven. La cabeza de Molly se levantó de golpe y lo miró boquiabierta.

—Espacio suficiente para un programa de entrenamiento tan grande como podamos convencer al Ejército de que nos permita establecer. —Tim sonrió—. Incluso pensé en crear un pequeño programa de cría, nada que rivalice con Belle Haven, por supuesto, pero suficiente para criar algunos buenos caballos para la caballería.

Una sonrisa tiró de los labios de Molly mientras lo imaginaba. —Suena maravilloso —murmuró.

—Tu experiencia con caballos sería invaluable. Podríamos trabajar codo con codo, construyendo algo realmente especial.

Mientras Tim hablaba, Molly sintió una repentina oleada de emociones. Sus sueños se alineaban tan perfectamente con los suyos que era casi abrumador. Una vida rodeada de caballos, lejos del bullicio y el juicio de la sociedad londinense, con un hombre que claramente la adoraba...

Sin embargo, un destello de duda se coló en su mente. ¿Era realmente posible? ¿Podría ella, una huérfana de Duke Street, tener realmente una vida así? La enormidad de todo ello hizo que contuviera la respiración.

—¿Molly? —La voz de Tim era suave, con evidente preocupación en su tono—. ¿En qué estás pensando?

Ella dudó, sus pensamientos un torbellino de esperanza y miedo. —Es solo que... es todo lo que siempre he soñado —admitió suavemente—. Pero no puedo evitar preguntarme si estoy realmente

preparada para una vida así. Si la merezco. —Molly respiró hondo, su corazón latiendo con fuerza mientras encontraba la mirada de Tim—. Pero... pero lo quiero. Quiero esa vida, Tim. Contigo. —Su voz tembló ligeramente, una mezcla de esperanza e incertidumbre coloreando sus palabras—. Si estás seguro de que soy yo a quien quieres a tu lado, entonces... sí. Sí, me casaré contigo.

El rostro de Tim se iluminó de pura alegría, sus ojos brillando de emoción. —Oh, Molly —suspiró, extendiendo las manos para tomar las suyas—. Me has hecho el hombre más feliz de toda Inglaterra.

Sin dudarlo, la atrajo hacia un fuerte abrazo, sus fuertes brazos envolviéndola. Molly sintió la calidez de su cuerpo contra el suyo, el latido constante de su corazón acompasándose con el acelerado ritmo del suyo. Cerró los ojos, inhalando el aroma de él, una mezcla de cuero, caballos y algo únicamente de Tim.

—Te prometo —susurró Tim fervientemente en su oído—, que construiremos una vida maravillosa juntos. Nunca tendrás motivos para dudar de tu lugar o de tu valía.

Molly sintió que las lágrimas le picaban los ojos, abrumada por la intensidad del momento. Se apartó ligeramente, mirando a Tim con una sonrisa acuosa. —Te haré cumplir esa promesa, Mayor Blair-Fortescue —dijo, con un toque de su habitual picardía volviendo a su voz.

Tim se rió, un sonido rico y lleno de alegría. Le acunó el rostro suavemente con sus manos, sus pulgares secando las lágrimas que se habían escapado por sus mejillas. —No esperaría menos, futura señora Blair-Fortescue —respondió, su voz llena de tierno afecto.

Mientras permanecían allí, envueltos en los brazos del otro, Molly sintió que una sensación de corrección se apoderaba de ella. Sí, todavía había incertidumbres por delante, pero en este momento, sabía que había tomado la decisión correcta. Cualquier desafío que pudieran enfrentar, lo enfrentarían juntos.

La mirada de Molly se desvió hacia las puertas abiertas del granero, donde el sol de la tarde pintaba el patio de tonos dorados. Los sonidos familiares de Belle Haven —caballos relinchando, mozos

de cuadra llamándose entre sí, una de sus hermanas cantando en algún lugar a lo lejos— la llenaron de un dolor agridulce. Este lugar había sido su santuario, su hogar. Ahora, un nuevo capítulo de su vida la llamaba.

—Bueno entonces —dijo, cuadrando los hombros y encontrando la mirada de Tim con determinación—, supongo que será mejor que empecemos con esta gran aventura nuestra, ¿no estás de acuerdo?

La sonrisa de Tim en respuesta fue radiante. —En efecto, mi amor. En efecto.

Mientras caminaban mano a mano fuera del establo, Molly sintió una oleada de anticipación. El camino por delante podría ser incierto, pero con Tim a su lado, estaba lista para abrazar lo que les deparara el futuro. Su viaje juntos apenas comenzaba, y no podía esperar a ver adónde los llevaría.



Capítulo Diecisiete

UNA HORA DESPUÉS, TIM caminaba junto a Richard por los exuberantes prados de Belle Haven, mientras Molly celebraba dentro de la casa con su madre y hermanas. Los aromas de heno recién cortado y caballo flotaban en el aire.

—Debo decir que no podría estar más complacido con vuestro compromiso con nuestra querida Molly —Richard le dio una palmada en el hombro a Tim, con sus ojos azules resplandecientes—. Aunque no la crié desde pequeña o desde bebé como a mis otras hijas, es igual de querida para mí y me alegra verla tan feliz.

—Gracias, señor. Me siento inmensamente bendecido por haber ganado su afecto... y su aprobación —Tim sintió que sus mejillas se sonrojaban ligeramente ante el elogio. Molly era realmente una joya rara, hermosa por dentro y por fuera. Su compasión, su inteligencia, su manera con los caballos... lo había cautivado completamente, en cuerpo y alma.

—Hablando de vuestra boda —continuó Richard mientras doblaban un recodo del camino—, Theresa y yo esperábamos poder visitar vuestra finca familiar en Oxfordshire, para asegurarnos de que esté en buen estado para que vosotros residáis después de la boda. Con vuestro permiso, por supuesto.

Tim se detuvo, sorprendido y conmovido por el gesto considerado. —Estaría muy agradecido por vuestro consejo, señor.

Entre su entrenamiento militar en Sandhurst y su tiempo en la caballería, *hogar* se había convertido en un concepto lejano. Pero ahora, la idea de establecerse con Molly le llenaba de un anhelo feroz e inesperado. Construir una vida juntos, quizás formar una familia...

—¡Espléndido! —la voz de Richard interrumpió su ensoñación—. Theresa estará encantada. Está muy apegada a Molly, como seguro habéis notado.

—Ciertamente —Tim sonrió, imaginando a las dos mujeres inclinadas juntas en afectuosa conversación—. Comparten un vínculo especial. Me alegra que Molly tenga a Lady Bell para ayudarla a guiarse en este nuevo capítulo.

—Bien, entonces está decidido. Haremos planes para viajar a Oxfordshire directamente. Con suerte, tendremos todo organizado para que vosotros podáis mudaros inmediatamente después de que os caséis.



Cuando el carruaje coronó la última colina, Molly presionó sus dedos enguantados contra la ventana, conteniendo el aliento ante la vista que se desplegaba frente a ella. Anidada entre un mosaico de campos verdes y robles ancestrales se alzaba Willowbrook Manor, su piedra de Cotswold color miel resplandeciendo bajo el sol de la tarde.

La mano de Tim encontró la suya, su contacto cálido y reconfortante. —Bienvenida a casa, mi amor.

Casa. La palabra resonó dentro de Molly, despertando un anhelo profundo. En todos sus años en el orfanato de Duke Street e incluso después de encontrar refugio con los Bell, una parte de ella siempre

se había sentido a la deriva. Pero aquí, con Tim, un sentimiento de pertenencia se asentó sobre ella.

El carruaje se detuvo en el camino de grava. Tim descendió primero, luego se volvió para ayudar a Molly a bajar, seguidos por Richard y Theresa. Con las piernas inestables por el viaje, Molly tropezó ligeramente y cayó contra el sólido pecho de Tim. Una suave diversión bailó en sus ojos mientras la estabilizaba. —Cuidado ahora. No podemos permitir que la futura señora de Willowbrook sufra una caída.

—Perdóname, es solo que... —Molly señaló hacia la majestuosa casa, momentáneamente sin palabras—. Es como salido de un sueño.

—Y tú, querida mía, eres la parte más encantadora —Tim apartó un rizo rebelde de su mejilla, su roce encendiendo un rubor de placer en Molly. Ella le sonrió y tomó su mano ofrecida.

De la mano, avanzaron a través de la gran entrada arqueada, Richard y Theresa quedándose deliberadamente atrás para darles unos momentos a solas para contemplar su futuro hogar. Enredaderas cargadas de rosas de final del verano se entrelazaban alrededor de la piedra, su delicada fragancia mezclándose con el aroma fresco de los setos de boj. Molly respiró profundamente, grabando cada sensación en su memoria. Richard y Theresa les alcanzaron, y Molly se volvió para sonreír a sus padres adoptivos con pura alegría.

—Oh, mi querida niña —exclamó Theresa, con voz temblorosa de emoción—. Estoy tan increíblemente feliz por vosotros dos. Este es el comienzo de un maravilloso nuevo capítulo.

Molly devolvió el abrazo con fuerza, su corazón hinchándose de gratitud por la mujer que se había convertido no solo en su mejor amiga, sino en una segunda madre. —Gracias, mamá. Vuestro apoyo significa el mundo para nosotros.

Richard se acercó más tranquilamente, pero sus ojos brillaban con placer indisimulado mientras estrechaba la mano de Tim con

firmeza. —Enhorabuena, muchacho. No podría estar más orgulloso ni más emocionado por vosotros y Molly.

Tim bajó la cabeza, con una sonrisa juvenil extendiéndose por su rostro. —Gracias, Sir Richard. Vuestra guía y amistad son invaluables.

Mientras los dos hombres conversaban, Theresa enlazó su brazo con el de Molly, guiándola hacia las cuadras. —Vamos. Sé lo que más quieres ver.

El pulso de Molly se aceleró de anticipación mientras se acercaban al elegante bloque de piedra de las caballerizas. Aunque actualmente estaba deshabitado, habiendo partido los inquilinos que vivían en Willowbrook apenas unos días antes, los olores de heno y caballo aún persistían, familiares y reconfortantes, haciendo que Molly se sintiera instantáneamente en casa.

Tim y Richard las alcanzaron, y los cuatro recorrieron las cuadras juntos, admirando los herrajes de latón reluciente y los amplios compartimentos. Molly pasó la mano por la madera lisa, visualizando los caballos que pronto llenarían estos espacios.

—Pensé que podríamos ampliar las cuadras hacia el este —sugirió Tim, señalando hacia un área abierta—. Construir una nueva ala para acomodar nuestra creciente manada.

Molly asintió, su mente ya girando con posibilidades. —Y quizás un establo separado para los partos, con compartimentos extra anchos y un paddock dedicado. Y un picadero vallado para entrenamiento, justo allí...

Mientras estaban allí, rodeados por la evidencia tangible de sus sueños compartidos, Molly sintió una oleada de pertenencia, de certeza. Este era su futuro, y no podía esperar para embarcarse en este emocionante viaje con el hombre que amaba a su lado.

Pasaron una noche en una cómoda posada y regresaron a Belle Haven al día siguiente, llenos de planes para transformar Willowbrook. Molly no podía evitar maravillarse de lo lejos que había llegado. De huérfana sin dinero a futura señora de su propia finca, parecía algo sacado de un cuento de hadas.

—Ahora —comenzó Theresa cuando el carruaje partió de nuevo, con los ojos brillantes de emoción—, hablemos de la boda. ¿Habéis pensado en los detalles?

Molly intercambió una mirada con Tim, una sonrisa dibujándose en sus labios. —Aunque la familia de Tim está en Londres, esperaba casarme desde Belle Haven, con el señor Fallon para oficiar la ceremonia y mis hermanas como damas de honor.

Richard asintió, su expresión cálida. —Estaríamos honrados de acoger vuestro día especial. Solo decídnoslo, y lo haremos realidad.

Mientras la conversación fluía, Molly se vio envuelta en la alegría de planificar más de lo que había esperado. Discutieron sobre todo, desde la lista de invitados hasta el menú, las flores y la música. La mano de Tim encontró la suya, entrelazando sus dedos mientras construían la visión de su día perfecto.

—Escribiré a mis padres y a mi hermano esta noche —dijo Tim, su voz rebosante de felicidad—. Estarán encantados de recibir la noticia y de unirse a nosotros para la celebración.

El corazón de Molly se hinchó de amor por este hombre, por la familia que había encontrado. En medio de las risas y la charla, captó la mirada de Theresa, viendo el orgullo y el afecto brillando allí.

—Gracias —articuló Molly sin voz, su gratitud demasiado grande para las palabras.

Theresa simplemente sonrió, su mirada transmitiendo todo el amor y el apoyo que Molly podría necesitar.

A medida que avanzaba la velada y los planes tomaban forma, Molly se encontró imaginando el futuro que les esperaba. Una vida llena de amor, de propósito, con el trueno de los cascos y el viento en su pelo. Y en el centro de todo, el vínculo inquebrantable que

compartía con Tim, un amor que había resistido todas las tormentas y emergido más fuerte que nunca.



Tim se encontraba junto a Richard, los dos hombres observando los exuberantes pastos de Belle Haven donde los caballos pastaban contentos. Una suave brisa transportaba el dulce aroma de la hierba y el lejano relincho de la manada.

Richard se volvió hacia Tim, con una sonrisa jugando en las comisuras de su boca. —Tengo algo para ti y para Molly, muchacho. Un regalo de bodas para celebrar vuestro nuevo comienzo.

La frente de Tim se arrugó, su curiosidad despertada. —¿Un regalo? ¡Ya nos habéis dado tanto, Sir Richard! No podría posiblemente...

Pero Richard levantó una mano, silenciando las protestas de Tim. —Tonterías. Esto es algo especial, algo que he estado guardando para el momento adecuado.

Con un silbido, Richard llamó a un mozo de cuadra de los establos cercanos. El joven emergió, conduciendo un magnífico semental, su pelaje de un castaño brillante, su crin y cola fluyendo como seda en la brisa. El caballo se movía con gracia regia, los músculos ondulando bajo su piel.

Los ojos de Tim se ensancharon, conteniendo la respiración. —¿Apollo?

—Apollo —confirmó Richard, su voz suave con reverencia—. El último hijo de Hermes, el mejor semental que jamás he tenido. Y ahora, es vuestro.

Tim negó con la cabeza, abrumado por la generosidad del gesto. —No puedo... No sé qué decir.

Richard puso una mano en el hombro de Tim, su agarre firme y tranquilizador. —Di que lo tomarás, Tim. Di que lo convertirás en la

piedra angular de vuestro programa de cría, el padre de campeones.

Tim tragó con dificultad, con los ojos ardiendo de emoción. No había nada más que pudiera decir salvo: —Lo haré. Lo prometo. Os haré sentir orgulloso.

La sonrisa de Richard se ensanchó, con las arrugas formándose en las comisuras de sus ojos. —Oh, Molly no te dejará hacer otra cosa.

Mientras Tim se acercaba a Apollo, el semental lo miraba con ojos inteligentes, sus orejas erguidas con interés. Tim extendió una mano, dejando que Apollo oliera su palma, sintiendo el cálido aliento contra su piel.

—Pensé cuando te vi por primera vez que eras Rufus que había vuelto —dijo suavemente—. Pero ahora veo que no. Eres aún más especial. Él era el pasado; tú eres el futuro.

Apollo relinchó suavemente, como asintiendo, y Tim sintió una oleada de emoción, de propósito. Con este magnífico animal a su lado, con el amor de Molly, todo parecía posible.



El corazón de Molly se hinchó de alegría mientras observaba a Tim y Apollo, la conexión entre el hombre y el caballo tan evidente, tan profunda. *De esto se trata todo*, pensó, *este vínculo, esta comprensión. Este es el corazón de lo que hacemos*.

La mano de Richard en su hombro atrajo su atención, y se volvió para encontrarlo sonriéndole, con los ojos iluminados de picardía. —Tengo una sorpresa para ti también, querida —dijo, con tono conspirador.

Molly alzó una ceja, su curiosidad despertada. —¿Ah sí? ¿Qué podría ser, papá?

Richard señaló hacia el pasto lejano, donde un grupo de caballos jóvenes pastaba. —Cuatro potrancas de tres años, seleccionadas

personalmente por mí. Son tuyas, Molly. Tuyas para emparejar con Apollo, para comenzar tu propio legado. La única dote que puedo darte, pero creo que conoces su valor.

Molly contuvo la respiración, con los ojos muy abiertos. —¿Mías? ¿De verdad? —Recorrió el campo con la mirada, observando los pelajes lustrosos, las patas fuertes, el potencial en cada joven yegua —. Mi propio plantel de cría, el fundamento de una nueva línea. —Su voz apenas era un susurro.

Richard rió, apretando su hombro. —De verdad. Te lo has ganado, Molly. Has trabajado tan duro, aprendido tanto. Es hora de que tomes las riendas por ti misma, de que des forma al futuro junto a Tim.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Molly, con gratitud y amor brotando en su interior. —¿Qué hice para merecer esta familia, esta vida?

Se volvió, echando los brazos alrededor de Richard, abrazándolo fuertemente. —Gracias, papá —susurró, con la voz espesa de emoción—. Gracias por todo.

Los brazos de Richard la rodearon, fuertes y firmes, sosteniéndola cerca. —De nada, mi niña. Estoy tan orgulloso de ti, de la mujer en que te has convertido.

Permanecieron así por un largo momento, padre e hija, unidos por el amor y el propósito compartido. Cuando finalmente se separaron, las mejillas de Molly estaban húmedas de lágrimas, pero su sonrisa era radiante.

—Bueno, entonces —dijo, cuadrando los hombros, con la emoción corriendo por sus venas—. Supongo que será mejor que vaya a echar un vistazo más de cerca a mis nuevas chicas. ¿Te gustaría acompañarme, papá?

Richard sonrió, ofreciéndole su brazo. —Pensé que nunca lo preguntarías. —Llamó a Tim para que se uniera a ellos, y los tres se dirigieron a los prados bañados por el sol, riendo juntos.

El sonido de las ruedas de un carruaje sobre la grava los llamó de vuelta a la casa un poco más tarde, y el corazón de Molly saltó a su

garganta cuando la puerta se abrió y la familia de Tim emergió.

Su madre fue la primera, una mujer majestuosa con los ojos azules y la amable sonrisa de Tim. Abrazó a su hijo, luego se volvió hacia Molly, tomando sus manos entre las suyas.

—Bienvenida a la familia, querida —dijo, con voz suave y sincera —. Hemos oído tanto sobre ti, y estoy tan complacida de conocerte al fin.

Molly parpadeó para contener las lágrimas, con la garganta apretada de emoción. —Gracias —logró decir, apretando las manos de la mujer mayor—. Eso significa más para mí de lo que podéis imaginar.

El padre de Tim fue el siguiente, alto e imponente, con el porte de un hombre acostumbrado al mando. Molly se preparó, pero cuando él habló, su voz era cálida.

—Señorita Bell —dijo, inclinando la cabeza—. Es un placer conocer finalmente a la mujer que ha capturado el corazón de mi hijo.

El alivio la invadió, y Molly hizo una reverencia. —El placer es mío, señor. Bienvenido a Belle Haven.

Mientras Theresa salía y conducía a la familia de Tim al interior de la casa, sus risas y conversaciones llenando el aire, Molly sintió que los últimos de sus temores se desvanecían. —Me aceptan — susurró, con asombro y alegría mezclándose en su corazón—. Realmente me aceptan.

El brazo de Tim rodeó su cintura, y él le dio un beso en la sien. — Te dije que te amarían —murmuró, su aliento cálido contra su piel.

Molly se apoyó en él, con una sonrisa jugando en sus labios. —Y nunca he sido más feliz de que me demostraran que estaba equivocada.

La mañana de la boda amaneció brillante y despejada, con el sol proyectando un resplandor dorado sobre los extensos acres de Belle Haven. Molly estaba de pie junto a la ventana, observando los caballos que pastaban en los campos, una visión que nunca había dejado de llenarle el corazón de alegría desde el primer día que llegó a Belle Haven.

—Estás radiante, querida —dijo Theresa, situándose a su lado. Los ojos de la mujer mayor brillaban de emoción mientras contemplaba el vestido de novia de Molly, la seda verde pálido resplandeciendo a la luz.

Molly se volvió con una sonrisa temblorosa en los labios. —Apenas puedo creer que sea real —confesó, pasando la mano por el delicado encaje de su corpiño—. Después de todo lo que hemos pasado, estar aquí, a punto de casarme con el hombre que amo...

Theresa la abrazó, teniendo cuidado con el vestido. —Te mereces toda la felicidad, Molly. Tanto tú como Tim.

Sonó un golpe en la puerta, y Richard asomó la cabeza, abriendo los ojos de par en par al ver a Molly. —Mi querida niña —dijo, con la voz ronca por la emoción—. Estás absolutamente deslumbrante.

Molly parpadeó para contener las lágrimas, con el corazón a punto de estallar. —Gracias, papá —susurró, usando el término cariñoso que había llegado a significar tanto para ella.

Richard le ofreció su brazo, con una sonrisa cálida y orgullosa. —¿Estás lista?

Respirando profundamente, Molly asintió. —Lo estoy.

Juntos, descendieron las escaleras y Richard las ayudó a ella y a Theresa a subir al carruaje que las esperaba para el corto trayecto a la iglesia donde los invitados estaban reunidos, un mar de rostros sonrientes vueltos hacia ella. Al final del pasillo estaba Tim, apuesto con su uniforme militar, sus ojos brillantes de amor y asombro mientras la veía acercarse.

Cuando Richard colocó la mano de Molly en la de Tim, el vicario comenzó a hablar, sus palabras fluyendo sobre ellos en un silencio reverente. Molly se perdió en los ojos de Tim, en la promesa de la

vida que construirían juntos, su amor como una fuerza que había superado todos los obstáculos en su camino.

Cuando llegó el momento de sus votos, la voz de Molly resonó clara y fuerte, sus palabras testigo de la profundidad de su devoción. —Yo, Molly Bell, te tomo a ti, Timothy Blair-Fortescue, como mi legítimo esposo. Para tenerte y conservarte, desde hoy en adelante, para bien o para mal, en la riqueza o en la pobreza, en la enfermedad y en la salud, para amarte y cuidarte, hasta que la muerte nos separe.

Cuando el vicario los declaró marido y mujer, Tim la atrajo hacia sí, sus labios encontrando los de ella en un beso que selló su unión, una promesa de eternidad.

A su alrededor, los invitados estallaron en vítores y aplausos, pétalos de rosa cayendo sobre ellos mientras se giraban para enfrentar a sus seres queridos, de la mano, listos para embarcarse en la mayor aventura de sus vidas.

La recepción fue un evento animado, el aire lleno de música y risas mientras los invitados celebraban a los recién casados. Belle Haven se había transformado, con faroles proyectando un cálido resplandor sobre las mesas cargadas de exquisiteces y flores. Molly no podía evitar maravillarse ante la vista, su corazón rebosante de alegría y gratitud.

Cuando las notas de un vals llenaron el aire, Tim la condujo a la pista de baile, con su mano en la parte baja de su espalda y sin apartar los ojos de los suyos. Se movían como uno solo, sus cuerpos perfectamente sintonizados, el mundo desvaneciéndose hasta que solo quedaban ellos dos, perdidos en la magia del momento.

—Te amo, señora Blair-Fortescue —murmuró Tim, con voz baja y tierna—. Más de lo que las palabras pueden expresar.

El corazón de Molly dio un vuelco, sus ojos brillando con lágrimas contenidas. —Y yo te amo, mi querido esposo. Por siempre jamás.

A su alrededor, otras parejas se unieron al baile, pero Molly apenas se dio cuenta, todo su ser centrado en el hombre entre sus

brazos, el hombre que había robado su corazón y le había dado un futuro con el que nunca se había atrevido a soñar.

A medida que avanzaba la noche, Tim la alejó de los festejos, escabulléndose hasta el estudio donde podía escucharla hablar.

—¿Puedes creerlo, mi amor? —preguntó, entrelazando sus dedos con los de ella—. Después de todo lo que hemos pasado, por fin estamos aquí. Marido y mujer.

Molly se apoyó en él, su cabeza descansando en su hombro. —Parece un sueño —confesó—. Un hermoso y perfecto sueño.

Los brazos de Tim se estrecharon alrededor de ella, sus labios rozando su sien. —Nunca olvidaré el día que nos conocimos —murmuró—. Eras como una fuerza de la naturaleza, todo fuego y determinación. Supe entonces que mi vida nunca volvería a ser la misma.

Molly sonrió ante el recuerdo, con el corazón lleno. —Y míranos ahora —dijo suavemente—. Hemos llegado tan lejos, enfrentado tanto. Pero lo hicimos juntos, y eso es lo que importa.

Tim asintió, sus ojos brillantes de emoción. —No podría haberlo hecho sin ti, Molly. Tu amor, tu fuerza, tu fe inquebrantable en mí. Ha sido mi luz guía a través de todo.

Molly se volvió entre sus brazos, sus manos enmarcando su rostro. —Y tú, mi amor, has sido mi roca, mi refugio en la tormenta. Estoy tan agradecida por ti, por el amor que compartimos.

Sus labios se unieron en un beso que fue tierno y apasionado a la vez, una promesa del futuro que construirían juntos. Y mientras se abrazaban, los sonidos de la celebración desvaneciéndose en el fondo, Molly supo que cualesquiera que fueran los desafíos que les aguardaban, los enfrentarían de la mano, su amor como una fuerza que podría superar cualquier cosa.

—Vamos —susurró Tim después de unos momentos—. Será mejor que volvamos, o nuestras madres vendrán a buscarnos.

—Dios no lo quiera —rio Molly. Sus madres parecían muy diferentes en apariencia, la Condesa una formidable fuerza de la naturaleza y Theresa dulce y tranquila, pero las dos mujeres ya se

habían hecho grandes amigas, Theresa reclutando a la Condesa para que ayudara con el debut de Clara en Londres la próxima temporada. La Condesa pareció encantada de que se lo pidieran, diciendo que siempre había querido algunas hijas a quienes lanzar, y se había lanzado al plan con gran entusiasmo.

La voz de Richard resonó por toda la sala cuando Tim y Molly volvieron a entrar discretamente, atrayendo la atención de todos. —Si puedo tener un momento de vuestro tiempo —dijo, con una sonrisa cálida y genuina—. Me gustaría decir unas palabras a la feliz pareja.

Tim y Molly se volvieron para mirarlo, con las manos entrelazadas y los ojos brillantes de amor y anticipación.

—Por Tim y Molly, que vuestro amor siga siendo un faro de esperanza e inspiración para todos los que os conocen. Que vuestro futuro esté lleno de alegría, risas y aventuras sin fin. Y que el legado que construyáis juntos sea uno que perdure por generaciones.

Un coro de vítores y aplausos estalló mientras todos alzaban sus copas en un brindis. Tim y Molly se sonrieron, con los corazones a punto de estallar.

Mientras la celebración continuaba, Theresa y las hermanas de Molly se reunieron a su alrededor, sus ojos empañados por las lágrimas. —Oh, Molly —susurró Theresa, abrazándola fuertemente —. Estoy tan feliz por ti, mi querida niña. Pero debo confesar que una parte de mí está triste por verte partir.

Molly correspondió al abrazo, sus propios ojos humedeciéndose. —Yo también os echaré de menos —dijo suavemente—. Pero Belle Haven siempre será mi hogar, sin importar adónde vaya.

Sus hermanas asintieron en acuerdo, sus sonrisas teñidas de emociones agridulces. —Siempre tendrás un lugar aquí, Molly —dijo Clara, apretando su mano—. Y siempre estaremos aquí para ti, pase lo que pase.

Molly miró a su alrededor, a los rostros de las mujeres que habían sido su familia durante tanto tiempo, su corazón rebosante de amor y gratitud. —Lo sé —dijo, con la voz quebrándose ligeramente—. Y

lo llevaré conmigo, siempre. Me habéis dado tanto, me habéis enseñado lo que significa ser amada y apreciada. Nunca podré agradeceros lo suficiente.

Se abrazaron una vez más, las lágrimas mezclándose con las risas mientras se estrechaban con fuerza. Y mientras Molly se alejaba, su mirada posándose en Tim, supo que aunque estaba dejando atrás un hogar, se embarcaba en una nueva aventura con el hombre que amaba, lista para construir un legado propio.



Epílogo

COGIDOS DE LA MANO, Molly y Tim caminaban por los exuberantes campos verdes de Willowbrook, mientras una suave brisa mecía las copas de los árboles. Apollo, el magnífico semental castaño, pastaba satisfecho con su pequeña manada de yeguas, un símbolo de la promesa y el potencial que les aguardaba.

Molly apoyó la cabeza en el hombro de Tim, dejando escapar un suspiro de satisfacción. —Apenas puedo creerlo —susurró, con los ojos brillantes de alegría—. Realmente es nuestro, ¿verdad?

Tim le sonrió, estrechando el brazo alrededor de su cintura. —Lo es, mi amor. Y juntos, lo convertiremos en algo realmente especial.

Permanecieron en silencio un momento, absorbiendo la tranquilidad de la escena que tenían ante ellos. La mente de Molly vagó hacia el viaje que la había llevado hasta allí, desde las calles de Londres a los establos de Belle Haven y los campos de entrenamiento de Sandhurst, y finalmente, a los brazos del hombre que amaba. Había sido un camino lleno de desafíos y obstáculos, pero a través de todo ello, había encontrado la fuerza y la resistencia para perseverar.

Los pensamientos de Tim también estaban en el futuro. Contempló la tierra que se extendía ante él, viendo no solo los campos y establos, sino las posibilidades que albergaban. Con Molly

a su lado, sabía que todo era posible. Construirían una vida aquí, un legado que perduraría durante generaciones.

Como si le leyera la mente, Molly se volvió hacia él, con los ojos chispeantes de emoción. —No puedo esperar a ver lo que nos depara el futuro, Tim. Con Apollo y nuestras yeguas, crearemos algo extraordinario.

Tim sonrió, con el corazón henchido de amor y orgullo. —Lo haremos, Molly. Y lo haremos juntos, a cada paso del camino.

La atrajo hacia sus brazos, y sus labios se encontraron en un tierno beso. En ese momento, el mundo se desvaneció, y lo único que importaba era el amor que compartían y la promesa de la vida que construirían juntos.

Al separarse, Molly le miró, con el rostro resplandeciente de felicidad. —Te quiero, Tim. Más de lo que jamás creí posible.

—Y yo te quiero a ti, Molly. Para siempre y por siempre.

Permanecieron allí, envueltos en el abrazo del otro, mientras el sol se sumergía bajo el horizonte y las estrellas comenzaban a titilar en el cielo sobre ellos. El futuro se extendía ante ellos, lleno de infinitas posibilidades y del amor inquebrantable que habían encontrado el uno en el otro. Cualesquiera que fuesen los desafíos que les aguardaban, los afrontarían juntos, sus corazones unidos por un amor que podía superar cualquier cosa.

~ Fin ~

No te olvides de estar atento a *Clara y el Marqués*, que llegará muy pronto! ¿Y ya has leído la novela precuela de la serie Belle Haven, *La Herencia de Belle Haven*? Léela ahora y disfruta de la historia de amor de Theresa y Richard!



Otros libros de Catherine Bilson

Las Novias Ruborizadas

Un Conde para Ellen
Un Marqués para Marianne
Un Duque para Diana
Un Capitán para Clarissa

Las Bellas de la Librería (series con Ebony Oaten)

El Ardiente Admirador de Estelle

El Caballero de Navidad de Marie

El Campeón de Navidad de Louise

El Encantador Doctor de Bernadette

Corazones por Correo

La Maestra y el Vaquero
- Un Corazón para la Ranchera

Las Novias de Belle Haven

La Herencia de Belle Haven
- ¡Vaya, Señorita Molly!
- Clara y el Marqués
- El Paso en Falso de Anna
- La Señorita Eliza Toma las Riendas

Festejos Románticos

Su Querida Duquesa
- El Secuestro de Lord Blaymire
- La Novia Fugitiva del Capitán
- La Apuesta del Corazón
- La Reina de la Duodécima Noche

Novela ganadora del premio RUBY:

La Novia Dijo No

La Colección del Príncipe Regente

San Jorge y el Monstruo del Río

Variaciones de Orgullo y Prejuicio

Las Mejores Relaciones
- Relaciones Infames
- La Esposa del Señor Bingley
- Un Milagro de Navidad en Longbourn
- Penas y Agravios
- La Segunda Señora Bennet
- Un Luto en Longbourn
- Los Entrometidos Matlock
- Maldad y Desgracia
- Rivalidad y Ruina
- Intrigas y Legado

¡Suscríbete al boletín de Shenanigans Press para enterarte de nuestros últimos lanzamientos!